

El verdadero evangelio

Revelado de nuevo por Jesús

Volumen 1A

*Recibido a través de
James E. Padgett*

Traducción de la versión que se encontraba divulgada en el año 2025 en:
Divine Truth, Australia - <http://www.divinetruth.com/>

Versión “unplandivino.net”.
Número de versión: v.2.00 (2025. 27 dic.)
Ver más información en:
unplandivino.net/transicion/
(o alternativamente, si esa web es censurada o hay algún problema:
serdelespacio.wordpress.com/)

(Traducción realizada con deepL, google, etc., y ayudada por diccionarios como wordreference, luego retocada y revisada) (No coloqué *numeración* de las páginas para no aumentar la cantidad de éstas)

Índice

Introducción del traductor-revisor.....	4
Mi testimonio Por Dr. Leslie R. Stone.....	5
La Verdadera Misión de Jesús.....	17
I. Jesús y su relación con Dios.....	17
II. Dios y el alma humana.....	20
III. El problema del pecado.....	22
IV. Redención del pecado.....	23
1. Los mensajes.....	29
Juan el Bautista es ahora el precursor del Maestro como lo fue en la Tierra. Confirma la escritura de Jesús a través del Sr. Padgett (Juan el Bautista) (10 agosto 1915).....	29
Las razones dadas por Jesús de por qué eligió al Sr. Padgett para hacer el trabajo de recibir los mensajes (Jesús) (25 octubre 1918).....	30
Descripción del nacimiento y la vida de Jesús hasta la época de su ministerio público (Jesús) (7 junio 1915).....	32
Afirmación de que Jesús ha escrito a través del sr. Padgett (Helen - sra. Padgett, esposa del Sr. Padgett; espíritu celestial) (7 junio 1915).....	34
Jesús continúa su descripción de su nacimiento y vida hasta el momento de su ministerio público (Jesús) (8 junio 1915).....	35
Comentarios sobre la descripción de Jesús de su nacimiento y vida hasta el tiempo de su ministerio público (Joseph Salyards - Profesor) (8 junio 1915).....	36
El Reino de Dios en la tierra y en el mundo de los espíritus, o el camino al Reino del hombre perfecto. Estos espíritus sólo tienen el amor natural desarrollado hasta una condición de pureza, pero no poseen el amor divino que es necesario para entrar en el Reino Celestial (Jesús) (5 mayo 1917).....	37
Afirmación de que Jesús escribió sobre los dos reinos (San Juan - Apóstol de Jesús) (5 mayo 1917).....	42
2. Ámbitos celestiales.....	43
El único camino al Reino de Dios en los Ámbitos Celestiales (Jesús) (15 mayo 1917).....	43
Afirmación de Samuel, Jesús escribió los mensajes (Samuel - Profeta de la Antigüedad) (15 mayo 1917).....	46
Después de la muerte, el juicio. Lo que es y lo que no es (Jesús) (25 febrero 1918).....	47
Las creencias de un predicador de misiones (Jesús) (17 septiembre 1916) (Título alternativo (DT): "Las condiciones bajo las cuales el Amor Divino no puede continuar fluyendo en un alma. La profundidad del Amor de Dios por todos Sus hijos").....	49
Amor Divino - Lo que es y lo que no es. Cómo se puede obtener (San Juan - Apóstol de Jesús) (5 agosto 1916).....	53
Necesidad de fe y oración para hacer la obra. El sr. Padgett es el elegido para hacer la obra (Jesús) (22 abril 1917).....	54
Confirmaciones de que Jesús escribió (Pablo, Apóstol de Jesús - Juan, Apóstol de Jesús - Santiago, Apóstol de Jesús - Lutero - Bernabé - Samuel - John Wesley - Juan El Bautista) (22 abril 1917).....	55
Confirmación de que el Maestro escribió (San Lucas - del Evangelio que lleva su nombre) (22 abril 1917).....	55
Confirmación de que ocho de los espíritus celestiales firmaron con sus nombres (Helen - Esposa del sr. J. E. Padgett, espíritu celestial) (22 abril 1917).....	56
Jesús dice que su misión al escribir estos mensajes es: su Segunda Venida a la Tierra (Jesús) (2 diciembre 1915).....	56
Santiago se vio abrumado por la gran presencia de Jesús (Santiago - Apóstol de Jesús) (2 diciembre 1915).....	57
San Juan dijo que el Maestro había escrito y mostrado su gran poder y gloria (San Juan - Apóstol de Jesús) (2 diciembre 1915).....	57

Confirmación de que el Maestro escribió con tal poder y gloria (Ann Rollins - espíritu celestial, abuela del sr. Padgett) (2 diciembre 1915).....	57
La única oración que el hombre necesita ofrecer al Padre (Jesús) (2 diciembre 1916).....	58
LA ORACIÓN.....	58
Confirmación de que Jesús mostró su gloria (A. G. Riddle - espíritu celestial) (2 diciembre 1915).....	59
Confirmación de la sra. Padgett (Helen - Sra. Padgett, esposa del sr. J. E. Padgett) (2 diciembre 1916).....	59
Escribe sobre el verdadero significado del «fin del mundo» (San Juan - Apóstol de Jesús) (1 octubre 1916).....	60
3. Inmortalidad.....	63
Inmortalidad (Jesús) (2 junio 1920).....	63
La inmortalidad (San Lucas - del Nuevo Testamento) (17 abril 1922).....	65
Inmortalidad (Henry Ward Beecher - Predicador) (5 julio 1915).....	67
La salvación que Jesús enseñó: que ningún hombre o espíritu puede recibir la salvación completa que Jesús enseñó y ejemplificó en su propia persona, si no se convierte en alguien cuya alma está en plena posesión de este Amor Divino del Padre, y si no se despoja de las condiciones y atributos que pertenecen a su alma creada (San Mateo - Apóstol de Jesús) (16 diciembre 1918).....	70
4. ¿Quién y qué es Dios?.....	72
Quién y qué es Dios (Jesús) (25 mayo 1917).....	72
¿Quién y qué es Dios? (Ann Rollins, espíritu celestial) (18 febrero 1916).....	74
¿Quién y qué es Dios? (continuación) (25 febrero 1916).....	76
Afirmación de que la abuela del sr. Padgett escribió el mensaje sobre "¿Quién y qué es Dios?" (John H. Padgett, padre del sr. J. E. Padgett) (25 febrero 1916).....	79
'Que Cristo esté en vosotros', lo que esto significa (Jesús) (3 marzo 1918).....	79
5. El Espíritu Santo.....	81
Muchos que creen haber recibido el bautismo del Espíritu Santo sólo han avanzado en el amor natural y no en el Amor Divino. Diferencia entre el Espíritu de Dios y el Espíritu Santo (Jesús) (10 mayo 1920).....	81
El misterio de la Deidad [Godhead]. Tres en Uno es un mito. No hay misterio que los hombres no deban conocer (San Lucas - del Nuevo Testamento) (5 noviembre 1916).....	83
El espíritu confirma los escritos de Lucas. Lamenta que no enseñara la verdad cuando estaba en la Tierra (N_____, predicador, Iglesia Protestante, Washington, DC) (5 noviembre 1916).....	86
Por qué Jesús no acude a los campos de batalla donde hay escenas de carnicería (Jesús) (2 noviembre 1916).....	87
Afirmación de que Jesús escribió y mostró su gloria (Sra. Padgett, esposa del Sr. Padgett, espíritu celestial) (2 noviembre 1916).....	90
El destino del hombre que no tiene el amor divino en su alma y muere sólo con el amor natural y la creencia en los credos, etc. (Jesús) (28 septiembre 1916).....	90
6. La resurrección.....	93
La resurrección que es común a todos, sean santos o pecadores (San Pablo, del Nuevo Testamento) (16 enero 1916).....	93
Corroboration por parte de Jesús de que San Pablo escribió sobre la resurrección (Jesús) (16 enero 1916).....	95
La resurrección que enseñó Jesús, sin la cual nuestra fe como cristianos es en vano (San Pablo, del Nuevo Testamento) (8 febrero 1916).....	96
Por qué es necesario que el hombre posea el amor divino de Dios para poder unirse al Padre y convertirse en habitante del Reino Celestial (Jesús) (27 junio 1916).....	98
La importancia de conocer el camino al Reino Celestial - Muchas afirmaciones de la Biblia son falsas (Jesús) (18 octubre 1919).....	101
Continuación del mensaje anterior (Jesús) (11 enero 1916).....	103

Discurso en continuación del mensaje anterior (Jesús) (12 enero 1916).....	104
7. El alma.....	105
El alma: lo que es y lo que no es (Jesús) (2 marzo 1917).....	105
Cómo se salva el alma redimida de las penas que el pecado y el error le han acarreado (Jesús) (2 marzo 1916).....	109
El periodo probatorio [probation] existe entre los espíritus del infierno. Todos los que se niegan a buscar el camino hacia los ámbitos celestiales acabarán encontrando el camino hacia el reino donde existe el hombre natural perfecto (Jesús) (29 octubre 1916).....	110
La importancia para la humanidad de buscar el amor divino y no conformarse con desarrollar el amor natural en un estado puro (Jesús) (10 enero 1916).....	113
El alma y su relación con Dios, la vida futura y la inmortalidad (San Mateo, apóstol de Jesús) (2 noviembre 1915).....	115
Discurso sobre el alma (San Cornelio, el primer gentil cristiano) (2 noviembre 1915).....	117
8. El perdón.....	117
El perdón (Ann Rollins - Espíritu Celestial, abuela del Sr. Padgett) (31 marzo 1915).....	117
Cómo un alma debe recibir el amor divino del Padre para convertirse en habitante del Reino de Dios y llevar a cabo esa inmortalidad de la que te he escrito (Jesús) (28 febrero 1916)....	121
¿Cuál es la razón por la que los mortales no buscan el amor del Padre, en lugar de esforzarse por creer en los credos y sacramentos de la Iglesia a la que pertenecen o con la que están afiliados? (San Juan, apóstol de Jesús) (4 junio 1917).....	124

Introducción del traductor-revisor

Este es el primer volumen (dividido en dos partes, **1A** y **1B**, para comodidad de manejo cuando se imprime y se anilla) de los mensajes recibidos a principios del siglo XX por James E. Padgett de parte de varios desencarnados, entre otros, Jesús de Nazaret.

Estos volúmenes en concreto son uno de los formatos compartidos por Divine Truth para presentar dichos mensajes.

Para ver la organización de los materiales, enlaces a los audios de cada mensaje, etc., ver: unplandivino.net/padgett/

El primer volumen incluye los siguientes temas y apartados (los 11 temas numerados sirven para organizar temáticamente los mensajes):

- a) — Retrato de James E. Padgett
- b) — Mi testimonio (por Leslie R. Stone)
- c) — Foto espiritual de Mary Kennedy con su alma gemela, el Dr. Stone.
- d) — La verdadera misión de Jesús

 I. Jesús y su relación con Dios.

 II. Dios y el alma humana.

 III. El problema del pecado.

 IV. Redención del pecado.

- 1. Los mensajes
- 2. Ámbitos celestiales

 La oración

- 3. Inmortalidad
- 4. ¿Quién y qué es Dios?

- 5. Espíritu Santo
- 6. Resurrección
- 7. El alma
- 8. Perdón
- 9. Expiación [**El volumen 1B comienza por este apartado 9**]
- 10. Infierno
- 11. Expiación vicaria
- e) — Mensajes adicionales

Retrato de James E. Padgett



El Sr. James Edward Padgett nació el 25 de agosto de 1852 en Washington, D.C., y estudió en el Instituto de la Academia Politécnica de New Market, Virginia. En 1880, fue admitido en el Colegio de Abogados de Washington, D.C., y posteriormente ejerció la abogacía durante 43 años, hasta su fallecimiento el 17 de marzo de 1923. Durante sus años de estudiante, entabló amistad con el profesor Joseph Salyards, instructor de la Academia, quien, tras su fallecimiento en 1885, le escribió numerosos mensajes interesantes. Su esposa, Helen, falleció alrededor de febrero de 1914, y fue la primera en escribirle desde el mundo espiritual. Padgett nunca practicó el don de la mediumnidad como medio para ganar dinero. Se dedicó por completo a la recepción de los grandes mensajes transmitidos por Jesús y sus numerosos discípulos.

Mi testimonio **Por Dr. Leslie R. Stone**

Este testimonio surge de las numerosas preguntas que surgieron tras la publicación de los volúmenes I y II de los Mensajes de Jesús y los Celestiales, que imprimí por primera vez en 1940 y que posteriormente han tenido tres ediciones. Con la publicación de esta cuarta edición del Volumen I, integro todas esas preguntas de los lectores interesados en un nuevo testimonio que mostrará cómo el Sr. Padgett pudo realizar la obra de recibir estos extraordinarios mensajes. Relata cómo conocí al Sr. Padgett y mis razones para creer que realmente podía recibir mensajes, no solo del

mundo espiritual, sino de los espíritus más grandes de los Ámbitos Celestiales, cuyo Maestro es Jesús de Nazaret.

Nací el 10 de noviembre de 1876 en Aldershot, Hampshire, Inglaterra, el décimo de trece hijos. Asistí a la escuela pública allí y posteriormente cursé estudios en la Escuela Secundaria de Farnham, Surrey, fundada por el rey Eduardo VI. Después trabajé en la talabartería de mi padre, William Stone, en Aldershot, y más tarde en Londres. Cuando el negocio decayó, emigré a Toronto, Canadá, en 1903. En esa ocasión, mi madre, gran creyente en la oración, le pidió al Padre Celestial que le hiciera saber cuál era su voluntad; su respuesta fue que yo debía ir.

Un día, en Toronto, me llamó la atención el anuncio de una reunión espiritista. Como nunca había asistido a una, sentí curiosidad y fui. La médium, que daba mensajes desde la plataforma, me señaló y dijo: «Tu padre, que dice ser William Stone, está aquí y se alegra de poder saludarte». La médium entonces me describió a mi padre tal como lo había conocido. Él nunca había estado en el Nuevo Mundo y había fallecido cuando yo tenía siete años. Dadas las circunstancias, era difícil que se le hubiera pedido a esta mujer que diera esta información sin tener contacto directo con el espíritu de mi padre.

Tras esta experiencia, comencé a leer muchos libros sobre espiritismo, como "*La Divina Revelación de la Naturaleza*", de [Andrew Jackson Davis](#), y "*La Gran Armonía*", del mismo autor. Estos libros tuvieron un profundo impacto en mí, pues la fe en las doctrinas religiosas que me había enseñado mi madre, una firme bautista, ya no me interesaba, en cuanto depositarias de las verdades. Creía en la existencia de un gran mundo espiritual y en la comunicación entre mortales y espíritus. Sin embargo, al mismo tiempo, confieso que el espiritismo, tal como se enseñaba, no satisfacía por completo los anhelos de mi alma. No fue hasta que conocí al Sr. [James E. Padgett](#) y leí los mensajes que, estoy completamente convencido, provenían de Jesús y los Espíritus Celestiales, que me di cuenta de que por fin había llegado a conocer las grandes verdades religiosas y el camino hacia el Padre y la unión con Él.

Me llevó once años desde mi llegada al Nuevo Mundo conocer al Sr. Padgett. Mis guías espirituales me aconsejaron ir a Detroit. Allí, la producción de automóviles era tal que me era imposible mantenerme con la talabartería, y, siguiendo un consejo espiritual, me mudé a Buffalo. Allí trabajé y estudié en un hospital durante siete años y finalmente me gradué como enfermero. Considero que este período de mi vida fue importante, ya que despertó en mí el interés por la sanación que más tarde me indujo a estudiar quiropráctica.

En Buffalo, seguí interesado en el espiritismo y recibí otra prueba personal de la vida espiritual. En una reunión espiritista, me senté junto a una mujer que resultó ser médium. De repente, se volvió hacia mí y me dijo: «Tu madre está aquí contigo». Le respondí: «Debes de estar equivocada. Recibí una carta de mi madre hace poco y goza de buena salud». La médium se encogió de hombros y respondió: «Tu madre nunca vivió en este país. Me dice que vivió en Inglaterra y murió hace poco». Continuó contándome de qué había muerto presumiblemente mi madre, describió el funeral y mencionó los nombres de los presentes. Me dijo que tenía una hermana, Edith, de quien recibiría una carta confirmando lo que decía. La carta llegó tal como la mujer había predicho, corroborando sus declaraciones. Si alguna vez tuve dudas sobre la verdad de la comunicación espiritual, las disipé en ese momento.

De hecho, avancé en el espiritismo hasta el punto de entrar en trances, donde estoy convencido de haber podido visitar el mundo espiritual. Sé que allí me encontré con mi madre, mi hermana Kate y

mi hermano Willie, quienes fallecieron en 1908. Sabía que estaba en mi cuerpo espiritual y que había abandonado mi forma mortal; y, de hecho, no deseaba regresar a ella, pero mi madre y mi hermana insistieron en que tenía un trabajo espiritual que realizar en el plano terrenal y que no podía entrar permanentemente en el mundo espiritual hasta que lo hubiera cumplido.

Podría seguir relatando muchas experiencias interesantes y curiosas que tuve el privilegio de vivir en el mundo espiritual, pero esta no es la ocasión, así que continuaré con la narración. Durante mi trabajo en el hospital, me interesé por la quiropráctica y, por sugerencia de espíritus que me comunicaban mensajes a través de médiums en Lily Dale, Nueva York, estudié en el *Palmer Gregory College of Chiropractic* en Oklahoma City, graduándome en 1912, tras un curso de dos años. Poco después, obtuve la licencia de quiropráctico en Washington, D. C. Me viene a la mente el nombre de la Sra. Bartholomew, médium de trompeta [[ref.](#)], y el Sr. Pierre Keeler, médium de pizarra, a quienes consulté en Lily Dale. Fue a través del hermano de este caballero que pude obtener una fotografía espiritual de mi alma gemela, Mary Kennedy. Me referiré a esto con más detalle más adelante. Al graduarme, fui a Filadelfia con la intención de abrir una oficina, pero al recibir mensajes de muchos de mis familiares en el mundo espiritual a través de una médium llamada Sra. Bledsoe, abrí una oficina en el paseo marítimo de Atlantic City. Debo decir que tuve éxito y contribuí decisivamente a la recuperación de muchos pacientes. Recuerdo claramente a un repartidor de periódicos de unos nueve años, llamado George Hutton. Sufría de parálisis en las piernas debido a la polio y usaba muletas para balancearlas. Le ofrecí tratamiento gratuito a este niño, a lo cual su madre accedió. El niño pudo volver a caminar sin muletas en dos tratamientos, y un osteópata y médico, el Dr. Walton, vino a verme. «Hoy vi al repartidor de periódicos caminando sin muletas», dijo, «y me dijo que usted lo había tratado. Vine a averiguar si era así». Más tarde, George entró y confirmó la curación. Siempre he creído que este caso de sanación, así como muchos otros que no puedo mencionar aquí, se debió a fuerzas espirituales que obraban a través de mí.

Aunque estuve ocupado en mi consulta del paseo marítimo durante los meses de verano, el otoño me trajo tan poca actividad, debido al cierre de muchos hoteles y la partida de gente, que me vi obligado a buscar otro lugar. Volví a Filadelfia y consulté a la Sra. Bledsoe, quien, a través de sus contactos espirituales, me aconsejó ir a Washington, D. C.

Llegué allí en noviembre de 1912 y abrí una oficina en la calle 14, noroeste. Allí me encontré por casualidad a un caballero al que había conocido en Lily Dale. Se llamaba William Plummer, de Frederick, Maryland. Me visitó en mi oficina y me dijo que estaba interesado en conseguir un ejemplar de "*¿Fue Abraham Lincoln un espiritista?*", de [Nettie Maynard Colburn](#). Quería encontrar al titular de los derechos de autor, ya que deseaba que se reimprimiera el libro. En su búsqueda, encontró el nombre de un tal Sr. Rollison Colburn, de Takoma Park, pero le informaron que este no era pariente de la escritora. Sin embargo, la búsqueda no fue del todo inútil, pues los Rollison Colburn demostraron estar interesados en el espiritismo, y nuestro interés en común se convirtió en una estrecha amistad.

Conocí a los Colburn a través del Sr. Plummer. Me parecieron personas muy amables y entrañables, muy interesadas en las experiencias psíquicas. Fue a través de su hijo, Arthur Colburn, que oí hablar por primera vez de los mensajes que recibía el Sr. Padgett. Me lo presentaron en su despacho del Edificio Stewart, en la calle 6 y D, noroeste, donde ejercía la abogacía. Esto ocurrió a principios del otoño de 1914, cuando todos estaban alborotados con el gran conflicto que había estallado en Europa. Algunos creían que había llegado el momento del fin del mundo y que Jesús mismo

aparecería en ese "fin de los tiempos". Para mí, ese fue el final de mis viajes y de mi búsqueda espiritual. Estos Mensajes de Jesús y los Seres Celestiales, recibidos por James E. Padgett, son tan extraordinarios en concepto y contenido (ya que afirman traer a la humanidad las más elevadas enseñanzas espirituales de Jesús como una revelación trascendental del mundo espiritual), que es indispensable que, como editor y firme creyente en las verdades contenidas en estos mensajes, proporcione a los lectores interesados, y para futura referencia, información de primera mano sobre el hombre a través del cual se recibieron estos mensajes y cómo fue habilitado y seleccionado para obtener estas asombrosas comunicaciones.

En este punto, debo mencionar que estuve muy a menudo en la habitación del Sr. Padgett cuando recibía estos escritos y que soy testigo presencial de la formación y desarrollo del Sr. Padgett como el médium por excelencia a través del cual las verdades del Padre Celestial y de la vida en el mundo espiritual así obtenidas han llegado a la humanidad.

Mi primer contacto con el Sr. Padgett fue en septiembre de 1914. Al principio me interesé por él porque parecía un caballero ejemplar y, lo que también era importante para mí, un auténtico médium. Nos hicimos amigos gracias al espiritismo y la mediumnidad, y esto se convirtió en un vínculo que, además de nuestro respeto mutuo y amor fraternal, creció rápidamente con el tiempo, y que nunca se rompió en esta vida hasta su muerte el 17 de marzo de 1923. Estoy convencido de que este vínculo continúa existiendo entre nosotros, su alma envuelta en un cuerpo espiritual y la mía aún con atavíos mortales.

El Sr. Padgett me invitó a visitarlo regularmente en su casa, ubicada en el número 514 de la calle E, N.W., Washington, D. C., donde, con el tiempo, conocí a Eugene Morgan y al Dr. Goerger. Padgett me contó que los mensajes que recibía eran escritos de su esposa, Helen, quien había fallecido a principios de ese año. Ella le había escrito mucho sobre su vida espiritual, describiendo sus experiencias al morir, la esfera de su morada espiritual, su amor por su esposo en carne y hueso, quien, según descubrió entonces, era su alma gemela. A partir de entonces, estuve presente con frecuencia mientras él seguía recibiendo estos mensajes. Llegaban en un torrente rápido de palabras conectadas que, obviamente, impedían la reflexión del escritor; de hecho, a menudo insistía en que no tenía una idea clara de lo que escribía con su lápiz hasta que los leía después. Así, pues, recibió, entre 1914 y 1923, unos dos mil quinientos mensajes, muchos de ellos provenientes, no me cabe la menor duda, de aquellos espíritus superiores cuyas firmas daban testimonio de las personalidades que representaban.

Interesado siempre en el espiritismo y en la posibilidad de que el hombre se comunique con los espíritus de los difuntos, le pregunté al Sr. Padgett cuáles eran las circunstancias que conducían a esta actividad mediúmnica. Los hechos, tal como me los relató, fueron los siguientes: Unos seis meses antes de conocerlo, él había asistido a una sesión espiritista ofrecida por la Sra. Maltby en Washington, D. C. Ella le informó que él poseía el poder psíquico de obtener escrituras automáticas de los espíritus y lo retó a esforzarse. Así lo hizo, y descubrió que su lápiz se movía automáticamente para producir lo que él llamaba "anzuelos" y "perchas". Tras un breve periodo de tiempo, finalmente obtuvo un escrito que pudo interpretar como un mensaje firmado por su esposa, Helen. Era una breve nota personal que declaraba que ella a menudo estaba presente en espíritu con él y lo contenta que estaba de poder escribirle de esa manera. En ese momento, el Sr. Padgett no creía la evidencia de los escritos de que su difunta esposa se había comunicado realmente con él. De hecho, quería saber qué pruebas podía ofrecer, si existían, para demostrar que era un espíritu quien realmente escribía, y de ser así, si era Helen. El escrito posterior reveló incidentes en sus vidas que

solo ambos podían conocer. Padgett pensó que incluso esto podía explicarse como material proveniente de su propia mente, y con razón, salvo que los escritos llegaban demasiado rápido como para que su mente pudiera formular ideas, y los mensajes insistían en que no era su mente, sino la de ella, la que operaba, haciendo hincapié en su amor por él y la felicidad que tenía estando con él.

Con su interés por el espiritismo profundamente despertado por estos extraños escritos, y ansioso por tranquilizarse, comenzó a leer libros sobre el tema. Recuerdo su lectura de "[Inmortalidad](#)" de [J. M. Peeble](#) y su frecuente asistencia a sesiones espiritistas. Allí comprendió que los espíritus, si se les da la oportunidad y en las condiciones adecuadas, pueden comunicarse con los mortales y que, al parecer, en su caso, los escritos que cuestionaba provenían de su difunta esposa. Se le aconsejó que continuara recibiendo mensajes mientras aprendía más sobre el mundo espiritual. Entre esas cosas, aprendió que las almas tienen sus parejas y que la vida espiritual, contrariamente a lo que enseñan las religiones ortodoxas, consiste en un progreso constante a través de los diversos reinos del universo espiritual.

Al final de uno de estos escritos, le preguntó a ella en qué plano o esfera se encontraba. Recibió la respuesta de que vivía en uno de los planos de la segunda esfera, donde hay cierta cantidad de luz y felicidad, pero que no deseaba ascender a otras esferas porque en ese momento podía contactar con él fácilmente en el plano terrenal y escribirle controlando su cerebro y su mano. Padgett me dijo que sentía su presencia intensamente, lo que le producía una sensación de felicidad que le era ajena, excepto cuando ella escribía.

Padgett me confesó que le gustaría verla progresar y así se lo manifestó. Le informó de que, a través de sus propios estudios espirituales, sabía que ella podría alcanzar esferas superiores y una mayor felicidad como espíritu. Helen respondió que averiguaría de su abuela, Ann Rollins, quien llevaba mucho tiempo en el mundo espiritual, qué pasos eran necesarios para progresar hacia esferas más elevadas y brillantes.

No sé por qué Helen recurrió a la abuela de su esposo en busca de orientación en el mundo espiritual. Muchos de los primeros mensajes del Sr. Padgett fueron destruidos porque eran de naturaleza tan personal que él no quería que otros conocieran su contenido. Pero sí sé que la afinidad entre los espíritus en el otro mundo se debe a la afinidad del alma y no a ninguna relación que uno pueda tener en la carne. Y por lo que el Sr. Padgett me contó de su abuela, y por los mensajes que ella escribió posteriormente (algunos de los cuales he incluido en estos volúmenes), debió de ser una mujer muy amable y afectuosa. En cualquier caso, Helen escribió posteriormente sobre su encuentro con Ann Rollins, quien, según ella, era un espíritu glorioso que habitaba en las altas esferas celestiales. Ann Rollins, para sorpresa de Padgett y de quienes estábamos presentes en aquel momento, le había informado de que el progreso espiritual hacia los reinos celestiales superiores solo podía obtenerse mediante la oración al Padre Celestial, pidiendo Su Amor a través del anhelo sincero del alma. Además, la madre de Padgett, Ann R. Padgett, también en el mundo espiritual, escribió a través de su hijo corroborando esta información. Ambos espíritus fueron fundamentales para que Padgett (y quienes, como yo, asistíamos a estos escritos) supiera que el progreso del alma hacia los reinos celestiales solo se lograba mediante la oración a Dios, pidiendo Su Amor Divino.

Estas sesiones, celebradas para obtener escritos de Helen, se habían convertido en un canal a través del cual se había inyectado una profunda nota religiosa, reemplazando el material personal. A partir

de los numerosos mensajes de Helen escritos en esa época y que obran en mi poder, podemos seguir su rápido progreso hacia las esferas superiores. Helen siguió el consejo de estos espíritus elevados y oró; y descubrió que sus oraciones por el Amor del Padre eran respondidas, y que este llegaba a su alma de una manera que causaba una purificación de sus deseos y pensamientos, con el correspondiente cambio en su alma y apariencia espiritual. Dijo que su cuerpo espiritual, reflejando la condición cambiante de su alma, se estaba volviendo más etéreo y brillante. Entonces escribió que había alcanzado la Tercera Esfera, donde la felicidad había aumentado considerablemente.

Poco después, sugirió que, dado que había cumplido el deseo de Padgett y había podido ascender a una esfera superior, que era apropiado que Padgett también buscara mejorar la condición de su alma. De hecho, sugirió que todos deberíamos hacerlo. Afirmó que, dado que el alma es la misma, ya sea en cuerpo físico o espiritual, podía transformarse mediante la oración al Padre pidiendo Su Amor Divino, no mediante oraciones intelectuales comunes que surgen de la cabeza, sino del corazón y el alma.

Padgett se negó a dar crédito a esta información. Los espíritus insistieron en que, como habitantes de los reinos superiores, poseían el conocimiento de esta verdad sagrada, y que el propio Jesús, siempre interesado en traer las verdades a la humanidad, vendría a corroborar sus afirmaciones si Padgett le daba la oportunidad.

No sé exactamente cuándo se recibió el primer mensaje firmado como el "Jesús de la Biblia", pues al escribir esto, más de cuarenta años después, no recuerdo la fecha. Padgett, evidentemente, consideró absurdo creer que Jesús le había escrito y, lamentablemente, desechó el mensaje. De hecho, el Sr. Colburn, quien hasta entonces había formado parte de nuestra comunidad, declaró que "no podía ser persuadido de que Jesús realmente hubiera escrito". Sin embargo, sus amigos, el Dr. Goerger, el Sr. Morgan y yo, teníamos la intuición de que Jesús había escrito un mensaje genuino. Por lo tanto, el mensaje más antiguo supuestamente de Jesús a Padgett que obra en mi poder está fechado el 28 de septiembre de 1914 y se refiere a un mensaje anterior escrito unos días antes. Es un mensaje extenso que insta a Padgett a orar por el Amor del Padre y afirma que ciertos pasajes del Nuevo Testamento, en los que Padgett creía firmemente, eran falsos. El Maestro continuó diciendo que él no era Dios ni había sido concebido por el Espíritu Santo según las enseñanzas de los predicadores de las iglesias. «*Dios no es solo espíritu, un espíritu de la mente. Es un espíritu de todo lo que pertenece a su Ser. No es solo Mente, sino Corazón, Alma y Amor*». El mensaje instaba a Padgett: «*Ve a tu Padre en busca de ayuda. Ve en oración, con fe firme, y pronto sentirás su amor en tu corazón*».

Padgett tenía dudas. Aunque no estaba completamente seguro de la autenticidad de los espíritus familiares, sintió la necesidad de preguntarse si Jesús realmente había escrito. En el volumen II he publicado algunos de los mensajes que recibió de Helen, Ann Rollins, su madre y su padre, John Padgett, todos corroborando que Jesús sí había escrito. También encontrarán en este volumen II, páginas 1 a 5, algunos de los primeros mensajes que recibió del Maestro. Le dicen a Padgett que tenga fe en que él es Jesús y lo animan a orar, pero son simplemente preparatorios y no contienen el maravilloso contenido ni la información que recibió cuando Padgett alcanzó la condición espiritual que le permitió obtenerlos.

En ese momento, el Sr. Padgett y yo comprendimos con convicción que tales mensajes no podían ser fruto de su propia imaginación. Había sido, según descubrí, metodista ortodoxo y durante muchos años había impartido clases en la Escuela Dominical de la Iglesia Metodista de la Trinidad

(Calle 5 y Seward Place, NE) en Washington, D. C. Su concepción de la doctrina religiosa era simplemente la que emanaba de esta iglesia protestante. Esta visión del progreso del alma era contraria a lo que le habían enseñado. Desconocía la idea del Amor Divino en contraste con el amor natural, o lo que éste podría ser, y comprendía que tal concepción era ajena a su pensamiento y jamás podría haber sido producto de su propia mente. Por lo tanto, estaba seguro, y yo estaba de acuerdo con él, de que estos escritos provenían no solo de Helen, Ann Rollins, su madre —espíritus de mortales difuntos—, sino del propio Maestro. Decidió seguir esas instrucciones que él mismo nunca había considerado, y que, por ese mismo hecho, debían provenir de inteligencias externas que se comunicaban con él de esta manera. Él —o mejor dicho, nosotros— comenzamos a orar por el Amor Divino, permitiendo que nuestros anhelos se dirigieran al Padre Celestial, y con el tiempo, un sentimiento instintivo se apoderó de nuestros corazones. Sentimos que esta emoción se intensificaba con nuestras continuas y fervientes oraciones, y al hacerlo, nuestra fe en Dios se solidificó y se hizo absoluta. Nunca antes, ni él ni yo, nos habíamos sentido tan seguros de la existencia real del Padre, de su Divino Amor y misericordia. El frío concepto intelectual que habíamos albergado de Él se transformó, mediante las oraciones por su Amor, en un cálido, radiante y vivo sentimiento de cercanía, de unidad con el Padre Celestial, cuyo Amor, misericordia y bondad percibíamos como personales y reales.

El cambio en la actitud de Padgett hacia el Padre Celestial, gracias a la afluencia de su Amor, motivó un mensaje de Ann Rollins. En él se reconocía el efecto que este Amor Divino estaba teniendo en su alma, que ahora era un receptáculo para la esencia de la Naturaleza Divina del Padre. También se informaba sobre el progreso de Helen hacia esferas superiores. Helen —dijo en su mensaje—, ahora tenía un espíritu mucho más feliz, y su cuerpo espiritual brillaba con un resplandor producido por el Amor del Padre en su alma.

Un mensaje tras otro —de Helen, Ann Rollins y, sobre todo, de Jesús—, animaba a Padgett a seguir orando y a obtener mayores dosis del Amor del Padre. Como médium, podría ser utilizado para transmitir mensajes de los espíritus celestiales más elevados. Finalmente, el propio Jesús escribió que, dado que Padgett tenía la capacidad de recibir escritos de los espíritus, si su cerebro se transformaba lo suficiente mediante el desarrollo del alma, obteniendo más Amor Divino hasta el punto de poder recibir mensajes de alta calidad, Jesús mismo y sus apóstoles vendrían y escribirían a través de él las verdades del Padre, de su misión en la tierra, sobre el Nuevo Testamento y el cristianismo. "Solo oren y oren con más ahínco por el Amor del Padre", instaba en los mensajes.

El Maestro escribió el 5 de octubre de 1914 declarando que había elegido a Padgett para realizar su labor de difundir las verdades del Padre a la humanidad. Cito la última parte:

«Acude al Señor en oración y Él eliminará de tu alma todo aquello que la contamina y la aleja de Él. Él es quien la purificará del pecado y del error.

»Solo las enseñanzas que te daré revelarán las verdades de mi Padre. No dejes que tu corazón se angustie ni se desanime, porque siempre estoy contigo y te ayudaré en cada momento de necesidad. Solo cree que soy el Jesús de las Escrituras y que no estarás mucho tiempo fuera del Reino. Eres mi elegido en la Tierra para proclamar mis buenas nuevas de vida y amor. Sé fiel a ti mismo y a tu Dios, y Él te bendecirá abundantemente. Guarda sus mandamientos y serás muy feliz y pronto recibirás la satisfacción que Él da a sus verdaderos hijos. Acude a Él en todas tus dificultades y encontrarás descanso y paz. Pronto estarás en condiciones de dejar las cosas de este mundo en paz, pues te necesito para mi servicio.

»Con todo mi amor y bendiciones, y las del Espíritu Santo, soy Jesús».

Padgett finalmente se convenció de que estaba siendo desarrollado para una tarea de mediumnidad mediante la cual se darían grandes mensajes de verdades religiosas a la humanidad a través de él. Oró con fervor y frecuencia, y durante los tres meses siguientes no solo Jesús le escribió, sino también muchos de los apóstoles, especialmente Juan y Santiago, quienes le insistían en que siguiera orando por el Amor del Padre, pero que aún no había llegado el momento de entregar los grandes mensajes; el cerebro de Padgett, aunque había cambiado de calidad, aún no había alcanzado la alta calidad que permitiría el paso de comunicaciones como las que proponían. Continuamente lo instaban a buscar más del Amor del Padre mediante la oración. Muchas veces, cuando lo encontraba en su habitación, me decía:

«Doctor, siento el Amor Divino en mi alma con tal intensidad que creo que ya no puedo soportarlo».

Decía que esta experiencia siempre era suya cuando oraba por el Amor del Padre antes de recibir mensajes de Jesús y los Espíritus Celestiales. Y puedo afirmar con toda sinceridad, aunque solo sea para corroborar sus experiencias, que estos sentimientos también eran míos, aunque quizás en menor medida.

Al recibir estos mensajes preparatorios, a Padgett se le ocurrió preguntar cómo Jesús lo había elegido para realizar esta obra y qué poder, específicamente, había en el Amor Divino que le permitiría tener éxito. Inevitablemente, llegó la respuesta; de hecho, una del Apóstol Juan y otra de Jesús. El mensaje de Juan, que se encuentra en el volumen II, págs. 216-226, trata sobre las [leyes de vinculación](#) en el mundo espiritual, que permiten la comunicación entre espíritus y mortales, y el mecanismo por el cual el cerebro del mortal es acondicionado para recibir diversos tipos de mensajes: intelectuales, morales y del alma. Es un mensaje de gran importancia para quienes estén interesados en desarrollar la mediumnidad o en ampliar sus poderes mediúmnicos. Pero la respuesta de Jesús es más directa. El mensaje está impreso en el volumen I, págs. 2-5, por lo que puede leerse en su totalidad. Pero para resumir brevemente, Jesús escribió que dos cosas son necesarias para que un médium genuino reciba los mensajes de las verdades del Padre, que se darían pronto. Primero, el médium debía tener una fe profunda en que los espíritus de los Ámbitos Celestiales, habitantes del Reino de la Inmortalidad de Dios, eran seres reales que podían, si el médium alcanzaba cierta condición de alma, controlar su cerebro y escribir a través de él. Si el médium no tenía esta fe en su corazón, los espíritus celestiales no podrían establecer contacto con él. Segundo, el médium debía estar dispuesto a someterse a las condiciones impuestas por los espíritus: debía obedecer sus instrucciones y orar al Padre por su Amor Divino, pues solo este Amor tenía el poder de transformar el cerebro del médium para que pudiera sintonizar con los pensamientos de los espíritus, y esta transformación del cerebro sólo podía lograrse mediante el desarrollo de su alma. Mediante la oración, dijo Jesús, el Amor del Padre que inunda el alma la transforma desde ser la imagen de Dios (con la que el hombre fue creado) a ser esencia de Dios, de modo que el pecado y el error en el alma humana no pudieran existir, y el cerebro del mortal, así purificado de pensamientos materiales y manifestando en sus pensamientos la condición de su alma transformada, pudiera alcanzar la condición que correspondía a la condición anímica de los espíritus, y así pudiera comprender sus pensamientos.

En eso consistía la relevancia del Amor Divino. En resumen, Padgett debía alcanzar, mediante la oración al Padre, una condición anímica cercana a la de los Espíritus Celestiales para que su cerebro

recibiera sus mensajes. La oración debía ser constante, pues de lo contrario, los pensamientos renovados del plano terrenal y materiales naturalmente volverían a imponer su dominio, y el Amor y la condición elevada del alma se volverían inactivos. Así, dijo Jesús, Padgett no había sido seleccionado por ninguna bondad particular o liberación del pecado, en comparación con otros mortales —pues había muchos mejores y que estaban en una condición espiritual más elevada que él—, sino por su fe en que Jesús podía venir, y su voluntad de obedecer a los espíritus y orar por el Amor Divino para una transformación de su alma para que se pudieran cumplir las condiciones para recibir estos mensajes.

Además, declaró Jesús, había intentado durante siglos escribir así sus mensajes, y había encontrado muchos médiums mucho más dotados que Padgett, pero como creían que Jesús era Dios, o como creían que era imposible que Jesús escribiera, o debido a sus creencias y dogmas religiosos, se habían negado a someterse a las inspiraciones de los espíritus. Y dado que el hombre está dotado por su Creador de libre albedrío, Jesús y los Espíritus Celestiales no podían obligarlo a someterse a una tarea a la que se oponían y en cuya eficacia no estaban convencidos. Por estas razones, afirmó Jesús, no se pudo elegir a nadie más que a Padgett.

El Sr. Padgett estaba ahora plenamente convencido de que lo que recibía no provenía solo de los Espíritus Celestiales, sino del propio Maestro. Me parece interesante señalar que no sólo confió sus creencias a sus amigos, como yo, Eugene Morgan y el Dr. Goerger, sino que escribió con valentía sobre ellas. Tengo en mi poder una copia de una carta que escribió al Dr. George H. Gilbert, Ph.D., D.D., quien había publicado un artículo sobre religión titulado "Cristianizando la Biblia" en el número de noviembre de 1915 de *Biblical World*. Este artículo, que he leído, abogaba por un menor énfasis en el Antiguo Testamento y su énfasis en un Jehová severo y castigador, y una mayor atención a las enseñanzas del Nuevo Testamento y los dichos de Jesús. No se hacía ninguna alusión al Amor Divino en el artículo del Dr. Gilbert, algo que cualquiera que consiga una copia de la Biblioteca del Congreso (o de cualquier otra biblioteca que lo contenga) puede descubrir fácilmente.

La carta del Sr. Padgett, de la que he publicado extractos en el Vol. II, la reimprimo ahora íntegramente. Explica cómo durante un buen tiempo se negó a creer en el contenido o el origen de la escritura, pues, con su mentalidad legalista, sólo aceptaba la evidencia más concreta como prueba, pero que finalmente quedó completamente convencido de la verdad de los mensajes y de su fuente. Aquí está:

28 de diciembre de 1915.

Dr. George H. Gilbert, Ph.D., D.D., Dorset, Vermont.

Estimado señor:

Espero que me disculpe por escribirle como lo haré, ya que su evidente interés voluntario en cierto tema, y mi interés involuntario en el mismo, constituyen la única excusa. He leído su artículo, "*Cristianizando la Biblia*", en la edición de noviembre de *Biblical World*, y me ha impresionado mucho, no solo por sus méritos intrínsecos, sino porque sus exigencias y sugerencias son muy similares a las que he presentado a través de mí, de una manera que difícilmente espero que usted dé crédito. Sin embargo, le someteré el asunto, reconociendo su derecho a considerar que lo que yo diga no merece su seria atención.

Primero, permítame afirmar que soy un abogado práctico con 35 años de experiencia y, como tal, no estoy dispuesto a aceptar alegaciones de hechos como ciertas sin pruebas. Nací y crecí en una iglesia protestante ortodoxa y hasta hace poco mantuve mis creencias ortodoxas; hace poco más de

un año, al sugerirme que yo era psíquico, comencé a recibir mensajes por escritura automática, que decían ser del mundo espiritual. Desde entonces, he recibido cerca de 1500 mensajes de este tipo sobre diversos temas, pero la mayoría sobre temas espirituales y religiosos, no ortodoxos, como aquellos sobre errores de la Biblia.

No tengo espacio para nombrar, ni probablemente le interese, a la gran cantidad de autores de estos mensajes, pero entre ellos se encuentra Jesús de Nazaret, de quien he recibido más de 100. Diré con franqueza que durante mucho tiempo me negué a creer que estos mensajes provenían de Jesús, porque Dios, aunque tenía el poder, como yo creía, no haría tal cosa. Pero la evidencia de la veracidad del origen de estos mensajes se volvió tan convincente, no solo por la gran cantidad y la certeza de los testigos, sino también por los méritos inherentes e inusuales de su contenido, que me vi obligado a creer, y ahora le digo que creo en la veracidad de estas comunicaciones con la mayor certeza posible, como jamás creí en la verdad de un hecho establecido por la evidencia más contundente en un tribunal. Además, deseo decir que, en mi conciencia, yo no pensaba cuando escribía los mensajes. No sabía qué iba a escribir ni qué estaba escrito en ese momento, salvo la palabra que el lápiz escribía.

El gran objetivo de estos mensajes de Jesús, tal como los escribió, es revelar las verdades de su Padre. Afirma que la Biblia no contiene sus verdaderas enseñanzas tal como las reveló en la Tierra; que muchas de sus palabras no están contenidas en ella, y que muchas de las que se le atribuyen no las dijo en absoluto. Y desea que las verdades sean dadas a conocer a la humanidad. Debo decir que muchas de estas verdades que ya ha escrito, nunca las había escuchado antes, y he estudiado la Biblia hasta cierto punto. Una cosa en particular me impresionó: la verdad de que él sacó a la luz "la vida y la inmortalidad". La Biblia no lo dice, y no he podido encontrar una explicación al respecto en ningún comentario bíblico. Pero es suficiente: simplemente escribí esto para asegurarse que soy serio al enviarle para su lectura la copia adjunta de un mensaje; y no lo haría si no fuera porque el mensaje comenta su artículo y también otro artículo del mismo número de Biblical World.

La noche del 24 de diciembre de 1915 leí su artículo y la noche siguiente, la de Navidad, recibí un escrito del que adjunto una copia. Observará que parte del mensaje es personal, pero pensé que era mejor enviarlo tal como me llegó. Y aunque no confié en el origen del mensaje, puede encontrar en él algunas reflexiones para su consideración. Con la esperanza de que disculpe mi intrusión, el que suscribe,

con todo respeto,

(s.) James E. Padgett

Unas noches después, un mensaje firmado "Jesús" comentaba que Padgett había enviado una copia del mensaje y hacía referencia a su carta al Dr. Gilbert:

28 de diciembre de 1915

Estoy aquí, soy Jesús:

Vine esta noche para decirte que hiciste bien en enviar el mensaje a la persona que escribió el artículo sobre la cristianización de la Biblia, pues creo que lo apreciará enormemente. No es un clérigo ortodoxo, sino predicador de una iglesia unitaria en el pequeño pueblo donde vive, y es un hombre de mente muy abierta.

Puede que tenga algunas dudas sobre la fuente del mensaje y no se sienta inclinado a aceptar como ciertas tus declaraciones sobre cómo lo recibiste, pero sus dudas no serán tan intensas como para

aseverar sin vacilación que no podría ser cierto que hayas recibido mi mensaje. De cualquier manera, se interesará en el tema del mensaje y descubrirá ideas que nunca antes había tenido.

Comprendo plenamente que, cuando se publiquen mis mensajes, la gran dificultad para que sean aceptados será la duda de la gente sobre su origen, pero tendrás que completar el libro de tal manera que el testimonio de los numerosos testigos sea tan fuerte que la duda no pueda resistir la abrumadora evidencia de que yo soy el autor de los mensajes. Y cuando los hombres los lean, comprenderán que las verdades que contienen solo pueden provenir de una fuente superior a la mente mortal y que la mano del Padre está en ellos.

Así que seguiré escribiéndote para que recibas los mensajes, y cuando llegue el momento de publicarlos, estoy seguro que serán recibidos con el tiempo. Muy pronto te escribiré otro que será de importancia para la humanidad. Sólo diré además que estoy contigo, tratando de ayudarte y de hacerte creer con todo tu corazón en el Amor Divino del Padre, en mi misión y en tu trabajo. Tu hermano y amigo, Jesús.

Para entonces, por supuesto, mis ideas originales sobre el espiritismo habían experimentado una transformación radical. A la luz de los mensajes, el espiritismo ya no podía ser simplemente un esfuerzo por demostrar satisfactoriamente, mediante sesiones espiritistas que repetían el mismo proceso y ritual, que el hombre sobrevivía a la muerte y que su espíritu, aunque desprovisto de su cuerpo físico, podía emerger de su hábitat espiritual y dar evidencia de su existencia postmortal. Tanto Padgett como yo veíamos ahora en el espiritismo no solo la creencia en la vida después de la muerte y la convicción de la comunicación entre mortal y espíritu, sino un gran universo de espíritus que buscaban el progreso hacia la luz y la felicidad mediante la purificación de sus almas, y la posibilidad de transformación de estas almas mediante la oración al Padre Celestial por su amor. Desapareció mi creencia en vibraciones, inteligencia abstracta, fuerza cósmica, cuerpos astrales y demás parafernalia de concepciones simples y frías; el verdadero espiritismo ocupó su merecido lugar como parte integral de esa religión sublime que afirmaba que las almas estaban vivas, con o sin cuerpo, y que estas almas podían ser transformadas desde la imagen de Dios, tal como fueron creadas originalmente, hacia la esencia y naturaleza misma de Dios mediante su Amor Divino. No tuve que buscar más. Mi búsqueda de Dios había terminado. Lo había encontrado a través de los Mensajes de Jesús y sus espíritus celestiales.

Sobre este tema, el 5 de diciembre de 1915 se recibió un mensaje firmado por San Lucas, en el que se señalaba lo limitado y estéril que era el espiritismo a menos que se le infundiera vida mediante la fe en el Padre Celestial y la oración a Él, implorando su Divino Amor y Misericordia. En la primera impresión, me abstuve de insertar el mensaje de San Lucas por temor a herir la sensibilidad de los espiritistas, pues fue a ellos a quienes recurrió inicialmente para la distribución inicial de los mensajes. Sin embargo, en esta cuarta reimpresión, he insertado el mensaje completo, pues su inconfundible sello de autenticidad atraerá a los numerosos espiritistas que ahora han combinado sus verdades con las enseñanzas del Maestro sobre el Nuevo Nacimiento. Antes de concluir, quiero escribir sobre mi alma gemela, Mary Kennedy, y sobre algunos mensajes nuevos a través de Padgett que estoy insertando en el Volumen I. Estos mensajes incluyen dos de Jesús, el de San Lucas, ya mencionado, otro de Elohiam, miembro del Sanedrín que condenó a Jesús en su juicio, uno de Helen y dos de Mary. También añado fotografías de Mary tal como se materializó en el estudio del

Sr. William Keeler, hermano de Pierre Keeler, quien, como ya he dicho, era un médium de pizarra que conocí en Lily Dale. Las fotos fueron tomadas en Washington, D. C. en febrero de 1920, donde yo estaba sentado, y en una de ellas apareció, serena y tranquila, con ciertas luces espirituales alrededor de su cabeza y parcialmente sobre mi cuerpo. Dicha iluminación tapaba la corbata negra que llevaba en ese momento. Sí, mi Mary es un espíritu glorioso y viviente de los Ámbitos Celestiales. He recibido muchos escritos de ella a través del Sr. Padgett y, más recientemente, a través de un colaborador mío. Espero que disfruten de sus mensajes. Los mensajes adicionales de Jesús incluyen uno recibido el 25 de diciembre de 1914, justo antes de la redacción de los grandes escritos formales. Otro, fechado el 15 de diciembre de 1915, declara que, debido al Amor que había obtenido y a mi deseo de ayudar a difundir las Verdades del Padre, Jesús me había seleccionado para realizar una obra por el Reino. Esta resultó ser la publicación de los mensajes de Padgett. Desde entonces, he dedicado toda mi vida a ellos y a promover la tarea del Maestro de difundir las Verdades a la humanidad. Siento que he dado un paso adelante en mi vida y que mis asociados y amigos de todo el mundo continuarán la obra.

Dr. Leslie R. Stone

“Foto espiritual”



Foto espiritual de Mary Kennedy con su alma gemela, el Dr. Stone. Tomada en febrero de 1920, en el estudio del Sr. William Keeler en Washington, D.C.

De Mary:

"...Me han visto en las fotografías, y aunque no me muestran como realmente soy en mi estado de gloria y belleza, les darán una idea de cómo me vería si fuera simplemente un espíritu en la luz..."

(Nota del "Proyecto Verdades") - Dado que esta foto ha sido obviamente retocada, algunos han dudado de su autenticidad. Aquí tienen un extracto de una sesión de preguntas y respuestas con Jesús, recibida a través de A.B. el 30 de junio de 1996:

(P) Tengo una pregunta de _____. Está dividida en dos partes, Maestro. Expresó su interés en saber cuáles son las condiciones para que una cámara capture la foto de un espíritu en la película. Algunas personas han comentado que la foto en los Volúmenes de Mary Kennedy (un espíritu) y su alma

gemela, el Dr. Leslie R. Stone (en persona), no parece auténtica, y él quiere saber cómo debemos responder a este tipo de comentarios.

(Jesús) Existen fuerzas en este plano terrenal, rara vez utilizadas por mortales o espíritus, para recolectar ectoplasma de los campos energéticos de otros, lo que ayuda a hacerse más visible al ojo humano. No obstante, nuestra cámara está diseñada según el ojo humano, y, por supuesto, su capacidad para ver los matices de energía que existen en todas partes es mucho más limitada.

Si la cámara logra capturar imágenes con mayor claridad que otras, es porque el espíritu y el mortal involucrados utilizan ciertas fuerzas que permiten que el ectoplasma se acumule en mayor abundancia. Eso hace que una imagen sea capturable.

No recomendaría... discutir demasiado con nadie que crea que estas cosas no son auténticas, pues tienen mentalidades inseguras o dubitativas que descartan la posibilidad o realidad de la existencia espiritual, y es una batalla perdida.

(P) La gente dice: "¡Eso es una doble exposición; cualquiera lo nota, y además mal hecha!".

(Jesús) Y él puede asegurarles que sin duda están en su derecho a tener esa opinión.

La Verdadera Misión de Jesús

I. Jesús y su relación con Dios

Independientemente de lo que se crea sobre la fuente de los Mensajes de Jesús y los Celestiales, su contenido es tan nuevo y revolucionario, y a la vez tan convincente por su lógica y sublime sencillez, que debe emprenderse un estudio serio de los mismos para comprender su significado y desafío.

En estos mensajes Jesús de Nazaret se presenta como el Maestro de lo que él llama los Ámbitos Celestiales [*Celestial Heavens*], donde sólo aquellos espíritus que poseen el Nuevo Nacimiento a través de la oración al Padre por Su Amor Divino pueden morar en la luz y la felicidad, y conscientes de su inmortalidad a través de su unión con Él [*at-onement with Him*] en su naturaleza álmica.

Si estos mensajes son auténticos como provenientes de Jesús y sus espíritus celestiales, entonces a la humanidad se le ha dado por fin la verdadera misión que Jesús proclamó en la Tierra. Esta misión enseñó la transformación del alma del hombre desde ser imagen de Dios —la obra de la creación original— a ser la esencia misma de Dios a través del otorgamiento del Amor del Padre a quienquiera que busque ese Amor con ferviente anhelo. Reveló que Jesús mismo manifestó primero el Amor del Padre en su alma, haciéndole así uno con el Padre en naturaleza y dándole esa clara conciencia de su parentesco con el Padre y su inmortalidad de alma. Mostró que, en este desarrollo del alma, Jesús era realmente el verdadero Hijo de su Padre, no por el camino metafísico y misterioso de un hipotético nacimiento virginal, sino a través del Espíritu Santo, esa agencia del Padre que transmite Su Amor a las almas de Sus criaturas que lo buscan en ferviente oración. Pone de manifiesto que Jesús nació de María y José, de padres humanos como los demás seres humanos, pero que no por ello dejó de ser el Mesías prometido a los hebreos y a la humanidad en el Antiguo Testamento. Porque allí donde enseñó la '*buena nueva*' de que el Amor de Dios estaba disponible, y que era este Amor el que otorgaba la inmortalidad al alma llena de este Amor, Jesús llevó consigo la naturaleza de Dios —el Reino de Dios—. Al mismo tiempo, Jesús nos dice que ni él era Dios, ni su

madre María era la madre de Dios, ni era virgen después de su matrimonio con José, sino que ella era en verdad la madre de ocho hijos, de los cuales él era el mayor, y que tenía cuatro hermanos y tres hermanas carnales, y no primos, como relatan algunas versiones de la Biblia.

Además, relata que no vino a morir en una cruz, ni su sangre derramada trajo o trae la remisión de los pecados. También echa por tierra las antiguas afirmaciones del Nuevo Testamento de que instituyó un sacramento de pan y vino la víspera de su arresto en la Última Cena. Esta piadosa afirmación, declara, nunca fue suya, ni la enseñó jamás ninguno de sus apóstoles o discípulos, sino que fue insertada alrededor de un siglo más tarde para que tal doctrina pudiera concordar con las ideas que prevalecían entonces entre los griegos convertidos al cristianismo. La comunión con el Padre Celestial nunca puede tener lugar a través de la noción errónea de que tuvo que ser clavado a [*impaled*] una cruz por soldados romanos, por orden de Pilato, el Procurador de Judea, y de acuerdo con los sumos sacerdotes incomprendivos, para que pudiera aparecer como un sacrificio por el pecado. No hay ningún sacrificio por el pecado, afirma Jesús, y su sangre seca no puede hacer lo que sólo el hombre mismo debe hacer, volviéndose en arrepentimiento y oración al Padre Celestial, para efectuar ese cambio en su corazón por el que su alma abandonará el mal y el pecado, y abrazará lo que es justo. La ayuda del Padre en la eliminación del pecado del alma humana es Su amor divino que, al entrar en el alma a través de la oración, elimina el pecado y el error de esa alma y proporciona no sólo la purificación, sino su transformación en un alma divina, en armonía con la gran alma del Padre en cuanto a su naturaleza. Esta comunión real, que Jesús mismo había logrado, es, declara, la única comunión entre Dios y sus hijos, que Él ha provisto para su salvación y vida eterna con Él. La expiación vicaria, afirma Jesús, es un mito, y su aparición en el Nuevo Testamento es una de las muchas afirmaciones falsas insertadas en él para armonizarlo con conceptos posteriores sobre su relación con el Padre, que estos copistas griegos y romanos posteriores no entendieron. Es algo terrible creer que Dios, para llevar a cabo el sacrificio de Su Hijo, aprobara el arresto ilegal de Jesús en la Pascua, los azotes sangrientos, la traición de Judas, el juicio patentemente injusto por parte de los sumos sacerdotes y los sanedritas, así como el miedo de Pilato a la revuelta judaica contra el dominio romano, para envolver [*encompass*] la muerte inhumana de Jesús, Su Mesías, en una cruz. Como si Dios necesitara llevar a cabo a través de la maldad y el pecado la misma maldad y pecado que Él busca borrar en Sus hijos.

A la luz de estos mensajes, se impone sin duda una nueva interpretación de la muerte de Jesús en la cruz. Las iglesias ortodoxas nos dicen que Jesús se entregó voluntariamente como sacrificio por el pecado porque amaba a la humanidad hasta el sacrificio de sí mismo, y porque como Mesías había venido con ese propósito. Se supone que ocupa el lugar del sacrificio hebreo, el cordero, y en el Nuevo Testamento se le llama el Cordero de Dios. De hecho, el sacrificio de un animal en el Antiguo Testamento nunca tenía la intención de quitar el pecado, y esto se demuestra por el hecho de que, a pesar de que estos sacrificios no estaban permitidos durante el cautiverio babilónico, la gente todavía ponía su fe en la redención a través de alejarse del pecado y buscar a Dios a través de una vida de conducta moral y ética.

Jesús se sacrificó, en efecto, pero de una manera nunca relatada ni comprendida por los escritores del Nuevo Testamento. Jesús fue a la muerte porque no renegaría de su misión: que, como primer humano en alcanzar mediante la oración un alma inmortal llena de la esencia del Padre —el Amor Divino—, era de este modo el primer verdadero hijo de Dios y, por tanto, el Mesías. Jesús podría haber salvado la vida si se hubiera retractado en el juicio, pero murió porque permaneció fiel a sí mismo, fiel a su condición de Mesías y fiel al Padre que le había enviado. Jesús sacrificó toda su

vida predicando el Amor del Padre: renunció a su hogar, a la posibilidad de casarse y tener su propia familia, a la posibilidad de dedicarse a las actividades tranquilas de un carpintero nazareno; en lugar de eso, eligió el odio y la oposición de los que no entendían y preferían el *statu quo*; eligió la incomprendión de sus seres queridos, que lo consideraban loco y pretendían que se marchara de Galilea; eligió los viajes y desplazamientos constantes, de modo que a menudo no tenía dónde reclinar la cabeza; eligió predicar en el Templo de Jerusalén, sacar a los prestamistas, desafiar la conspiración de quienes buscaban su muerte y afrontar con valentía las consecuencias de lo que sabía que debía ocurrir inevitablemente. Sí, Jesús se sacrificó, pero ya es hora de dejar a un lado el mito y la metafísica, y conocer y darnos cuenta de en qué consiste ese sacrificio. Cuando comprendemos su sacrificio, entonces Jesús resalta en toda su grandeza, en todo su valor, en toda su serenidad y perdón y amor por la humanidad, con su fe absoluta en el Padre y en su Amor, en aquel día de su enseñanza, tribulación y muerte.

Jesús nos cuenta muchas cosas sobre sí mismo y sobre su vida en Tierra Santa. Afirma que la historia bíblica de su nacimiento, menos los muchos elementos sobrenaturales que contiene, es sustancialmente cierta, y que nació en Belén, llevado por sus padres a Egipto para evitar la destrucción por Herodes, que los Magos sí vinieron de Oriente a rendirle homenaje y que los maestros le enseñaron los elementos de la fe hebrea; pero que fue el Padre mismo quien le enseñó la verdad del Amor Divino y le hizo comprender cuál era su misión. Nos dice que Juan el Bautista, su primo, era un gran vidente y tenía cierta comprensión de él como Mesías, y que ambos planearon el ministerio público del Maestro. Afirma que Juan nunca envió emisarios cuando estaba en la cárcel para que le asegurasen que Jesús era '*aquel a quien buscamos*', y que Jesús, siendo un niño de doce años, nunca se presentó ante los doctores de la Ley en el Templo de Jerusalén.

Jesús cuenta también algunos de los milagros que realizó. La mayoría de ellos, explica, se referían a su poder curativo; pero nunca resucitó a Lázaro ni a nadie de entre los muertos, ni nadie más ha podido hacerlo, a pesar de lo que dicen las Escrituras, pues el cuerpo espiritual no puede volver a la carne una vez que las condiciones físicas de la vida han sido destruidas. También relata que nunca calmó una tormenta reprendiendo a las olas en el Mar de Galilea, pero que sí calmó los temores de los discípulos que estaban con él mediante su ejemplo de valentía y seguridad.

Algunos de los mensajes más importantes que, en mi opinión, escriben Jesús y algunos de los espíritus elevados son los relacionados con la resurrección de entre los muertos del Maestro después de su crucifixión. Jesús informa al Sr. Padgett que murió en la cruz y que se apareció a Pedro, Juan, María Magdalena y su madre al tercer día, pero que la verdadera explicación de este suceso es muy diferente de las opiniones aceptadas por las iglesias. Aquí se supone que Jesús revela su divinidad resucitando de entre los muertos; pero en realidad, el alma de Jesús nunca murió, ya que el alma de ningún hombre muere con la muerte física, y el Maestro continúa afirmando que, con el poder inherente a su alma con el Amor Divino, simplemente desmaterializó su armazón mortal, anunció en el Mundo Espiritual la disponibilidad de la Inmortalidad para los mortales y para los espíritus a través del Amor del Padre que él fue el primero en manifestar, y luego, al tercer día, materializó un cuerpo a la manera de la carne y el hueso, extraído de los elementos del universo; y que fue en este cuerpo materializado, que pudo asumir sin ayuda mediúmnica, en el que se apareció a María Magdalena y a los demás. Esa es la razón, afirma, por la que María no lo reconoció al principio y pensó que era el jardinero, y lo mismo puede decirse de sus discípulos de Emaús. El gran error de los cristianos de todas las épocas ha sido creer que Jesús se reveló como parte de la divinidad mediante esta resurrección, es decir, resucitando de entre los muertos; pero en realidad su hazaña

consistió en la asunción de un cuerpo de carne y hueso, de hecho, tan real, como para convencer incluso al dubitativo Tomás.

II. Dios y el alma humana

En cuanto a quién y qué es Dios, me atrevo a decir que nunca la Biblia, ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento, ha dado al hombre una comprensión de la Deidad y Sus atributos en la medida y profundidad que aparece en los mensajes firmados por Jesús y los Celestiales. Según estos elevados espíritus, el hombre es uno con el Padre en la medida en que Su amor abunda en su alma. Dios es Alma, compuesta de Su mayor atributo, el Amor Divino, que es Su propia naturaleza y esencia, seguido de la Misericordia, la Bondad, el Poder, la Omnipotencia y la Voluntad, y siendo la Mente, tan adorada por la humanidad, sólo un aspecto de este Ser. Aunque Dios no tiene la forma que Él da a la humanidad en la encarnación, ni un cuerpo espiritual, que es manifestado por el hombre después de su muerte física, sin embargo Dios posee Su forma definida de Alma, que se hace más claramente perceptible para el alma que siente o percibe la Superalma de Dios, o los atributos divinos de la misma, a medida que entra en una relación más estrecha con Dios a través del desarrollo de su alma. Pues aunque Dios es sólo Alma, única en su Unidad, y aunque no tiene cuerpo material o espiritual, tiene personalidad, la personalidad divina que manifiesta Su Amor y Misericordia, Su bondad y solicitud por todas Sus criaturas. Dios, entonces, no es un intelecto frío, ni una mente abstracta, ni fuerzas indiferentes e insensibles, sino un Padre personal cálido y amoroso, deseoso de la felicidad de Sus hijos, sin importar raza o color o credo. A través de Sus ángeles ministradores, busca que Sus hijos se vuelvan hacia Él, y que se mantengan en armonía con Sus leyes, o que acudan efectivamente a Él en el anhelo de sus almas humanas por ese algo que no saben qué es, y obtengan la reconciliación con Él a través de la afluencia de Su Amor en sus almas en respuesta a sus fervientes oraciones. El Alma es Dios y Dios es Alma, y todos Sus atributos sumados no componen quién y qué es Dios. Estos atributos irradian de Su Gran Alma e inundan el universo, así que cuando los hombres dicen que viven y tienen su ser en Dios están en un error porque no es así, sino que viven y tienen su ser en los atributos que Dios les ha dado: el alma humana. Cuando uno obtiene el mayor atributo de Dios, el Amor Divino, que se manifiesta como un cálido resplandor que arde en el alma, como les ocurrió a los refugiados de Emaús ([Lucas 24:32](#)), entonces está realmente sintiendo o percibiendo la Gran Alma de Dios en la medida en que participa de ese Amor.

En los Mensajes de Jesús abunda información sobre el alma humana que ni siquiera se menciona en las Escrituras, que presumiblemente deberían ser el lugar donde buscar ese material. Ciertamente, en el Génesis se nos dice que Dios creó al hombre '*a Su imagen*', pero todo lo que tal afirmación implica o sugiere es atormentadoramente insuficiente, y se nos deja a nuestras propias ideas, o se nos obliga a aceptar lo que las iglesias creen que eso debiera significar. El resultado es que la concepción de lo que significaba la creación en el hombre varía de acuerdo con la interpretación que cada iglesia —reclamando para sí la verdad— da a esas escuetas palabras. Los primeros hebreos, por supuesto, no estaban demasiado interesados en la vida más allá de la tumba, y su concepción del alma o de su hábitat después de la experiencia mortal se limita principalmente al [Paraíso](#) o a la [Gehenna](#) (y éstos, tal como podemos observar, fueron concebidos originalmente como lugares en esta Tierra: en el primer caso, el Jardín del Edén que se suponía estaba cerca del Éufrates; en el segundo, en el valle de Hinnom donde los [jebuseos](#) ofrecieron una vez sacrificios humanos). Es extraño, quizás, que los griegos, con su amor por la cultura física, la forma y la belleza, tuvieran una visión mucho más detallada de la otra vida: el reino oscuro de [Plutón](#), la gloria y la felicidad de los

Campos Elíseos, donde las almas de los justos moran en paz y comunión con su dios, mientras que las sombrías formas de las arpías serían quizá la influencia de una religión egipcia más antigua.

Pero en estos mensajes firmados por el Maestro y sus espíritus celestiales, la información dada es clara y lógica, aunque tal información fuera nueva y desconocida hasta entonces. Ciertamente, nadie hasta la época de la mediumnidad de Padgett fue capaz de obtener mensajes de tan alta calidad directamente de estos espíritus mismos, aunque a Swedenborg, el vidente sueco, se le permitieron experiencias en el mundo de los espíritus que en muchos aspectos son paralelas a las que Padgett obtuvo.

Jesús nos dice que así como Dios es Amor Infinito, así también su universo es materia infinita que, como Dios, no tiene principio ni fin. En algún momento de esta infinidad de tiempo y espacio, Dios creó un hábitat diseñado para el "hombre". No se sabe exactamente cuándo fuimos creados los "hombres" como almas vivientes (es decir, antes o después de la creación de nuestro mundo), pero Dios creó almas humanas que moraban con Él, y que han estado morando así, antes de su encarnación en la carne. Después de la experiencia mortal, el alma, manifestando su cuerpo espiritual adquirido con la encarnación, vuelve al mundo espiritual para habitar una localidad acorde con su condición.

Las almas humanas creadas por el Padre, según los mensajes, son duales: son masculinas y femeninas en su composición, y en el momento de la encarnación se dividen en sus dos partes componentes. A partir de entonces, cada una en la carne es en sí misma un alma completa. Estas almas gemelas pueden o no encontrarse y casarse en la carne, dependiendo de diversas condiciones y circunstancias que prevalecen en el momento de su matrimonio, pero tal matrimonio no es en absoluto una garantía de felicidad, ya que la diferente educación, creencias religiosas, tradiciones familiares, crianza y otras circunstancias de cada cual a menudo pueden obstaculizar en lugar de ayudar en sus relaciones matrimoniales. Por otra parte, las almas que no son almas gemelas tienen más posibilidades de armonía conyugal si su matrimonio se basa en similaridades en cuanto a la crianza, los intereses, la educación y la condición social general en el plano del mundo material. Las almas gemelas, después de la muerte, acaban encontrándose y permaneciendo juntas en un verdadero amor de almas gemelas, aunque no antes de un periodo de purificación, y de acuerdo con su condición de alma.

Los mensajes son inequívocos en su insistencia en que las almas humanas son, como afirma el Libro del Génesis, creaciones a imagen de Dios, y que por lo tanto no hay nada de lo Divino en nosotros. También insisten en que el hombre no es producto de la evolución, como han enseñado Darwin o sus seguidores, sino que la nuestra representa una forma material similar a otras creaciones, aunque más desarrollada que ellas, en coherencia con el desarrollo de la vida en este planeta, y armonizada con las condiciones de vida que éste presenta. El hombre fue dotado de un alma humana que, con su apéndice especial, la mente, le permitió realizar los avances y progresos que lo exaltan como señor sobre las demás criaturas de esta vida y le dan la potencialidad de explorar y dominar el entorno físico en el que ha sido colocado.

Pero los hombres se equivocan trágicamente, declara Jesús, cuando creen que la mente es superior o igual al alma, o que el alma no es más que un nombre que se da a una entidad cuya existencia es dudosa o carece de fundamento. Pues la mente es limitada y dependiente del alma, que es la sede de las emociones y las pasiones, siendo el alma el verdadero hombre. Es a través de las percepciones del alma que el hombre supo instintivamente que estaba vinculado a su Creador, a quien debía

reverenciar y obedecer. El hombre, dice Jesús, puede conocer y conoce a Dios solamente porque posee alma, y nunca podrá conocer a Dios si lo busca intelectualmente y sólo con la mente. La duda y la especulación son producto de la mente, pero la fe es producto del alma y sabemos que Dios existe a través de las percepciones de nuestra alma, de modo que podemos crear el vínculo espiritual con Dios a través de la oración. No una oración mental, sino una que salga del alma del hombre: seria, sincera, llena de anhelo, fe y amor.

III. El problema del pecado

Cuando los primeros padres [*en estos mensajes van a participar personalmente y van a ser llamados Amón y Amán, conocidos en la tradición como Eva y Adán*], o quienes ellos representan, poseían sus almas dadas por Dios, estas almas eran a imagen de Dios, pero no tenían nada de la esencia de Dios en ellas. Se les dio la oportunidad, sin embargo, de obtener la naturaleza de Dios a través de la oración por Su Amor, que al entrar en el alma humana a través de la agencia del Espíritu Santo, transforma esa alma de ser a imagen de Dios a ser esencia de Dios. Pero los primeros padres, en lugar de volverse hacia Dios y Su Amor, buscaron solamente el dominio de su entorno material y, en lugar de desarrollar sus almas para que participaran de la naturaleza de Dios a través del Amor Divino, eligieron el desarrollo de sus facultades intelectuales. Porque es a través de sus logros intelectuales que el hombre adquiere las posesiones materiales y la riqueza en las que tanto se fija y que lo marcan como alguien con éxito según los estándares mundanos. Así surgió la historia de la manzana y del Árbol del Conocimiento. Y es a través de este conocimiento material que vino el pecado, porque el hombre se apartó de Dios para ser independiente de Dios, y con ello vino el orgullo. Se volvió engreído, cruel, despiadado y sin corazón, cuando había sido creado con un alma llena de amor humano y misericordia y ternura y simpatía por sus semejantes. Así el hombre, en su crueldad, perdió el uso de las cualidades de su alma y la potencialidad de participar de la naturaleza del Padre a través de la afluencia del Amor Divino en su alma, y esta fue la muerte que el hombre sufrió cuando pecó. Porque, dice Jesús, la cuestión no era la del cuerpo material, sino la de la penalización consistente en haber perdido la oportunidad de alcanzar la unidad álmica [*at-onement in soul*] con el Padre. Los hombres perdieron la potencialidad de salvación que conlleva el volverse almas inmortales. La paga [*wages*] del pecado, como lo explica Jesús, es la muerte espiritual: la pérdida de la oportunidad del alma de participar de la naturaleza de Dios y vivir. La muerte en la carne, nos asegura Jesús, no es más que un incidente en el progreso del alma del hombre desde la preexistencia hasta el punto en que regresa al mundo espiritual con su individualidad asumida en el momento de la encarnación y manifestada en su cuerpo espiritual.

El problema del pecado, entonces, es la contaminación [*defilement*] del alma durante su período de encarnación. El pecado es la violación de las leyes de Dios, dice Jesús, tal como son dadas a la humanidad por aquellos de Sus mensajeros que transmiten Su voluntad a los mortales sintonizados con sus sugerencias, ya sea porque son más puros de corazón y están más cerca del Padre, o ya sea por sus poderes psíquicos o mediúmnicos. [Un interesante mensaje firmado por Elías](#) nos dice que él podía recibir mensajes del mundo invisible debido a las oraciones y al instinto religioso. He aquí, tal vez, la historia que es la de los grandes fundadores y reformadores religiosos de todos los territorios y épocas hasta la venida del Mesías. Todos ellos trataron de convertir al hombre a la vida moral, y los Ocho Pasos de Buda, el Código de Hammurabi y el Decálogo de Moisés pueden, tal vez, ser vistos como el éxito que los mensajeros del Padre lograron al plantar en la mente del hombre la conciencia de la existencia de las leyes de Dios, que debían ser observadas por todos Sus hijos para la pureza de sus almas.

Algunos de los mejores mensajes de esta colección son los de los profetas del Antiguo Testamento, como Elías, Samuel, Moisés y Daniel, que nos hablan de sus esfuerzos por apartar a sus compatriotas del pecado y del error en el comportamiento que tenían en sus vidas, y por llevarlos a unas normas de vida éticas, y de cómo trataban de dar efecto a sus sermones recurriendo a las amenazas de castigo que impondría un Dios airado e iracundo. Explican que no disponían de Su Amor ni lo conocían como una realidad, y lo concebían como un severo capataz vengativo y celador '*de Su nombre*' [ref.]. Su concepto más elevado del judaísmo, que adorna las páginas más elevadas [exalted] del Antiguo Testamento, era la fe intensa en Dios, la rectitud y la obediencia a Sus leyes. También corre a través de las Escrituras el tema del nuevo corazón [ref.]: la promesa del Amor del Padre, que sería otorgado en la plenitud de los tiempos, a los judíos primero, y después a toda la humanidad; pero este es un tema que, hasta donde yo sé, nunca ha recibido un tratamiento adecuado en el estudio de la religión hebrea.

IV. Redención del pecado

Al piadoso hebreo del Antiguo Testamento le parecía que su maldad [wickedness] como nación y como individuos era la causa de sus desastres nacionales, y que sus éxitos eran el resultado de su fidelidad a la Alianza entre Dios y los Patriarcas. Los profetas enfatizaron la necesidad, en tiempos de tensión nacional, de evitar alianzas con otros países y de poner su fe en la protección de Dios. No prestar atención a las advertencias de los profetas condujo a la calamidad, como en los días de Jeremías, cuando el desprecio de su consejo llevó al cautiverio en Babilonia. Una vez más, en el momento más doloroso de la historia de Judea, cuando el pueblo estaba siendo provocado casi más allá de lo soportable a una rebelión sangrienta contra la poderosa Roma, un profeta de Nazaret vino con un mensaje de paz y paciencia, sólo para ser rechazado por los que estaban en el poder; Judea fue aplastada y el pueblo —los que quedaron— se dispersaron sobre la faz de la tierra. Para aquellos de nosotros que sabemos que el Padre Celestial es nuestro Dios de Amor, no podemos creer que Él provocara la horrible destrucción de los hebreos en la revuelta de 67-70 d.C. Pero sí creemos que la condición de las almas de los hombres era tal que abrazó la ira y la violencia de la guerra en lugar del amor y la paciencia, y que esta condición de alma hizo inevitables las terribles consecuencias que siguieron.

En el mundo espiritual, el alma que peca debe igualmente cosechar el vendaval. Al dejar la carne, es recibida por espíritus cuyo deber es instruirla en las cosas de su nueva existencia. Se le dice que todo en el mundo espiritual está controlado por leyes. Una de ellas es la "ley de compensación", aplicable a todos los espíritus que pasan de la vida mortal a la espiritual, y esta vida exige la expiación de los pecados que el alma ha cometido como mortal.

Como el alma es el "hombre real" y está en posesión de sus facultades, esto incluye la memoria de los actos cometidos en la vida terrestre. Todas las malas obras y pensamientos que el alma ha acumulado como mortal vuelven ahora a atormentarla y asaltarla, y los terribles remordimientos y sufrimientos que de ello se derivan continúan constante e incesantemente hasta que estos malos recuerdos la hayan abandonado, y esto es lo que constituye el día del juicio y el infierno. La condición del alma crea el hogar en el que vive cuando pasa por primera vez a la vida espiritual: un hogar que refleja de manera adecuada y exacta el estado de esa alma y del cuerpo espiritual que manifiesta. Así pues, un alma llena de pensamientos y actos espirituales, y en concordancia con las leyes de Dios, morará en un lugar adecuado a su condición anímica, lleno de luz y que refleje la felicidad de esa alma; pero un alma llena de actos y pensamientos únicamente del plano material, y

fuerza de armonía con las leyes de Dios, engendra una morada de oscuridad y sufrimiento, y de acuerdo con los abusos y placeres materiales ilícitos que perseguía cuando estaba en la tierra.

Pero una de las doctrinas más perniciosas enseñadas por las iglesias y cuya condonable falsedad es expuesta por Jesús, es la que fija el destino del alma delincuente en el infierno para toda la eternidad. Esto no es verdad, pues tan pronto como el alma lo deseé, y se arrepienta de sus pecados como mortal, puede realizar su progreso para salir de los infiernos más bajos hacia los cielos espirituales o, si busca y obtiene el Amor del Padre, continuar progresando eternamente como alma inmortal en los Ámbitos Celestiales hacia el trono de Dios. La razón de esto, explica el Maestro, es que el alma del hombre es la misma, ya sea en la carne o como espíritu, y tanto aquí como en el mundo espiritual rigen las mismas condiciones de perdón. Todos los pecados son perdonables en este mundo o en el otro, siempre que el alma haga el esfuerzo sincero de recibirlo, y el único pecado no perdonable es el que, en el lenguaje del Nuevo Testamento, [blasfema contra el Espíritu Santo](#), o en el lenguaje en el que el Maestro lo aclara, rechaza el Amor Divino del Padre que puede transformar el alma humana en un alma divina y otorgarle la inmortalidad.

No es cierto que el hombre tenga la triste alternativa de arrepentirse de sus malos caminos en la breve existencia en la carne o vivir en el infierno por toda la eternidad como espíritu. Algunas iglesias afirman que el hombre no puede vivir una vida mortal de placer y maldad y luego volverse a Dios para evitar el sufrimiento eterno como espíritu. Al mismo tiempo enseñan que, a pesar de una vida de pecado, un retorno a Dios en el último minuto asegurará el perdón de sus pecados, cuando lleguen al siguiente mundo. Estas iglesias parecen ignorar la existencia de la ley de compensación que exige el pago de los males cometidos en la carne '*hasta el último centavo*' [[ref.](#)]. Esto es justicia, ciertamente, si eso es lo que desean estas iglesias, pero llega el momento en que la deuda se paga, el alma es liberada de los mecanismos de la ley y se alcanza el perdón.

La ley, pues, actúa sobre el alma en proceso de purificación, pero el alma que busca el Amor del Padre invoca la ley superior de la Gracia. Aquí no interviene la justicia; sólo el Amor Divino que el Padre otorga a Sus hijos aspirantes y los transforma en almas divinas, provocando el olvido de aquellas malas acciones y la eliminación de aquellos malos deseos sobre los que opera la ley de la compensación. La perniciosa doctrina de la condenación eterna impide a menudo al alma infeliz buscar el Amor del Padre por medio de la oración, en la terrible creencia de que su posición en el infierno está fijada para siempre y que Dios ya no puede ayudarla. Sin embargo, Dios, tal como lo explica Jesús, ayuda a Sus hijos dondequiera que estén, en este mundo o en el otro, o en cualquier condición de alma en que se encuentren, siempre que acudan a Él como su Padre Celestial con ferviente anhelo de sus almas y busquen Su Amor y misericordia.

Es el despertar del alma a las iniquidades que obró y contempló como mortal lo que pone en marcha los mecanismos de la ley de compensación, y la morada del espíritu. A veces, el alma que pasa al más allá, debido al carácter peculiar de su constitución, es impermeable al principio a este despertar, y en ese caso, el alma vive en el nivel de su vida malvada del plano terrestre, y busca alternativas espirituales para los males que practicó como mortal [*en el sentido de ahora, como cuerpo-espíritu, buscará hacer cosas allí, en el mundo espiritual*], o vaga por la tierra buscando obsesionar a mortales susceptibles a su torva influencia. Jesús se refiere en los Evangelios del Nuevo Testamento a que liberó a mortales de la posesión de demonios, y estos demonios no eran otra cosa que espíritus malignos que habían tomado posesión de seres humanos en aquel tiempo. Con respecto a estos espíritus malignos que antaño fueron mortales, Jesús nos dice que algunas de las narraciones relatadas en el Nuevo Testamento son ciertas, pero que otras no, y se refiere concretamente a la

[historia del cerdo poseído](#) que corrió enloquecido por el acantilado para ser destruido. Esto, afirma, nunca lo llevó a cabo, primero porque no haría daño a ninguna criatura, y también por la pérdida económica que tal acto suyo habría supuesto para su dueño. Pero, por lo que se refiere a los malos espíritus, éstos despiertan a su tiempo a la ley de la compensación y pasan por su período de sufrimiento debido a sus fechorías y su maldad. Son ayudados en esta condición por otros que están algo más adelantados que ellos, y que les instruyen en los caminos que existen para progresar y salir de su deplorable condición.

De ahí que las almas en pena aprendan con el tiempo a renunciar a sus malas inclinaciones, ya sea la afición al dinero, a las posesiones, a la gratificación de los placeres o el deseo de dañar a los demás —la avaricia, la lujuria, la codicia, el odio, la envidia, la injusticia y otras creaciones pecaminosas del corazón humano—, y que puedan utilizar su fuerza de voluntad y sus facultades intelectuales para poder provocar el olvido de las cosas que hacen que un alma se vea afectada por el remordimiento [*remorse*]. Pero el alma que está en sufrimiento y en oscuridad también puede buscar ayuda exterior si así lo desea: el Amor Divino del Padre Celestial que, derramándose en el alma que busca fervientemente Su Amor, causa la purificación de esa alma poseyéndola y forzando así la extracción de ella de las excrecencias que estropean y ensucian esa alma. Y, en efecto, a medida que el Amor del Padre continúa llenando el alma de aquel que lo busca, tiene lugar la transformación del alma humana que refleja el Alma de Dios en un alma Divina llena de la propia naturaleza y esencia de Dios, Su Amor. Con ese Amor el alma es cambiada, y son erradicados los males que la contaminaban y los recuerdos de los mismos, de modo que la ley de compensación no tiene nada sobre lo que operar, y el alma es liberada de sus mecanismos inexorables. Porque el amor de Dios, que el alma busca con fervor y anhelo, invoca una [ley de amor superior](#), y el alma antes malvada, llena ahora del amor de Dios, de misericordia, bondad, consideración, piedad y simpatía, sale de su morada de tinieblas y sufrimiento a los reinos del amor y de la luz, y finalmente a los ámbitos celestiales, donde sólo pueden entrar almas llenas de su amor. Jesús es el Maestro de los Ámbitos Celestiales, donde los habitantes son poseedores del Amor del Padre a tal grado en sus almas que son conscientes de su inmortalidad. Puesto que el Alma de Dios es Inmortal, aquellas almas que poseen Su Amor en un grado suficiente son de la misma manera Inmortales. Esto es lo que Jesús quiso decir cuando dijo: '*El Padre y Yo somos uno*' [[ref.](#)]. Quiso decir que había una unidad entre el Alma de Dios y la Suya debido a la gran abundancia de Amor del Padre que poseía, lo cual le permitió darse cuenta de que de este modo era un hijo real y redimido del Padre. No quería decir —tal como algunas iglesias han interpretado erróneamente ese comentario— que él fuera Dios o igual a Dios, sino sólo que había un parentesco de naturaleza entre su alma y la de Dios, que había sido establecido mediante su ["su", *de Jesús*] posesión del Amor del Padre a través de la oración.

En resumen, llegamos a la verdadera explicación del "perdón", que es asombrosamente diferente de la concepción tradicional impuesta a los mortales por las iglesias. Dios no perdona arbitrariamente el pecado, sino que ayuda a los que, verdaderamente arrepentidos y contritos, acuden a Él en busca de Su perdón con la intención de enmendar su camino. Por eso, puede enviar el Espíritu de Dios para fortalecer el alma que busca evitar el pecado y el error por su propia fuerza de voluntad o, en respuesta a la oración, enviará Su Espíritu Santo para transmitir Su Amor al alma, de modo que Su propia naturaleza y esencia proporcionen la ayuda en la erradicación de los males con los que esa alma está luchando.

Del mismo modo, Jesús pone al descubierto la esterilidad del concepto tradicional del '*día del juicio*'. No se trata de un pesaje en la balanza de las buenas y malas acciones del hombre durante su vida terrena; tampoco es un vago tiempo indefinido en el que la tierra será destruida y las almas de los hombres juzgadas para su condenación o resucitación a la vida física desde la tumba. Porque, como dice San Pablo en Corintios, '*la carne y la sangre no pueden heredar el Reino*' [[ref.](#)]. Y María, la Madre de Jesús, explica que la carne del cuerpo sin vida debe volver a los elementos de acuerdo con la ley de Dios, y que, por lo tanto, cualquier escrito que vaya en el sentido de que ella ascendiera al cielo en la carne es mera especulación y expresión de deseos por parte de aquellos que la exaltan debido a su relación con su hijo. María afirma que, efectivamente, como espíritu lleno del Amor del Padre, es habitante del Reino en lo alto de los Ámbitos Celestiales, pero no por relación alguna con Jesús, sino por su propia condición de alma exaltada.

Con el tiempo, declara Jesús, todas las almas saldrán de su condición de sufrimiento e infelicidad y alcanzarán o bien la sexta esfera, conocida por los hebreos como el Paraíso (pues tal es la condición del hombre que posee pureza de alma tanto si está en la carne como si carece de ella) o bien aceptarán el camino hacia el Amor del Padre y alcanzarán los Ámbitos Celestiales. El hombre natural perfecto, sin embargo, debe llegar finalmente a un estado de [estancamiento](#), pues llega el momento en que ya no puede progresar más allá de la perfección de su alma humana. Pero el alma que posee el Amor del Padre puede seguir obteniendo Su Amor por toda la eternidad, porque es infinito, y un alma así llena de la esencia del Padre sigue obteniendo más y más de ella, y, en consecuencia, sigue progresando cada vez más en su acercamiento al manantial de la morada del Padre, con un mayor conocimiento de las cosas divinas, y ganando en felicidad y alegría como hija Divina del Padre.

De acuerdo con este deseo de explicar las condiciones de la vida del espíritu y del alma, Jesús es enfático sobre la absoluta falsedad de la [reencarnación](#). Afirma —y los antiguos espíritus de Oriente escriben para corroborarlo— que si bien esta teoría es conocida por los devotos de las culturas orientales, la reencarnación, de hecho, nunca ha tenido lugar en el mundo espiritual y que los creyentes en esta idea estéril han estado esperando en vano durante incontables miles de años a reencarnarse. Jesús, y otros espíritus elevados, afirman que el alma no puede separarse de su cuerpo espiritual una vez ha sido adquirido mediante la encarnación, y que sólo las almas sin cuerpo espiritual pueden encarnarse. Por lo tanto, explica Jesús, el alma hace su progreso del pecado a la pureza o transformación divina en el mundo espiritual, que nunca más puede abandonar, excepto para materializarse brevemente con la ayuda de la sustancia material que es tomada prestada de los médiums. El concepto oriental de renuncia o expiación del pecado del alma, añade Jesús, es correcto, como lo es la doctrina de que finalmente el alma eliminará los males que la contaminan, pero los errores consisten en situar la tierra como el lugar donde tiene lugar dicha expiación, y enseñar que el alma al liberarse de la iniquidad pierde también la conciencia de sí misma como entidad personal por absorción del alma en la Deidad.

En relación con la vida en el otro lado, uno de los escritores espirituales más interesantes es el vidente [Swedenborg](#), que nos habla de sus experiencias en el mundo de los espíritus. Declara —y aquí Jesús corrobora sus mensajes— que en verdad se le permitió ir al mundo de los espíritus en estado de trance, y que vio realmente las esferas y las condiciones de los espíritus tal como existían en el siglo XVIII. Swedenborg nos dice que fue informado por todo el mundo de los espíritus de que Dios es Uno, y que un Dios trino, como creen los cristianos, no era más que una piadosa ficción. Afirma que habló con Jesús, quien le confirmó esto, pero pensó que, puesto que Jesús era

mucho más brillante y glorioso que todos los demás en el reino de los espíritus, este mismo Jesús debía ser Dios, y así lo declaró en sus escritos. Swedenborg relata que fue informado sobre el Amor Divino, pero que no comprendió verdaderamente lo que Jesús y los espíritus elevados querían decir con eso.

Un asunto importante que los mensajes aclaran es el verdadero significado de la doctrina de "lo divino dentro de ti" [ref.]. En realidad, Jesús llevó lo divino consigo cuando predicó por toda la Tierra Santa cuando estaba en la tierra; y cuando caminó entre los hombres, el Reino estaba con los hombres, pero no dentro de ellos. Cuando los predicadores hablan de lo divino en el hombre, en realidad se refieren al alma, creación de Dios, ciertamente, pero alma humana, no divina. Lo que quieren decir, entonces, con desarrollar lo divino dentro del hombre, debe ser entendido simplemente como desarrollar los poderes latentes en el alma humana a través del desarrollo de la voluntad, y el amor humano natural a través del crecimiento moral e intelectual. Éstos, por supuesto, fueron dados al hombre en su creación, y no tienen ninguna parte de lo divino. Lo Divino en el alma humana es el Amor Divino, que sólo puede venir a través de la oración al Padre. Lo divino viene de fuera, del Padre Celestial, y puede entrar en el alma y efectuar su transformación sólo cuando el alma lo busca con un anhelo sincero. Cuando Jesús habló a sus discípulos de lo divino en ellos, estos discípulos ya tenían algo de este Amor en sus almas, incluso antes de [Pentecostés](#), cuando el Amor del Padre, a través del Espíritu Santo, se derramó sobre ellos en gran abundancia.

Otro concepto erróneo que Jesús aclara, con la corroboración de la [Sra. Baker Eddy](#) [pues esta mujer es una de las personas desencarnadas que hablan en estos mensajes], es la doctrina conocida como [Ciencia Cristiana](#). Se nos informa de que esta mujer, a través de las percepciones de su alma, comprendió el Amor Divino como una gran fuerza espiritual procedente de Dios, que podía utilizarse con fines curativos, y que fue a través del Amor Divino como Jesús y sus apóstoles curaban a los enfermos. Entendió correctamente que la curación espiritual era una realidad que podía alcanzarse si los mortales se apartaban de los intereses materiales y buscaban lo espiritual. De este modo, los sanadores y los pacientes podían alcanzar una condición de alma superior a la del plano terrestre, de modo que se pudiera establecer una vinculación con los sanadores espirituales. La Ciencia Cristiana, hasta ese punto, declara Jesús, es correcta y la curación espiritual un fenómeno que obedece a la ley espiritual; pero el Maestro señala que el pecado y el error, contrariamente a las creencias de la Sra. Eddy, son reales, siendo creaciones del alma humana, y que el alma humana no refleja el Amor del Padre, tal como ella sí afirma que lo hace. El alma, o bien no tiene el Amor, o bien, si efectivamente lo posee hasta cierto punto, la transformación de esa alma en un alma divina se realiza en la medida en que participe de ese Amor.

Sus enseñanzas, declara Jesús, ayudan en el desarrollo del alma humana hacia el estado del hombre natural perfecto, pero están desprovistas del concepto de la posesión por parte del alma del Amor del Padre y de su apropiación consciente del mismo, que sólo vienen a través de la oración al Padre por dicho amor, y por eso no señalan el camino hacia los Ámbitos Celestiales a través de la oración al Padre y la transformación en ángel divino.

Se podrían decir algunas palabras con respecto a los mensajes adicionales impresos por primera vez en esta edición. Aunque todos son interesantes, y los de Mary Kennedy, el alma gemela del Dr. Stone, tienen un tono personal peculiar de ella, se debe hacer algún comentario sobre la comunicación firmada "Elohim", un miembro del Sanedrín que condenó a muerte a Jesús en su juicio. Este espíritu es incuestionablemente una personalidad sincera, y sus escritos tienen el timbre

de la verdad. Se entiende, por supuesto, que no todos los consejeros que estuvieron presentes en el juicio han ido desde entonces a los Ámbitos Celestiales, como él, pero al mismo tiempo muestra claramente que no todos los miembros del Sanedrín —y aquí recordamos a Nicodemo— eran partidarios de los sumos sacerdotes o actuaban por pura malicia y rabia. Hubo quienes, como Elohiam, consintieron la injusticia del juicio y la condena sumaria del Maestro para liberar al judaísmo de lo que sinceramente consideraban un peligro que amenazaba con derrocarlo, o que provocaría la represión romana ante cualquier signo de revuelta judaica. El mensaje ofrece por primera vez la otra cara de la historia y, aunque el espíritu admite su gran error y no pretende justificar su acción ni la de sus compatriotas, el tono es diferente del odio que se respira en el [relato del juicio](#) que se encuentra en el Nuevo Testamento, un tono que sabemos que es incompatible con el Amor del Padre que inspiró a los escritores originales.

Sería posible continuar discutiendo extensamente las numerosas interpretaciones y correcciones hechas en estos mensajes firmados por Jesús y los muchos espíritus celestiales, y en las páginas precedentes hemos intentado señalar algunos de los principales preceptos que los animan. Destacan la restauración de las '*buenas nuevas*' originales del cristianismo: que con Jesús de Nazaret llegó un amor distinto del amor humano natural, tal como fue desarrollado y perfeccionado por el código mosaico de vida moral y ética; que el nuevo amor es el Amor Divino que, esencia del Padre Celestial, fue manifestado por primera vez en el hombre por Jesús y, a través de Jesús, puesto a disposición de la humanidad. Se obtiene no por la mera creencia en el nombre de Jesús o en cualquier [expiación vicaria](#) supuestamente hecha por él o a través del derramamiento de su sangre, sino sólo cuando cada individuo, volviéndose en libre albedrío al Padre, busca Su Amor a través de la oración y la fe con todo su corazón y logra así una transformación de la condición del alma de una de pecado y error a una de pureza y de posesión de ese Amor de naturaleza divina. Es este Amor lo que otorga al alma la vida eterna y cumple así la promesa de lo que llamamos [salvación](#). No puede lograrse mediante ritos y ceremonias, ganados por el hombre o concedidos al hombre por las iglesias, sino que es el don gratuito del '*corazón nuevo*' derramado en abundancia por el Padre Celestial sobre Sus hijos que lo buscan de verdad.

En resumen, sería imposible comentar aquí todo lo que interesa a quienes, ya sea que crean en esta fuente de revelación o discrepen del material que contiene, se interesan por cuestiones espirituales y religiosas. Pero para concluir, cabe mencionar que estos mensajes, ya sean resultado de la inteligencia mortal o espiritual, son tan desafiantes y estimulantes por naturaleza, al declarar la unidad con el Padre mediante la oración por Su Divino Amor, que verdaderamente pueden considerarse una nueva reforma en el pensamiento cristiano.

D.G.S. [[Daniel G. Samuels](#)]

Washington, D. C. - Agosto de 1956

[*A continuación, como vemos, termina colocando aquí este mensaje breve de Mary Kennedy, supongo que dado a través de Padgett (digo "supongo", porque en [las colecciones](#) no aparece datado este mensaje, quizá por su brevedad, etc.)*]

29 de abril de 1920

Estoy aquí, Mary Kennedy.

Así pues, confía en que estoy contigo, y no permitas que la duda sobre mi existencia entre en tu mente ni por un instante. Me has visto en las fotografías, y aunque no me muestran como realmente soy en mi estado de gloria y belleza, te darán una idea de cómo me vería si fuera

solo un espíritu en la luz. Dale mi cariño a Leslie y dile que, aunque tiene una foto mía que durará poco tiempo, tiene un amor que lo acompañará no solo durante su vida mortal, sino que nunca terminará en la eternidad. Buenas noches con todo mi amor, Mary.

1. Los mensajes

Juan el Bautista es ahora el precursor del Maestro como lo fue en la Tierra. Confirma la escritura de Jesús a través del Sr. Padgett (Juan el Bautista) (10 agosto 1915)

Estoy aquí, Juan el Bautista.

He venido a decirte que ahora soy un precursor del Maestro como lo era cuando estaba en la Tierra, y que es el verdadero Jesús quien te escribe en todas las comunicaciones que has recibido firmadas por él o con su nombre.

Hago esto para que creas y no dudes de los mensajes que recibes. Él te ha escrito y debes confiar en lo que te dice, pues lo que te ha dicho se cumplirá con toda seguridad.

Yo soy el mismo Juan que apareció en Palestina y anunció su venida, y así como entonces les dije lo que realmente iba a suceder, así te digo lo que realmente está sucediendo, y no sólo recibirás los mensajes de la verdad que él te escribirá, sino que también serán distribuidos a toda la humanidad dondequiera que existan y se hablen o escriban las lenguas escritas del mundo.

Así que tienes ante ti una misión maravillosa e importante y que hará más por hacer verdaderos hermanos y amantes del Padre que todo lo que ha sucedido desde que el Maestro estuvo en la Tierra y enseñó y predicó las verdades de su Padre, e hizo el bien al hombre físico.

A veces me he preguntado por qué te han seleccionado a ti, pues veo que el desarrollo de tu alma no ha sido ni mucho menos tan grande como el de muchos otros hombres que ahora viven y han vivido; pero como él ha hecho la selección, debemos comprender que sabe lo que es mejor, y que su selección debe ser la correcta. Como consecuencia de esto, todos los que somos sus seguidores en el Mundo Celestial estamos haciendo todo lo posible para llevar adelante la causa y ayudarte; y debo decirte que en esta gran obra tienes detrás de ti, dando apoyo y ayuda, más poder espiritual del que ningún mortal haya tenido jamás. Esto puede sonarte sorprendente, pero es verdad.

Así pues, hermano mío —pues así debo llamarte ahora—, trata de adquirir una fe en el amor y el deseo del Padre de salvar a toda la humanidad de los errores de sus vidas y de hacerles uno con Él, de modo que te permita erguirte como representante del Maestro y profesor autorizado de estas grandes verdades.

Ahora estoy en los Ámbitos Celestiales, y estoy muy cerca de Jesús en su hogar y en su amor por el Padre y por toda la humanidad. Tengo poderes que son grandes, y amor que es de la esencia divina del Padre, y lo que te digo ahora se lo diré al mundo cuando se presente la oportunidad.

Tu hermano en Cristo,

Juan el Bautista

Las razones dadas por Jesús de por qué eligió al Sr. Padgett para hacer el trabajo de recibir los mensajes (Jesús) (25 octubre 1918)

Estoy aquí, Jesús.

Bien, mi querido hermano, el tiempo pasa, y la necesidad de la revelación es muy evidente, pues los hombres anhelan y esperan aquello que satisfaga las apetencias naturales de sus almas, y que la religión actual —llamada cristianismo— no tiene en sí cualidades como para poder satisfacerlas.

Me complace que te encuentres en mejores condiciones y que tu amor esté nuevamente activo y despierto, y operando sobre las cualidades de tu cerebro [*brain*], de modo que pueda establecerse una relación, tal como te lo explicó recientemente Juan en su mensaje. Y aquí deseo recalcarte la necesidad y conveniencia de que comprendas cabalmente las verdades expuestas en ese mensaje, medites sobre ellas y apliques personalmente lo que está escrito.

Me gustaría mucho pronunciar esta noche un mensaje que trate de la verdad espiritual, pero no creo que tu condición sea tal que me permita tomar posesión de tu cerebro y controlarlo, como exigen las cualidades y verdades de mi mensaje, por lo que no intentaré escribir el mensaje, sino que, en su lugar, te aconsejaré algo sobre la manera en que debes pensar y actuar para perfeccionar la condición que debes poseer para que pueda realizarse la vinculación.

Juan te ha dicho que ores a menudo al Padre para que el amor sea más abundante y tu alma se impregne de él, y que pienses en cosas espirituales, hasta que por medio de tales pensamientos tu cerebro pueda, por así decirlo, infundirse con estos pensamientos y recibir así aquellas cualidades que harán que sus condiciones [*las del cerebro*] sean similares a las condiciones de las mentes de los espíritus que puedan desear formar una unión con tu cerebro y transmitir a través de él las verdades que están a la espera de ser entregadas. Confirmo lo que ha escrito Juan y, además, digo que tu oración debe ser más frecuente para que el alma se libere de la condición por la cual se pueden establecer pensamientos no espirituales. No es necesario que esperes ocasiones u oportunidades para orar formalmente, sino que durante todo el día y la noche permitas que tus anhelos de amor asciendan al Padre. **No es necesaria una oración larga, ni siquiera formulada en palabras, ya que para tener el anhelo no es necesario usar palabras para darle forma. El anhelo puede ser tan rápido como un pensamiento sin forma, y ser de ese modo tan eficaz como para que el Padre lo capte, por así decirlo. El anhelo es más rápido que el pensamiento, y la respuesta al mismo vendrá con tanta certeza y amor como si expresaras el anhelo en la forma más exacta.** Las oraciones de esta clase ascienden al Padre y son oídas y contestadas, y, por una ley sobre tu relación con el Padre, afectan a las cualidades del cerebro en la forma de prepararlo para la unión con los pensamientos espirituales de los espíritus que desean escribir, como he dicho. Tus pensamientos sobre las cosas espirituales o sobre las verdades del mundo de los espíritus, tal como te han sido ya reveladas, y especialmente las que se refieren al amor y a la misericordia del Padre y a Su voluntad, en su transcurso y operación, afectan también a las cualidades del cerebro, de modo que producen la condición que es tan necesaria para nuestra vinculación.

Puede que te sorprenda que se requiera de esta condición en el cerebro de un ser humano, así como también el desarrollo del alma que realmente produce la condición, para que se pueda establecer una vinculación, de modo que las verdades espirituales puedan ser entregadas; y, también, que te sorprenda que hayas sido seleccionado de entre todos los hombres de la Tierra en los que se pudieran establecer esta condición y este desarrollo. Y puede ser más sorprendente saber que es verdad.

Hay ciertas cualidades en tu constitución, tanto espirituales como materiales, que te hacen susceptible a la influencia de nuestros poderes y a la utilización por nosotros con el fin de nuestro designio y obra, lo que determina que te elija para la obra en la forma en que yo y los demás espíritus elevados te hemos utilizado hasta ahora; y te puede parecer extraño que en todas las largas edades precedentes no haya encontrado un solo humano con la cualificación que le haga apto para la obra.

He utilizado a otros antes, pero no han logrado someter sus mentes y almas, sus creencias y pensamientos anticipatorios [*"forethoughts"*: *sus previsiones, sus consideraciones previas*] a nuestra influencia y direcciones, tal como tú lo has hecho hasta ahora. Muchos seres humanos reúnen las condiciones de constitución espiritual y material necesarias para cumplir nuestros deseos y realizar nuestro trabajo, pero como todos tienen libre albedrío —el cual no podemos forzar—, y como las circunstancias, los ambientes, la educación y las creencias son elementos que afectan y determinan la posibilidad de que encontremos un instrumento adecuado para nuestros propósitos, no hemos podido encontrar un médium que estuviera cualificado para ser utilizado en nuestro trabajo.

Tú, por supuesto, comprendes que no fuiste seleccionado por ninguna bondad especial ni por estar libre de pecado, ni porque fueras más amado por el Padre, ni, naturalmente —y quiero decir de acuerdo con tu curso de vida— por razón de cualquier condición espiritual en la que estuvieras, pues había muchos superiores a ti en bondad y más en sintonía con la voluntad del Padre, y cuyo amor, con los resultados de todo ello, eran más perfectos que los tuyos. Así te darás cuenta de que no fuiste seleccionado por ningún mérito espiritual especial que poseyeras.

Como se te ha dicho, todas las cosas en el mundo espiritual, así como en la Tierra, están controladas por leyes inmutables, y todo espíritu, así como todo mortal, está sujeto a esas leyes. La ley de la vinculación y de la comunicación debe ser cumplida por los espíritus, por muy elevados que sean, y también por los humanos; y ningún espíritu, por razón de la posesión de algún supuesto poder, puede pasar por alto esta ley. Pero aunque los espíritus no tengan este poder, sin embargo pueden tener tal conocimiento de las condiciones, que pueden discernir qué cualidades en la condición de un humano son susceptibles a la influencia y moldeamiento por parte de los espíritus, de modo que, como resultado de esto, la ley pueda ser puesta en operación. Y esto te explicará brevemente por qué te elegí como mi médium y portavoz. Pues debes saber que durante mucho tiempo me he esforzado por influir y moldear tu mente y tus creencias para que tu alma se desarrollara de tal manera que se formaran aquellas condiciones que nos permitieran establecer una relación que nos permitiera controlar tu cerebro para transmitir estos mensajes de la verdad. Tú eras naturalmente un médium y, para propósitos ordinarios, no fue difícil para los espíritus controlar y comunicar a través de ti las verdades del mundo espiritual —las que no tienen la naturaleza de aquellas que yo y otros hemos comunicado en referencia a las esferas del alma y a la relación de Dios con el hombre en el sentido espiritual más elevado—. Al leer el mensaje de Juan comprenderás mejor lo que pretendo explicar en este punto.

Hay otra fase en todo esto, más personal para ti, y es que mientras te hemos estado desarrollando con el propósito de hacer nuestro trabajo y ayudar a hacer efectiva nuestra misión, tu alma, como tú, se ha desarrollado en su naturaleza espiritual y te has unido más estrechamente al Padre, y has participado en gran medida de su amor y, hasta cierto punto, te has transformado en su esencia, de modo que te has convertido en una entidad muy diferente de la que eras cuando comenzó tu desarrollo para nuestro propósito; y, como consecuencia, obtendrás todos los beneficios que se derivan de una experiencia como la que has tenido.

Ahora eres uno de nosotros en el progreso hacia la fuente del amor del Padre, y has tomado una parte de su inmortalidad, y sólo depende de ti mismo lo rápido que sea tu progreso hacia una transformación completa como la que poseen los espíritus que son habitantes de las Esferas Celestiales. No es necesario que esperes a llegar al mundo de los espíritus para progresar rápidamente, aunque te será más difícil progresar mientras estés en la carne, como comprenderás, pero se puede progresar maravillosamente mientras se está en la carne, y se te ha contado el secreto de este progreso.

Y diré además que tienes una asociación más estrecha con espíritus que están más cerca del Padre, y que estás más en posesión de su esencia y sustancia que cualquier humano de la Tierra en este momento. Para ti esto puede parecer extravagante e improbable, pero te declaro que es tan cierto como que yo, y muchos de los espíritus que vienen a ti y escriben, estamos en las Esferas Celestiales de la inmortalidad de Dios.

Bueno, llevo escribiendo mucho tiempo y estás algo cansado.

Recuerda mi consejo y reza a menudo y con fervor sincero [*earnestly*], aunque sólo sea por un momento, y la condición será tuya, y vendremos y continuaremos nuestras revelaciones.

Con mi amor y bendición,
soy, tu hermano y amigo,
Jesús

Descripción del nacimiento y la vida de Jesús hasta la época de su ministerio público (Jesús) (7 junio 1915)

Estoy aquí, soy Jesús.

Quiero escribirte esta noche acerca de mi nacimiento y de mi vida hasta el momento de mi ministerio público.

Nací en Belén, como sabes, en un pesebre, y cuando tenía pocos días mis padres me llevaron a Egipto, para evitar a los soldados de Herodes que fueron enviados para destruirme, y que mataron a un gran número de niños varones menores de dos años. La historia bíblica de mi nacimiento y la huida de mis padres y el asesinato de los inocentes, es sustancialmente correcta; y sólo deseo añadir a ella que, cuando mis padres llegaron a Belén, no fue por causa de la pobreza que se vieran obligados a buscar el pesebre de un establo para que yo pudiera nacer, ya que estaban provistos de fondos y de todo lo necesario para que mi nacimiento resultara cómodo para mi madre; y de hecho, mi padre no era pobre en bienes del mundo, tal como se consideraba la pobreza en aquellos días.

La Biblia dice que los reyes magos vinieron y ofrecieron oro e incienso a mis padres, o más bien a mí, pero mis padres me han dicho que no fue gran cosa en cuanto al valor monetario de las ofrendas, y que sus gastos de huida a Egipto fueron cubiertos por los fondos que mi padre tenía antes de llegar a Belén.

Después de llegar a Egipto, mi padre buscó la casa de un judío, que era su pariente, y vivió allí durante mucho tiempo, haciendo el trabajo que su oficio le permitía hacer; y con su trabajo mantuvo a la familia, y, hasta cierto punto, me educó a mí y a mis hermanos y hermanas, pues yo tenía cuatro hermanos y tres hermanas, y todos, excepto yo, nacimos en Egipto.

Cuando llegué a la edad apropiada, asistí a la escuela común prevista para los niños pequeños, y me enseñaron las cosas que tenían que ver con la religión de los judíos, y algunas cosas que no eran

religiosas en su naturaleza. Nunca se me enseñó la filosofía de los egipcios u otras filosofías paganas; y cuando se afirma que recibí mis ideas religiosas o enseñanzas morales de cualquiera de estos filósofos, se equivocan.

Mi educación en cuanto a estos asuntos de religión se derivó de las enseñanzas del Antiguo Testamento, o más bien de maestros judíos cuyo libro de texto era el Antiguo Testamento.

Mi desarrollo en el conocimiento de las verdades que enseñé durante mi ministerio público, fue causado por mis facultades espirituales internas, y mi maestro fue Dios, quien, a través de Sus ángeles y a través de las percepciones de mi alma, hizo que me llegaran esas verdades, o más bien el conocimiento de ellas, y éste no lo obtuve de ninguna otra manera.

No nací con el conocimiento de que yo fuera el hijo de Dios enviado a la Tierra para enseñar estas grandes verdades, o para anunciar a la humanidad la reotorgación del gran don de la inmortalidad, y los medios de adquirirla. Sino que este conocimiento de mi misión me vino después de que me volviera un hombre y tuviera las frecuentes comuniones con Dios por mis sentidos espirituales.

Nunca estuve en presencia de los sacerdotes judíos, exponiéndoles la ley y haciéndoles preguntas cuando tenía unos doce años de edad, tal como se afirma en la Biblia; y antes de mi primera aparición, después de que me volviera un hombre, no intenté mostrar a ningún sacerdote o laico que yo era el mensajero del Padre, y enviado por Él para proclamar la buena nueva de la inmortalidad restaurada y del gran amor del Padre que era necesario para hacer a todos los hombres uno con Él, y darles un hogar en Su Reino.

Nunca fui un niño o un hombre pecador, y en mi corazón no sabía lo que era el pecado; y por extraño que parezca, nunca traté de enseñar a otros estas verdades hasta después de que mi misión fue declarada por Juan el Bautista.

En los días de mi niñez era igual a otros niños, participaba en los juegos de la infancia y tenía los sentimientos de un niño, y nunca pensé que yo fuera otra cosa que un niño. En nada me diferenciaba de los demás niños, excepto en lo que he mencionado, y cualquier relato de mí que diga lo contrario es falso.

Mis enseñanzas eran las que el Padre me había confiado desde el principio, pero de las que sólo fui consciente después de convertirme en un estrecho comulgante con el Padre, y de aprender de Él mi misión. Así pues, debes creer que yo era un hijo del hombre además de un hijo de Dios, y eso en sentido literal. No habría sido fiel a mi misión si hubiera afirmado que era el hijo único de Dios, porque no es verdad, y los hombres no deberían enseñarlo así.

Sí, ya sé que se ha dicho que mi madre fue informada del objeto de mi nacimiento y de lo bendita que ella era, pero no es cierto. Mi madre, según me ha contado, no tenía ninguna razón para suponer que yo fuera diferente de otros niños nacidos de hombres. La historia del Ángel de Dios viniendo a ella y diciéndole que debía someterse al nacimiento de un niño que sería engendrado por Dios o por Su Espíritu Santo, y que ella, como virgen, debería albergar y dar a luz a ese niño, no es cierta, porque ella nunca en toda su vida me dijo que haya tenido tal visitante; y sé que ella estaría tan sorprendida, como lo están muchos hombres, de que pudiera tener lugar tal cosa como el nacimiento de un niño por una virgen. Como ves, el relato bíblico de mi nacimiento y todas las circunstancias que lo rodean no son ciertos.

Mi padre, José, nunca supuso en ningún momento que yo no fuera su hijo, y no es cierta la historia de un ángel que viniera a él y le dijera que no debía repudiarla debido a las apariencias, pues él nunca, en todas mis conversaciones con él, insinuó que yo no fuera su propio hijo.

Desde que tenía doce años de edad hasta mi ministerio público viví en casa de mis padres y ayudé a mi padre en su negocio de carpintería, y durante todo este tiempo él nunca insinuó que yo no fuera su hijo, o que fuera diferente de otros niños, excepto en que no hacía cosas pecaminosas.

Cuando empecé a recibir este amor divino en mi alma me hice muy cercano al Padre, y esta relación dio lugar a que me diera cuenta de que había sido enviado por Dios con una misión que cumplir y una verdad grande e importante que declarar; y, por fin, la voz de mi alma me dijo que yo era un verdadero hijo de mi Padre, y lo creí, y empecé a enseñar y predicar las verdades de Su amor otorgado, y la salvación de los hombres.

Conocí a Juan el Bautista cuando era niño. Era mi primo y a menudo jugábamos juntos, y después conversábamos sobre la verdad de mi misión y la forma en que debía darse a conocer al mundo.

Juan era un gran psíquico, un gran vidente [*psychic*], y en su visión vio quién era yo y cuál era mi misión en la Tierra, y, por eso, cuando llegó el momento, hizo el anuncio de mi venida. Se dio cuenta de la diferencia de nuestras misiones, y habló de que no era digno de desabrocharme los zapatos. Sin embargo, él no comprendía plenamente mi misión y la gran verdad de la inmortalidad que el Padre había concedido al hombre.

Me convertí en el Cristo por primera vez cuando fui ungido por mi Padre, y eso ocurrió en el momento de mi bautismo por Juan. Yo, como Cristo, soy diferente de mí mismo como Jesús. Cristo significa ese principio que el Padre me ha conferido, que me ha hecho uno con Él en la posesión de este gran amor. Cristo es ese amor mismo manifestado en mí como hombre. Este principio de Cristo es universal y está en todas partes, igual que el Espíritu Santo, pero yo estoy limitado en cuanto al lugar que ocupo, al igual que tú lo estás [*but I am limited in my place of occupancy just as you are.*].

Yo nunca, meramente como Jesús, prometí el gran don, mencionado en la Biblia, que dice que allá donde dos o tres estén reunidos, allí estaré yo también; pues sería imposible para mí estar en todos los lugares al mismo tiempo. Pero Cristo, al no tener forma ni limitación, es omnipresente y, en consecuencia, puede cumplir mi promesa a este respecto. Cristo está tan vivo hoy como siempre. Nunca fue crucificado y nunca murió como Jesús.

Bueno, creo que ahora tienes demasiado sueño para continuar, pues necesitas dormir. No sé de ninguna influencia especial que se ejerza sobre ti para producir el sueño.

Continuaré en un futuro próximo;

Tu hermano y amigo,

Jesús

Afirmación de que Jesús ha escrito a través del sr. Padgett (Helen - sra. Padgett, esposa del Sr. Padgett; espíritu celestial) (7 junio 1915)

Estoy aquí, soy Helen (sra. Padgett).

Bueno, cariño, tienes demasiado sueño para escribir, será mejor que te vayas a la cama y duermas bien.

El Maestro no se ofendió en absoluto, pues comprendió que no podías mantenerte despierto lo suficiente para escribir. Terminará la próxima vez y el discurso te va a interesar.

Con todo mi amor te digo buenas noches;
Tu fiel y amorosa,
Helen

Jesús continúa su descripción de su nacimiento y vida hasta el momento de su ministerio público (Jesús) (8 junio 1915)

Estoy aquí, soy Jesús.

Continuaré mi carta sobre mi nacimiento y obra, tal como la comencé anoche.

Cuando estuve convencido de que había sido elegido por mi Padre para llevar a cabo su obra de declarar al mundo la concesión del gran don del amor divino que estaba en Su naturaleza, y que constituía el principio predominante de esa naturaleza, comencé mi ministerio y continué trabajando por la redención de la humanidad, en la Tierra, hasta mi muerte en la cruz. Yo no era entonces tan perfecto como lo soy ahora, y mi conocimiento de las verdades del Padre no era tan grande como lo es ahora.

Que los hombres sepan, sin embargo, que lo que enseñé era verdad, aunque no enseñara toda la verdad, y aprenderán que soy un verdadero hijo de mi Padre, y el mensajero especial por quien estas grandes verdades debían ser enseñadas a la humanidad.

Cuando estuve en la Tierra, no estaba tan lleno del amor del Padre como lo estoy ahora, y no tenía el poder de hacer sentir a los hombres que este amor es lo único que los reconciliará con el Padre y los hará uno con Él, como lo tengo ahora. Por eso los hombres deben creer que les comunico las auténticas verdaderas que les mostrarán el camino hacia el amor del Padre y hacia su propia salvación.

Tienes en tu mente el deseo de saber cómo fue que los reyes magos vinieron a mí con sus ofrendas y adoración, si yo no había sido creado especialmente por Dios para convertirme en Su hijo y representante en la Tierra.

Pues bien, aquellos sabios vinieron, pero su venida no se debió a ningún conocimiento que tuvieran de que yo fuera un niño creado divinamente, o de que no fuera un niño natural, sino a que eran astrólogos y que en aquel momento vieron una estrella nueva y brillante en los cielos, lo que para ellos significaba que había tenido lugar algún acontecimiento importante; y, siendo estudiosos del Antiguo Testamento, en el que se hacía referencia a tal estrella como precursora del nacimiento de un salvador, concluyeron que esa estrella era la que se pretendía, y que siendo mi nacimiento humilde, como ellos esperaban, era aquel que las Escrituras referían, y, en consecuencia, que yo era el Cristo del que se hablaba. Pero fuera de este conocimiento como astrólogos y el de las Escrituras, no tenían conocimiento de que yo fuera el Cristo que iba a nacer; y cuando se afirma que tenían alguna información de parte de Dios o de sus ángeles acerca de que yo era el Cristo, tal afirmación no es cierta.

Lo sé, porque desde mi venida al mundo de los espíritus, me he encontrado con estos hombres, he hablado con ellos y me han dicho lo que escribo. Así que, aunque yo era el Cristo al que se refiere la Biblia —me refiero a las profecías del Antiguo Testamento—, esos sabios no tenían más conocimiento de ese hecho que lo que te he dicho.

Sé que fui enviado por el Padre para cumplir la misión que realicé, y que en un principio estaba previsto que yo fuera ungido como el Cristo, pero esto no lo supe hasta después de volverme un hombre y de que el ángel y mi propia voz interior me dijeran cuál era mi misión.

Ni mi madre, ni mi padre, ni mis hermanos lo sabían, e incluso después de yo haber proclamado mi misión y mostrado los maravillosos poderes que me habían sido dados, no creyeron en mi misión, sino que pensaban que yo estaba fuera de mí, es decir, tal como vosotros decís, que estaba loco en la creencia de que yo era el elegido de mi Padre. La propia Biblia muestra que esa era la condición mental de ellos.

Así que, aunque soy el Cristo de la Biblia, y el instrumento elegido del Padre para dar a conocer las grandes verdades que he proclamado, y que proclamaré a través de ti, no obstante no soy el hijo unigénito de Dios en el sentido en que suele aceptarse. Y mucho menos soy Dios. Como ya he dicho, sólo hay un Dios, y yo no soy más que Su hijo y maestro enviado al mundo para declarar a la humanidad la concesión del don de la inmortalidad y el modo en que los hombres pueden obtenerlo.

Hablaré más de mí mismo a medida que avancemos en nuestros escritos.

Que nadie crea que nací de la Virgen María, o que fui engendrado por el Espíritu Santo, o que soy Dios, porque todas estas cosas no son verdad.

Por el momento me detendré, y con todo mi amor y bendiciones, y las bendiciones del Padre, diré buenas noches;

Tu amigo y hermano,
Jesús

Comentarios sobre la descripción de Jesús de su nacimiento y vida hasta el tiempo de su ministerio público (Joseph Salyards - Profesor) (8 junio 1915)

Estoy aquí, soy tu viejo profesor.

Estoy muy contento y quiero decirte que te encuentras en mejores condiciones para escribir que desde que empecé a hacerlo. Me alegro mucho de ello, pues indica una mejoría tanto en tu estado físico como en el mental.

Me interesó mucho el último mensaje del Maestro, pues expone hechos que no concuerdan con la historia bíblica ni con lo que me habían hecho creer. Por supuesto, él sabe cuál es la verdad, y cuando nos dice algo, nunca, ni por un momento dudamos de él, y tú tampoco debes hacerlo.

Y cuando analices y consideres las afirmaciones que hace, las encontrarás más acordes con la razón que la historia contenida en la Biblia. En sus declaraciones no hay nada milagroso, o que exija una creencia que esté más allá de lo que la razón pueda concebir. Todo es muy natural y acorde con el funcionamiento de la naturaleza, tal como se observa en el caso del nacimiento de cualquier otro ser humano. Su afirmación de cómo y cuándo le llegó el conocimiento de que era el elegido de Dios para traer a la Tierra la buena nueva de la restauración de la inmortalidad y el amor divino del Padre que espera a toda la humanidad, creo que es muy nueva y será sorprendente para la mayoría de los hombres.

Pero qué razonable es esto. Si desde el momento de su nacimiento hubiera sabido que era el Cristo prometido a los judíos, ¿es posible que durante los treinta años que permaneció oculto [*in obscurity*]

no hubiera dado a conocer su misión y no hubiera comenzado a proclamar a la humanidad las buenas nuevas que luego proclamó? Parece totalmente increíble que no lo hubiera hecho. Los años que van de los veinticinco a los treinta son muy importantes en la vida de un hombre, y muchas grandes cosas han sido realizadas por un simple hombre durante ese período de la vida; y no es razonable que alguien que desde su infancia hubiera sabido que es el mensajero especial de Dios, revestido de todos los poderes y conocimiento de la verdad —que Jesús desplegó después de comenzar su ministerio público— hubiera permanecido en aislamiento durante los años que he mencionado, y no hubiera dado al mundo el beneficio de estas grandes posesiones. No, para mí su historia está en consonancia con la razón y debo creerla. En cualquier caso, el hecho de que él diga que es verdad es suficiente.

Bien, esperaba reanudar antes mi discurso sobre las leyes del mundo de los espíritus, pero tu tiempo ha estado tan ocupado que no he podido importunarte; pero muy pronto, si te parece bien, continuaremos.

Con todo mi amor, me despido;
tu viejo profesor y maestro,
Joseph Salyards

El Reino de Dios en la tierra y en el mundo de los espíritus, o el camino al Reino del hombre perfecto. Estos espíritus sólo tienen el amor natural desarrollado hasta una condición de pureza, pero no poseen el amor divino que es necesario para entrar en el Reino Celestial (Jesús)
(5 mayo 1917)

Estoy aquí, Jesús.

Vengo esta noche a escribir sobre el único camino por el cual los hombres pueden alcanzar el Reino de Dios, o el camino hacia el hombre perfecto.

Este es un tema que muchos hombres y maestros se han esforzado en explicar a la humanidad, y los caminos descritos han sido tan variados y a veces tan contradictorios como diferentes han sido los pensamientos y la educación de estos hombres; y todos han tratado de basar sus enseñanzas y conclusiones en la Biblia. Me refiero, por supuesto, a los que profesan ser cristianos. En cuanto a otros maestros y reformadores, como se les ha llamado, sus enseñanzas se basan en las doctrinas de las diversas sectas a las que han pertenecido o profesado lealtad.

Pero el Reino de Dios es más peculiarmente una frase que se encuentra y pertenece a la Biblia cristiana, y en cierta medida a las escrituras hebreas.

Al considerar el tema de este mensaje, primero es importante entender lo que se quiere decir con el 'Reino de Dios'. Algunos lo entienden o conciben como un reino en la tierra en el cual la voluntad y las leyes de Dios serán seguidas y obedecidas por los hombres en la vida mortal, y otros lo entienden como ese Reino de Dios que existe y continuará existiendo en perfección en el mundo espiritual; y algunos pocos, ese reino que encontrará su establecimiento o lugar de existencia en las Esferas Celestiales.

Ahora bien, el camino a cada uno de estos reinos no es el mismo, aunque al perseguir el camino a uno —el Reino Celestial—, entonces el camino hacia los otros necesariamente debe ser seguido; o, en otras palabras, el que sigue el camino al Reino Celestial persigue aquel curso que, en su

prosecución, le hará hacer esas cosas y obedecer esas leyes de Dios que son necesarias para establecer los Reinos en la tierra y en el mundo de los espíritus. Pero el que persigue sólo el camino que conduce al establecimiento del reino en la tierra y en el mundo espiritual, no puede llegar a ser un habitante del Reino Celestial. El Reino de Dios en la tierra, o en el mundo de los espíritus, puede ser obtenido por el hombre, o espíritu, obedeciendo la voluntad de Dios en aquellos puntos esenciales que obrarán una purificación de su amor natural, y causarán esa entrada en armonía con Sus leyes que afectan y controlan al hombre como mero hombre; es decir, que restaurarán al hombre a la condición de perfección que existía antes de la caída de los primeros padres; y muchas de mis enseñanzas, cuando estuve en la tierra, de las cuales se conservan varias en la Biblia, tenían por objeto instruir a los hombres en esa forma de vida que desarrollaría sus cualidades morales y los liberaría de la mancha y la destructividad del pecado en que vivían entonces y viven ahora. Por la observancia de mis enseñanzas y la obediencia sincera a estos preceptos morales, el hombre perderá aquellas cosas que pertenecen a sus apetitos, pasiones y malos pensamientos y deseos, y se dará cuenta de que en su lugar vendrán un amor más puro, y unos deseos y pensamientos más espirituales, que conducen a una limpieza de su corazón y alma, lo cual conlleva vivir y pensar en armonía con la voluntad y las leyes de Dios. Porque Dios es todo bondad, y todas sus leyes exigen que el hombre llegue a ser bueno para que se establezca este reino en el mundo espiritual.

Naturalmente —y quiero decir, de acuerdo a Su creación— el hombre es bueno, y no es esa criatura depravada que durante tantos siglos las enseñanzas y doctrinas de la iglesia han declarado que es. Y cuando llegue a ese estado de bondad que era suyo en el principio, meramente se habrá librado de esos apetitos, pensamientos y deseos contaminantes que hicieron de él ese ser pecaminoso e inarmónico que ahora es.

Así pues, a partir de esto, verás que el trabajo del hombre, para permitir que el reino se establezca en la tierra, es en gran parte un trabajo de renuncia; y esta verdad fue enseñada por profetas y maestros antes del tiempo de mi venida a la tierra y de la enseñanza del camino hacia el Reino Celestial; y la misma verdad se aplica a los espíritus que formarán y establecerán el reino en el mundo espiritual.

En estos reinos de la purificación y recuperación del amor natural perfeccionado, no habrá nada de la naturaleza divina del Padre, excepto, como puede decirse generalmente, que todos los objetos de Su creación, por el hecho de ser tales objetos, pueden participar de la imagen de lo divino. Pero esto no es lo divino. **Lo divino, en su verdadero sentido, es lo que participa de la esencia y naturaleza mismas de Dios, y no lo que es meramente el objeto de su creación.**

El hombre, en cuerpo, alma y cuerpo espiritual, es sólo una creación de Dios, y, en cuanto al alma, una imagen de su Creador, pero esta creación no fue hecha de ninguna parte —ni de la más mínima parte— de la esencia o sustancia de Dios; y esta creación puede, si así le place al Padre, en su existencia compuesta y coordinada, ser completamente destruida y reducida a los elementos de los que fue creada, sin que la verdadera sustancia o naturaleza de Dios se vea afectada en lo más mínimo. Así, verás que en verdad no existe en el hombre o del hombre nada de lo divino; y, por lo tanto, cuando el reino de Dios se establezca en la tierra, o en el mundo espiritual, no habrá en él nada de lo divino, sino sólo la existencia de unas criaturas perfectas, viviendo y pensando en armonía con las leyes de Dios que controlan la creación y la existencia de dichas criaturas.

De modo que la manera en que estos dos reinos de lo no-divino pueden establecerse, es siguiendo el hombre ese curso de pensamiento y de vida que le permita renunciar y deshacerse de aquellas cosas

—extrañas a su verdadera naturaleza— que le impiden entrar de nuevo en una armonía exacta con la voluntad de Dios, tal como se expresa y se hace obligatoria por la ley de la creación del hombre.

La observancia de la ley moral permitirá a los hombres alcanzar este fin. El amor de que ha sido dotado el hombre, como hombre perfecto, le habilita, a medida que se purifica y se hace más armonioso, para amar a Dios y amar a su prójimo como a sí mismo, pues este amor natural es tal que en su perfección y naturaleza es universal, y en su ejercicio todo hombre es hermano de su prójimo.

Las cualidades progresivas de este amor que todo hombre puede obtener, están verdadera y maravillosamente expuestas por Pedro en una de sus epístolas, tal como están contenidas en la Biblia ([II Pedro, cap. 1, v. 5-7](#)), y si los hombres buscan dar estos pasos sucesivos en la adquisición del desarrollo purificador de este amor, alcanzarán el gran objetivo buscado.

Como he escrito, la Biblia contiene muchas de mis enseñanzas que, si se siguen, conducirán a este fin, y los hombres realizarán el Reino de Dios en la tierra.

Y aquí permíteme corregir una creencia o idea errónea que ha prevalecido durante tanto tiempo entre la humanidad, y que, en sus resultados, ha retrasado la venida del Reino a la tierra; y la corrección es que Dios, por su mero *fiat*, o independientemente de los deseos y el trabajo de las almas de los hombres, no establecerá este Reino. Su establecimiento depende de los hombres mismos, y hasta que ellos y sus amores lleguen a estar en armonía con la voluntad de Dios, este reino nunca se establecerá.

Sé que se cree, se enseña y se insiste —y los hombres ponen todas sus esperanzas y expectativas de un cielo de dicha— en la afirmación de que en algún momento vendré a la tierra en las nubes del cielo con un gran clamor, y que por el poder que creen que existe en mí, estableceré el Reino de Dios, una especie de reino en el que seré el rey y gobernaré supremo, y recibiré como mis súbditos a los que crean en mí y me adoren, y enviaré a los que no lo hagan a la condenación eterna y a las tinieblas exteriores.

Pues bien, esto es lamentable, falso y del todo erróneo. Este reino nunca se establecerá de esta manera, pues sólo el hombre, por sí mismo, puede llamar a la existencia este reino, y solamente al convertirse en el hombre perfecto puro que existía cuando el reino terrenal de Dios tuvo, en la creación del hombre, su existencia. Sólo el hombre trajo el pecado al mundo, y el hombre mismo debe destruir el pecado, y entonces la armonía con la voluntad del Padre será restaurada, así como también este reino.

Pero de lo que he escrito no debe inferirse ni por un momento, ni en lo más mínimo, que Dios no esté teniendo un papel o que no vaya a tenerlo, en el restablecimiento de este reino, pues es un hecho que está obrando por medio de sus ángeles sobre las almas y los pensamientos de los hombres para traer este reino a la Tierra; pero no forzará su establecimiento, sino que debe venir voluntariamente por parte de los hombres.

Cuando creó al hombre, le dio libre albedrío —el más maravilloso de los dones naturales para el hombre— y no controlará arbitrariamente, mediante el ejercicio de Su poder, la dirección de esa voluntad, sino que en cuanto a ella, deja al hombre supremo. Por supuesto, mientras esto sea así, si el hombre en tal ejercicio contraviene las leyes de Dios, el hombre debe sufrir las consecuencias, porque Él nunca cambia ni pasa por alto Sus leyes. El hombre puede ejercer su libre albedrío como lo deseé y tal como sus pensamientos y apetitos puedan influenciarlo a hacerlo, pero la libertad de

ejercicio no impide la imposición de las penalizaciones que las leyes prescriben cuando son violadas. De este modo puedes ver que hay libertad sin limitación, pero que todo ejercicio inarmónico de esa libertad debe invitar a la imposición de aquello que necesariamente sigue a la violación de la armonía.

Dios quiere y espera pacientemente el amor del hombre, y es siempre un Padre amoroso que no se deleita en el sufrimiento de sus criaturas, pues quiere que su amor venga voluntariamente y sin coacción ni miedo al castigo ni esperanza de recompensa, excepto esa recompensa que debe seguir necesariamente a la mezcla [*blending*] del amor de Dios y el amor del hombre.

Entonces, digo, el Reino de los Cielos en la Tierra no es el Reino Divino, y no tiene en él aquello que es necesariamente divino, excepto el amor que Dios tiene por Sus criaturas, para bendecirlas y hacerlas felices. Pero Su esencia y Su sustancia no les son conferidas, porque si lo fueran, los hombres no permanecerían en el reino de la Tierra, sino que, hasta cierto punto, estarían en el Cielo Celestial, incluso mientras están en la Tierra, tal como sé que, algunos hombres, mientras todavía son mortales, están en este Cielo Divino.

Ahora bien, lo que he dicho con referencia al Reino de los Cielos en la Tierra, se aplica con igual verdad al Reino de Dios en el mundo de los espíritus, porque allí los habitantes son meramente los espíritus de los hombres después de que han entregado sus cuerpos físicos, y se han vuelto purificados en su amor natural y en armonía con la voluntad y las leyes de Dios que controlan su existencia como hombres perfectos.

Aunque el Reino de Dios no se ha establecido todavía en la Tierra, sí lo ha hecho en el mundo espiritual, pues en la esfera más elevada de ese mundo las almas de los hombres se han purificado y se ha restablecido la armonía, y las almas de los hombres disfrutan de la felicidad suprema que les fue concedida en el momento de su primera creación, que Dios declaró muy buena. Alguna vez os habrán descrito la dicha y maravillosa felicidad de ese reino; y no diré que esto esté más allá de toda concepción de los hombres; fue establecido no por el mero poder y voluntad de Dios, sino por el ejercicio de la voluntad de los hombres, después de que se convirtieran en espíritus, al renunciar al mal y al pecado, y al tener sus pensamientos, deseos y alma en su amor natural purificados y hechos armoniosos. Y aquí debo decir que todos los hombres que hayan vivido alguna vez, o que vayan a vivir alguna vez, vivirán en algún momento en este Reino de Dios en el mundo espiritual, o bien en el Reino de las Esferas Celestiales —aunque la gran mayoría encontrará su hogar en el primero—.

Los infiernos y los lugares oscuros serán vaciados de sus habitantes y abolidos para siempre, y, por sorprendente que pueda parecer a los mortales, no por el *fiat* de dios, sino por el ejercicio de la voluntad y los deseos y anhelos de los hombres por alcanzar la purificación de su amor, y por alcanzar la meta de sus aspiraciones. Pero Dios estará con ellos en sus esfuerzos, y sus ángeles harán Su voluntad para ayudar a los mortales y a los espíritus en este camino hacia el reino espiritual.

Entonces, cuán importante es que los mortales comprendan y se den cuenta del gran trabajo que deben hacer para establecer el Reino en la Tierra y el Reino en el mundo espiritual, y no descansen pasivamente en la mera creencia intelectual de que Dios, a su manera y en su tiempo, establecerá este reino, y que quienes crean en Dios y observen los credos y doctrinas de sus iglesias y cumplan con sus deberes como miembros de la iglesia, se convertirán en habitantes de ese reino, y en un instante llegarán a ser puros e inmaculados y a estar en armonía con la voluntad de Dios y sus leyes. Esta es una creencia muy dañina, pues el único camino a este reino es el de la renuncia y la

purificación, y todas las creencias que alguna vez hayan poseído los hombres, y que no conduzcan a esta purificación de sus almas, no conducirán a este reino.

El hombre, con la ayuda del Padre, debe labrar su propio destino, y el Padre, sin el esfuerzo del hombre, no hará para él un destino al que su condición de alma y de amor no le den derecho.

Pero hay un Reino más grande, diferente y distinto de estos reinos de los que he estado escribiendo, y es el Reino Celestial de Dios; y sólo aquellos que reciben de la Esencia Divina pueden llegar a ser habitantes de este Reino. Las almas de los hombres deben transformarse en la misma Naturaleza Divina de Dios, y el amor natural del hombre ser cambiado, en todas sus cualidades y elementos, en el Amor Divino del Padre.

He escrito que muchas de mis enseñanzas morales están registradas en la Biblia, y que vine, o, más bien, mi aceptación por el Padre como Su hijo amado, y la recepción en mi alma de Su Amor Divino me calificó, para enseñar el camino a los varios reinos; y como se dijo en ese Libro, lo que se perdió por la desobediencia del primer hombre fue restaurado por la venida del segundo, y eso sólo significa que por razón del conocimiento que vino a mí de la verdad y de las leyes de la armonía que gobiernan el universo de Dios, fui capacitado para enseñar a los hombres el camino para un retorno a la pureza y el desarrollo de sus almas en el amor natural que existía antes de la gran pérdida causada por la desobediencia del primer hombre. No debía llevar a cabo esta restauración mediante ningún gran poder o cualidades divinas de omnisciencia que se pudiera suponer que poseía, sino simplemente enseñando a los hombres a amar a Dios y a sus hermanos, y a seguir ese curso de vida y de pensamiento que necesariamente les habilite para renunciar al pecado y al mal, y llegar a un estado de armonía con las leyes de su creación.

Ahora bien, mientras enseñaba estas verdades morales, también enseñaba las grandes verdades espirituales que muestran a los hombres el camino hacia el Reino Celestial, porque en mis comuniones con el Padre me llegó no sólo el Amor Divino que transformó mi alma en la sustancia del Padre en cuanto a sus cualidades de amor, sino también el conocimiento por el cual este Amor Divino podría ser adquirido, y del camino cierto hacia el Reino Celestial, incluso en cierto grado mientras se esté en la carne.

Pero mis enseñanzas espirituales que muestran el camino al Reino Celestial no fueron tan bien comprendidas por mis oyentes —y ni siquiera por mis discípulos íntimos—, sino más bien por Juan, y en consecuencia no fueron preservadas en la Biblia, como lo fueron mis enseñanzas morales. Y en cuanto a la Biblia, quiero decir que los manuscritos originales no se escribieron hasta muchos años después de mi muerte. Incluso en estos manuscritos no fueron recogidas muchas de mis enseñanzas en cuanto a la manera que conduce a este Reino Celestial; y después, cuando estos manuscritos fueron copiados, y las copias se volvieron a copiar, estas verdades importantes no fueron preservadas —apenas alguna—. Aunque, las fundamentales, a saber: **Dios es amor, y a menos que un hombre nazca de nuevo no puede entrar en el Reino de los Cielos, sí fueron retenidas.**

Y a medida que pasaba el tiempo y continuaba el proceso de volver a copiar, cada vez se conservaban menos de mis preceptos, y los hombres llegaron a conocer cada vez menos de estas verdades superiores, y, en consecuencia, las meras enseñanzas morales eran mejor comprendidas, y fueron utilizadas por los maestros e instructores de las masas para conducir a los hombres al reino de Dios.

Y además de esto, estos líderes cambiaron incluso estas verdades morales, y las interpretaciones de los primeros escritores, de tal manera que les permitiera a dichos líderes alcanzar la riqueza, el poder y el control sobre la gente común en sus creencias y observancias del culto. Entonces, el Dios de amor se convirtió en gran medida en un Dios de odio e ira, infligiendo castigo a aquellos que se atrevían a desobedecer los mandatos que la jerarquía de la iglesia les imponía como exigencias y voluntad de Dios.

Pero sobre estos asuntos se ha escrito más ampliamente en otra parte, y no me extenderé más sobre ellos, y revelaré ahora el verdadero camino que conduce al Reino de Dios en los Ámbitos Celestiales.

Bueno, hemos escrito mucho tiempo esta noche, y creo que es mejor posponer mi escritura para más adelante.

Sin embargo, debo decir que me alegro de que te encuentres mucho mejor, y siento que ahora podemos proceder más rápidamente con nuestros mensajes.

Recuerda que mis promesas se cumplirán, y debes tener fe. Estoy contigo muy a menudo, y te amo, como sabes, y seguiré rezando al Padre por ti.

Así que confía en mí y ten la seguridad de que te ayudo en tu deseo. Buenas noches y que Dios te bendiga.

Tu hermano y amigo,
Jesús

Afirmación de que Jesús escribió sobre los dos reinos (San Juan - Apóstol de Jesús) (5 mayo 1917)

Estoy aquí, San Juan, apóstol de Jesús.

No escribiré mucho, pero deseo decirte que esta noche tienes un maravilloso mensaje del Maestro, y que él estaba muy deseoso de que lo recibieras lo más correctamente posible; y debo decirte que estuvo muy satisfecho por la forma en que pudo expresar sus pensamientos.

Es una maravillosa revelación de los dos reinos que pueden ser y serán establecidos; el reino en el mundo espiritual ya ha sido establecido, porque hay muchos espíritus que tienen la purificación del amor natural en ese grado que los convierte en hombres perfectos como lo fueron los primeros padres.

Bien, él vendrá pronto y describirá el camino mayor y más importante hacia el verdadero Reino del Padre, y espero que estés en condiciones de recibir esta parte del mensaje de una manera tan correcta como has recibido lo que se ha escrito esta noche. ¡Qué Jesús de conocimiento y amor él es! ¿Puedes dudar de que es el Cristo mismo y el Salvador de la humanidad, y que mostró a los hombres el único camino hacia el Reino Celestial?

Hubo una gran concurrencia de espíritus presentes esta noche, y muchos de los que escucharon su mensaje quedaron asombrados, y sé que se beneficiaron de ello. Los espíritus superiores estaban aquí en gran número, y también muchos que han aprendido el camino y que ya están progresando; y si hubieras podido ver las expresiones de amor en sus semblantes, darías gracias al Padre con toda la gratitud de tu alma por haber sido seleccionado para esta obra.

Oh, hermano mío, no dejes que la duda entre en tu alma en cuanto a tu misión y en cuanto al trabajo que estás haciendo.

Estuvieron aquí los de tu grupo, tanto los más elevados como los que están progresando, y estaban muy agradecidos de que el Padre sea tan bueno y te bendiga tanto.

No escribiré más, pero para terminar, repito: reza y cree, y el amor vendrá a ti cada vez en mayor abundancia.

Con mi amor y las bendiciones del Padre, te doy las buenas noches;

Tu hermano en Cristo,

Juan

2. Ámbitos celestiales

El único camino al Reino de Dios en los Ámbitos Celestiales (Jesús) (15 mayo 1917)

Estoy aquí, soy Jesús.

Vengo esta noche y deseo terminar mi mensaje y espero que puedas recibirla.

Bien, para continuar.

He descrito el camino al Reino de Dios en la tierra y en el mundo espiritual, y ahora describiré el único camino al Reino de Dios en los Ámbitos Celestiales.

Como he escrito antes, cuando el hombre fue creado, además de haberle concedido aquellas cosas que hicieron al hombre perfecto y en armonía con las leyes y la voluntad del Padre, también le concedió la potencialidad o el privilegio de recibir el Amor Divino, siempre que lo buscara de la única manera que Dios había planeado para su consecución. Pero en lugar de abrazar este gran privilegio, el hombre se volvió desobediente y trató de ejercer su propia voluntad, y lo hizo de tal manera que condujo no sólo a su caída en su condición —de la condición de madurez perfecta en la que Dios lo había creado—, sino también a la pérdida del gran privilegio de recibir este Amor Divino, privilegio que nunca le fue re-otorgado hasta mi venida y la enseñanza de ese re-otorgamiento y la verdadera manera de obtener este amor.

Ahora bien, aquí es mejor que se entienda lo que era y es este Amor Divino, pues es el mismo hoy que lo que era cuando el hombre fue creado a imagen de Dios. Este amor difiere del amor natural del hombre —con el que fue dotado cuando fue creado, y que pertenece a todos los hombres, y que todos poseen en una condición más o menos perfecta—, en esto: que el Amor Divino es aquel amor que pertenece o es parte de Dios, poseyendo Su Naturaleza y compuesto de Su Sustancia, y que cuando es poseído por el hombre en un grado suficiente, lo hace Divino y de la Naturaleza de Dios. Este Gran Amor, Dios quiso que fuera recibido y poseído por todos los hombres que desearan recibirla y que se esforzaran por obtenerlo.

Es el amor que contiene en sí mismo lo divino, cosa que no hace el amor natural. Muchos, lo sé, escriben y creen que todos los hombres, independientemente del tipo de amor que tengan en sus almas, poseen lo que llaman "la chispa divina", que sólo necesita el desarrollo adecuado para hacer que todos los hombres sean divinos. Pero esta concepción del estado del hombre en su condición

natural es totalmente errónea, pues el hombre no tiene en sí ninguna parte de lo divino, y nunca podrá tenerla, a menos que reciba y haya desarrollado en él este Amor Divino.

En todo el universo de Dios y la creación de las cosas materiales y espirituales, la única de Sus criaturas que tiene dentro de sí algo de naturaleza divina es la que posee este Amor Divino.

El otorgamiento de este amor estaba destinado, en su operación y efecto, a transformar al hombre desde ser el hombre meramente perfecto en ser un ángel divino, y así crear un Reino de Dios en las Esferas Celestiales, donde sólo lo que es divino puede entrar y encontrar una morada. Y debes comprender que así como depende en gran parte del hombre, de él mismo, establecer el Reino de Dios en la tierra o en el mundo espiritual, así también depende en gran parte del hombre establecer el Reino en los Ámbitos Celestiales. Dios no establecerá y de hecho no establece este Reino Divino por ningún poder que Él pueda tener, y si el hombre nunca hubiera recibido este Amor Divino en su alma, nunca habría sucedido que tal reino se trajera a la existencia.

Existe ahora un Reino en la Esfera Celestial, pero no terminado, pues aún está abierto y en proceso de formación, y está abierto a la entrada de todos los espíritus, y los hombres deben buscarlo por el único camino que el Padre ha previsto, y no quedará excluido de él ningón hombre o espíritu que, con todos los anhelos de su alma, aspire a entrar en ese reino.

También debo declarar que llegará el tiempo en que este Reino Celestial se completará, y después ni el espíritu ni el hombre podrán entrar en él; porque este Amor Divino del Padre volverá a ser retirado del hombre, como lo fue de los primeros padres, y el único reino que entonces será accesible al hombre será el reino que existirá en la Tierra, o el que ahora existe en el mundo espiritual.

Entonces, ¿cuál es el camino que conduce a este Reino Celestial? ¿El único camino? ¡Pues no hay más que uno!

La observancia de los preceptos morales y la limpieza de las almas de los hombres del pecado siguiendo estos preceptos, no conducirán a este reino, porque, como se puede ver fácilmente, la corriente no puede subir más alto que su fuente, y la fuente de las almas de los hombres, en un estado meramente purificado, es la condición del hombre perfecto —aquella condición en la que se encontraba antes de su caída— y, por lo tanto, los resultados de la observancia y la vivencia de los preceptos meramente morales y del ejercicio del amor natural en su estado puro, es que el hombre será restaurado a la condición de hombre perfecto —el hombre creado en el que no hay nada de lo divino—. Pero esta condición restaurada del hombre será tan perfecta y estará tan en armonía con la voluntad de Dios y Sus leyes que rigen a la más elevada y perfecta de Sus criaturas, que el hombre será muy feliz. Sin embargo, solamente seguirá siendo el ser creado, sin nada más en su haber que la imagen de su Hacedor.

Por lo tanto, digo, vivir en armonía con las leyes morales y el ejercicio de este amor natural en su estado más elevado y puro hacia Dios y hacia su prójimo, no conducirá al camino del Reino Celestial, sino que la mayor altura de su logro será el reino en la tierra o el de los cielos espirituales.

Y la naturaleza distinta y diferente de estos reinos, con respecto a la de los Ámbitos Celestiales, permitirá a la humanidad comprender la diferencia entre las misiones de los grandes maestros y reformadores que me precedieron en su trabajo entre los hombres, con respecto a la misión que fui seleccionado para realizar en la Tierra. Los primeros no podrían haber enseñado el camino hacia el Reino Celestial, pues hasta mi venida no le era posible al

hombre obtener este Amor Divino del que escribo. El privilegio no existía antes de ese tiempo, después de que los primeros padres lo perdieran, y no había Reino Celestial en el que los hombres pudieran encontrar su hogar eterno.

Por lo tanto, repito, todas las enseñanzas morales de la historia del mundo no podían mostrar el camino hacia el Reino Celestial de Dios, y no pueden ahora, porque la moral, tal como es entendida y enseñada por la humanidad y por los espíritus y los ángeles, no puede dar al hombre lo que es absolutamente necesario para transformar su alma en ese estado o condición que le capacita para una entrada en este Reino verdaderamente Divino del Padre.

Mas el camino hacia ello es simple y único, y los hombres fueron enseñados de esa manera por mí cuando estuve en la Tierra; y podrían haber sido enseñados de esa manera durante todos los siglos desde que dejé la vida humana; y debo decir que algunos han sido así enseñados y han encontrado ese camino, pero son comparativamente pocos de entre los mortales cuya ostensible y reclamada misión y privilegio eran enseñar ese camino. Quiero decir que los sacerdotes, los predicadores y las iglesias han descuidado enseñar lo mismo, y, más bien, pese a su seriedad y su comprensión de su lealtad a Dios y de sus obligaciones para con la humanidad, han enseñado meramente el camino al que la observancia de los preceptos morales llevaría a los hombres.

Y todo esto, a pesar de que en la Biblia, que la mayoría de los que profesan ser cristianos creen que contiene mis dichos y enseñanzas, se expone este camino hacia el Reino Celestial. Las palabras son pocas y el camino es llano, y ningún misterio impide a los hombres comprender su significado.

Cuando dije: '*El que no nazca de nuevo no puede entrar en el Reino de Dios*', revelé el único y verdadero camino hacia este Reino. Durante mi tiempo en la Tierra hubo algunos que comprendieron esta gran verdad, y desde entonces, ha habido algunos que no sólo comprendieron esta verdad, sino que encontraron el camino y lo siguieron hasta que alcanzaron la meta y son ahora habitantes de este reino; pero la gran mayoría de los hombres —sacerdotes, maestros y pueblo— no lo ha comprendido nunca, y nunca han buscado encontrar el camino. Esta gran verdad, para sus sentidos espirituales, ha sido, por así decirlo, algo oculto; y cuando la leen o incluso la recitan a sus oyentes no tiene ningún significado especial, sino que es meramente como uno de los preceptos morales, como '*Ama a tu prójimo como a ti mismo*', y sin que se le atribuya tanta importancia como a algunas de estas instrucciones morales.

Y así, a lo largo de todas las edades desde que el gran reino ha estado esperando a los hombres, éstos, aunque con toda sinceridad y en amor hacia Dios, han buscado y, en mayor o menor medida, han encontrado sólo el reino del hombre perfecto, y han descuidado buscar y han descartado [missed] el reino del ángel divino.

Entonces, como he dicho, este Amor Divino del Padre, cuando es poseído por el alma del hombre, lo convierte, en su sustancia y esencia Divina, en semejante a la Divinidad del Padre, y sólo tales almas constituyen y habitan el Reino Celestial o Divino de Dios; y siendo esto así, debe verse fácilmente que el único camino al Reino Celestial es el que conduce a la obtención de este Amor Divino, que significa el Nuevo Nacimiento; y que el Nuevo Nacimiento se lleva a cabo por la afluencia en las almas de los hombres de este Amor Divino, y, de ahí, de la propia Naturaleza y Sustancia del Padre, por la cual los hombres dejan de ser unos seres meramente creados, para convertirse en las almas de los hombres nacidos en la realidad Divina de Dios.

Entonces, siendo que el único camino al Reino Celestial es por el Nuevo Nacimiento, y siendo que ese nacimiento es traído a los hombres sólo por la afluencia y la operación de este Amor Divino, y

siendo que depende de su propia iniciativa el que un hombre vaya a experimentar o no este nacimiento, la pregunta que surge es cómo o de qué manera puede un hombre obtener este Amor Divino, y este Nuevo Nacimiento y el Reino Celestial. Y como el camino es tan fácil y simple, puede ser que los hombres duden de la verdad de mi explicación, y continúen creyendo y poniendo todas sus esperanzas en las doctrinas ortodoxas de la expiación vicaria —el lavado de la sangre; mis sufrimientos en la cruz portando todos los pecados del mundo; y mi resurrección de entre los muertos—, doctrinas estas tan dañinas para la salvación de la humanidad como carentes de verdad o fundamento en hecho o efecto.

La única manera es entonces simplemente esta: que los hombres crean con toda la sinceridad de sus mentes y almas que este Gran Amor del Padre está esperando ser concedido a todos y cada uno de ellos, y que cuando acudan al Padre con fe y aspiraciones sinceras, este amor no les será negado. Y además de esta creencia, oren con todo el fervor y anhelo de sus almas para que Él abra éstas a la afluencia de este Amor, y que entonces venga a ellos el Espíritu Santo para traer este Amor a sus almas en tal abundancia que sus almas puedan ser transformadas en la Esencia misma del Amor del Padre.

El hombre que así crea y ore nunca quedará defraudado, y el camino al reino será suyo tan ciertamente como que el sol brilla día tras día sobre justos e injustos por igual.

No se necesita mediador, ni oraciones o ceremonias de sacerdotes o predicadores, porque Dios viene al hombre, a él mismo, y escucha sus oraciones y responde a ellas enviando al Confortador, que es el mensajero del Padre para transmitir a las almas de los hombres este gran amor divino.

He explicado así el único camino al Reino Celestial de Dios y a la naturaleza divina en el amor; y no hay otro camino por el cual sea posible alcanzar este reino y el conocimiento cierto de la inmortalidad.

Por lo tanto, imploro a los hombres que mediten sobre estas grandes verdades, y que al meditar crean, y al creer, oren al Padre para que afluya a sus almas este Amor Divino, y al hacerlo experimentarán la creencia, la fe y la posesión y propiedad de aquello que nunca les podrá ser quitado —no, nunca en toda la eternidad—.

Y así, queda para el hombre el elegir y fijar su destino. ¿Será ese destino el hombre perfecto, o el Ángel Divino?

He terminado y siento que has recibido mi mensaje como era mi intención, y estoy complacido.

Ya no escribiré más, y con mi amor y bendiciones, te doy las buenas noches.

Tu hermano y amigo,

Jesús

Afirmación de Samuel, Jesús escribió los mensajes (Samuel - Profeta de la Antigüedad) (15 mayo 1917)

Estoy aquí, soy Samuel, profeta de la Antigüedad.

He escuchado el mensaje del Maestro y como todos los suyos, está lleno de verdades vitales para la futura felicidad y condición de ser del hombre. También he estado contigo muy a menudo, y he tratado de ayudarte en todo lo que he podido, y debes creer que tienes a tu alrededor una hueste de espíritus celestiales y espirituales que se interesan por ti y se esfuerzan por ayudarte en tu trabajo.

Vendré pronto a escribirte.
Así que, con mi amor, me despido.
Tu hermano en Cristo,
Samuel

Después de la muerte, el juicio. Lo que es y lo que no es (Jesús) (25 febrero 1918)

Estoy aquí, soy Jesús.

Estoy aquí y deseo escribir unas líneas en referencia al gran día del juicio, acerca del cual escriben tan a menudo el predicador y los maestros de cosas teológicas. Sé que la Biblia, o más bien algunos de los libros, hacen gran hincapié en este día en el que, según afirman, Dios derramará sus copas de ira sobre los impíos y los condenará a una eternidad de castigo.

Hay, como sabes, muy grandes y diversas opiniones entre estos sabios en cuanto a cuál es el significado y la relevancia de este día del juicio, y cuándo, desde un punto de vista cronológico, tendrá lugar; y todas estas opiniones variadas tienen muchos estudiantes y maestros que las abrazan y proclaman al mundo como verdaderas y libres de duda.

Pues bien, es cierto que todos los hombres deben morir y que vendrá el juicio, y lo que sigue a la muerte es tan cierto como la muerte misma, y tan razonable como lo es el seguimiento de cualquier causa por un efecto. Por lo tanto, los hombres no deberían tener ninguna dificultad en creer en el juicio como un hecho que no se puede evitar, del mismo modo que no se puede evitar la muerte.

Pero la palabra y el hecho —el juicio—, cuando se usa como un efecto o secuela de la muerte, puede tener muchos significados en las opiniones y entendimientos de muchos hombres, dependiendo de lo que los hombres puedan creer en cuanto a las cosas que se llaman religiosas, científicas o filosóficas. Para los ultraortodoxos este término, juicio, significa y comprende necesariamente el pronunciamiento activo de una sentencia por Dios, a causa de y determinada por sus vidas y pensamientos mientras viven en la vida mortal, independientemente de cualquiera de Sus leyes generales y el funcionamiento de las mismas. Dios es Él mismo el juez —personal y presente— y por Él, en esta capacidad, resulta que la vida y las obras de cada hombre son conocidas, asimiladas [*digested*] y convertidas en la base de la sentencia que Él debe pronunciar en cada caso individual. Dios guarda el registro de todos estos actos de los hombres, o, si se admite que el hombre es su propio guardián de registros, sus registros son, o serán, en el momento de la gran asamblea para el juicio, abiertos o traídos a la vista para que nada pueda perderse; y entonces, sobre este registro los hombres serán enviados a la felicidad eterna o al castigo eterno, o, como algunos creen, a la destrucción o aniquilación.

Otros, no ortodoxos, que creen en la supervivencia del alma y en los recuerdos continuos de los actos y pensamientos de los hombres, enseñan que el juicio seguirá a la muerte como una consecuencia natural de las operaciones de la ley de causa y efecto; y no se puede escapar del efecto, hasta que de alguna manera llegue a la conciencia de los hombres la comprensión de que el efecto en su sufrimiento ha satisfecho a la causa, y que no hay nada misterioso o antinatural en la aparición y el funcionamiento del juicio. No creen que Dios, mediante una interposición especial o un castigo personal, pronuncie el juicio o determine los méritos o deméritos de la persona llamada a juicio.

Además de estos puntos de vista, hay otros que existen y en los que se cree, pero los dos que he mencionado son los principales y son suficientes para mostrar lo que la gran mayoría de los hombres pensantes, o más bien creyentes, concluyen que el término 'juicio', tal como se usa en la Biblia, debe significar o entenderse que significa.

Pues bien, el juicio del alma humana es un acompañamiento importante de la vida humana, tanto en la carne como en el mundo de los espíritus, y en lo que respecta a las cuestiones y los castigos, apenas hay algo que exija más del pensamiento y la consideración de los hombres, porque es una certeza que las creencias —verdaderas o falsas— no pueden ser evitadas por los hombres. El juicio sigue tan ciertamente a lo que los hombres llaman muerte como la noche al día, y ninguna filosofía, ni dogmas teológicos, ni determinaciones científicas pueden alterar el hecho, ni cambiar en modo alguno el carácter o la exacta actuación de este juicio.

Pero el juicio no es una cosa que pertenezca exclusivamente al período o condición después de la muerte, pues está presente y operando con los hombres desde el momento en que se encarnan en lo humano hasta que desencarnan, y de ahí en adelante continuamente hasta que las causas de los efectos hayan sido satisfechas y no quede nada por juzgar, cuyo final feliz también es un hecho, pues todos los hombres dependen de su progreso hacia unas condiciones de armonía con las leyes, condiciones que son las que hacen efectivos los juicios, así como los pronuncian. Mientras que en la tierra estas leyes operan, y el hombre está siendo juzgado continuamente por las causas que él pone en marcha, el juicio después de la muerte es sólo una continuación del juicio recibido por los hombres mientras están en la tierra.

Por supuesto —y los hombres pueden no saber esto—, estos juicios, o los efectos de los mismos, se intensifican después de que los hombres se hayan librado de las influencias de la existencia carnal y se convierten en espíritus, teniendo sólo cualidades espirituales. Y debido a este hecho los hombres deben comprender y tratar de darse cuenta de que la expresión "después de la muerte, el juicio" [[Hebreos 9:27](#)] tiene un mayor significado y es de importancia más vital que el dicho: "el juicio acompaña a los hombres durante toda su vida mortal".

Después de la muerte las causas de la inarmonía con la ley se hacen más pronunciadas, y aparecen en su verdadero significado y fuerza, y, en consecuencia, como esto es verdad, los efectos se intensifican y se comprenden más, y los hombres sufren más y se dan cuenta de la oscuridad, y a veces de la brutal oscuridad, que estos efectos producen. La inarmonía aparece en su realidad desnuda y no oculta, y los mecanismos de la ley traen a los hombres las penalizaciones exactas que sus violaciones exigen.

El hombre es su propio contador o contable, y en su memoria se registran todos los pensamientos y acciones de su vida terrenal que no concuerdan con la armonía de la voluntad de Dios, expresada o manifestada por Sus leyes. El juicio no es cosa de un día ni de una hora, sino que nunca cesa mientras exista aquello sobre lo que pueda operar, y disminuye a medida que desaparecen las causas de la inarmonía.

Dios no está presente con ira, exigiendo, como sí lo hace el ser humano que se cree herido y exige reparación por parte de quien le causó la herida. No; el Padre está presente sólo en amor, y a medida que el alma de quien sufre el castigo que sus propias acciones y pensamientos le han impuesto se armoniza más con la voluntad del Padre, Él, como vosotros los mortales decís, se complace.

Nunca es un Dios airado, regocijándose en la satisfacción de la pena pagada por uno de sus hijos descarriados, sino siempre un Padre amoroso que se regocija en la redención de sus hijos del sufrimiento que la violación de las leyes de la armonía exige con certeza.

Entonces, como digo, el día del juicio no es un momento especial en el que todos los hombres deban reunirse en presencia de Dios, para que sus pensamientos y acciones sean pesados en la balanza, y luego, según sean buenos o malos, recibir la sentencia de un Dios airado, o incluso justo, pronunciada sobre ellos.

El día del juicio es todos los días, tanto en la vida terrenal del hombre como en la vida espiritual, donde opera la ley de la compensación. En el mundo espiritual, el tiempo es desconocido y cada respiro es parte de la eternidad, y con cada respiro, mientras la ley lo exige, llega el juicio, continuo y no satisfecho, hasta que el hombre, como espíritu, alcanza esa condición de armonía que hace que, para él, la ley ya no exija un juicio.

Pero, según lo que he escrito, los hombres no deben suponer ni dejarse engañar por esa creencia que les lleve a pensar que, dado que no hay un día de juicio especial en el que Dios pronuncie su sentencia, el juicio, por lo tanto, no debe temerse ni evitarse. No, este estado de pensamiento solo será paliativo por el momento, pues el juicio es cierto, y no es ni será menos intimidatorio [*dreaded*], pues la ley inmutable exige una restauración exacta en lugar de un Dios airado.

Ningún hombre que haya vivido y muerto ha escapado, y ningún hombre que muera en el futuro podrá escapar de este juicio a menos que, de la manera provista por el Padre en su amor, se haya puesto en armonía con las leyes que exigen armonía. '*Como el hombre siembra, así cosechará*' es tan cierto como lo es el hecho de que el sol brilla por igual sobre justos e injustos.

La memoria es el almacén del bien y del mal del hombre, y no muere con la muerte del cuerpo físico, sino que, por el contrario, entonces se vuelve más viva —totalmente viva—, y nada se deja atrás ni se olvida cuando el hombre espiritual se libera del estorbo y de las influencias entumecedoras y engañosas del único cuerpo humano creado para morir.

El juicio es real, y los hombres deben afrontarlo cara a cara, y la incredulidad, la indiferencia o la aplicación a la vida humana del dicho '*a cada día le basta su propio mal*' no les permitirá evitar el juicio ni la carga de sus exigencias.

Sin embargo, existe una manera en que los hombres pueden convertir el juicio de muerte en juicio de vida, la inarmonía en armonía, el sufrimiento en felicidad, y el juicio mismo en algo deseable.

En otros lugares hemos escrito sobre este camino abierto a todos, y no intentaré describirlo aquí.

He escrito suficiente por esta noche. Estás cansado y no debes seguir más.

Así que, con mi amor, te daré las buenas noches.

Tu hermano y amigo,

Jesús

Las creencias de un predicador de misiones (Jesús) (17 septiembre 1916) (Título alternativo (DT): "Las condiciones bajo las cuales el Amor Divino no puede continuar fluyendo en un alma. La profundidad del Amor de Dios por todos Sus hijos").

Estoy aquí, soy Jesús.

Estuve contigo esta noche en la reunión y oí lo que dijo el predicador, y declaró algunas verdades, y también dijo algunas cosas que no eran verdad. Dijo que "sólo los que se han convertido son hijos de Dios".

Todos los hombres son hijos de Dios, y Su amor y cuidado son hacia todos, y son muy queridos para Él, o de lo contrario no habría vuelto a derramar Su amor sobre ellos y no les habría dado el privilegio de llegar a ser habitantes de Su Reino Celestial.

El mero hecho de que sean pecadores no los hace menos hijos Suyos, de Él, que anhela mucho redimir y llenar de Amor Divino, y cuando el predicador dice "los pecadores no son hijos de Dios", no declara una verdad, pues todos son hijos Suyos: unos para gozar de la vida pura y la dicha que les traerá la purificación de su amor natural, y otros para gozar y habitar el Reino Celestial que el Nuevo Nacimiento les brindará. Pero todos son Sus hijos, aunque algunos se hayan extraviado y se hayan convertido en extraños a Su amor, como lo fue el hijo pródigo que abandonó la casa de su padre para irse a un país lejano.

Esta doctrina de que los pecadores no son hijos de Dios es una doctrina condenable y dañina, y hará que muchos pierdan la esperanza de llegar a ser otra cosa que hijos de perdición o —como dicen los ortodoxos— del diablo.

La misericordia del Padre es para todos, y si algunos de Sus hijos no eligen buscar y recibir el Amor Divino que, cuando lo posean, hará de ellos ángeles, aun así son Sus hijos, y en la plenitud de los tiempos, o antes del tiempo de la gran consumación, se convertirán en seres puros y felices, como lo fueron los primeros padres antes de la caída.

Y aunque este predicador tiene una gran cantidad de Amor Divino en su alma, y está buscando tener más, de manera sincera y correcta, sus creencias y enseñanzas en cuanto al destino y condición futura de aquellos que pueden recibir este amor y llegar a ser uno con el Padre son todas erróneas, y tenderán a retardar su propio progreso en el desarrollo de su alma y en su avance hacia el Reino de Dios.

Él, por supuesto, posee estas creencias debido a su estudio y conceptualización de algunas de las declaraciones de la Biblia, y por lo tanto, no está enseñando algo en lo que no crea, o algo que considere como falso en su propia conciencia [*conscience*]. Sin embargo, es falso y tendrá que sufrir las consecuencias de tales creencias y enseñanzas falsas.

La ignorancia, aunque no le eximirá de sus consecuencias, y tampoco invocará las penalizaciones de la ley que se aplican al que engaña intencionalmente o al maestro que intencionalmente enseña doctrinas falsas, sin embargo, tampoco le excusará ni le eximirá de las penas de esa ley que exige que se crea y se enseñe la verdad, y sólo la verdad. Tendrá que deshacerse de estas falsas creencias, aunque pueda tener algo de lo divino en su alma; porque siempre que en el corazón y el alma del hombre existe falsedad en cuanto a la creencia, en esa medida interfiere con la afluencia del amor y el progreso de esa alma hacia la unidad perfecta con el Padre.

La verdad es en sí misma un hecho. No puede tener ninguna afiliación con la falsedad, sin importar si la falsedad es el resultado de la ignorancia, pues toda falsedad es el resultado de la ignorancia, y debe ser erradicada de los corazones de los hombres antes de que pueda haber esa armonía entre Dios y el hombre que la misma naturaleza de la verdad requiere. De modo que si ningún hombre pudiera ser hijo de Dios, de tal modo que no tenga la perfecta armonía que la verdad exige absolutamente, Dios no tendría hijos entre los hombres [*So that if no man could be the son of God,*

who has not the perfect harmony which truth absolutely demands, God would have no sons amongst men.]. La condición del pecador y la del hombre que ha experimentado el nuevo nacimiento difieren sólo en el hecho de que uno no ha comenzado a tener en su alma la esencia de la verdad, mientras que el otro, hasta cierto punto, tiene esa esencia. Todos pueden tener esa esencia, y en gran abundancia. Puede que algunos nunca tengan la esencia de la verdad divina, pero ningún hombre quedará sin la esencia de la verdad que conduce al hombre perfecto.

La verdad de la existencia angélica y la verdad del hombre perfecto son igualmente verdades, aunque la primera es de una naturaleza y de un grado más elevados que la otra.

Nuestros primeros padres eran hijos de Dios —Sus propias criaturas—, buenos y perfectos, y después de su caída no dejaron de ser Sus hijos, pues Su amor por ellos era tan grande que, en la plenitud de la perfección de Sus planes, les concedió de nuevo el privilegio de recibir Su amor divino, y me envió a mí para proclamar el hecho y mostrar a los hombres el camino para obtener ese gran amor.

La muerte que había existido durante todos los largos siglos fue suplantada por el potencial de vida, y yo me convertí en el camino, la verdad y la vida, y la inmortalidad se convirtió en una posibilidad para los hombres.

Por ello, todos los hombres son hijos de Dios en una relación u otra; dependiendo en un caso de si el hombre se apartará de sus pecados y estará satisfecho con la perfección de su amor natural y el hogar que pertenece al hombre perfecto, o bien de si busca la afluencia en su alma del amor divino que le permitirá entrar en los Cielos Divinos y tener la certeza de la inmortalidad.

Cuando Dios volvió a otorgar este amor divino al hombre, no había ningún hombre en la existencia, y tampoco ningún espíritu, que pudiera ser llamado Su hijo —al que fuera necesario convertirle, como dijo el predicador—, pues ninguno había recibido este amor, que es la única cosa o poder en todo el universo de Dios que puede convertir a un hombre muerto en transgresión y pecado: sin embargo, Dios amó a todos Sus hijos y les confirió este gran don, porque eran Sus hijos. Si Dios hubiera amado sólo a los justos, no habría habido nadie que pudiera haber sido objeto de su generosidad. No habría tenido ningún hijo o criatura [*sons or children*] de Su amor.

Y ahora que ha vuelto a otorgar este don, y algunos de los hijos de los hombres lo han recibido y lo poseen, y están más en armonía con Él, no es cierto que los que eran Sus hijos antes de su otorgamiento sean menos hijos suyos por el hecho de que no hayan buscado y hecho suyo este don.

No, el amor del Padre es tan grande, amplio y profundo, que se extiende a todos los hijos de la tierra —a la espera de poder serles otorgado—, y la oveja perdida es tan hija Suya como las noventa y nueve que están seguras en el redil; y aunque la oveja perdida nunca encuentre o entre en el redil, donde se cobijan los que poseen Su amor divino, esa oveja es y permanece siendo objeto de Su amor.

Así pues, que los predicadores y quienquiera que haya asumido la responsabilidad de enseñar a los hombres las verdades del Padre, dejen de proclamar la doctrina de que sólo los que han recibido el nuevo nacimiento son hijos de Dios. Ellos, por supuesto, no son Sus hijos obedientes hasta que hayan obtenido ya sea el Amor Divino y la Esencia del Padre, o ya sea la pureza de los primeros padres antes de la caída, pero, aun así, son Suyos, aunque contaminados por sus propias creaciones de pecado y error.

Dios es amor, y el amor no conoce limitaciones en altura o profundidad. Existe en los cielos más elevados y llega hasta los infiernos más bajos, y a su manera y a su tiempo obrará su propio

cumplimiento. Todos los hombres entrarán en armonía con la voluntad del Padre, que es perfecta, y aunque algunos —y puedo decir que la mayoría— no aceptarán la invitación a convertirse en ángeles de Su Reino Celestial, lo cual no es obligatorio, sin embargo cumplen Su voluntad al convertirse, en el futuro —antes o después—, en seres libres del pecado y del error de su propia creación, y puros y perfectos como lo fueron aquellos a quienes el Padre creó primero y declaró buenos.

El mayor enemigo del hombre es aquel que, habiendo recibido la seguridad de poseer el Amor Divino —convirtiéndose de ese modo, por así decirlo, en un hijo divino del Padre—, y creyendo en los errores de la Biblia y en las malas interpretaciones de sus verdades, declara que todo el resto de la humanidad es odiado por Dios y es objeto de Su ira, y que tiene como futuro asegurado el de una condenación eterna y un perpetuo tormento.

Es deplorable que tales creencias y declaraciones existan y continúen haciéndose, especialmente por parte de aquellos que se comprometen a guiar a las masas en el camino hacia las verdades y planes de Dios para la felicidad de los hombres, y hacia la redención de los males y pecados que les causan tanto sufrimiento.

Pero todo esto muestra el poder y la ceguera de las creencias fundadas en el error y en enseñanzas falsas. Y por extraño que parezca, estos líderes de los ignorantes pueden tener algo de Amor Divino en sus almas, y sin embargo sus creencias mentales e intelectuales ser tan fijas e inamovibles que la posesión de este amor no les hará comprender que el amor del Padre es para todos, y que la ira no es una parte de Su ser, sino una cualidad del hombre pecador que estos creyentes en el error le atribuyen a Él.

Si pudiera decirse que Dios odia algo, odia el pecado, pero ama al pecador, que es la criatura de Su voluntad, y que es tan desafortunado como para haber creado lo que lo contamina y lo aleja, no sólo del Padre, sino de su propia creación perfecta y pura.

Bien, he escrito suficiente por esta noche, y espero que lo dicho pueda resultar beneficioso no sólo para el pecador, sino también para aquel hombre que, siendo predicador o laico, y poseyendo algo del amor divino, proclama que sólo él, u otros como él, son hijos de Dios.

Como dijo Pablo, '*miran a través de un cristal oscuro*' [[1 Corintios 13:12](#)], pero entonces verán cara a cara, y cuando lo hagan, verán tales evidencias y manifestaciones del amor del Padre que sabrán que ellos y sus hermanos pecadores son todos hijos del Padre, aunque uno pueda ser heredero del Reino Celestial y de la Esencia Divina del Padre, mientras el otro pueda ser heredero sólo del amor puro del Padre, para bendecirlos y hacerlos felices en el amor natural puro y la madurez perfecta que el llamado Adán poseía antes de su caída.

Debo detenerme ya, pero al hacerlo te digo que no debes permitir que lo que pueda decir cualquiera de estos creyentes ortodoxos perturbe tu fe en nuestras comunicaciones, pues ellos sólo conocen aquello que la Biblia les dice, mas tú conoces las verdades que nosotros declaramos.

Pronto vendré y te escribiré un mensaje acerca de la verdad, y que he estado esperando algún tiempo para escribir.

Cree que te amo y que estoy contigo, orando por ti y ayudándote con mi influencia.

Buenas noches, y que el Padre te bendiga;
Tu hermano y amigo,
Jesús

Amor Divino - Lo que es y lo que no es. Cómo se puede obtener (San Juan - Apóstol de Jesús) (5 agosto 1916)

Estoy aquí, soy San Juan (apóstol de Jesús).

Vengo esta noche para decir sólo unas pocas palabras y éstas en referencia al amor —el Amor Divino del Padre que Él reotorgó sobre la humanidad en la venida del Maestro—.

Este Amor es la cosa más grande en todo el mundo, y lo único que puede hacer al hombre uno con el Padre, y cambiar el alma del hombre, tal como ha existido desde su creación, en una Sustancia Divina llena de la Esencia del Padre. No hay nada más en todo el universo de Dios que pueda hacer que el hombre se convierta en una nueva criatura y en un habitante del Reino del Padre; y cuando los hombres posean este Amor, entonces poseerán todo lo que hará de ellos no sólo el hombre perfecto, sino el ángel divino.

Entonces los hombres comprenderán los preceptos morales del amor fraternal y también la unicidad [oneness] del Padre, y no tendrán que buscar otra ayuda para traer a la vida de la raza humana aquellas cualidades que les traerán paz y buena voluntad.

Entonces cada hombre sabrá que todos los demás hombres son sus hermanos, y podrá hacer para con cada cual aquello que quisiera que los demás hicieran para con él mismo, y esto sin esfuerzo ni sacrificio por su parte, pues el amor obra su propio cumplimiento, y toda su benevolencia fluye hacia el prójimo así como el rocío cae del cielo. Desaparecerán la envidia, el odio, las contiendas, los celos y todas las demás cualidades malas del hombre, y sólo quedarán la paz, la alegría y la felicidad.

Es tan abundante que puede ser poseído por todos los hombres mediante la mera búsqueda y anhelo sincero por su afluencia. Pero el hombre debe comprender que no es suyo por derecho, ni nunca se le impone, sino que viene sólo en respuesta a la sincera y ferviente oración de un alma que está llena de anhelos por su venida.

Este Amor no viene con la observación de meras reglas morales, o con buenas obras y el ejercicio del amor natural de un hombre hacia sus semejantes, pues ningún hombre puede merecerlo por cualquier obra, acto o bondad de corazón que pueda tener.

Todas estas cosas son deseables y producen sus propias recompensas, y traen la felicidad y la paz que resultan de los buenos pensamientos y de las buenas obras; pero todo esto no trae al alma del hombre este Gran Amor; es sólo el Padre, y sólo cuando el alma se abre a su recepción, que puede encontrar su hogar en ella.

Es más grande que la fe o la esperanza, porque es la verdadera sustancia del Padre, mientras que la fe y la esperanza son las cualidades que el hombre puede poseer por sus propios esfuerzos, y que le son dadas para que pueda darse cuenta de la posibilidad de obtener este Amor. Éstas no son más que medios, mientras que aquel es el fin y la plenitud de su ejercicio.

Pero los hombres no deben creer que todo amor es el Amor Divino, ya que en su sustancia y cualidades este amor es muy diferente a todos los demás amores.

Todos los hombres tienen, como parte de sus posesiones, amor natural, y no necesitan orar por un otorgamiento del mismo, aunque desde el momento en que se ha contaminado por el pecado necesita ser purificado y liberado de esta plaga, mas el Padre está siempre dispuesto y preparado para ayudar a los hombres a obtener esta purificación.

Mas este Amor Divino no es parte de la naturaleza del hombre, ni puede obtenerlo o poseerlo, a menos que lo busque. Viene de fuera y no se desarrolla desde dentro.

Es el resultado de una adquisición individual, y no el objeto de una posesión universal. Puede ser poseído por todos; o puede ser poseído sólo por unos pocos; y es cada hombre quien debe determinar por sí mismo si será suyo. Con Dios no hay acepción de personas; tampoco hay un camino regio [royal] para la obtención de este Amor. Todos deben seguir el mismo camino, la misma manera, y que es la que Jesús enseñó: la apertura del alma a este amor, que encuentra un alojamiento en ella, que sólo puede ser provocado mediante la oración y anhelo sinceros por su afluencia.

Este Amor es la vida de los Ámbitos Celestiales y la única llave que abrirá las puertas, y cuando el mortal entra en él, todo otro amor es absorbido por él. No tiene sustituto, y es, por sí mismo, una cosa aparte. Es de la Esencia de lo Divino, y el espíritu que lo posee es Divino en sí mismo. Puede ser tuyo, puede ser de todos los hombres, o puede no serlo. Debes decidir esa cuestión por ti mismo; ni siquiera el Padre puede tomar la decisión por ti.

Para terminar, permíteme repetir que es lo más grande en todo el universo de Dios, y no sólo lo más grande, sino la suma de todas las cosas, porque de Ello fluyen todas las demás cosas que brindan paz y felicidad.

No escribiré más esta noche, y con mi amor hacia ti y la bendición del Padre, te daré las buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Juan

Necesidad de fe y oración para hacer la obra. El sr. Padgett es el elegido para hacer la obra (Jesús) (22 abril 1917)

Estoy aquí, soy Jesús.

Estuve contigo esta noche y oí el sermón, pero no se dijo mucho que fuera muy vital para nuestras verdades, y no tengo comentarios que hacer sobre el sermón. Lutero también estuvo allí y se sintió algo decepcionado, pues esperaba que el predicador dijera algunas cosas que podrían haber sido beneficiosas para las almas de sus oyentes. Os escribirá muy pronto, y está muy ansioso por hacerlo.

Recuerda que te amo con un amor muy grande, y que eres mi elegido para hacer esta obra, y que a ningún otro hombre se le ha dado jamás semejante oportunidad y privilegio; y no debes fracasar. Mucho depende de que el mundo reciba las verdades en este momento, porque las almas de los hombres están anhelando la verdad, y son más susceptibles de recibirla que nunca antes en la historia de la humanidad.

Así que cree en mi amor y entusiasmo [anxiety], y permítete entrar en estrecha relación conmigo. Rezaré contigo esta noche, y te percatarás de alguna respuesta a mis oraciones.

Cuando reces esta noche, cree que lo que pidas vendrá, y no te decepcionarás.

Pues, como te dije, cuando te entregué la oración, si ofreces esa oración con todo el fervor y los anhelos de tu alma, será contestada; y cuando llegue la respuesta vendrán también estas cosas materiales, porque cuando recibas lo que pide esa oración estarás entonces en posesión del Reino de

Dios, y estas otras cosas te serán añadidas. Dios sabe lo que necesitas, y siempre está dispuesto a concederte estas cosas necesarias, y cuando te conviertas en Su verdadero hijo, no descuidará darte estas otras cosas. Él es más considerado y cuidadoso de Sus hijos que el padre terrenal, y Sus ángeles están siempre listos para hacer Su voluntad. Así que ten fe, y reza, y reza, y te darás cuenta de las maravillosas respuestas que vendrán a ti.

Te escribiré más esta noche, pero te insisto una vez más en la necesidad de la fe y la oración; y no debes olvidar que los ángeles del Padre estamos contigo tratando de ayudarte.

Buenas noches. Con todo mi amor y bendiciones, soy
tu hermano y amigo,
Jesús

Confirmaciones de que Jesús escribió (Pablo, Apóstol de Jesús - Juan, Apóstol de Jesús - Santiago, Apóstol de Jesús - Lutero - Bernabé - Samuel - John Wesley - Juan El Bautista) (22 abril 1917)

Quiero decir que estamos todos aquí, y oímos lo que dijo el Maestro, y sabemos que escribió, y que puedes confiar en lo que dijo; permite que la duda te abandone, y que el amor y la fe tomen posesión de tu alma.

Que Dios te bendiga y te guarde en su amor,

Pablo

Juan

Santiago

Lutero

Bernabé

Samuel

John Wesley

Juan el Bautista

Confirmación de que el Maestro escribió (San Lucas - del Evangelio que lleva su nombre) (22 abril 1917)

Estoy aquí, soy Lucas.

Sólo diré unas palabras, pues veo cómo te sientes y cuán importante es que creas que el Maestro te escribió, y cuán cierto es que puedes confiar en lo que dijo. Si supieras cuánto se interesa por ti, y cuánto amor y cuidado te dispensa, ni por un momento dudarías ni perderías la fe en sus promesas. Y, además, todos estamos contigo en el amor y en los esfuerzos por ayudarte.

Así que cree y no te decepcionarás.

Con mi amor te doy las buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Lucas

Confirmación de que ocho de los espíritus celestiales firmaron con sus nombres (Helen - Esposa del sr. J. E. Padgett, espíritu celestial) (22 abril 1917)

Estoy aquí, tu verdadera y amorosa Helen. (Esposa del sr. J. E. Padgett)

Bueno, querido, los mensajes han sido bastante inusuales esta noche. Me refiero a los que corroboran lo que dijo el Maestro, y te muestran que no debes dudar ni perder la fe en lo que se te ha escrito, no sólo esta noche sino en todo el pasado.

También debes ver cuán interesados están estos espíritus en vosotros, y en el trabajo que debéis hacer, pues de otro modo nunca habrás recibido tales mensajes.

Cada uno de aquellos cuyos nombres aparecen, escribió realmente. Los conozco a todos, y los vi firmar con sus nombres, y con cada firma había una oración para que Dios te bendiga y te dé una gran abundancia de su amor. Es todo tan maravilloso, que estoy algo asombrada de esta gran muestra de interés por ti, y deseo que creas.

Así pues, mi querido esposo, cree con toda tu alma y confía en el amor del Maestro y en su gran deseo de verte feliz y libre.

No escribiré más esta noche, aunque tenía intención de escribirte mi carta personal, pero estás demasiado cansado como para recibirla. Pero ya sabes cuánto te quiero y cuánto deseo verte feliz y lleno del amor del Padre.

Te quiero y quiero que me quieras.

Buenas noches;

Tu verdadera y cariñosa

Helen

Jesús dice que su misión al escribir estos mensajes es: su Segunda Venida a la Tierra (Jesús) (2 diciembre 1915)

Estoy aquí, soy Jesús.

He oído vuestra conversación de esta noche y me complace la comprensión de mis verdades que tú y tu amigo parecéis tener, y ahora siento que ambos estáis progresando hacia ese punto en el que pronto estaréis en condiciones de comprender plenamente **cuál es mi misión al escribir estos mensajes**. Has dicho verdaderamente que mi nueva revelación de las verdades del alma es lo que la humanidad necesita en este momento, y lo que los hombres estarán en condiciones de aceptar como las verdades reales del amor de Dios y de Sus leyes. **Mi venida a vosotros es realmente mi segunda venida a la tierra, y el resultado de mi venida de esta manera satisfará y cumplirá todas las promesas de las escrituras en cuanto a mi segunda venida.**

Así pues, permite que tu creencia en este importante hecho y tu fe en mí aumenten hasta que no tengas en tu alma y tu mente ninguna duda de cuál es mi misión actual, y de cuál será tu labor al dar a conocer a los hombres mi verdadero propósito de revelarles las grandes verdades del Padre.

No escribiré más esta noche, sino que te diré que mantengas tu valor y creas, y pronto llegará el momento en que podrás recibir mis mensajes en toda su plenitud, y con tal rapidez que la difusión de estas verdades no se demorará. Yo estoy contigo y seré un amigo y hermano fiel, más cercano a ti que cualquier hermano terrenal.

Con todo mi amor y bendiciones, soy
tu amoroso hermano y amigo,
Jesús

Santiago se vio abrumado por la gran presencia de Jesús (Santiago - Apóstol de Jesús) (2 diciembre 1915)

Permíteme decir sólo una palabra. Estuve presente, y vi de nuevo las maravillas de su poder y de su gloria; sé que él está tan comprometido con sinceridad en cuanto a las verdades de su misión y de tu trabajo, que nadie puede dudar.

No puedo escribir mucho, pues estoy tan abrumado por su gran presencia que apenas puedo escribir. ¡Qué maravilloso es que venga a vosotros de esta manera y os comunique sus grandes mensajes de verdad y de poder! Si tan sólo lo hubieras visto, nunca más dudarías de él o de su gran misión y de tu trabajo.

Debo detenerme;
Tu hermano en Cristo,
Santiago

San Juan dijo que el Maestro había escrito y mostrado su gran poder y gloria (San Juan - Apóstol de Jesús) (2 diciembre 1915)

Poder y Gloria.

Permíteme decirte que el Maestro acaba de escribir, y al escribir mostró de nuevo su gran poder y gloria, pues escribió con toda la autoridad de sus poderes celestiales. Yo estuve presente y sé que lo que escribo es verdad.

Desearía poder escribirte una carta más larga esta noche, pero es tarde y necesitas descansar.
Tu verdadero hermano en Cristo,
San Juan

Confirmación de que el Maestro escribió con tal poder y gloria (Ann Rollins - espíritu celestial, abuela del sr. Padgett) (2 diciembre 1915)

Soy tu abuela.

Mi querido hijo. Siento que debo escribirte sólo una línea, porque quiero decirte que el Maestro te escribió, y con tal poder y fuerza que no debes dudar.

Él era glorioso, y con su gran amor había tanta gloria, que por el momento todos estuvimos eclipsados por estas influencias, de modo que sólo podíamos escuchar en adoración.

Así que confía cuando te digo que debes creer, pues nunca se dio un mensaje con más autoridad. Sé que te resulta difícil comprender lo que quiero decir, pero algún día lo sabrás.

Tu amorosa abuela,
Ann Rollins

La única oración que el hombre necesita ofrecer al Padre (Jesús) (2 diciembre 1916)

Estoy aquí, soy Jesús.

Sólo quiero decir una palabra en beneficio tuyo y de tu amigo, y es que he escuchado vuestra conversación esta noche, y encuentro que está de acuerdo con la verdad; y la influencia del Espíritu está con vosotros dos. Continuad en vuestra línea de pensamiento y en la oración al Padre, y, también, en vuestro dar a conocer a los demás, siempre que surja la oportunidad, la importancia de buscar y obtener el Amor Divino.

Como ha dicho tu amigo, la única oración necesaria es la oración por la afluencia de este Amor; todas las demás formas, o aspiraciones reales, de oración, son secundarias, y, por sí mismas, no tenderán a producir este amor en el alma de los hombres.

Que vuestra oración sea como sigue:

LA ORACIÓN

Padre nuestro, que estás en el cielo, reconocemos que Tú eres todo Santo, amoroso y misericordioso, y que nosotros somos Tus hijos, y no las criaturas serviles, pecadoras y depravadas que nuestros maestros falsos nos quieren hacer creer que somos. Reconocemos que somos la más grande de Tus creaciones, y la más maravillosa de todas Tus obras, y objetos del amor y del cuidado más tierno de Tu gran alma.

Que Tu voluntad es que lleguemos a ser uno Contigo, y participemos de Tu gran amor, que nos has otorgado a través de Tu misericordia; y que deseas que lleguemos a ser, en verdad, Tus hijos, mediante el amor, y no a través del sacrificio o la muerte de ninguna de Tus criaturas —tampoco de aquella que el mundo cree que es Tu igual y parte de Tu Deidad [Godhead]—.

Te pedimos que abras nuestras almas a la afluencia de Tu amor, y que entonces venga Tu Espíritu Santo para traer a nuestras almas este, Tu amor, en gran abundancia, hasta que nuestras almas se transformen en la esencia misma de Ti; y que surja en nosotros la fe, una fe tal que nos haga darnos cuenta de que somos verdaderamente Tus hijos y uno contigo en sustancia misma y no sólo en imagen.

Que tengamos una fe tal que nos haga reconocer que Tú eres nuestro Padre, y el otorgador de todo don bueno y perfecto, y que sólo nosotros somos quienes podemos impedir que Tu amor nos cambie de lo mortal a lo inmortal.

Que nunca dejemos de darnos cuenta de que Tu amor nos espera a todos y cada uno de nosotros, y que cuando acudimos a Ti, con fe y aspiración sincera, Tu amor nunca nos será negado.

Mantennos a la sombra de Tu amor a cada hora y momento de nuestras vidas, y ayúdanos a superar todas las tentaciones de la carne y la influencia de los poderes de los malvados, que tan constantemente nos rodean y se esfuerzan por desviar nuestros pensamientos de Ti hacia los placeres y seducciones de este mundo.

Te damos gracias por tu amor y por el privilegio de recibirllo, y creemos que Tú eres nuestro Padre, un Padre amoroso que nos sonríe en nuestra debilidad, y que siempre está dispuesto a ayudarnos y a acogernos en sus brazos de amor.

Rezamos de este modo con toda la sinceridad y anhelo de nuestras almas, y confiando en Tu amor,
Te damos toda la gloria, el honor y el amor que nuestras almas finitas pueden dar.

Esta es la única oración que los hombres necesitan ofrecer al Padre. Es la única que apela al amor del Padre, y con la respuesta, que seguramente llegará, vendrán todas las bendiciones que los hombres puedan necesitar, y que el Padre ve que son para el bien de Sus criaturas.

Esta noche estoy en gran comunión con vosotros, y veo que el amor del Padre está con vosotros, y que vuestras almas están hambrientas de más.

Así que, hermanos míos, continuad orando y teniendo fe, y al final vendrá un otorgamiento del amor como el que vino a los apóstoles en Pentecostés.

Ya no escribiré más.

Al dejaros, os dejo mi amor y bendiciones, y la seguridad de que ruego al Padre por vuestra felicidad y amor.

Buenas noches.

Vuestro hermano y amigo,

Jesús

Confirmación de que Jesús mostró su gloria (A. G. Riddle - espíritu celestial) (2 diciembre 1915)

Sé que es tarde, pero, con todo, debo decir que lo que se os ha dicho es verdad, y cuando hablamos de la gloria del Maestro no podéis concebir lo que se quiere decir. Pensad en la tenue llama de una vela y en la gloria del sol del mediodía, y comparad la gloria de lo más grande de toda la tierra con esta gloria del Maestro, y veréis, una al lado de otra, la luz de una tenue vela y la de un glorioso sol.

Todos sabemos lo que es el Amor Divino del Padre, pero no apreciamos su grandeza o maravilla, hasta que ocasionalmente lo vemos desplegado en y por Jesús.

Entrad en vuestras oraciones con la plena creencia de que este Gran Amor Divino ha estado presente esta noche en asombrosa abundancia, y que ambos habéis tenido su influencia a vuestro alrededor, y en vosotros, en un grado tal, que os hará sentir hasta cierto punto la gran paz que sólo llega a los hijos de la luz y de la unidad [at-onement] con el Padre.

Creed que vuestra experiencia de esta noche es verdadera y que puede ser vuestra frecuentemente cuando vuestras almas estén en sintonía con la afluencia del amor.

Debo daros las buenas noches, y que Dios os bendiga con toda Su influencia divina.

Soy vuestro hermano en Cristo,
A. G. Riddle (espíritu celestial)

Confirmación de la sra. Padgett (Helen - Sra. Padgett, esposa del sr. J. E. Padgett) (2 diciembre 1916)

Bien, estoy y estaré contenta porque tengas aunque sea una sola página más.

Me alegro esta noche, pues veo que has tenido una experiencia que ha hecho que tu alma se abra a este maravilloso amor del Padre.

Oh, querido, ha sido una velada gloriosa, y el Maestro parecía exhalar la plenitud del gran amor que posee.

Tu fiel y amorosa,
Helen

Escribe sobre el verdadero significado del «fin del mundo» (San Juan - Apóstol de Jesús) (1 octubre 1916)

Estoy aquí, San Juan.

Vengo esta noche a escribir algunas verdades sobre el tema del sermón del predicador, ya que estuve presente con vosotros y oí sus declaraciones sobre el fin del mundo.

Sé que entre los hombres hay, y ha habido desde los tiempos del Maestro, diferencias de opinión sobre cuándo tendrá lugar este importante acontecimiento, y acerca del significado del fin del mundo.

Pues bien, los hombres saben ahora tanto sobre el momento de este acontecimiento como lo han sabido a lo largo de los siglos, y comprenden el significado de estas profecías tan bien como lo hicieron los hombres desde mis días hasta el presente.

En primer lugar, diré que no habrá fin del mundo por ninguna de las causas mencionadas por el predicador, y en segundo lugar, no habrá fin del mundo en absoluto tal como lo entienden y declaran los predicadores ortodoxos, y tal como lo espera la mayoría de los cristianos profesantes.

El mundo, es decir, la Tierra, no tendrá un fin en el sentido de aniquilación, sino que continuará girando sobre su eje, y tendrá su tiempo de siembra y de cosecha, y producirá y reproducirá las cosas que son necesarias para sostener la vida humana, y tendrá sus estaciones apropiadas de calor y frío, y se moverá a lo largo de su órbita tal como lo hace ahora, hasta que algún cambio —que ahora no conocemos— pueda acontecer y destruirla. Pero es un tal cambio, y no ni ninguna de las profecías de la Biblia —admitiendo que las hay—, lo que puede corresponder con el sentido en que el predicador entendía y declaraba el fin del mundo.

Si la humanidad comprendiera que el mundo que se perdió por la desobediencia de los primeros padres, era el mundo de la inmortalidad y felicidad del hombre, y no el mundo físico, y que Jesús vino a declarar la restauración de ese mundo bajo condición, así como el final de esa restauración, entonces sabría que el mundo material no está involucrado en el plan de la salvación del hombre, ni en la misión de Jesús, ni en las declaraciones de Jesús en cuanto a la llegada del final.

Los hombres seguirán naciendo, vivirán poco tiempo y morirán la muerte física, y en cuanto a cada hombre individual, el fin del mundo material viene cuando muere, pues, a partir de entonces, su morada estará en el mundo espiritual, y nunca más tendrá vida en la Tierra. Todos los hombres en algún momento tendrán que morir la muerte física; entonces ¿por qué en el plan de Dios sería necesario incluir la destrucción del mundo material para la salvación de los hombres? Que los planetas, los mundos y las estrellas chocaran entre sí y se destruyeran, significaría que el funcionamiento ordenado de las leyes de Dios debe ser interferido a fin de que los hombres puedan

ser destruidos o salvados, conforme puedan ser arrebatados al aire o bien abandonados a su propia debilidad en la tierra.

Tales interpretaciones de las intenciones o planes de Dios, o de la venida de Jesús de nuevo a la tierra, son todas erróneas y absurdas. Jesús nunca vendrá a establecer su reino en la tierra y a reinar como Príncipe de Paz y Señor de Señores, porque el Reino que buscan establecer él y todos sus seguidores, tanto en la tierra como en el mundo espiritual, está en los Ámbitos Celestiales, y es el Reino de Dios, no hecho con las manos, ni por el mero *fiat* de ningún espíritu, por muy elevado que sea, sino hecho y poblado por las almas de los hombres que han experimentado el Nuevo Nacimiento y recibido la Esencia Divina del Padre. De este Reino Jesús es el Príncipe, pero sólo por su gran y extraordinaria posesión del Amor Divino del Padre, y su más perfecta condición de unidad con Él [*at-onement*].

Jesús no trata de establecer un reino en la Tierra, sino que trabaja con la finalidad de conducir a los hombres al Nuevo Nacimiento del espíritu, y de mostrarles el camino del Reino Celestial; y también trabaja para ayudar a los hombres, mediante su amor y sus sugerencias —así como también lo hacen los demás buenos espíritus—, a que echen fuera de sus corazones el pecado y el error, y a que se esfuerzen por recobrar la condición de hombre perfecto en la perfección de su amor natural; y también para ayudar a los hombres a ponerse en esta condición de regeneración del alma, o en la de la purificación de su amor natural mientras todavía viven en la tierra, de modo que el amor a Dios en el sentido divino, y el amor a Dios en el sentido creado, así como el amor fraternal, cubran toda la tierra, y los hombres estén en paz y sean felices mientras todavía están vestidos de carne.

Tal condición de existencia mortal puede llamarse el Reino de Dios en la tierra, pero no será el reino que Jesús vino a la tierra a establecer, es decir, el Reino de los Cielos. Este Reino tiene su asiento y lugar permanente en las Esferas Celestiales de donde nunca será removido.

Así pues, cuando la Biblia enseña que el mundo llegará a su fin y desaparecerá, no se refiere al mundo material, sino al mundo de los pensamientos y actos de los hombres, y a las condiciones pecaminosas que no están en armonía con las leyes de Dios ni con las leyes de Su creación. Este es el mundo que será destruido cuando la justicia cubra la tierra como las aguas el abismo, y el amor fraternal reine entre los hombres. Incluso hoy en día hay algunos hombres que viven en la tierra y que están tan separados del mundo, que en lo que respecta a ellos el mundo no tiene existencia —no el mundo material, sino el mundo del pecado y la injusticia, que es el único mundo que será destruido—.

Habrá guerras y rumores de guerras, y tiempos de angustia, etc., como nunca los hubo, y entonces vendrá el fin.

No las guerras de los rugidos de los cañones o de los proyectiles que estallan o de la carne mutilada, o del hacer viudas y huérfanos, o del despiadado cambio de mortales en espíritus, sino las guerras de los espíritus del bien y del mal, del amor y del odio, de la pureza y del pecado, de la alegría y de la desesperación, y del conocimiento de la verdad y la creencia en el error; todo ello se librará en las almas de los hombres con tal intensidad y seriedad, creando problemas mentales y espirituales tales como nunca los ha habido, y haciendo que sus rumores inunden la tierra y las moradas de los hombres.

Y entonces vendrá el fin del mundo: del mundo del mal, del pecado y de la desesperación, y del odio, y de la creencia en el error. Este mundo pasará, y la verdad, el amor, la paz y la buena voluntad se establecerán en la tierra para siempre. Para entonces, la tierra de este día presente se

habrá convertido para los hombres en un lugar tan pacífico y lleno de amor y bondad fraternal, que les parecerá como si la Ciudad de Dios hubiera descendido del cielo a la tierra.

Sepan los mortales que Jesús ya ha venido a la tierra y está entre los hombres, y que desde que se convirtió en el Príncipe del Reino Celestial ha estado con los hombres y los espíritus enseñándoles el camino, la verdad y la vida.

Por el Espíritu Santo las verdades del Padre han hablado a los hombres como una vocecita apacible, y por las comuniones de las almas el Maestro ha conducido a los hombres al amor y a la misericordia del Padre.

Tal como en mi tiempo —cuando vino a los judíos con su mensaje de amor y vida eterna— no lo conocieron, y lo rechazaron, así, ahora, muchos hombres —y también muchos espíritus— se niegan a escucharle y a aprender el camino por la puerta directa hacia el amor y la inmortalidad del Padre.

Que los hombres estudien las profecías, los tiempos y las estaciones, y calculen el tiempo del fin, y predigan la proximidad de la venida del Maestro en las nubes, y se preparen para ser arrebatados en el aire y convertirse en las huestes celestiales; sin embargo, encontrarán que todas estas cosas son vanidad de vanidades, y sólo cuando cada individuo pase más allá del velo de la carne se dará cuenta de que el fin de su mundo mortal ha llegado, y entonces todas sus especulaciones en cuanto a sí mismo se convertirán en realidades, y la certeza del fin del mundo se convertirá en un hecho establecido. Pero los hombres seguirán viviendo en la tierra y muriendo, y en sucesión nacerán otros para morir, y así sucesivamente hasta... sólo Dios lo sabe.

Digo, pues, a los hombres que se preparen, no para la desaparición de los cielos y de la tierra, sino para el paso de ellos mismos desde la tierra al gran mundo de los espíritus, y que recuerden que lo que siembran, eso cosecharán —una certeza que nunca cambia, una verdad que ninguna especulación puede volver falsa—.

El fin del mundo de los hombres llega cada día a algún mortal, y ese fin puede conducir a una gloriosa inmortalidad, o bien a un periodo transitorio o dilatado de oscuridad y sufrimiento.

De este modo, se están cumpliendo las profecías, pero las especulaciones de los predicadores, los maestros y los líderes de los irreflexivos están robando a los hombres la verdad vital de que el fin del mundo está llegando cada momento, día y año.

¡Oh! predicador, y maestro, y líder, tu responsabilidad es grande, y hay que rendir cuentas. La siega debe seguir a la siembra tan ciertamente como el día sigue a la noche, y ¿cuál será tu cosecha?

¡El fin del mundo para algún mortal es lo importante ahora!

Ya he escrito bastante por esta noche, pues estáis cansados.

Creed, pues, que os amo y que ruego al Padre que os bendiga y llene vuestra alma de Su amor de tal modo que, cuando el mundo llegue a su fin para vosotros, encontréis el Reino de los Cielos esperando para recibiros. Buenas noches.

Vuestro hermano en Cristo,
Juan

3. Inmortalidad

Inmortalidad (Jesús) (2 junio 1920)

Permíteme escribir esta noche sobre un tema que tiene importancia para la humanidad y que debe ser explicado plenamente, para que puedan conocer la verdad que les mostrará el camino hacia la inmortalidad y la luz.

Sé que los hombres han debatido a lo largo de los siglos la cuestión de la inmortalidad del hombre, y que han intentado probar la realidad de su existencia mediante diversos argumentos y por referencia a la analogía del funcionamiento del universo de Dios en el cumplimiento de sus designios, tal como se muestra en las diversas creaciones de la naturaleza animada. En todas estas discusiones no han logrado establecer definitiva y satisfactoriamente el hecho de la inmortalidad. ¿Por qué? Porque, en primer lugar, no han comprendido lo que significa la inmortalidad, y sin una concepción correcta de aquello que se desea probar, se hace muy difícil demostrar con éxito la existencia de aquello que se trate. Sé que a veces algunos de los escritores sobre el tema han concebido y casi comprendido alguna idea de lo que es la inmortalidad, y sus esfuerzos se han dirigido a demostrar que por la conciencia interior del hombre, así como por la apariencia de aquellas cosas que en la naturaleza mueren y vuelven a vivir, el hombre está justificado para inferir que el hombre mismo es inmortal, o que su Creador tenía la intención de que lo fuera.

Pero la conciencia interior del hombre, es decir, el conocimiento de la posesión de ciertos deseos y aspiraciones, así como la comprensión de que su vida en la Tierra es demasiado breve como para permitirle realizar aquellas cosas que acomete con sus esfuerzos y luchas, y [la comprensión] de que, si aquello que realmente logra en el camino de su propio desarrollo mental y moral se acabara con la muerte física de los hombres, eso significaría meramente un ejercicio inútil de las facultades y poderes que Dios les dio... no basta para probar la inmortalidad del hombre real. Tampoco es prueba de la inutilidad de la creación del hombre, aunque en un sólo instante se viera privado de todo el aprendizaje y de los demás beneficios de un intelecto desarrollado, así como de la progresión moral.

Hay una diferencia entre el estado y la condición de un alma humana que continúa en el mundo espiritual la vida que tenía cuando estaba encarnada en la carne, y el estado en el que no sólo continúa esta vida, sino que hace que la extinción de esta vida sea una imposibilidad absoluta —incluso por Dios, que en el principio de la existencia del hombre creó esa alma—.

La verdadera Inmortalidad es, pues, el estado o condición de aquella alma que tiene conocimiento de que, debido a su esencia y cualidades, no puede dejar de vivir jamás, resultando conocida y como un hecho la imposibilidad de que deje de vivir.

Se ha dicho que todo lo que tiene un principio puede tener un final: lo que fue creado puede disolverse en sus elementos. Y la posibilidad de esto es cierta, y ningún hombre o espíritu puede negar la verdad de la afirmación. En vuestra vida terrestre encontráis que todas las cosas tienen un fin, es decir, en su forma individual y compuesta; y en el mundo espiritual, ¿por qué lo creado no podría correr la misma suerte? El hecho de que haya cosas en el mundo espiritual que existan como una continuación de las cosas de la Tierra, no significa que vayan a perdurar para siempre.

El mero cambio, causado por la muerte y por la desaparición de la visión de los hombres de aquellas cosas que una vez estuvieron vivas, no establece el hecho de que, al continuar viviendo en

el mundo espiritual, ellos deban vivir para siempre. La muerte, que es vista como un ángel destructor, es meramente el resultado del cambio desde aquello que es visible hacia lo invisible, y no determina de ninguna manera la existencia eterna de la cosa cambiada.

Mientras está en la carne, el alma del hombre es la misma alma en cuanto a su identidad e individualidad que cuando se convierte en habitante del mundo espiritual, y si es inmortal mientras está en el mundo espiritual, también lo es mientras está en el cuerpo; y si puede dejar de tener una existencia inmortal en un estado, así pudiera ser también en el otro.

Supongamos que los hombres, con argumentos de la naturaleza mencionada, demuestran que el alma del hombre no muere cuando muere el cuerpo físico, sino que continúa su existencia en el mundo espiritual como un alma idéntica y personal. La muerte del cuerpo y la continuación de la vida del alma a partir de entonces no operan ningún cambio en las cualidades o esencia de esa alma; sigue siendo la misma alma creada que era en el principio, y ¿por qué no puede ser cierto que, siendo una cosa creada, pueda tener un final? Esto es lógico y no irrazonable.

Digo, pues, que aunque los hombres prueben con sus argumentos, para satisfacción de muchos, que el alma, después de la muerte del cuerpo físico, continúa viviendo en el mundo espiritual con todas sus facultades y potencias en funcionamiento activo, con ello no prueban —ni prueban todos los hechos que les es posible descubrir y reunir—, que esa alma sea inmortal. El alma del hombre no ha existido siempre: no es eterna, autoexistente o independiente de todo lo demás, sino dependiente de la voluntad de Dios que la llamó a la existencia, y ¿por qué no es razonable deducir que, en el largo período de tiempo por venir, habrá servido al propósito de su creación y se diseminará en los elementos de los que fue creada?

Mas, para beneficio de aquellos mortales que creen en la inmortalidad del alma, diré aquí que desde el tiempo de la creación del primer hombre hasta el presente, ningún espíritu en el mundo espiritual tiene conocimiento de ningún alma humana que haya cesado su existencia y se haya disuelto en sus elementos. Y además, que hay miríadas de almas en el mundo espiritual que están justo en la condición de perfección que era la condición del alma del primer hombre cuando fue creado y Dios declaró su creación como '*muy buena*'. Pero, así como los mortales no tienen la seguridad de que en algún momento la vida de sus almas no vaya a terminar, así también los espíritus que han alcanzado la condición perfecta de su creación no tienen tal seguridad. Tienen la esperanza y la creencia de que tal puede ser su destino, y también el conocimiento de que su progreso como hombres perfectos ha terminado. Están en ese estado que limita su progreso como hombre perfecto, aunque su goce como tal no está limitado; para ellos, en el universo de Dios, siempre aparece algo nuevo y desconocido. Pero aún no tienen el conocimiento de que sean inmortales, y se dan cuenta de que dependen de la voluntad de Dios para su existencia, y para muchos de estos espíritus, la inmortalidad es un tema de preocupación y especulación como también lo es para los mortales de la Tierra.

Los hombres, en su meditación, estudio y argumentos de esta cuestión de la inmortalidad, no parten del fundamento del tema. No tienen premisas verdaderas de las que poder sacar una conclusión correcta y, por consiguiente, sus argumentos fracasan. Razonan que, por el hecho de que existen ciertas cosas dentro y fuera del hombre —todas ellas cosas de mera creación—, eso tiende a mostrar las intenciones y planes de Dios en lo que respecta al hombre, y que por lo tanto, para llevar a cabo tales intenciones, el hombre necesariamente ha de ser inmortal. No consideran, o pierden de vista, el hecho de que todas estas cosas que utilizan como fundamento de sus conclusiones son dependientes

y no autoexistentes, y en un momento u otro son objetos de la creación de Dios. Lo que Dios ha llamado a la existencia, también puede declarar que deje de existir. Y sabiendo esto, un hombre no puede —ni tampoco un espíritu— concluir legítimamente que el alma sea inmortal.

Pero hay un modo de probar la inmortalidad del alma, o de algunas almas, y que, suponiendo verdaderos los hechos que entran en el argumento, establece necesariamente la conclusión sin posibilidad de refutación.

Entonces, al comenzar el argumento, ¿cuál es la única manera razonable de abordar el tema?

En primer lugar, descubrir y establecer lo que es inmortal, y luego buscar y encontrar lo que, aunque no sea inmortal, sin embargo, en razón de ciertas operaciones y efectos sobre ello de aquello que sí es inmortal, se convierte en inmortal. Sólo de lo inmortal puede adquirirse la inmortalidad.

Bueno, este es un buen lugar para detenerse, ya que estás cansado; estoy muy complacido con la forma en que has recibido mi mensaje. Ten fe y reza, y todo irá bien.

Buenas noches, mi querido hermano, porque tú eres en verdad mi hermano;
Tu amigo y hermano,
Jesús

La inmortalidad (San Lucas - del Nuevo Testamento) (17 abril 1922)

El escritor del tercer Evangelio del Nuevo Testamento.

Permíteme que te escriba, pues deseo decir unas palabras sobre la cuestión de la inmortalidad, en la que tanto has pensado durante los últimos días.

Estuve contigo hoy, mientras escuchabas los discursos del predicador sobre el tema de la inmortalidad, y vi que te daban cuenta de que él no se hacía una idea verdadera acerca de lo que significa el término, y pensé en cuánto te gustaría informarle de tus conocimientos sobre el tema. Pues bien, comprendo perfectamente cómo te sientes al respecto, y simpatizo contigo en el deseo y la esperanza de que alguna vez puedas tener la oportunidad de conversar con él sobre este tema y ofrecerle tu concepción de la verdad.

Es el tema de tantos sermones y teorías predicados por predicadores y otros, y sin embargo ninguno de ellos tiene la verdadera comprensión de lo que la inmortalidad es. La entienden sólo en el sentido de una vida continua y, además, por medio de argumentos e inferencias, tratan de atribuirle la idea de algo que nunca acaba —es decir, de que la vida continua es algo tan establecido [tan "arraigado": *established*] que nunca puede terminar—, y con esto satisfacen sus anhelos y deseos. Pero, como ves, esta inferencia no es más que una que se extrae de los deseos de los predicadores, de modo que no tienen una base verdadera sobre la que fundar sus conclusiones, y en cuanto a las cosas ordinarias de la vida no estarían dispuestos a arriesgar las importantes sobre ninguna base que esté menos arraigada [*established*], y de la cual pudieran extraer conclusiones que les hicieran actuar [*But you see, this inference is merely one that is drawn from the desires of the preachers - that they have no true basis upon which to found their conclusions, and as to the ordinary things of life they would not be willing to risk the important things of life upon a basis no better established from which they could draw conclusions that would cause them to act.*].

No, la humanidad en realidad no sabe lo que es la inmortalidad, y todos los argumentos que puedan presentar para establecer la verdadera inmortalidad no bastan para convencer a la mente clara, fría y sin prejuicios en cuanto a que sea un hecho.

Como se dice en el mensaje que has recibido de Jesús, la inmortalidad sólo puede derivarse de lo que es inmortal, y todos los argumentos que simplemente tienden a demostrar que una cosa debe ser inmortal debido a los deseos o intenciones de Dios, no son suficientes.

Todos los hechos que puedan establecerse como premisas no son suficientes para probar lógicamente la conclusión que se desea establecer, y los hombres no pueden depender de tal método de razonamiento.

Es absolutamente imposible derivar la inmortalidad de algo que no sea inmortal en sí mismo, e intentar hacerlo mediante argumentos o inferencias es una mera pérdida de tiempo en el ejercicio de las facultades de razonamiento.

Como se ha dicho, sólo Dios es Inmortal, y esto significa que las Cualidades mismas y la Naturaleza misma de Él son Inmortales; y si fuera posible que tuviera alguna cualidad que no fuera de una naturaleza que participe de lo Inmortal, entonces estas cualidades no serían Inmortales, sino sujetas a cambio y disolución. Entre las Cualidades de Su Ser está la grande e importante del Amor, y sin Ella Dios no podría ser. Su existencia sería menos que la de un Dios; y siendo esto un hecho, esta gran Cualidad del Amor debe ser Inmortal, y en cualquier cosa en la que esta Cualidad pueda entrar y formar parte, esa cosa es necesariamente Inmortal, y de ninguna otra manera podría llegar a ser Inmortal.

Entonces este Amor de Dios trae la Inmortalidad en el verdadero sentido del término, y cuando entra en el alma del hombre y la posee, esa alma se vuelve Inmortal, y no se puede adquirir la Inmortalidad de ninguna otra manera.

No todas las cosas de la creación de Dios son inmortales, pues en un tiempo más o menos largo cumplen el objeto de su creación, su existencia ya no es necesaria y se disuelven en los elementos de que estaban compuestas. Por esta razón, el cuerpo físico del hombre no es inmortal, pues después de una corta vida en la tierra se disuelve y ya no existe. Su cuerpo espiritual es principalmente de este carácter evanescente, y puede ser que en el curso de la eternidad haya cumplido su misión y deje de existir. No sabemos si es así, ni estamos seguros de que no sea cierto, pues depende de la existencia continua del alma para su existencia continuada, y no todas las almas recibirán una parte del Amor Divino del Padre, que es lo único que tiene en sí esta inmortalidad; y puede ser que en algún momento del futuro esta alma sin el amor deje de existir y ya no sea más una criatura del Padre.

Pero lo que sí sabemos es que todo lo que participa del amor divino es necesariamente inmortal, y no puede morir más de lo que puede morir el amor mismo: por lo tanto, debe ser inmortal. De modo que cuando los hombres hablan o enseñan que todos los hombres son inmortales, dicen lo que no saben —sólo Dios mismo conoce ese hecho—, pero por el mero ejercicio de la razón los hombres están justificados al decir que tales hombres o almas que no obtienen el Amor Divino no son inmortales.

Ahora bien, aunque esta cuestión de la inmortalidad del hombre está en duda, y nunca se ha demostrado que sea un hecho, sin embargo, sabemos que esa parte de la humanidad cuyas almas han recibido este Divino e inmortal Amor, son almas inmortales, y nunca pueden dejar de existir; y

el gran consuelo y las grandes bendiciones que esta posesión les brinda a estas almas es la de saberse inmortales porque poseen esa cualidad o naturaleza de Dios que es inmortal, y, como esta última nunca puede tener fin, tampoco puede tener fin aquello en lo que este Amor inmortal ha entrado y encontrado un alojamiento.

Los argumentos del predicador eran fuertes, y en el funcionamiento ordinario de las mentes de los hombres y de sus poderes de razonamiento, pueden convencer a los hombres de que la inmortalidad es un hecho probado para toda la humanidad, pero cuando se analizan adecuadamente, y se aplica la verdadera regla de la búsqueda de la inmortalidad, se verá que no son argumentos concluyentes; la esperanza es más fuerte que el hecho, y los hombres no tienen la seguridad de que la inmortalidad les tienda sus deseados brazos de certeza.

Pues bien, pensé en escribirte este breve mensaje sobre la cuestión que tú y el predicador habéis estado meditando, con la esperanza de que él no dependa de la fuerza de su argumento para establecer el hecho de la inmortalidad, sino que vea y se convenza de que la única manera de averiguar y adquirir la verdadera inmortalidad es buscando y obteniendo el Amor Divino, y transformando así su alma en la misma Esencia y naturaleza de Dios en el Amor.

Me alegra poder escribirte de nuevo, y que tu estado sea mucho mejor de lo que ha sido y permita la vinculación. Reza más al Padre y cree, y llegarás a la condición que tanto deseamos.

No escribiré más. Buenas noches;
Tu hermano en Cristo,
Lucas

Inmortalidad (Henry Ward Beecher - Predicador) (5 julio 1915)

Soy tu amigo y hermano en el amor y el deseo por el reino. Soy el espíritu de Henry Ward Beecher.

Vivo en la séptima esfera, donde ahora está tu padre, y, por haberle conocido allí, vengo a escribirte por breve tiempo.

Me ha hablado de ti y de la facilidad con que recibes las comunicaciones de los espíritus, y quiero hacerte saber que, aunque ya no soy el mismo que cuando estaba en la tierra, todavía tengo el deseo de dar a conocer a los hombres los pensamientos que surgen en mí acerca de Dios y de la relación de los hombres con Él y con su reino.

Ahora soy un creyente en Jesús como nunca lo fui en la tierra, y puede que te sorprenda saber que cuando estaba en la tierra, por mucho que hubiera predicado a mi pueblo, en mi corazón consideraba a Jesús como un simple hombre de los judíos, y no muy diferente de otros de los grandes reformadores que habían vivido y enseñado en la tierra las verdades morales que tendían a hacer mejores a los hombres y les hacían vivir vidas más correctas y justas.

Pero, desde que he estado en el mundo espiritual y he tenido las experiencias que mi vida me ha proporcionado aquí, y he encontrado el camino hacia el Amor Divino de Dios y hacia Su Reino, he aprendido y ahora sé que Jesús fue más que un mero reformador. No sólo fue un maestro bueno y justo, y vivió la vida como tal, sino que fue el verdadero hijo de Dios, y Su mensajero al traer al mundo las verdades de la inmortalidad y el Amor Divino del Padre, y la manera de obtenerlo. Él era verdaderamente el Camino y la Verdad y la Vida como ningún otro maestro antes que él lo fue jamás.

Sé que se enseña —y yo lo creía cuando estaba en la tierra— que muchas religiones y maestros paganos afirmaban y trataban de enseñar a la humanidad la inmortalidad del alma, y, según entendían los hombres el significado de la palabra inmortalidad, estas enseñanzas eran más o menos satisfactorias. Pero ahora veo que su concepción de la inmortalidad era meramente una continuidad de la vida después de lo que se llama muerte. ¡Cuán diferente es el significado así enseñado respecto al verdadero significado de la palabra! La inmortalidad significa mucho más que una mera continuación de la vida.

Significa no sólo una continuación de la vida, sino una vida que tiene en sí el Amor Divino o Esencia del Padre, que hace que el espíritu que tiene ese Amor sea una Divinidad en sí mismo, y no esté sujeto a muerte de ningún tipo.

Ningún mero espíritu tiene esta inmortalidad sólo porque continúe viviendo en el mundo espiritual, y porque no pueda concebir que haya alguna posibilidad de que esa continuidad de vida pueda ser detenida o terminada. Ningún espíritu así sabe que eso es verdad, porque nunca ha sido demostrado como un hecho, y no puede serlo hasta que la eternidad haya llegado a su fin. Tal espíritu no es diferente en su esencia y potencialidades de lo que era cuando estaba envuelto en la carne, y no tiene mayor razón para creer que es inmortal que la que tenía cuando estaba en la Tierra.

Una especulación y un hecho demostrado son dos cosas enteramente diferentes; sin embargo, con algunos espíritus, así como con los hombres, la especulación se convierte casi tanto en una certeza como un hecho demostrado. Pero no hay justificación para confiar en conclusiones sacadas de meras especulaciones, y el espíritu o el hombre que lo haga, puede encontrar, en los grandes mecanismos de la eternidad, no sólo que está equivocado, sino verse sorprendido más allá de toda concepción de las eventualidades que tales mecanismos [*workings*] pueden producir.

Digo, pues, que antes de la venida de Jesús, la inmortalidad no había sido sacada a la luz y no habría podido serlo, porque para la humanidad no existía.

Me sorprendí mucho cuando supe el verdadero significado de la palabra, tanto como se sorprenderán los hombres que lean esta comunicación o entiendan su relevancia. La esperanza de Sócrates o de Platón o de Pitágoras era sólo una esperanza fortificada por los razonamientos de grandes mentes, y complementada por mucho desarrollo de las cualidades del alma. Pero, al fin y al cabo, no era más que esperanza —faltaba el conocimiento—. Y aunque hubieran constatado que los espíritus de los hombres difuntos efectivamente regresaban y les comunicaban que no existía tal cosa como la muerte del espíritu o del alma, sin embargo, tales experiencias no les probaban nada más allá del hecho de que la vida era continua por el momento.

Como el cambio es la ley tanto en el mundo espiritual como en la Tierra, no podían, con la certeza del conocimiento, decir que no podría haber algún cambio en el mundo espiritual que descartara o dejara de lado la continuidad de la existencia.

Tomemos el caso del niño pequeño, cuando su intelecto no se ha desarrollado lo suficiente como para comprender que existe la muerte del cuerpo físico, y que cree, si es que piensa, que va a continuar viviendo eternamente en la Tierra. Y así mismo es con estos filósofos que tenían la esperanza de una vida continua futura, y con los espíritus que saben que hay una vida continua —vida tras la muerte—, ya que piensan que ese vivir debe ser el estado fijo, y debe por necesidad continuar para siempre.

Como digo, no se ha demostrado que tal vida vaya a continuar para siempre; pero, por otra parte, no se ha demostrado que no lo vaya a hacer, y, por lo tanto, ningún espíritu puede decir que es inmortal, a menos que participe de la Esencia Divina, y de ningún sabio filósofo o maestro religioso, antes de la venida de Jesús, se podría decir que haya sacado a la luz la Inmortalidad.

Aunque la esperanza y la especulación existen como hijas del deseo, falta el conocimiento y no se encuentra la certeza.

La inmortalidad en la que los hombres creían, y en la que se consolaban creyendo, era la inmortalidad que la esperanza creaba y la especulación probaba; y las experiencias de los hombres al comunicarse con los espíritus demostraban que la muerte no había aniquilado al individuo. Pero la esperanza, la especulación y la experiencia no crearon conocimiento.

Cuando Jesús vino, trajo consigo no sólo la esperanza sino el conocimiento de la verdad. No muchos hombres lo han comprendido, o entendido la razón o fundamento de tal conocimiento, y las facultades de razonamiento de los hombres no fueron suficientes para mostrar las verdaderas razones de tal conocimiento. Y por extraño que parezca, los estudiantes y comentaristas de la Biblia nunca han revelado el verdadero fundamento sobre el que existe este conocimiento.

Confieso que en mi vida, mientras fui un gran estudiante de la Biblia, nunca comprendí el verdadero significado de cómo, o de qué manera, sacó Jesús a la luz la inmortalidad. Pensaba, como muchos otros ahora, que su muerte y resurrección fueron las cosas que mostraron a la humanidad la realidad de la inmortalidad. Pero —como ahora veo— estas cosas no mostraron más que lo que ya mostraron los numerosos casos registrados en el Antiguo Testamento y en los escritos seculares de los filósofos y eruditos de la India y Egipto: que había una existencia después de la llamada muerte.

Y muchos de los que discuten el hecho de que Jesús sacó a la luz la inmortalidad, basan sus argumentos en estos otros hechos: que él fue tan sólo uno de los muchos que habían muerto y que después vinieron a los mortales y mostraron que aún vivían como espíritus. Por eso digo —y tal como no lo creía mientras estuve en la tierra— que el mero hecho de la resurrección de Jesús no prueba la inmortalidad.

Entonces, ¿qué he aprendido que es la inmortalidad desde que estoy en el mundo de los espíritus? Mis facultades de razonamiento son mucho mayores ahora que cuando estaba en la Tierra; mis facultades perceptivas se han agudizado y mi experiencia de las leyes del mundo espiritual me ha dado un gran conocimiento; pero todo esto no me habría dado por sí mismo el conocimiento de la inmortalidad si Jesús mismo no me lo hubiera explicado y demostrado por su propia condición y la de muchos espíritus en las esferas superiores. Ahora soy, por el desarrollo actual de mi alma, poseedor de ese conocimiento.

Sólo el Padre es Inmortal, y sólo aquellos a quienes Él da Sus Atributos de Inmortalidad pueden llegar a ser Inmortales como Él. El Amor es el gran principio de la Inmortalidad, y con esto quiero decir el Amor Divino del Padre, y no el amor natural de la criatura; y aquella que posee este Amor Divino se convierte, por así decirlo, en una parte de Él, o Él se convierte en una parte de ella, y en Sus operaciones lo hace semejante al Padre. En otras palabras, un espíritu que posee este Amor Divino se convierte en una parte de la Divinidad misma, y, en consecuencia, en Inmortal, y no hay posibilidad de que alguna vez se vea privado de este elemento de la Divinidad.

Ningún espíritu es inmortal cuando existe alguna posibilidad de que sea privado de esa inmortalidad. Incluso Dios mismo, si pudiera ser privado de esa gran cualidad, no sería inmortal. Y así como es imposible quitarle al Padre este gran atributo, también es imposible que pierda su inmortalidad aquel espíritu que haya obtenido una vez este Amor Divino del Padre.

Así que ya ves, la inmortalidad viene a un espíritu sólo con la posesión del Amor Divino, y ese Amor no es otorgado a todos los espíritus, sino sólo a aquellos que lo buscan en la forma mostrada a la humanidad por Jesús.

La muerte no trae al mortal la Inmortalidad, y del hecho de que su espíritu sobreviva a su muerte no se sigue que la Inmortalidad se convierta en parte de su existencia como espíritu.

Digo, pues, que cuando Jesús trajo al mundo el conocimiento del otorgamiento de este Amor Divino del Padre a los mortales, bajo ciertas condiciones, y también mostró a los mortales el Camino por el cual se podía obtener ese Gran Don, sacó a la luz la Inmortalidad y la Vida, y antes de él ningún hombre o espíritu había sacado a la luz estos Grandes Dones.

Ahora soy partícipe, hasta cierto punto, del Amor Divino, y tengo ante mí la posibilidad de obtenerlo en toda su extensión, tal como lo prometió el Maestro a todos los que lo busquen en verdad y con fe.

No tenía la intención de escribir un mensaje tan largo en este momento, pero como estoy entusiasmado con este tema, veo que me he sobrepasado tomando de tu tiempo y amabilidad, más de lo que me daba cuenta.

Así que, agradeciéndote tu paciencia, me detendré ahora, aunque espero tener el privilegio de volver en algún momento y escribirte.

Con mis mejores deseos,
muy atentamente,
Henry Ward Beecher

La salvación que Jesús enseñó: que ningún hombre o espíritu puede recibir la salvación completa que Jesús enseñó y ejemplificó en su propia persona, si no se convierte en alguien cuya alma está en plena posesión de este Amor Divino del Padre, y si no se despoja de las condiciones y atributos que pertenecen a su alma creada (San Mateo - Apóstol de Jesús) (16 diciembre 1918)

Permíteme que escriba unas líneas esta noche, pues deseo hablarte de una verdad que me parece importante que la humanidad conozca para que pueda comprender la verdad de su salvación personal.

Soy un espíritu de desarrollo del alma y un habitante de los Ámbitos Celestiales, donde sólo aquellos cuyas almas han sido transformadas por el Amor Divino en la propia naturaleza y Esencia del Padre pueden encontrar una morada.

No voy a extenderme mucho y sólo tengo una idea o verdad que transmitir, y es “que ningún hombre o espíritu puede recibir la salvación plena que Jesús enseñó y ejemplificó en su propia persona, si no llega a estar totalmente poseído en su alma por este Amor Divino, y si no se deshace de las condiciones y atributos que pertenecen a su alma creada”. Esta alma no fue creada con

ninguno de los atributos o cualidades divinos, sino simple y sencillamente con los que podéis llamar humanos, y que poseen todos los hombres y espíritus que no han experimentado la transformación.

El Dios-hombre —tal como a veces designan a Jesús vuestros escritores religiosos y teólogos— no poseía en el momento de su creación o aparición en la carne estos atributos divinos que son de la naturaleza y Esencia del Padre, sino sólo los atributos humanos que pertenecían al hombre perfecto, es decir, al hombre que era la criatura perfecta tal como existía antes de la caída de los primeros padres, cuando el pecado no había entrado en sus almas ni en el mundo de la existencia de los hombres. Desde el momento de su nacimiento Jesús fue el hombre perfecto y, por consiguiente, sin pecado: todas sus cualidades morales estaban en completa armonía con la voluntad de Dios y con las leyes que controlaban su creación; sin embargo, no era mayor de lo que eran los primeros padres antes de su acto de desobediencia.

No había nada de Dios, en el sentido de lo Divino, que entrara en su naturaleza ni en sus constituyentes, y si el Amor Divino no hubiera entrado y transformado su alma, habría permanecido sólo como la criatura perfecta de una cualidad no más alta ni más grande que la otorgada al primer hombre; y Jesús, en cuanto a sus posibilidades y privilegios, era como este primer hombre antes de su caída o de la muerte de la potencialidad de convertirse en Divino, pero difería de él en esto: que Jesús abrazó e hizo suyos estos privilegios y por lo tanto se convirtió en Divino, mientras que el primer hombre se negó a abrazarlos y los perdió, y siguió siendo un mero hombre, aunque no el hombre perfecto tal como fue creado.

Y aunque Jesús, por su posesión del Amor Divino, llegó a ser divino, nunca llegó a ser el Dios-hombre, y nunca podrá serlo, porque no existe ni puede existir un Dios-hombre. Dios es sólo Dios, y nunca se ha hecho ni puede hacerse hombre; y Jesús es sólo hombre, y nunca puede hacerse Dios.

Pero Jesús es preminentemente el hombre Divino, y puede ser llamado con razón el hijo más amado del Padre, porque posee más del Amor Divino y, consecuentemente, más de la Esencia y Naturaleza del Padre, que cualquier otro espíritu de los Ámbitos Celestiales, y esta posesión le brinda un poder mayor, y mayor gloria y conocimiento. Se le puede describir y entender como poseedor y manifestador de la Sabiduría del Padre; y nosotros, los espíritus del Reino Celestial, reconocemos y admitimos esa sabiduría superior de Jesús, y por la misma grandeza y fuerza de la sabiduría misma, estamos obligados a honrar y permanecer en su autoridad.

Y este trascendente y mayor poseedor de la sabiduría del Padre es el mismo cuando viene a vosotros y os revela las verdades de Dios, que cuando está en las más altas esferas del Reino Celestial revestido de toda la gloria de su cercanía al Padre. Tal como dijo la voz en la Montaña: “Escuchadle”, yo os repito a vosotros y a todos los que puedan tener el privilegio y la oportunidad de leer o escuchar sus mensajes: **¡Escuchadle! Y cuando le escuchéis, creed y buscad.**

Bien, hermano mío, he considerado oportuno escribir este breve mensaje y espero que pueda ayudarte en la obra. Volveré otra vez.

Buenas noches;
Tu hermano en Cristo,
San Mateo, tal como se dice en la Biblia

4. ¿Quién y qué es Dios?

Quién y qué es Dios (Jesús) (25 mayo 1917)

Estoy aquí, Jesús.

He estado contigo mientras rezabas y me he unido a tu oración al Padre para que Su gran amor fluya en tu alma en gran abundancia; y sé que Su Espíritu Santo está presente y que Su amor está fluyendo en tu alma, y que te estás volviendo en unidad con el Padre. Su amor siempre vendrá a ti cuando reces como lo has hecho esta noche, y Su oído está siempre abierto a las aspiraciones sinceras de Sus hijos que acuden a Él con verdaderos anhelos del alma. Tienes el secreto para alcanzar el amor del Padre, y en todas las ocasiones, cuando sientas que necesitas ese Amor o deseas una cercanía al Padre, usa el secreto y no te decepcionará.

Esta noche estás en mejores condiciones en el desarrollo de tu alma y en tus percepciones, y puedes recibir el mensaje que desde hace tiempo he deseado comunicar, y para hacerlo sólo esperaba que estuvieras en completa vinculación conmigo [*complete rapport*].

Bien, recordarás que en las primeras etapas de nuestros escritos te comunique mi conocimiento y concepción de "quién y qué es Dios", pero que recientemente te he dicho que deseaba reescribir el mensaje, ya que ahora tu condición es mucho mejor para recibir estas verdades de lo que lo era cuando el mensaje fue escrito. Y así, esta noche entregaré el mensaje y tomaré una posesión más completa de tu cerebro y mayor control de tu mano —más de lo que pude conseguir en el momento mencionado—.

Entonces la cuestión es: ¿Quién y qué es Dios?

Al tratar esta cuestión debes comprender que no es tan fácil describir, en un lenguaje que los mortales puedan comprender, la Esencia y los Atributos de Dios, y percibo [*feel*] las limitaciones que tengo al esforzarme por darte una descripción satisfactoria del único y verdadero Dios; no por la escasez de conocimientos y de concepción por mi parte, sino por el hecho de que no tienes el desarrollo álmico requerido como para permitirme formar la vinculación necesaria contigo, a fin de que a través de tu cerebro pueda expresarse la verdad exacta acerca de quién es el Padre.

Bien, para empezar, Dios es Alma, y el Alma es Dios. No el alma que está en el hombre creado, sino el Alma que es Deidad [Deity] y autoexistente, sin principio ni fin, y Cuya entidad es el único gran hecho en el universo del ser [being].

Dios es sin forma, tal como ha sido concebido por el hombre en casi todas las épocas, y especialmente por aquellos que creen en la Biblia de los hebreos así como en la de los cristianos. Pero, sin embargo, Él es de forma [*of form*], que sólo pueden discernir y comprender como entidad aquellas percepciones álmicas del alma de un hombre que haya llegado a un cierto grado de desarrollo, que haya tomado la naturaleza divina del Padre, y se haya convertido así en una parte del Alma de Dios. No hay nada, en toda la naturaleza, con lo que los hombres estén familiarizados o tengan conocimiento, que pueda ser utilizado para hacer una comparación, incluso en las percepciones espirituales [*percepciones cuando estamos en el cuerpo espiritual en los diversos planos*], con esta Gran Alma; y por lo tanto, es totalmente erróneo que los hombres conciban a Dios como si tuviera una forma de cualquier manera que se asemeje a la del hombre; y aquellos que, en sus creencias y enseñanzas, niegan al Dios antropomórfico, están en lo correcto.

Pero, sin embargo, Dios tiene una forma tal que le da una entidad y Sustancia, y una sede [*seat*] para Su morada, a diferencia de ese Dios que, en las enseñanzas de algunos hombres, se dice que está en todas partes en esta Sustancia y entidad —en los árboles y las rocas, y el trueno y el rayo, y en los hombres y las bestias, y en todas las cosas creadas—, y de quien se dice que en Él los hombres viven y se mueven y tienen su ser. No, este concepto de Dios no está de acuerdo con la verdad, y es vital para el conocimiento y la salvación de los hombres que tal concepción de Dios no sea albergada o creída.

Creer que Dios no tiene forma conlleva creer que es una mera fuerza o principio, o poder nebuloso, y, como dicen algunos, la resultante de las leyes, unas leyes que, de hecho, Él ha establecido para el control de Su universo de creación, y que son expresadas a los hombres mediante estos mismos poderes y principios que, hasta cierto punto, pueden comprender.

El niño ha preguntado: "¿Quién hizo a Dios?". Y como los sabios no pueden responder a esa pregunta, en su sabiduría concluyen y afirman que no puede haber un Dios real con personalidad, o de forma álmica, y, por lo tanto, que sólo la fuerza, el principio o las leyes evolucionadas pueden ser Dios; y en su propio engreimiento piensan que han resuelto la cuestión. Pero el niño podría no estar satisfecho con la respuesta, y puede preguntar a los sabios: "¿Quién hizo el principio, la fuerza y las leyes que deben ser aceptadas como el único Dios?". Y entonces, los sabios no pueden responder, a menos que digan: "Dios", cosa que no creen, pero que, permíteme decir, es la verdadera y única respuesta.

Dios está tras la fuerza, el principio y la ley, que son sólo expresiones de Su ser [*being*], y que sin Él no podrían existir; y son sólo existencias, cambiantes, dependientes y sujetas a la voluntad de Dios, quien, únicamente, es el Ser [*Being*].

Dios, pues, es Alma, y esa Alma tiene su forma, perceptible sólo para Ella misma, o para aquel hombre que, por la posesión suficiente de la Sustancia misma de la Gran Alma, se haya hecho semejante a Dios no solo en imagen, sino en la misma Esencia. Nosotros, los espíritus de la más alta progresión álmica, estamos capacitados por nuestras percepciones álmicas para ver a Dios y a Su forma. Pero aquí utilizo las palabras 'ver' y 'forma', por ser las únicas que puedo emplear para dar a los mortales una concepción comparativa de lo que estoy tratando de describir.

Cuando se recuerde que los mortales apenas pueden concebir la forma del cuerpo espiritual de un hombre, que está compuesto o formado por la parte material del universo —aunque no suele aceptarse que sea de lo material—, fácilmente se verá que apenas os puedo transmitir ni siquiera una ligera idea de la forma Álmica de Dios, que está compuesta de aquello que es puramente espiritual —es decir, no de lo material, aunque sea de lo material sublimado en el grado más alto—.

Y aunque no soy capaz, debido a las limitaciones mencionadas, de describir esa forma a los hombres, de tal manera que puedan extraer algo sobre la concepción de la forma del Alma —ya que tal forma solo puede ser vista con el ojo del alma, cuyos ojos los hombres no poseen—, no se debe creer que, como los hombres no pueden entender o percibir la verdad de la forma del Alma, ésta no sea una verdad. **Una verdad, aunque no sea concebida o percibida por los hombres, los espíritus o los ángeles, sigue siendo una verdad, y su existencia no depende de que sea conocida; y aunque de entre todos los mortales de la tierra, y de todos los espíritus y ángeles del cielo, sólo uno pudiera percibir la existencia de esa verdad, sin embargo su existencia percibida por ese uno solo prueba irrefutablemente su realidad.**

Pero, como he dicho, la verdad de la forma de Dios —la forma Álmica— puede ser atestiguada por más de uno de los espíritus celestiales de los hombres que han pasado más allá de la tierra. Y tal posibilidad está ante los mortales de la vida presente, en el gran futuro, si sus almas se han vuelto poseedoras de la Sustancia Divina del Amor de Dios en la abundancia suficiente como para percibir a Dios, tal como he intentado explicar.

El alma creada del hombre tiene su forma, siendo hecha a imagen de Dios, pero el hombre no puede ver esa forma, aunque es un hecho, y puede ser atestiguado por muchos en los ámbitos espirituales.

Y aquí es necesario decir que, cuando en nuestro mensaje hablamos de que Dios no tiene forma, nos referimos a cualquier forma que los hombres hayan concebido o crean haber concebido, y nuestras expresiones no deben considerarse como contradictorias con lo que he tratado de explicar acerca de la forma de Dios.

Pues bien, además de la forma, Dios tiene una personalidad, y ésta se expresa y se da a conocer al hombre por medio de ciertos atributos, que para la conciencia del hombre existen en el universo; y para algunos filósofos, científicos y sabios estos atributos son su Dios impersonal mismo, y para ellos, el único Dios. Convieren a lo creado en el Creador, sin darse cuenta de que detrás de la expresión debe estar la Causa; y que más grande que el atributo debe ser Aquello desde donde es proyectada la expresión del atributo, o, como mejor les gusta decir, "es desarrollada" [evolved].

Y aquí, yo, que lo sé, deseo decir que estos atributos o fuerzas, y poderes, principios, leyes y expresiones manifestadas, no constituyen, ni son, todos juntos, aquello de lo cual fluyen, o aquello en lo cual tienen su fuente. Dios es Él mismo, por Sí Solo. Sus Atributos o expresiones, manifestadas a los mortales o a los espíritus, no son más que los resultados o los efectos de las obras de Su Espíritu, el cual Espíritu no es más que la energía activa de Su Alma —de Él Mismo—. Y, por lo tanto, la forma de Dios no está distribuida por todo el universo de la creación donde puedan estar Sus atributos —ni lo está debido a que tales atributos estén manifestados en todas partes—.

No. Tal como fue dicho por el Moisés de antaño, y como fue dicho por mí cuando estaba en la tierra: Dios está en Sus Cielos. Y aunque a los mortales les resulte sorprendente y asombroso oírlo, Dios tiene Su morada; y Dios como Sustancia, forma autoexistente y Alma, tiene Su localización, y los hombres no viven ni se mueven ni tienen su existencia en Dios, sino en Sus emanaciones, expresiones y espíritu.

Como estás algo agotado, creo que este es un buen lugar para detenernos.

Me complace que estés en tan buenas condiciones. Así que prepárate para una pronta reanudación del mensaje.

Con mi amor y mis bendiciones, me despido;
Tu hermano y amigo,
Jesús

¿Quién y qué es Dios? (Ann Rollins, espíritu celestial) (18 febrero 1916)

Estoy aquí, tu abuela.

Bien, hijo mío, vengo esta noche como te prometí, con el propósito de escribirte una carta, hablándote de cierta verdad espiritual que deseo que conozcas.

Ahora estoy en la tercera Esfera Celestial, como ya te dije, y estoy en una condición mucho más exaltada en mi conocimiento de las verdades espirituales de lo que nunca lo he estado, y que han abierto en mí una visión espiritual que aumenta mi comprensión de la verdad y de la cuestión de las disposiciones [*provisions*] del Padre para la felicidad y la salvación de Sus hijos.

Ahora sé más que nunca que Él es un Dios real de Amor, Poder y Sabiduría, y que la ira, tal como se enseña en la Biblia, no forma parte de Su naturaleza, y que Él tiene para Sus hijos, tanto en la tierra como en el mundo de los espíritus, sólo amor, solicitud y simpatía.

No es un Dios que esté lejos esperando la llegada del gran día del juicio para aprobar o condenar a sus hijos según las obras realizadas en la tierra, sino que está con todos los hombres y espíritus de manera que su influencia de amor y benevolencia pueda ser sentida por ellos, si se ponen en una condición de receptividad de alma tal que esa influencia pueda ser sentida, porque, como hemos dicho antes, la relación y la proximidad de Dios con el hombre dependen en gran medida de la voluntad y de los deseos del hombre mismo.

Dios no está, en lo que puede llamarse Su personalidad, con los hombres, como han enseñado los maestros de las religiones de las Biblias del mundo; y los hombres no viven, se mueven y tienen en Él su ser, como escribió San Pablo [[Hechos 17:28](#)], pues Su personalidad tiene una ubicación que no está en todas partes sino en los Cielos elevados.

Sé que esto les parecerá sorprendente a muchas personas, ortodoxas o no, y que aparentemente les quita el consuelo de creer y sentir que Dios está con y en ellos; pero, sin embargo, lo que digo es cierto.

Él no está en ellos ni en la naturaleza, como dicen algunos de los científicos que creen en Dios. No está en cada flor, árbol u otra manifestación de Su creación. Y, en cuanto a Su personalidad, no es omnipresente, aunque Él tenga conocimiento de todas las cosas que Él ha creado, y digo "Él ha creado" porque hay algunas cosas que se muestran al hombre como parte de las realidades del universo, que Él no creó, sino que sólo el hombre las creó, y para estas cosas Él no tiene ningún amor y no aprueba ni favorece su existencia, y al final serán destruidas y borradas de la faz de Su universo.

Y cuando digo que Dios, en Su personalidad, no está en todas partes y no está con los hombres en todo momento formando parte de su ser, no quiero decir que se deba entender que no sea un Padre amoroso y vigilante que trata de hacerlos felices y salvarlos de los resultados de sus propias y numerosas malas acciones, pues tal inferencia no sería cierta.

Y aunque, como digo, Él no está con los hombres en esta personalidad, sin embargo sí está para con ellos, en el sentido y en la verdad de que Sus atributos de Amor, Sabiduría, Conocimiento y Poder están con ellos siempre. La vida emana de Dios, pero la vida no es Dios, es sólo uno de Sus atributos, conferido a los objetos de su creación para que puedan vivir, crecer y cumplir los designios de su [*their*] creación; y cuando ese propósito se ha cumplido, Él les retira este atributo de vida, y los hombres pueden darse cuenta de ese hecho.

Dios no ha dejado de ser, en Sí Mismo, una parte de ese objeto, pues Él nunca fue una parte de tal objeto, sino que es simplemente este atributo lo que ha dejado de ser una parte del objeto.

Dios es la fuente y el origen de toda vida, pero esa vida no es más que una de Sus criaturas, como decimos, al igual que el hombre u otras cosas que los mortales llaman materia.

El hombre no vive ni se mueve ni tiene su ser en Dios, sino meramente en los atributos de Dios. Por lo tanto, como ves, no es que todos estos atributos juntos constituyan a Dios, pues Él es una personalidad de la que fluyen todos estos atributos.

Sé que te resulta difícil comprender todo el sentido de lo que pretendo transmitir, pero puedes captar en cierto modo mi significado.

El amor es un atributo más grande incluso que la vida, pero el amor no es Dios, así como el amor no es el hombre, aunque sea su mayor posesión cuando existe en su pureza; y así como el hombre tiene muchos atributos que todos juntos no hacen al hombre, así Dios tiene muchos atributos que sin embargo son sólo partes de Su naturaleza y no son Él.

El hombre tiene un cuerpo físico y una mente y, sin embargo, éstos no constituyen el hombre, pues puede perder ambos y seguir siendo hombre o espíritu, es decir, el ego —el alma que es el hombre real—, la personalidad; y todas las maravillosas partes del hombre —como son la mente, los afectos, los deseos y la voluntad— son meramente de él, y si se le privara de cualquiera de ellos, seguiría siendo hombre —aunque no el hombre perfecto, como cuando todo ello está con él realizando su funcionamiento adecuado—.

Y el hombre está creado de tal manera que, a menos que tenga estas cualidades, que en su creación fueron hechas partes de él, y que fueron necesarias para hacer de él la criatura perfecta que era, aunque sigue siendo hombre, no es el hombre perfecto que Dios decretó que fuera; y hasta que estas cualidades sean completamente restauradas o recuperadas por él, no será el hombre que fue la mayor obra del Todopoderoso.

Y Dios no es Dios por tener estas cualidades, sino que estas cualidades existen porque son los atributos de Dios. Él nunca las pierde, ni se ocultan ni dejan de hacer su función, sino que siempre están existiendo y operando, y obedecen a Su ser.

Dios es Alma, y el Alma es Dios, y en esta alma tiene consistencia Su personalidad sin individualidad [*consist without individuality*], pero real y existente, y una vida desde la cual fluyen todos estos Atributos de Vida y Amor, etc., de los que he hablado. Dios es Espíritu, pero el espíritu no es Dios, sino sólo una de Sus Cualidades.

Escribo esto para darte una idea adicional de quién y qué es Dios, y para mostrarte que Él no está en el hombre ni el hombre tiene su ser en Dios. Y para mostrarte más a fondo que Dios no existe ni podría existir en el mismo lugar con aquellas cosas que no estén en consonancia con Su naturaleza y cualidades; y si Él estuviera en el hombre o el hombre en Él, entonces no existiría el pecado ni el error, ni las cosas que transgreden.

Debo parar ahora, pero vendré pronto para terminar mi mensaje.

Con todo mi amor, soy
tu abuela

¿Quién y qué es Dios? (continuación) (25 febrero 1916)

Estoy aquí, tu abuela

Vengo a reanudar mi discurso, si crees que estás en condiciones de recibirlo. Bueno, lo intentaremos, y si veo que no lo estás, me detendré para seguir en otro momento.

Como decía, en lo que se refiere a Su personalidad, Dios no está en el hombre ni en las cosas materiales, sino que en éstas simplemente se manifiestan aquellos atributos Suyos que los hombres suelen considerar como Dios.

Como he dicho, Dios no es el creador de todas las cosas que parecen tener una existencia, pues muchas cosas que controlan y gobiernan la conducta de los hombres son enteramente criaturas del hombre, y no están en armonía con las leyes de Dios o con Su voluntad. Y por lo tanto, cuando se comprende que en las almas y mentes de los hombres existe el mal que no está en armonía con las creaciones de Dios, fácilmente se puede ver que Dios no puede estar y no está en tales almas y mentes, ni están Sus atributos, porque, como se dice en las leyes de la filosofía física, dos cosas no pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo, y así, en cuanto a la filosofía espiritual, podemos decir que dos cosas no pueden ocupar la misma alma o mente al mismo tiempo, especialmente cuando son antagónicas u opuestas entre sí en sus cualidades o fundamentos. Hasta que la una no desocupe su lugar, la otra no puede entrar, y esto es invariablemente cierto para las criaturas de Dios y las criaturas del hombre, pues siempre y en toda circunstancia son opuestas entre sí.

Pero debe ser entendido que, cuando hablo de las criaturas de Dios, no debe entenderse que incluya a Dios, porque Él, como Creador, es totalmente diferente de Sus criaturas; y aunque Sus criaturas o ciertos atributos pueden encontrar un alojamiento y morada en las almas de los hombres y en las mentes de los hombres, y en la existencia de las cosas materiales, sin embargo Él, Dios, nunca encuentra tal alojamiento, y nunca forma parte de tales existencias. Él es tan distinto de las criaturas, o mejor, de las emanaciones de Él, como los pensamientos y deseos del hombre son distintos del hombre mismo.

Dios está en Sus Cielos, y esos Cielos tienen una ubicación, así como las diferentes esferas del mundo espiritual —en las cuales los espíritus tienen sus hogares— tienen sus respectivas ubicaciones. Y Su ubicación [la de Dios] está mucho más allá de las más altas esferas celestiales conocidas por el más elevado espíritu, y hacia las cuales los espíritus siempre están progresando, y, a medida que progresan, entran más en contacto, y de forma más íntima, con estos atributos de Dios, que fluyen constantemente de Él.

Incluso Jesús, que, como sabéis, es el más brillante de todos los espíritus y el que posee más de estos atributos del Padre que cualquier otro espíritu, no ha visto nunca a Dios sino a través de la percepción del alma, ni se ha dado cuenta de que Dios esté en él o forme parte de él; y equivocados y engañados están los hombres cuando dicen o creen que Dios está en ellos o que en Él viven, se mueven y tienen su ser.

Si se cree que esto es cierto, entonces Dios sólo podría ser una especie de algo nebuloso, inconsistente, como el aire, y, como dicen muchos de los espiritualistas, una mera fuerza que impregna todo el universo, dividida en muchas e infinitesimales manifestaciones, que hoy se ve y se siente, pero que mañana no tiene existencia. Un algo menos sustancial que el hombre —débil y poderoso a la vez—, una contradicción más allá de toda concepción o explicación.

Tal cosa no es Dios; pero todas estas manifestaciones no son más que la evidencia de la existencia de un Ser sustancial y, puedo decir, nunca variable, que existe por Sí Mismo, que no es una criatura de la mente del hombre o de las necesidades o deseos del hombre, sino el Creador de todo, incluso de estos sabios que no pueden concebir ningún Dios que no sea la naturaleza —la mera criatura de Su ser y sabiduría y poder—.

La mente humana, cuando se la deja a sí misma, es decir, a su propia evolución —como dicen vuestros científicos—, y no se ve influenciada por las revelaciones de las verdades espirituales o las sugerencias de espíritus que han avanzado en el conocimiento de las cosas más allá de lo material, no ha mejorado mucho desde los días en que vivían y morían los adoradores del sol, y los adoradores de los gatos sagrados, de los toros, de los elefantes, de las tormentas, de truenos y relámpagos. Dios estaba en todas estas manifestaciones, inmanente y real, para ser apaciguado o amado según la necesidad; y hoy, entre vuestras naciones civilizadas, y entre los sabios de estas naciones que no pueden ver a Dios en lo espiritual, es el conjunto de todas estas cosas materiales el Dios al que necesariamente han de adorar —si es que quisiera adorar algo—.

La naturaleza es Dios para ellos, y ya veis que la única mejora —si es que hay alguna— que sus mentes tienen en comparación con las de los adoradores del Sol y de los animales, etc., que he mencionado, es que esas mentes no están satisfechas con ver a Dios en una sola manifestación, sino que debe haber una combinación de todas estas manifestaciones, que ellos llaman Naturaleza. Como veis, es sólo una diferencia de grado, y el científico de hoy que, aunque tenga su naturaleza espiritual, se niegue a aceptar o a creer en cualquier Dios, es exactamente el homólogo de aquel considerado como "hermano bárbaro" que sólo podía ver a Dios en el Sol, etc., en todo... salvo que el científico exige un Dios más grande, que debe estar tanto en la forma más baja de la existencia mineral como en la más alta de la excelencia solar, e incluso en el hombre, pues para algunos, el hombre es su propio y único Dios.

Y es cuestionable si estos sabios no están más limitados en su concepción y aceptación de un Dios, que los anteriores hermanos incivilizados, pues muchos de estos últimos veían más allá y detrás de su Dios Sol y su Dios de los truenos, etc., a otro Dios más grande que no podían ver, pero que podían sentir, y en sus almas constataban Su existencia.

Pero los sabios de las civilizaciones han desarrollado tanto sus intelectos que han perdido sus percepciones álmicas, y no puede existir ningún Dios más allá del horizonte de sus percepciones intelectuales, y, por tanto, como creen conocer la naturaleza —la naturaleza en cuanto que toda la creación—, así, no puede haber otro Dios que la naturaleza.

Pero, ¡oh, terrible error!

Dios entonces, como he dicho, es un ser —un alma—, con una personalidad, que tiene una ubicación en lo alto de los cielos, y hacia la cual todos los espíritus de las esferas Celestiales y muchos de las esferas espirituales se esfuerzan por acercarse cada vez más; y a medida que se acercan constatan y conocen el Amor, la Vida y la Luz crecientes que emanen del Manantial de estos Atributos de Perfección.

Y así, repito, Dios no está en el hombre ni en la bestia ni en la planta ni en el mineral, sino que sólo están Sus Atributos según la necesidad de su funcionamiento, y el hombre no vive ni se mueve ni tiene su ser en Dios.

Bien, hijo mío, te he dado, a mi manera imperfecta, alguna idea de Quién y Qué es Dios, y mi explicación es en sustancia el consenso del conocimiento de los espíritus Celestiales, cuyo conocimiento se basa en las verdades que ningún mortal ni todos los mortales combinados pueden aprender con sus mentes finitas.

Creo que has recibido mis ideas y palabras muy correctamente, y espero que las verdades que he escrito puedan resultar beneficiosas para toda la humanidad.

Me siento muy feliz y volveré pronto a escribirte otras verdades que pueden interesarte.

Ahora debo parar. Con todo mi amor y bendiciones, soy tu amorosa abuela,
Ann Rollins

**Afirmación de que la abuela del sr. Padgett escribió el mensaje sobre
"¿Quién y qué es Dios?" (John H. Padgett, padre del sr. J. E. Padgett)
(25 febrero 1916)**

Estoy aquí, tu padre.

He estado escuchando el mensaje de tu abuela y me interesó observar la forma en que lo recibiste, porque es una comunicación profunda e importante de la verdad, que no es generalmente reconocida por los mortales. Nosotros, en las esferas inferiores, por supuesto, no conocemos estas verdades tan extensamente como los espíritus de las Esferas Celestiales, pero he oído al Maestro hablar sobre el tema de Dios, y lo que tu abuela te escribió es, en resumen, lo que él nos ha explicado, pero, por supuesto, de una manera tal que nosotros podemos comprender la verdad mejor que tú y en mayor medida.

Hay una cosa que he observado en el caso de estos que se llaman científicos y que sólo creen en lo material, y también en el caso de los que se dicen infieles, cuando vienen a la vida espiritual, y es que se dan cuenta muy pronto de que hay o debe haber un Dios, y que su Dios de la naturaleza, o su Dios hecho por el hombre, no suple o satisface la expresión [word], si puedo decirlo así, que encuentran que existe aquí. Ellos, por supuesto, al comienzo no tienen una concepción de la naturaleza de Dios, pero sí reconocen muy pronto, después de venir, que hay un Dios distinto y diferente de lo que ellos concebían que era cuando tenían alguna concepción de Él en la tierra y cuando negaban que hubiera algún Dios, y pronto se dan cuenta de la absoluta necesidad de que haya uno. Y cuando habían hecho del hombre su propio Dios, ven a muchos espíritus de hombres en tales condiciones de oscuridad, sufrimiento y desamparo que se dan cuenta fácilmente de que el hombre no es Dios.

Por eso digo que la primera verdad que entra en su mente y en su alma cuando se convierten en espíritus es que hay un Dios, aunque no conozcan su naturaleza y sus atributos.

Así que, como ves, sólo hay un pequeño velo de carne entre la presuntuosa mente de los mortales, que proclama que no hay más Dios que la naturaleza —o ningún Dios— y la mente consciente de su debilidad y pequeñez, tal como existe en el mundo espiritual.

Pero debo dejar de escribir sobre este tema o pensarás que voy a darte un sermón, cosa que no pretendo hacer ahora.

Con todo mi amor, soy
tu amoroso padre,
John H. Padgett

**'Que Cristo esté en vosotros', lo que esto significa (Jesús) (3 marzo
1918)**

Aquí estoy, Jesús.

Deseo escribirte esta noche en referencia a de qué manera se da aquello de que, como aconseja el predicador, 'Cristo esté en vosotros'.

Sé que entre los predicadores de la iglesia ortodoxa es casi universal enseñar a sus oyentes que el camino de la salvación consiste en conseguir que Cristo esté en ellos, y de ese modo estarán capacitados para llegar a la unidad con el Padre y dejarán de permanecer sujetos a los efectos del pecado y del mal. Pues bien, esta enseñanza es el verdadero fundamento de la salvación para los Ámbitos Celestiales, siempre que los predicadores y el pueblo comprendan cuál es el verdadero significado de 'Cristo en ti'; y, a menos que se comprenda este significado, el hecho de que el predicador o el pueblo puedan creer que tienen a Cristo en ellos no producirá los resultados que puedan suponer o desear.

Muchos, y puedo decir que la mayoría, de estos cristianos profesantes, tienen ideas acerca de lo que significa esta expresión para que pueda llegar a ser eficaz, pero que no están en consonancia con el verdadero significado de esta condición de alma. Creen que todo lo que se necesita es creer en Jesús como su salvador por su sacrificio y muerte, y que al creer esto tienen a Cristo en ellos, y que no se requiere nada más. No tienen noción de la distinción entre Jesús, el hombre, y Cristo, el espíritu de la verdad, o más correctamente, el espíritu que manifiesta la existencia del Amor Divino en el alma. Cristo no es un hombre en el sentido de que sea Jesús, el hijo del Padre, sino que Cristo es aquella parte de Jesús, o más bien, aquella cualidad que le vino después de recibir plenamente en su alma el Amor Divino y ser transformado en la Esencia misma del Padre en Su Amor. Por lo tanto, Cristo no es un hombre, sino la manifestación de este Amor, tal como fue otorgado a Jesús y hecho parte de su existencia misma. Y cuando los hombres usan la expresión 'tener a Cristo en ti', si pudieran entender correctamente el verdadero significado de la misma, reconocerían que tal expresión sólo significa que el Amor Divino del Padre está en sus almas.

El uso indiscriminado de las palabras 'Jesús y Cristo' es la causa de muchos malentendidos entre estos cristianos en cuanto a varios de los dichos de la Biblia.

Jesús se convirtió en el Cristo sólo porque fue el primero en recibir en su alma este Amor Divino y en manifestar su existencia, y este principio crístico es el que todos los hombres pueden poseer, con el resultado de que llegarán a ser uno con el Padre en Su sustancia de Amor e Inmortalidad.

Sería imposible para Jesús, el hombre, entrar o convertirse en parte de cualquier mortal, y sería igualmente imposible para Cristo, como el hombre Jesús [*as the man Jesus*], aunque perfecto y libre de pecado, convertirse en parte de alguien.

No, el significado de tener a Cristo en ti es tener este Amor del Padre en tu alma, que sólo puede obtenerse a través de la obra del Espíritu Santo en cuanto que instrumento del Padre para traer este Amor al alma.

Para muchos que oyen las exhortaciones de los predicadores en este particular, la expresión es sólo un misterio, que aceptan meramente de manera intelectual, y sienten que mediante tal aceptación tienen la posesión de este Cristo, que es la única evidencia de la verdad del amor del Padre.

Buenas noches;

Tu amigo y hermano,

Jesús

5. El Espíritu Santo

Muchos que creen haber recibido el bautismo del Espíritu Santo sólo han avanzado en el amor natural y no en el Amor Divino. Diferencia entre el Espíritu de Dios y el Espíritu Santo (Jesús) (10 mayo 1920)

Permíteme escribir brevemente sobre un tema que será de interés para ti y para quienes lean mis mensajes.

De lo que deseo escribir esta noche es acerca de la condición de aquellos que piensan que han recibido el influjo o bautismo del Espíritu Santo, cuando el hecho es que sólo han recibido el avance en la purificación de su amor natural y una armonía con las leyes de su creación, lo cual les hace creer que lo que experimentan debe ser el resultado de un otorgamiento del Amor que el Espíritu Santo trae a los mortales. En este error caen muchos humanos; y en la satisfacción, o más bien felicidad, que les produce su experiencia, derivada de tal aumento de la armonía, creen plenamente que es el Espíritu Santo lo que ha tomado posesión de sus almas y ha causado la felicidad. Pero al llegar a esta conclusión se engañan a sí mismos, y cuando lleguen a un despertar en la vida espiritual se van a dar cuenta de su error.

El Espíritu Santo es aquella parte del Espíritu de Dios que manifiesta Su presencia y cuidado al transmitir a las almas de los hombres Su Amor Divino. Este Amor es la más elevada, grande y santa de Sus posesiones, y sólo puede ser transmitido a los hombres por el Espíritu Santo; y este apelativo se usa en contraposición con el mero espíritu, que demuestra a los hombres la operación del Alma de Dios en otras direcciones y con otros propósitos. Su espíritu creador, y Su espíritu cuidador, y el espíritu que hace efectivas sus leyes y designios en el gobierno del universo, no son el Espíritu Santo, aunque formen igualmente parte del Alma de Dios y sean igualmente necesarios para las manifestaciones de Sus poderes y el ejercicio de las energías de Su Alma. Éstas se ocupan de las cosas del universo que no tienen interrelación con el Alma de Dios y las almas de los hombres, y siempre que se hable del Espíritu Santo debería significarse sólo aquella parte del Espíritu de Dios que transforma las almas de los hombres en la Sustancia del Alma de Dios en su Cualidad de Amor.

Oí al predicador hablar el domingo por la noche sobre la obra del Espíritu Santo tal como se describe en el contenido del Nuevo Testamento, y vi que sus conclusiones a partir de tal contenido eran totalmente erróneas y alejadas de la verdad. Como dijo, los efectos de las obras del Espíritu Santo se muestran de más de una manera, y no todos aquellos a quienes se les otorga están llenos de los mismos poderes para mostrar su presencia y posesión. Ahora bien, en todas estas evidencias de su existencia en las experiencias dadas, debe entenderse que está limitado en sus operaciones a aquellas condiciones y manifestaciones que tienen su fuente en el Amor Divino del Padre, que fue otorgado a la humanidad en mi venida en la carne, y que aquellas evidencias de existencia que no tengan relación con este Amor no son evidencias de la presencia del Espíritu Santo. Como se menciona en el Nuevo Testamento, cuando fue otorgado a mis discípulos en Pentecostés, vino como con el sonido de un viento impetuoso —lo que ya se te ha explicado— que sacudió la habitación en la que estaban reunidos los discípulos y los llenó con sus poderes, lo que sólo significa que este Amor Divino entró en sus almas en tal abundancia que fueron sacudidos en sus almas hasta tal punto que pensaron que el edificio en el que estaban reunidos se vio perturbado. Pero en esto estaban equivocados, porque el efecto de la presencia del Espíritu Santo no es afectar las cosas de la naturaleza inanimada, sino que se limita a las almas de los hombres.

Y el predicador debe saber que aunque los hombres estén dotados de poderes para realizar las cosas mentales o materiales de su vida, no por ello están necesariamente dotados del Espíritu Santo.

Mucha de la sanación física de los mortales es causada por poderes que son otorgados a los hombres, o por algunos hombres que no están conectados con el Espíritu Santo ni proceden a partir del Espíritu Santo. Los hombres recordarán que el Antiguo Testamento está lleno de ejemplos donde los hombres eran sanados de sus enfermedades y se realizaban otras cosas maravillosas en una época en la cual el Espíritu Santo estaba excluido de la posesión del hombre. Sin embargo, estas maravillas —tal como se consideraban entonces— fueron realizadas por hombres que afirmaban estar dotados del Espíritu de Dios, que está obrando para el bien y la felicidad de la humanidad, y que continuará así obrando hasta que los hombres lleguen a estar en armonía consigo mismos tal como fueron creados por primera vez.

Comprendo el objetivo del predicador al intentar mostrar y convencer a sus oyentes de que, no porque ellos no tengan esos poderes que la Biblia describe como poseídos por mis discípulos después del otorgamiento del Espíritu Santo, deben creer y concluir que ellos, sus oyentes, no tienen esta bendición. Sus intenciones y esfuerzos eran encomiables, y surgieron del deseo de que sus oyentes no se desanimen y decepcionen en sus esfuerzos por obtener la afluencia de Amor que el Espíritu Santo trae a los hombres; pero, por otro lado, sus enseñanzas eran peligrosas y engañosas para dichos oyentes, pues la consecuencia natural de tal enseñanza es llevar a los hombres a la creencia o persuasión de que poseen este poder y Confortador —cuando no es así—, y de ese modo evitar que busquen y obtengan este Confortador de la única manera en que se puede obtener. El Espíritu Santo fundamentalmente no tiene nada que ver con grandes logros mentales o físicos, y decir que, si un hombre es un gran inventor, filósofo o cirujano que hace cosas sin saber de dónde le viene la inspiración o la sugestión para hacerlas, entonces, él está poseído del Espíritu Santo, es del todo equivocado y engañoso.

Todas las cosas, mediata o inmediatamente, tienen su existencia, operación y crecimiento en el Espíritu de Dios, y sólo en ese Espíritu; y ese Espíritu se evidencia de muchas y variadas maneras en la experiencia de los hombres; y de ahí que los hombres digan que viven, se mueven y tienen su ser en Dios, queriendo decir sencillamente que viven y se mueven y tienen su ser en el Espíritu de Dios. Este Espíritu es la fuente de la vida y de la luz, y de la salud y de otras numerosas bendiciones que los hombres poseen y disfrutan —tanto el pecador como el santo, el pobre como el rico, el ignorante como el ilustrado y educado—, y todos y cada uno dependen de este Espíritu para su existencia y su consuelo [*comfort*]. Este es el Espíritu que todos los hombres poseen en mayor o menor grado, y el brillante predicador, maestro u orador, que posee este Espíritu en mayor grado que su hermano menos favorecido, depende del mismo Espíritu. Es universal en su existencia y funcionamiento, es omnipresente, y puede ser adquirido por todos los hombres en este sentido en la medida en que la receptividad mental de ellos se lo permita. Y esto demuestra aún más el hecho de que Dios, a través y por medio de este Espíritu, está siempre con los hombres, tanto en los más bajos infiernos como en los más altos cielos del hombre perfecto. Está obrando continuamente, sin cesar, y siempre a la llamada de los hombres, sea esa llamada mental o espiritual. Es lo que controla el universo, del cual la tierra del hombre es una parte infinitesimal. Es el Espíritu de Dios.

Pero el Espíritu Santo, aunque es una parte del Espíritu de Dios, es algo tan distintivo como el alma del hombre es distintiva en relación a todas las demás creaciones de Dios: es la parte del Espíritu de Dios que tiene que ver con la relación entre el Alma de Dios y el alma del hombre, exclusivamente.

El tema de Su operación es el Amor Divino del Alma del Padre, y el objeto de Sus trabajos es el alma del hombre, y la gran meta a alcanzar por Sus operaciones es la transformación del alma del hombre en la Sustancia del Amor del Padre, con la Inmortalidad como acompañamiento necesario. Este es el gran milagro del universo; y tan elevada, sagrada y misericordiosa es tal transformación, que llamamos Espíritu Santo a la parte del Espíritu de Dios que así obra.

Por lo tanto, que los maestros o predicadores no enseñen, ni que sus oyentes crean que cada parte del Espíritu de Dios que opera sobre el corazón, los pensamientos y sentimientos del hombre es el Espíritu Santo, pues no es verdad. Su misión es la salvación de los hombres, en el sentido de llevarlos a esa armonía con Dios, de modo que las propias almas de los hombres lleguen a ser una parte del Alma de Dios en sustancia, y no meramente en imagen, y sin esta obra del Espíritu Santo los hombres no pueden llegar a estar en una tal unión.

Te he escrito antes sobre cómo actúa este Espíritu Santo y la manera en que puede traer a los hombres el Amor Divino del Padre, y lo que es necesario para su afluencia. La manera descrita es la única manera, y los hombres no deben creer y descansar en la seguridad de tal creencia, la de que toda obra del Espíritu de Dios sería obra del Espíritu Santo.

A menos que un hombre nazca de nuevo no puede entrar en el Reino de Dios, y tal logro es sólo posible por la obra del Espíritu Santo.

Oh, predicador, sobre quien recae una gran responsabilidad, aprende la verdad y luego guía a los hombres por el camino de la salvación.

No escribiré más ahora, sino que vendré de nuevo y daré otro mensaje.

Cree que te amo y soy
tu amigo y hermano,
Jesús

El misterio de la Deidad [Godhead]. Tres en Uno es un mito. No hay misterio que los hombres no deban conocer (San Lucas - del Nuevo Testamento) (5 noviembre 1916)

Estoy aquí, San Lucas.

Vengo esta noche a escribirte un mensaje sobre la verdad acerca de qué es el Espíritu Santo.

Sé que los ortodoxos generalmente lo consideran y lo clasifican como una parte de la Deidad, siendo uno con Dios y el igual de Dios, el Padre, y no meramente una manifestación del Padre, como espíritu: y por lo tanto, necesariamente idéntico con el Padre, aunque teniendo una personalidad diferente y distinta.

En esta creencia y en esta clasificación está incluido Jesús, que tiene una personalidad distinta.

Los predicadores ortodoxos y los escritores teológicos enseñan que es un hecho que estos tres son uno, co-iguales y existentes, y que ese hecho es el gran misterio de Dios, y que los hombres no deben tratar de desentrañar el misterio, porque las cosas sagradas de Dios son Suyas, y a los hombres no les es lícito entrar en estos secretos.

Pues bien, esta declaración y admonición son muy sensatas en cuanto a la sabiduría de los hombres, y salva a los expositores de estas doctrinas de misterio de intentar explicar lo que no pueden explicar, pues es imposible para ellos desentrañar lo que, como hecho, no tiene existencia.

Los hombres de pensamiento de todas las épocas han tratado de entender este gran misterio —como lo llamaron— y no han tenido éxito, y como los primeros padres se encontraron con la misma derrota en sus esfuerzos por comprender el misterio, y, a continuación, debido a tal derrota, declararon la explicación de la doctrina como un secreto de Dios en el que los hombres no debían indagar, así, todos los demás investigadores de la Iglesia, cuando se convencieron de la inutilidad de la búsqueda, adoptaron la admonición de los antiguos padres de que el secreto de Dios no debía ser indagado, pues sólo a Él pertenecía, y tanto el hombre pecador como el redimido debían también respetar el secreto de Dios.

Y así, desde el principio de la iglesia establecida, tras la muerte de Jesús y sus apóstoles, fue declarada esta doctrina de la trinidad —uno en tres y tres en uno, y no obstante sólo uno—, y fue hecha la piedra fundamental vital de la existencia de su iglesia visible. Por supuesto, de vez en cuando, surgieron hombres, también en la iglesia [... *there arose men, both in the church, who, having more...*], que, teniendo más iluminación que sus hermanos en la iglesia, intentaron refutar la verdad de la doctrina, y declararon y mantuvieron que sólo había un Dios, el Padre.

Pero estaban en minoría, y al no ir con los más poderosos [*and not acting with the more powerful*], sus puntos de vista fueron rechazados; y el misterio se convirtió en el símbolo sagrado de la verdad de la iglesia, inexplicable, y por lo tanto más cierto y con derecho a más credibilidad. Y parece ser una tendencia de las mentes de los hombres —o al menos de aquellos que creen en la Biblia como la palabra inspirada de Dios— el acoger y alentar como más maravillosas, importantes y más dignas de aprecio aquellas cosas que tienen sabor a misterio, en lugar de aquellas que un hombre puede leer y entender de por sí [*as he runneth*].

En ninguna parte, ni siquiera en la Biblia, hay algún dicho de Jesús en el sentido de que Dios sea tripartito, consistente en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y, de hecho, Jesús nunca enseñó tal doctrina cuando estuvo en la tierra, sino sólo esto: que el Padre es Dios y el único Dios, y que él, Jesús, es su hijo y las primicias de la resurrección de entre los muertos, y que el Espíritu Santo es el mensajero de Dios para transmitir el Amor Divino, y como tal, el confortador.

Sé que en algunos de los Evangelios, tal como están contenidos ahora en la Biblia y adoptados como canónicos, se dice, en efecto, que la Divinidad consiste en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo —y que estos tres son uno solo—, pero tales Evangelios no contienen la verdad a este respecto y no son los mismos Evangelios que se escribieron originalmente. A estos Evangelios originales se les han añadido y quitado cosas con el paso de los años y en las copias y repeticiones que tuvieron lugar antes de la adopción de los mismos.

Ellos, los adoptados, fueron compilados a partir de muchos escritos, y como los compiladores en aquellos primeros tiempos diferían en sus opiniones tal como ahora lo hacen los hombres con respecto a las verdades religiosas, el más poderoso de ellos que tenía autoridad para declarar lo que debiera ser aceptado de acuerdo con sus interpretaciones de los manuscritos que estaban siendo copiados, ordenó que las copias se hicieran de acuerdo a sus ideas, y, puedo decir, sus deseos, y anunció y presentó tales producciones como copias fieles de los originales. Y a medida que tales copias se iban haciendo sucesivamente, las anteriores se iban destruyendo, y de ahí que los primeros

manuscritos existentes de estos Evangelios surgieron muchos años después de que fueran escritos y destruidos aquellos originales de los que se afirmaba que habían sido compilados.

Y yo, Lucas, que sí escribí un evangelio y que conozco el evangelio actual que se me atribuye, digo que contenidas en él hay muchas cosas y declaraciones vitales que nunca escribí y que no son verdaderas; y muchas verdades que sí escribí no están contenidas en él —y así con los demás evangelios—.

En ninguno de nuestros Evangelios apareció el misterio de la Deidad [*Godhead*], y eso por la razón de que no había, ni hay, ni enseñamos que hubiera ninguna Deidad compuesta de tres personalidades. Sólo un Dios, el Padre. Jesús era un hijo del hombre en el sentido natural, y un hijo de Dios en el sentido espiritual, pero no era Dios ni una parte de Dios en ningún sentido, excepto en que poseía el Amor Divino del Padre, y en ese sentido era una parte de Su Esencia. El Espíritu Santo no era Dios, sino meramente Su instrumento —un Espíritu—, el Espíritu Santo.

Como se te ha informado, el alma del hombre existía antes de la creación del hombre en la carne, y era la única parte del hombre que fue hecha a imagen de Dios. Existía en este estado prístico sin individualidad, aunque con personalidad, y se asemejaba a la Gran Alma del Todopoderoso, cuya Alma es Dios mismo; aunque el alma que le fue dada al hombre no era parte de la Gran Alma, sino meramente una semejanza de ella.

Algunos de vosotros, mortales, habéis dicho que el alma del hombre es una parte de la “Superalma”, queriendo decir, del Alma de Dios, pero esto no es verdad, y si en alguna de nuestras comunicaciones se ha dicho que el alma del hombre es una parte del Alma de Dios —y me refiero a mientras existía antes de su encarnación— nuestro dicho no debe interpretarse así.

El ego de Dios, como puede decirse, es el Alma, y de esta Alma emanan todos los atributos manifestados de Dios, tales como el poder, la sabiduría y el amor, pero no los celos ni la ira ni el odio, como han dicho algunos escritores de la Biblia, pues Él no posee tales atributos.

El ego del hombre es el alma, y en su pureza y perfección creadas, de su alma emanaron todos los atributos manifestados que le pertenecen, como el poder, el amor y la sabiduría; y ni los celos ni el odio ni la ira eran atributos suyos antes de su caída.

Se dice que el hombre está compuesto de cuerpo, alma y espíritu, y esto es cierto. Por la experiencia de tu vida sabes lo que es el cuerpo, y yo te he dicho lo que es el alma, y ahora surge la pregunta, ¿qué es el espíritu? Sé que durante siglos ha habido grandes diferencias de opinión entre los teólogos y otros sabios sobre lo que el espíritu es: Algunos sostienen que él y el alma son la misma cosa, y otros que el espíritu es el verdadero ego del hombre, y el alma algo de menor calidad y subordinado al espíritu, y aun otros tienen otros puntos de vista, y todos equivocados, pues como he dicho, el alma es el ego, y todo lo demás en relación al hombre y que forme parte de su creación cuando fue declarado ‘muy bueno’, está subordinado al alma, y es sólo su instrumento para ella manifestarse.

Como Jesús os ha dicho, el espíritu es la energía activa del alma y el instrumento [*instrumentality*]: la agencia, la "funcionalidad"] por el cual el alma se manifiesta; y esta definición se aplica al espíritu del hombre mientras es mortal, así como cuando se convierte en habitante del mundo espiritual. El espíritu es inseparable del alma y no tiene otra función en la existencia del hombre que la de hacer manifiestas las potencialidades del alma en sus actividades. El espíritu no es la vida, pero puede llegar a ser una evidencia de la vida —es el aliento de la vida—.

Y como el hombre fue creado a imagen de su Hacedor, y siendo que el espíritu es simplemente la energía activa del alma, entonces, por la aplicación del principio de las correspondencias —que uno de vuestros antiguos psíquicos declaró que existía— **puede suponerse, y es verdad, que el Espíritu Santo es la energía activa de la Gran Alma del Padre, y, como sabemos por nuestras experiencias y observaciones, es utilizado como mensajero del Padre para transmitir a la humanidad Su Amor Divino.** Y no pretendo restringir la misión del Espíritu Santo a la humanidad en la carne, porque también transmite y otorga este Gran Amor a las almas de los hijos del Padre que son espíritus sin los cuerpos de hueso y carne, y que son habitantes del mundo espiritual. Y así, es una verdad que el Espíritu Santo no es Dios y ninguna parte de la Deidad [Godhead], sino meramente Su mensajero de Verdad y Amor, que emana de su Gran Alma y que trae al hombre Amor, Luz y Felicidad.

Así que ya ves que no hay ningún misterio de la Deidad [Godhead], y ningún secreto que Dios no desee que el hombre conozca y comprenda, y ninguna verdad cuya búsqueda y posesión por parte del hombre contrarie las leyes y voluntad de Dios.

Se dice que Dios es Espíritu, y es cierto; pero el espíritu no es Dios, sino sólo uno de sus instrumentos utilizados para trabajar con la humanidad y los espíritus de los hombres. Adorar el instrumento es una blasfemia, y sólo Dios debe ser adorado. Jesús no debe ser adorado como Dios, el Espíritu Santo no debe ser adorado así, y cuanto antes aprendan los hombres esta verdad y la observen, tanto antes se pondrán en unidad [at-onement] con el Padre, y agradarán al Maestro, quien, como algunos tal vez no sepan, es el mayor adorador del Padre en todo Su universo.

He escrito más de lo que esperaba, pero espero que de mi mensaje muchos mortales puedan recibir la verdad, y creer que el Espíritu Santo no es aquel de la Deidad [*is not one of the Godhead*], y que el misterio de la Deidad es un mito —sin cuerpo, alma o espíritu—, y que no hay verdad en todo el universo de Dios que el hombre no esté invitado a buscar, comprender y poseer.

Me detendré ya, y al hacerlo te dejaré mi amor y bendiciones, y rogaré al Padre que te envíe el Espíritu Santo con gran abundancia de Amor Divino.

Buenas noches y que Dios te bendiga hasta que vuelva.

Tu hermano en Cristo,

Lucas

El espíritu confirma los escritos de Lucas. Lamenta que no enseñara la verdad cuando estaba en la Tierra (N_____, predicador, Iglesia Protestante, Washington, DC) (5 noviembre 1916)

Permíteme decir unas palabras, ya que me interesan mucho las verdades del mensaje que Lucas os acaba de escribir; yo estaba presente en la iglesia en la que el ministro discurría sobre el tema del Paraíso, y Lucas también estaba presente; y cuando me di cuenta de que algo de lo que dijo el predicador le sugirió a Lucas el tema de su mensaje, y como estoy muy interesado en la gente de esa iglesia —ya que en su momento fui pastor allí—, deseo añadir unas pocas palabras a lo que Lucas ha expresado de forma tan verdadera y clara.

La doctrina que esta noche proclamó el predicador, yo mismo la declaré a menudo cuando era ministro allí, y tal como en ese momento yo creía que esas doctrinas eran ciertas, sé que el predicador es ahora igualmente honesto en sus creencias.

Pero, por desgracia, mis creencias eran erróneas, y así como desaprender esos errores y aprender la verdad a mí me llevó varios años de sufrimiento y decepción, él tendrá que pasar por la misma experiencia, a no ser que aprenda la verdad antes de abandonar el cuerpo físico.

Y lo mismo ocurre con muchos de sus feligreses que son buscadores sinceros y honestos de la verdad —muchos de los cuales tienen en sus almas el Amor Divino del Padre—. Y lo lamentable es que no hay forma de hacerles llegar la verdad, pues sé que no prestarían atención a lo que les dijeras y te considerarían un impostor o un chiflado. Sin embargo, es posible que en el futuro se abra alguna vía para que estas verdades lleguen a estas personas, y como su bienestar me preocupa mucho, y siento que la influencia de mis enseñanzas aún perdura en esa congregación, y sólo produce error y creencia en lo que no es verdad, deseo añadir mi confirmación a lo que ha dicho Lucas, y si su mensaje llega alguna vez a ellos, espero que mi mensaje también les llegue.

Parte de mi penalización por enseñar doctrinas erróneas consiste en trabajar para que mi gente desaprenda esas enseñanzas erróneas, y poder llegar a ellos de esta manera me daría no solo una gran felicidad, sino también un alivio de mi penalización [penalty] de remordimiento [regret].

No intentaré recitar lo que ha dicho Lucas, ya que no podría explicarlo con más claridad, pero deseo decirle a mi gente que es cierto lo que él ha dicho y que deben creerlo.

Algún día me gustaría venir y escribirte un largo mensaje sobre un tema que ha sido objeto de mi consideración durante mucho tiempo y que es un asunto muy importante para mí y para muchos en la vida terrenal.

No escribiré más esta noche, y te agradezco tu amabilidad al permitirme escribir.

Bueno, estoy en la Séptima Esfera, y soy muy feliz en mi amor y mi entorno, pero me doy cuenta de que si hubiera sabido la verdad como ahora la conozco, estaría mucho más avanzado. Oh, te digo que es algo terrible el obstáculo que supone para el progreso del alma una vida de creencias erróneas.

Te deseo buenas noches y que Dios te bendiga.

Tu hermano en Cristo,

N_____

Por qué Jesús no acude a los campos de batalla donde hay escenas de carnicería (Jesús) (2 noviembre 1916)

(Mensaje recibido el 2 de noviembre de 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Por supuesto, las escenas en las que se me representaba son producto de la imaginación, y tienen por objeto inculcar en los observadores de estas escenas la creencia o el pensamiento de que, debido a mis enseñanzas de paz y buena voluntad hacia los hombres, necesariamente estaría interesado en aquellas cosas que violan mis enseñanzas y, en consecuencia, estaría presente en los campos de batalla y en la destrucción de la vida humana.

Pero quizás os sorprenda cuando os diga que no visito esos escenarios, pues mi misión como espíritu no es ayudar a los que caen en la batalla y llegan al mundo espiritual como resultado de la destrucción y el asesinato de seres humanos por la guerra. Hay muchos espíritus cuyo deber es cuidar de los espíritus de aquellos que son introducidos tan repentinamente en el mundo espiritual, y

ayudarles a darse cuenta de sus nuevas condiciones y guiarles hacia el conocimiento de que ya no son mortales. Estos espíritus están especialmente designados para este trabajo, consuelan a los espíritus desafortunados y les ayudan a recuperarse del impacto de su violenta y repentina transformación.

Esta labor, por así decirlo, es material, es decir, ayuda a estos espíritus a tomar posesión de sus facultades espirituales, independientemente de si están preparados para el cielo o para el infierno. En otras palabras, trabajan para que la llegada de estos espíritus esté lo más libre posible de los terrores que puede causar una transformación tan repentina. Esta es una labor necesaria, y una que forma parte del plan del Padre para el bienestar y la felicidad de Sus hijos, sin tener en cuenta el hecho de que ellos no conozcan Su amor y misericordia.

Pero mi labor es diferente. Solo trato con las almas de los hombres, independientemente de su condición espiritual, es decir, de la condición del espíritu como mero espíritu. En el campo de batalla, las almas de los hombres no suelen estar abiertas a la influencia de mis enseñanzas, y mi trabajo no se centra en los muertos físicamente, sino en los vivos que se encuentran en ese estado de equilibrio mental y espiritual como para poder recibir las influencias de mis sugerencias y mi amor. No, el campo de batalla no es mi lugar de trabajo, y la matanza de hombres y la carnicería de la guerra no me atraen ni me brindan la oportunidad de realizar la gran labor que estoy llevando a cabo, que es la de guiar a los espíritus que conocen la realidad y la necesidad del Amor Divino.

Me interesa la paz de la humanidad y el amor de un hermano por otro, y mis enseñanzas en la Tierra y en el mundo espiritual se imparten con el propósito de lograr esta paz. Pero las guerras entre naciones o el odio de las batallas nunca traerán la paz meramente por los horrores y la desolación que se derivan de tales guerras y batallas. Los hombres pueden pensar que cuando la humanidad contemple estas cosas de destrucción, también las contemplará con tal horror y temor que no habrá guerra nunca más, y que entonces solo la paz las seguirá y permanecerá para siempre como herencia de los hombres. Pero yo os digo que en esto se equivocan, porque al cabo de unos años todas estas cosas serán olvidadas y, entonces, siendo los corazones de los hombres los mismos —con todo el odio, la envidia y la ambición que existían en los corazones y mentes de los responsables de las guerras olvidadas—, estas cosas se repetirán, y se demostrará que los hombres tienen las mismas mentes y deseos carnales.

Mientras los hombres permanezcan en su condición de pecado, y tengan solamente aquello que algunos llaman la hermandad del hombre para impedirles satisfacer sus ambiciones o gratificar sus deseos de castigar los agravios imaginarios [fancied], habrá guerras, y los horrores de tales conflictos volverán a aparecer en la faz de la tierra.

Los hombres clamarán paz, paz, pero el mundo no conocerá la paz, y el pobre humano sufrirá la repetición de los resultados de las obras de su naturaleza malvada.

Y por lo tanto, podéis comprender que lo que me interesa no es tanto que la paz llegue al hombre como resultado de los horrores de la guerra, sino más bien que llegue como resultado necesario de la transformación de los corazones y almas de los hombres del pecado a la pureza, del amor meramente natural al Amor Divino, pues cuando este último amor esté en las almas de los hombres, entonces, el motivo para que cesen la guerra y el odio y de que no se vean satisfechos los apetitos carnales, no será el de ver los horrores que pueden acompañar a estas cosas, sino el del amor que existe en sus almas, que no permitirá las guerras. El amor

reinará y los hombres olvidarán el odio y todas las cosas que ahora forman parte de su propia existencia.

Mi labor consiste en transformar a los hombres caídos en poseedores del Amor Divino.

Además, intento enseñar a los hombres que originalmente poseían un amor que, en su estado puro, los alejaría de estas cosas del odio y la guerra, y que su única salvación —aparte de poseer el Amor Divino— es volver a obtener este amor puro: el amor natural purificado. Pero, por extraño que les pueda parecer a algunos, es más difícil para un hombre recuperar el estado de purificación de su amor natural que obtener esa mayor purificación que viene con la posesión del Amor Divino.

Veo que pueden pasar muchos siglos antes de que un hombre alcance este estado de purificación de su amor natural, tal que le permita decir que, gracias a su amor, las guerras no pueden volver y la paz debe reinar; y de ahí **la gran necesidad de que sepa que sólo con la llegada del Amor Divino vendrá la imposibilidad de la guerra y la lucha, tanto a nivel individual como nacional.**

Por lo tanto, cuando se escribe o se representa en imágenes que estoy en los campos de batalla tratando de mostrar a la humanidad los horrores de la guerra, o que estoy llorando por la matanza de hombres, tales escritos o representaciones no son ciertos.

Mi misión es llegar al alma de los hombres, como individuos, y volverlos hacia el Amor del Padre, y mi llanto o mi dolor [sorrow] está en que los hombres no escuchan la voz que les llega a todos ellos, que los llama a volverse hacia el Padre y a Vivir.

Un cadáver tiene poca importancia en comparación con un alma muerta, y hay muchos que pasan al mundo espiritual llevando consigo sus almas muertas. Mientras los cadáveres yacen en los campos de batalla, sé que no hay nada allí que necesite de mi ayuda o compasión; y en ese momento, las almas que abandonan esos cuerpos no están en condiciones de atender a mi ayuda ni de considerar su existencia futura. Así que, como ves, no hay razón para que visite los campos de batalla o intente ayudar a esos recién nacidos espíritus —tal como yo los describiría—.

No. Jesús, el hermano mayor, no es el médico de los cuerpos mutilados o heridos, ni de las almas que llegan al mundo espiritual llenas de odio y antagonismo en el momento de su llegada.

La muerte física, en vista de la eternidad, no tiene mucha relevancia, y aunque sé que para el mortal común es uno de los acontecimientos más trascendentales de su existencia, sin embargo, como digo, es de relativamente poca importancia. **Pero, ¡oh, la importancia de la muerte del alma, y la gran necesidad de esforzarse por despertar esa alma a la vida!**

Bueno, ya he escrito suficiente y voy a parar.

Veo a tu amigo contigo y debo decirle que muy a menudo estoy con él, y que me complace que haya resucitado de la muerte a la vida y que el campo de batalla en el que ha librado la lucha del alma es más grande y más terrible en sus aspectos y evidencias de carnicería y destrucción que el campo de batalla que ahora está destruyendo los cuerpos físicos de tantos seres humanos. Quiero decir que el mundo entero es el campo de batalla de la lucha del alma, y que si los hombres pudieran ver los resultados —tal como ven los resultados de la guerra que ahora sacude toda la tierra— comprenderían que la Gran Guerra no es la que está causando que tantas almas muertas entren en el mundo espiritual.

Dale mi amor y mis bendiciones.

Vendré pronto y os escribiré un mensaje de la verdad.

Así que, con todo mi amor y mis bendiciones, soy
tu hermano y amigo,
Jesús

Afirmación de que Jesús escribió y mostró su gloria (Sra. Padgett, esposa del Sr. Padgett, espíritu celestial) (2 noviembre 1916)

Estoy aquí, tu verdadera y amorosa Helen. (Esposa del Sr. Padgett).

Qué maravilloso mensaje recibiste del Maestro, y qué sincero era cuando lo escribía. La gloria de su rostro era cegadora incluso para nosotros, y el amor que parecía poseer su ser estaba más allá de nuestra posibilidad de concebirlo [conception]. Era verdaderamente el hijo amado del Padre, y hasta tal punto los espíritus presentes se bañaban en su amor que parecían participar de su gloria. ¡Oh, querido mío, todo fue tan maravilloso!

Tu verdadera y amorosa,
Helen (sra. Padgett)

El destino del hombre que no tiene el amor divino en su alma y muere sólo con el amor natural y la creencia en los credos, etc. (Jesús) (28 septiembre 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Vengo esta noche para decirte que estás en mejores condiciones para escribir que en mucho tiempo, y creo que lo mejor es que te entregue un mensaje.

Bueno, escribiré sobre este tema: El destino del hombre que no tiene el Amor Divino en su alma y que sólo muere con el amor natural y la creencia en los credos y dogmas de las iglesias.

Sé que muchos hombres creen que los credos de las iglesias son lo necesario para la salvación de la humanidad; me refiero al bautismo y la observancia de los sacramentos, y a la creencia de que los hombres pueden ser salvados en mi nombre, lo cual sería suficiente y todo lo necesario para asegurarles la entrada en el Reino de los Cielos; y en tal creencia descansan, con la seguridad de que no se requiere nada más ni hay que buscar ni adquirir nada más.

La gran mayoría de los cristianos profesos se encuentran en este estado de creencia y, por lo tanto, la mayor parte de la humanidad no entrará en el Reino de los Cielos ni se convertirá en divina en su naturaleza. Ya os he dicho cuál es el futuro de aquellos que poseen esta Naturaleza Divina del Padre, y ahora limitaré mi mensaje al futuro de esta gran mayoría.

Como sabéis, el río nunca puede correr más alto que su fuente, y tampoco esta mayoría puede alcanzar una perfección y felicidad superiores a las que poseía el hombre antes de la caída del estado de su creación perfecta, y por lo tanto, por grande que sea su progreso en su amor natural o en sus cualidades morales o mentales, nunca podrá superar al primer hombre creado tal y como era antes de la caída. Y el único futuro posible para esta gran mayoría es la condición y el desarrollo que existían en el hombre perfecto de la primera creación de Dios.

Sé que se dice que el hombre tiene en sí mismo algo que forma parte de la Divinidad de Dios, y que por sus propios esfuerzos puede desarrollar esa Sustancia Divina hasta convertirse él mismo en Divino, y en la naturaleza del Padre. **Pero esto no es cierto, y no es posible desarrollar el Amor**

Divino ni cualquier Esencia de lo Divino a partir de lo que no tiene, en sí mismo, nada de la Naturaleza de lo Divino. En el mundo espiritual —y me refiero tanto al espiritual como al celestial— prevalecen las leyes, y son tan certeras en su funcionamiento como las leyes del mundo material; y una ley fundamental es que solo lo semejante produce lo semejante, aunque en el mundo físico pueda parecer que un derivado no es semejante a aquello de lo que se deriva; mas esto es sólo en apariencia, ya que en sustancia y esencia la semejanza existe y no puede ser erradicada.

Y lo mismo ocurre con la condición real del alma del hombre. Si solamente tiene amor natural —el amor creado— entonces el desarrollo de ese amor dará como resultado algo que no puede ser mayor ni diferente de lo que en sus partes constitutivas sólo es amor natural, y sin importar lo que la perfección pueda devenir, el elemento divino está ausente, y todas las limitaciones inherentes al ser creado siguen formando parte de ese ser y lo siguen controlando.

Hay un límite para el desarrollo de este amor natural y para el estado de felicidad, más allá del cual no es posible que este ser traspase; y ese límite son las cualidades y la excelencia que poseía el primer hombre antes de ser contaminado e impregnado de pecado. La mente de tal ser también está limitada en cuanto al progreso que puede hacer en la obtención de conocimiento, pues esa mente, al ser una cosa de la creación, está sujeta a las limitaciones que esa creación impuso.

Por eso digo que un hombre así nunca puede progresar más allá de los atributos o cualidades con los que fue dotado cuando era el hombre perfecto, ya sea espiritual o mentalmente, a menos que busque y obtenga el Amor Divino. Cuando los espíritus vienen y escriben que la vida en este mundo espiritual es siempre progresiva, estos espíritus que escriben nunca han alcanzado este límite del que hablo y, por lo tanto, para ellos el progreso no tiene término [*endless*]; y esta creencia es muy beneficiosa, puesto que les inspira a esforzarse por progresar.

Hay muchos espíritus en este estado perfecto en la esfera más alta del amor o mentalidad natural, pero son espíritus que han estado en el mundo espiritual durante un gran número de años, y son lo que se podría llamar espíritus antiguos. Estos espíritus se han dado cuenta de esta limitación de la que hablo, y aunque pueden cambiar los objetos de su búsqueda y las fuentes de su felicidad, su progreso tiene un final, y a menudo les invade la insatisfacción y la comprensión de que más allá de su esfera ha de haber algo que se pueda obtener, y que supere su desarrollo y su estado perfecto.

Y como resultado de esta insatisfacción, muchos de estos espíritus, en momentos de inquietud, prestan atención a las sugerencias de aquellos espíritus que se han vuelto poseedores de la Esencia Divina y sobre los cuales no hay limitación de progreso; pues éstos, en todo momento, están en la esfera más elevada de los espíritus del amor natural perfeccionado, tratando de mostrarles el camino hacia el desarrollo superior y la felicidad de las Esferas Celestiales.

Puede que te parezca sorprendente, pero es un hecho que estos espíritus del amor natural, durante sus períodos de progresión —y especialmente a medida que se acercan más a su perfección—, resulta que, en la satisfacción y la felicidad que experimentan en tal progresión, no escuchan a los espíritus de las Esferas Divinas, ni creen que pueda haber otros métodos de progreso más deseables o excelsos que los que ellos persiguen, y sólo cuando se den cuenta de la insatisfacción de la que hablo, despertarán al hecho —o consentirán en despertar al hecho— de que pueda haber un camino que conduzca a cosas más allá de sus límites de progreso y de la perfección que puedan haber adquirido.

Así pues, como digo, cuanto mayor es el progreso de estos espíritus y cuanto más se alejan del plano terrestre, mayor es la dificultad para persuadirles de que existe un estado de perfección y felicidad que supera al que ellos buscan, y un camino diferente al que están siguiendo.

A medida que estos espíritus progresan en su amor natural y en el desarrollo de sus mentes creadas, obtienen mucha felicidad y satisfacción, y estas experiencias se vuelven tan grandes en cada etapa del progreso que fácilmente conciben que no puede haber un camino superior al que están recorriendo y, por lo tanto, al tener esa creencia, la dificultad de convencerlos de lo contrario se vuelve casi insuperable. Como consecuencia, los espíritus de las Esferas Celestiales, y los de las esferas espirituales que están progresando en el Amor Divino, dedican gran parte de su tiempo y esfuerzos a convencer a los espíritus de estas verdades superiores mientras se encuentran en los planos terrestres, antes de que experimenten la felicidad que menciono.

La vida en la Tierra y la vida en los planos terrenales del mundo espiritual son los estados en los que las almas de los mortales y de los espíritus tienen las mejores oportunidades para aprender y creer en estas verdades que les muestran el camino hacia el progreso sin límites ni fin, y de ahí la importancia de que los hombres conozcan estas verdades, y también los espíritus, antes de experimentar la satisfacción y el orgullo, por así decirlo, que les proporciona el avance en el desarrollo de su amor natural y de sus cualidades mentales y morales.

Hasta que llegue el momento en que el Padre retire al hombre y al espíritu el privilegio de obtener este Amor y Esencia Divinos —momento que traerá consigo la segunda muerte— estos espíritus y todos los espíritus y mortales tendrán la oportunidad de buscar y encontrar el camino hacia las Esferas Celestiales y la Inmortalidad. Pero después de ese momento, este privilegio ya no existirá, y entonces aquellos espíritus y mortales que no hayan encontrado y seguido el camino de ese privilegio, serán y se convertirán solamente en seres perfectos, como lo fueron sus primeros padres. No tendrán la seguridad de la inmortalidad, ni siquiera de la vida continua, y esa insatisfacción y anhelo por algo desconocido serán tuyos.

Seguirán siendo solo seres creados en cuerpo espiritual, alma y mente, y tal como los primeros padres tenían todas las cualidades que estos hombres restaurados tendrán, y cayeron, ¿por qué no va a ser posible que ellos también caigan? ¿o que se produzca algún cambio en el espíritu individualizado, tal que destruya esa individualidad y la disuelva en sus elementos previos a la creación [*elements of pre-creation*]? Ningún espíritu sabe si se producirá un tal cambio, tal que el espíritu perfecto no conserve siempre la misma individualidad, o tal que la felicidad de dicho espíritu no exista siempre. Y ningún espíritu sabe si estas cosas seguirán existiendo.

Entonces, ¿por qué no elegir el camino que conduce a la divinidad y a la certeza de la inmortalidad y el progreso, en lugar del que conduce a la limitación del progreso y la felicidad, y a la incertidumbre acerca de la Inmortalidad?

He escrito suficiente por esta noche. Volveré pronto.

Así que recuerda que te amo y estoy contigo tratando de ayudarte espiritualmente, y que le pido al Padre que te bendiga.

Buenas noches.

Tu hermano y amigo,

Jesús

6. La resurrección

La resurrección que es común a todos, sean santos o pecadores (San Pablo, del Nuevo Testamento) (16 enero 1916)

Aquí estoy, San Pablo, del Nuevo Testamento.

Vengo esta noche para hablarte de una verdad que es importante que los hombres conozcan y que debéis incluir en vuestro Libro de las Verdades.

Ya os he escrito antes sobre mis supuestos escritos tal y como aparecen en la Biblia y que, como he dicho, no fueron escritos por mí tal y como allí aparecen.

Esta noche deseo escribir brevemente sobre el tema de la “resurrección”, pues, según veo, la doctrina de la Iglesia sobre la resurrección se basa más en lo que se me atribuye que en los escritos de los Evangelios, aunque estos últimos también contienen una base para la doctrina.

Nunca dije que habría una resurrección del cuerpo físico ni del individuo revestido de ningún cuerpo de carne, sino que mis enseñanzas eran que el hombre, al morir, resucitaría en un cuerpo espiritual, y que no sería uno nuevo creado para la ocasión especial de su partida del cuerpo material, sino uno que había estado con él durante toda su vida y que había adquirido una forma individualizada cuando se convirtió por primera vez en un ser vivo. Este cuerpo espiritual es necesario para la existencia del hombre, y es la parte de él que contiene sus sentidos y la sede de sus facultades racionales.

Por supuesto, los órganos físicos son necesarios para la utilización de estos sentidos, y sin ellos no podría haber manifestaciones de dichos sentidos, que son inherentes al cuerpo espiritual. Incluso si un hombre perdiera el funcionamiento perfecto de sus órganos físicos de la vista, el poder de ver seguiría existiendo en él, aunque tal vez no fuera capaz de darse cuenta de ello; y este mismo principio se aplica al oído y a los demás sentidos.

Así, cuando el hombre pierde los órganos físicos necesarios para ver, está muerto en cuanto a la vista, tan muerto como lo está en relación con todos los demás órganos sensoriales cuando muere todo el cuerpo físico; y si fuera posible restaurar estos órganos físicos necesarios para permitirle ver u oír, podría ver y oír igual que antes de su pérdida. La restauración de estos órganos no le da, por sí misma, el poder de ver y oír, sino que simplemente permite que las facultades de la vista y el oído vuelvan a utilizar los órganos con el fin de manifestar los poderes que están en el cuerpo espiritual y forman parte de él.

Cuando todo el cuerpo físico muere, el cuerpo espiritual, en el mismo momento de la muerte, resucita [*becomes resurrected*] con todas estas facultades de las que he hablado, y a partir de entonces continúa viviendo libre y sin el lastre del cuerpo material, que, al destruirse estos órganos, ya no puede cumplir los objetivos para los que fue creado. Este muere y, a partir de entonces nunca resucita como cuerpo material, aunque sus elementos o partes no mueren, sino que entran en otras funciones nuevas, dentro de los mecanismos de las leyes de Dios, aunque nunca en la de reunirse y formar de nuevo el cuerpo que ha muerto.

Así pues, la resurrección del cuerpo, tal como yo la enseño, es la resurrección del cuerpo espiritual, no [la resurrección] de la muerte, ya que nunca muere, sino de [la resurrección con respecto a] su envoltura en la forma material que había sido visible como algo con apariencia de vida.

Hay una ley que controla la unión de los dos cuerpos y el funcionamiento de los poderes y facultades del cuerpo espiritual a través de los órganos del cuerpo físico, que limita el alcance de las operaciones de estas facultades a aquellas cosas que son totalmente materiales —o que tienen la apariencia de lo material—, y cuando digo 'material' me refiero a aquello que es más basto [*grosser*] o más denso [*compact*] que el cuerpo espiritual. Así, estas facultades de visión del cuerpo espiritual pueden, a través de los órganos del cuerpo material, ver lo que se llama fantasmas o apariciones, así como las cosas más materiales, pero nunca, de esta manera, ver cosas de espíritu puro. Y cuando se dice que los hombres o las mujeres ven clarividentemente, lo cual efectivamente hacen, eso sin embargo no significa —ni es un hecho— que vean a través de los órganos de los ojos físicos; al contrario, esta visión es puramente espiritual, y su funcionamiento es totalmente independiente de los órganos materiales.

Ahora bien, cuando este cuerpo —el material— muere, el cuerpo espiritual resucita [*becomes resurrected*], como se dice, y se libera de todas las limitaciones que le ha impuesto su encarnación en la carne, y entonces es capaz de utilizar todas sus facultades sin las limitaciones ni la ayuda de los órganos físicos, y, en lo que respecta a la vista, todo lo que hay en la naturaleza, tanto material como espiritual, se convierte en objeto de su visión; y aquello que las limitaciones de los órganos materiales le impedían ver, y que para los hombres es irreal e inexistente, se convierte en real y verdaderamente existente.

Esto, en resumen, es lo que quería decir con la resurrección del cuerpo; y a partir de esto comprenderéis que la resurrección no tendrá lugar en algún día desconocido en el futuro, sino en el mismo momento en que el cuerpo físico muere y, como dice la Biblia, en un abrir y cerrar de ojos. Esta frase de la Biblia, que se me atribuye, efectivamente la escribí y la enseñé. Esta resurrección se aplica a toda la humanidad, pues todos los que han vivido y muerto han resucitado, y todos los que vivirán y morirán en el futuro resucitarán.

Pero esta resurrección no es la “**Gran Resurrección**” sobre la que, en mis enseñanzas, declaré que se fundaba la gran verdad del cristianismo. Esta no es la resurrección de Jesús sobre la cual declaré: «sin la que nuestra fe como cristianos es vana» [[1 Corintios 15:14](#)]. Esta es la resurrección común, aplicable a toda la humanidad de todas las naciones y razas, tengan o no conocimiento de Jesús. Y muchas veces, en muchas naciones, antes de la venida de Jesús se ha demostrado que los hombres habían muerto y aparecido de nuevo como espíritus vivientes en forma de ángeles y hombres, y fueron reconocidos por los hombres mortales como espíritus que habían tenido una existencia terrenal anterior.

Por lo tanto, digo que esta es la resurrección común a todos los hombres; y la venida, muerte y resurrección de Jesús, tal como la enseñan las iglesias, no trajo la gran resurrección al conocimiento o consuelo de los hombres, y no proporcionó el verdadero fundamento sobre el que descansan la creencia y la fe cristianas verdaderas.

Muchos de los infieles, agnósticos y espiritualistas afirman y sostienen, y con razón, que la resurrección de Jesús a la que se ha hecho referencia anteriormente no era algo nuevo y no demostró a la humanidad una vida futura de forma más convincente de lo que ya había sido demostrado antes de su época por las experiencias y observaciones de los hombres y seguidores de otras sectas y credos, y [*por observaciones de hombres que no tenían o no eran*] de ninguna fe en absoluto.

La gran debilidad de la iglesia actual es que afirma y enseña como fundamento de su fe y existencia esta resurrección de Jesús tal y como se ha expuesto anteriormente; y el resultado es —como resulta evidente y dolorosamente patente para las propias iglesias— que a medida que los hombres piensan por sí mismos —y lo hacen hoy más que nunca en la historia del mundo— se niegan a creer en esta resurrección como suficiente para demostrar la superioridad de la venida, misión y enseñanzas de Jesús sobre las de otros reformadores y maestros que le precedieron en la historia mundial de las creencias y religiones. Y como resultado adicional, las iglesias están perdiendo a sus seguidores y creyentes. El cristianismo está decayendo rápidamente, y el agnosticismo está aumentando y manifestándose en forma de sociedades de libre pensamiento y secularismo, etc.

De ahí que vais a entender la necesidad de dar a conocer de nuevo a la humanidad la verdadera piedra angular del cristianismo real que el Maestro vino a enseñar y que enseñó, pero que se perdió cuando sus primeros seguidores desaparecieron de la escena de la acción y la práctica terrenales, y hombres de menor perspicacia espiritual y mayores deseos materiales —con su ambición de poder y dominio— se convirtieron en los gobernantes, guías e intérpretes de la iglesia.

Sin embargo, existe una **Resurrección** que el Maestro enseñó, y que sus apóstoles —cuando llegaron a conocerla— enseñaron, y que yo —como humilde seguidor— enseñé, que es vital para la salvación del hombre y que es el verdadero fundamento del verdadero cristianismo; y que ningún otro hombre, ángel o reformador ha enseñado antes ni ha enseñado desde entonces.

Es demasiado tarde esta noche para explicar esta Resurrección, pero volveré muy pronto e intentaré explicarla claramente a ti y al mundo.

Ahora te daré las buenas noches y que Dios te bendiga y proteja.

Tu hermano en Cristo,

Pablo

Corroboration por parte de Jesús de que San Pablo escribió sobre la resurrección (Jesús) (16 enero 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Me complace que Pablo te haya podido escribir con tanto éxito sobre dos temas que sé que te resultarán interesantes; y el tema del que Pablo escribió es muy importante para las creencias del hombre, ya que es sobre la cuestión de la resurrección que se basa la doctrina de lo que se llama cristianismo, y debo decir que ese fundamento, tal y como lo explican las iglesias ortodoxas y los comentaristas de la Biblia, es muy débil y muy vulnerable a los ataques de aquellos que no están satisfechos con la autoridad de la Biblia o con las explicaciones de sus enseñanzas tal y como ahora existen.

Pablo terminará este importantísimo mensaje, y permíteme insistirte en que hagas el esfuerzo de ponerte en las mejores condiciones para recibirla correctamente.

Bueno, no escribiré más esta noche, solo añadiré que estoy contigo con mi amor y mi influencia, y que intento ayudarte de las formas que te hemos descrito.

Con todo mi amor y mis bendiciones, te deseo buenas noches.

Tu hermano y amigo,

Jesús

La resurrección que enseñó Jesús, sin la cual nuestra fe como cristianos es en vano (San Pablo, del Nuevo Testamento) (8 febrero 1916)

Deseo continuar mi mensaje esta noche.

Como dije al concluir mi último escrito, hay una resurrección que es vital para la salvación de los hombres, que Jesús enseñó y que, tras la muerte de sus seguidores y creyentes de los primeros siglos, se perdió para el mundo y para aquellos que asumieron la enseñanza de las doctrinas de la resurrección que él vino a declarar y enseñar.

Tú y toda la humanidad debéis saber que la resurrección que es la piedra angular del cristianismo, es una resurrección de entre los muertos, y no de la mera existencia de un hombre como espíritu en el cuerpo físico en la Tierra, y no como una resurrección del alma de sus entornos y limitaciones que la vida terrenal le impuso.

Entonces, ¿qué es la resurrección a la que se refería Jesús cuando dijo: ‘Yo soy la resurrección y la vida’?

Ahora bien, para comprender esta resurrección es necesario comprender lo que se entiende por la muerte del hombre, es decir, del hombre real, el ego, esa parte de él en la que existe el aliento de la vida, sin importar si es físico o espiritual.

Como se te ha explicado en otra parte, cuando el hombre fue creado, su creación fue la del cuerpo físico, el cuerpo espiritual y el alma, y además —y esta adición era la parte más importante de su creación—, de la potencialidad de llegar a aunarse tanto con el Padre en Su naturaleza y en algunos de Sus atributos, que él, el hombre, llegaría a poseer parte de la Esencia Divina del Padre y una porción de Su divinidad que le haría inmortal, de modo que la muerte nunca pudiera privarle de su existencia; y no solo eso, sino que alcanzaría la conciencia de su inmortalidad.

Esta potencialidad era entonces parte de su creación y, como hemos explicado en otra parte, la única parte de su creación que murió como resultado de su desobediencia; pues es muy evidente, por el mero conocimiento que el hombre tiene —o puede tener— a partir de la investigación ordinaria de las cualidades de su ser, y de las verdades de la investigación psíquica de los días modernos, así como de la comprensión de los muchos casos relatados en la Biblia sobre la aparición de espíritus difuntos en la tierra y las manifestaciones de su existencia, y también de los muchos casos de apariciones de espíritus que se relatan en lo que se llama historia secular, que el alma y el cuerpo espiritual del hombre nunca murieron, y que su cuerpo físico vivió durante muchos años después del día en que la sentencia, debido a su desobediencia, anunció que debía morir. Y como he dicho, este cuerpo mortal no es el hombre, sino simplemente la vestimenta que cubre al hombre real.

Esta potencialidad es, pues, la única parte del hombre creado que murió, y como la misión de Jesús era enseñar la resurrección del hombre de entre los muertos, se deduce necesariamente que lo único que se pretendía resucitar era esta potencialidad de convertirse en parte de la Divinidad de Dios. Esta es la única resurrección real y verdadera, y sobre esta resurrección debe descansar la fe y la verdad del cristianismo, y por cristianismo me refiero a la religión basada en las verdaderas enseñanzas de Jesús, el Cristo.

Hay algunas cosas contenidas en la Biblia que, si se entienden correctamente, mostrarían al hombre que Jesús no vino a la tierra para declarar y enseñar la resurrección del cuerpo.

Cuando dijo: ‘Yo soy la resurrección y la vida’, no dijo ni quiso decir: “Esperad hasta que muera y entonces me convertiré en la resurrección”; ni “Cuando me veáis ascender al cielo, entonces me convertiré en la resurrección y lo sabréis”; sino que sus declaraciones, y no sólo en el caso mencionado sino en todo momento, eran que él era la resurrección mientras vivía. Y estas declaraciones no se referían al hombre Jesús, ni a ninguna disposición que pudiera tomar con respecto a su cuerpo, ya fuera físico o espiritual, ni a ninguna ascensión aparente de su cuerpo físico —que nunca tuvo lugar—, ni a ninguna ascensión de su cuerpo espiritual, que sí ocurrió. En estos aspectos, él no era esencialmente más grande que otros hombres ni diferente de otros hombres que hayan muerto o vayan a morir.

Pero el significado de sus palabras y su misión era que, debido a la desobediencia del hombre, se había perdido la posibilidad de que éste se uniera al Padre y participara de su naturaleza divina, y como esa posibilidad nunca se había restaurado al hombre en todos los años transcurridos, y el hombre había permanecido en esta condición de muerte durante todos los largos siglos, si el hombre creyera en él como el verdadero Cristo, y en sus enseñanzas sobre la restitución de este gran privilegio de volver a ser uno con el Padre y obtener la inmortalidad, y si siguiera su consejo sobre la manera en que el hombre podría comprender y llevar a su realización los beneficios de este gran privilegio, entonces se daría cuenta de que Jesús era la resurrección de entre los muertos. Y no Jesús, el hombre o el maestro o el elegido y ungido del Padre, sino Jesús como la personificación de las verdades que proclamó sobre la restitución del gran don. Solo de esta manera Jesús era la resurrección y la vida.

Él mismo había recibido el gran don y había constatado y llevado a cabo su condición de expiación [*at-onement*], la conciencia de su inmortalidad y la posesión de la naturaleza divina, y sabía que había sido elevado de la muerte a la vida y, por lo tanto, si los hombres creyeran en sus enseñanzas sobre la resurrección, estas enseñanzas —y no el hombre Jesús, ni siquiera el hecho de que hubiera resucitado—atraerían a todos los hombres hacia él, es decir, hacia la condición de vida y conciencia que él poseía.

Entonces, la resurrección que Jesús prometió al hombre era la resurrección de esta gran potencialidad que había perdido en el momento de la primera desobediencia y que nunca había sido restaurada hasta la llegada de Jesús.

Ahora bien, no se malinterprete lo que se entendía por esta resurrección. Como he dicho, después de que los hombres fueron privados de esta potencialidad, se encontraban en una condición de muerte y no les era posible salir de ella. Solo poseían lo que se llama su amor natural, sin ninguna posibilidad de obtener el Amor Divino, que era necesario para darles alguna parte de la naturaleza divina y una conciencia de inmortalidad. Cuando se les devolvió la gran potencialidad, que para ellos era como si nunca hubiera existido, los hombres volvieron a situarse en la posición del primer hombre antes de su caída, y ya no estaban realmente muertos, sino que poseían esta potencialidad para convertirse en aquello que habían perdido [*forfeited*] los primeros padres.

Pero, como os hemos dicho, el don de esta potencialidad no era en sí mismo la concesión al hombre de aquellas cualidades que dicha potencialidad simplemente les permitía adquirir mediante la aspiración y el esfuerzo. Antes de esta concesión, por muchas aspiraciones o esfuerzos que hicieran, los hombres no podían obtener las condiciones y cualidades que esto hizo posibles, sin importar lo grande que fuera el esfuerzo; en cuanto a ellos, los hombres eran tales que estaban simple y absolutamente muertos. Después de la restitución, se eliminó la imposibilidad que esta muerte había

impuesto, y entonces los hombres recibieron, no el pleno disfrute de lo que era posible obtener gracias a dicha restitución, sino el privilegio de resucitar de la muerte a la vida, de resucitar de la muerte a las glorias de la vida inmortal.

Y aunque este privilegio se había convertido en parte de la posesión del hombre, si hubiera permanecido sin conciencia de ese hecho, habría permanecido, en efecto, en su condición de muerte y nunca habría recibido el beneficio de la restitución del gran don. Así que para revelar al hombre la verdad vital, Jesús enseñó y demostró, en su propia vida, la posesión de aquellas cualidades que se convirtieron en suyas debido a la existencia del don.

Y también enseñó que, aunque los hombres tenían el privilegio mencionado, a menos que buscaran y oraran al Padre con sinceridad por el don de su Amor Divino, la potencialidad que se les había concedido no les traería la resurrección de entre los muertos, y continuarían sus vidas como mortales y como habitantes del mundo espiritual, como si aún estuvieran bajo la condena de la muerte.

Puedo afirmar aquí que esta potencialidad, que se perdió por la desobediencia de los primeros padres y fue otorgada de nuevo por el Padre y revelada por Jesús a la humanidad, era el privilegio de recibir y poseer el Amor Divino del Padre, que, cuando se poseía, daba al hombre ciertas cualidades de divinidad e inmortalidad.

Así pues, la resurrección de entre los muertos que enseñó el maestro y que es el único fundamento de la fe cristiana, surge del hecho de que Dios volvió a otorgar a la humanidad el privilegio de buscar y recibir Su Amor Divino, que haría al mortal uno con Él e inmortal; y del hecho adicional de que el hombre, para obtener la resurrección, debe buscar y encontrar este Amor Divino y, de ese modo, convertirse en un hijo de la verdadera resurrección, una resurrección que nunca conocieron los profetas, los videntes, los reformadores ni los maestros de la fe, por excelentes que fueran sus enseñanzas morales y sus vidas privadas, antes de la llegada de Jesús.

Verdaderamente Él era la Resurrección y la Vida, y yo, Pablo, que soy el receptor y beneficiado [recipient] de esta resurrección, sé de lo que hablo, y tengo conocimiento del hecho de que aquellos habitantes del mundo espiritual que nunca han recibido esta resurrección siguen en una condición de muerte en lo que respecta a obtener el Amor Divino del Padre y la conciencia de la inmortalidad, y por eso os declaro que lo que he intentado describir como la resurrección de entre los muertos, es la **Verdadera Resurrección**.

Voy a detenerme, ya que he escrito mucho tiempo.
Así que, mi querido hermano, te deseo buenas noches.
Tu hermano en Cristo,
Pablo

Por qué es necesario que el hombre posea el amor divino de Dios para poder unirse al Padre y convertirse en habitante del Reino Celestial (Jesús) (27 junio 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Esta noche deseo escribirte sobre un tema que es de interés para toda la humanidad, y espero que podamos comunicarnos y que recibas el mensaje.

Deseo escribir acerca de por qué es necesario que el hombre posea el amor de Dios —me refiero al Amor Divino— para poder unirse al Padre y convertirse en habitante del Reino Celestial.

Ya te he escrito lo que es este Amor Divino en contraposición al amor natural, y cómo es necesario para salvar a los hombres de sus pecados y puedan convertirse en habitantes del Reino Celestial, y que nada más que este Amor hará que un hombre se una al Padre, y que ninguna mera ceremonia o creencia en mí como salvador de los hombres logrará ese fin; y ahora trataré de mostrarte por qué es necesario este Amor Divino, o, como dirían vuestros eruditos, mostrarte la filosofía de la transformación del mero hombre en ángel divino —en que se convierte todo hombre que recibe este Amor en su alma—.

En primer lugar, como se te ha informado, el hombre es una creación especial de Dios, y no es mayor que las partes que componen su creación tal como son en sus cualidades individuales y agregadas, y estas partes son simplemente lo que Dios, en su acto de creación, diseñó que fueran.

No debe suponerse que estas partes ni cualquiera de ellas sean parte de Dios, ni que sean de Su esencia o cualidades, pues no lo son, y están tan separadas y son tan distintas de Él y de Sus cualidades como sucede con las creaciones inferiores de Su voluntad —tales como los animales, los vegetales y las sustancias minerales—. La única diferencia consiste en que el hombre es de un orden de creación mucho más elevado y, en un aspecto concreto, está hecho a imagen de Dios, y ninguna otra de Sus criaturas tiene esta imagen en su creación. Mas, sin embargo, el hombre no forma parte de Dios, sino que es una creación meramente distinta, y en su estado mejor y más puro es sencillamente un hombre, que simplemente tiene aquellas cualidades que en él fueron creadas en el momento de llegar a su existencia.

Hay ciertas cualidades que el hombre posee, como el amor, la sabiduría y las facultades de razonamiento, de las que puede decirse que se asemejan a los atributos divinos, y efectivamente, así es. Mas, sin embargo, no forman parte de la esencia ni de las cualidades de Dios, y cuando los hombres afirman que el hombre es divino o que tiene en sí mismo la naturaleza divina, o incluso que tiene una parte de la Esencia Divina, se equivocan, pues las cualidades que parecen tener esta semejanza divina son meramente aquellas que fueron creadas con el propósito de hacer al ser humano un hombre perfecto.

Y debido a esta concepción del hombre en cuanto a sus cualidades inherentes, tiene la oportunidad —que realmente podrá perder y perderá— de poseer la naturaleza o Esencia del Padre que podría obtener si siguiera el único método adecuado que Dios le ha proporcionado para aunarse con Él [*be at one with Him*].

El universo del hombre puede seguir existiendo, y seguirá existiendo, incluso aunque el hombre nunca llegue a participar de esta naturaleza divina del Padre; y el hombre vivirá y disfrutará de la felicidad que le fue concedida en el momento de su creación, y no perderá tal condición perfecta de dicha creación después de haberse separado del pecado y del error, que son sus propias criaturas. Pero no será nada más que el hombre perfecto, y en el tiempo venidero no será nada menos, y, sin embargo, mientras exista, siempre permanecerá distinto de la naturaleza y la Esencia del Padre, tal como era en el momento de su creación, a menos que obtenga dicha naturaleza y Esencia divinas del Padre de la manera que he mencionado.

La mayor dotación [*endowment*] del hombre, ya sea en el alma, el corazón o el intelecto, es simplemente aquello que le pertenece como parte de su creación, y no es ni siquiera la más mínima parte de la naturaleza y las cualidades divinas del Padre. Ninguna parte o porción de la divinidad

entra en la creación del hombre, por muy divinamente constituido que parezca estar, o por muy semejante a Dios que pueda parecer en la grandeza de su intelecto o en el alcance de su naturaleza amorosa.

Así pues, el hombre es tan distinto de Dios y de su divinidad como el animal —la bestia— lo es respecto al hombre, y así debe permanecer para siempre a menos que siga el único camino que el Padre le ha prescrito para obtener una porción de esta divinidad.

Ahora bien, todo esto demuestra que el hombre, por mucho que desarrolle su intelecto o por mucho que desarrolle su naturaleza moral y amorosa, no puede llegar a ser más que el mero hombre que era al principio, perfecto en todos los aspectos —ya que al principio lo era, en todos los aspectos— y, como he dicho antes, Dios nunca comete un error en cuanto a la perfección de Sus criaturas, aunque en el caso del hombre pueda parecer que sí lo cometió al darle el gran poder del libre albedrío, cuyo ejercicio erróneo [*wrongful*] ha provocado la aparición del pecado y del mal en la expresión de la conciencia del hombre [*in the word of man's consciousness.*].

Y el hombre fue creado finito, y su capacidad para ejercer todas y cada una de sus cualidades tiene un límite más allá del cual no puede llegar. Su intelecto está restringido por límites tan determinados como la ley de Dios que lo controla, y que controla también su capacidad para amar y disfrutar de su felicidad; y aunque pueda vivir por toda la eternidad —ya sea como hombre o como espíritu—, no podrá extender ni traspasar los límites de su creación. No puede entrar en el Ámbito [*Realm*] Divino, donde no existen limitaciones, ni tener la capacidad de recibir conocimiento, sabiduría y amor, ni la progresión que es proporcional [*commensurate*] al manantial mismo, que es Dios.

Entonces, siendo así la naturaleza, la limitación y la capacidad del hombre, es evidente que, en virtud de su creación y de las cualidades que posee, nunca podrá participar de la naturaleza y la Esencia de Dios a menos que reciba algo además de estas cualidades —algo que habrá de recibir desde fuera—. No basta con decir que dentro de él existe, como parte inherente de él, aquello que, cuando se desarrolle, lo convertirá en un ser de naturaleza divina y en parte de la esencia del Padre, pues esto no es cierto. No hay nada en el hombre de esta naturaleza, y es imposible producir una Esencia Divina a menos que haya algo a partir de lo cual pueda ser producida, que en algún grado tenga la naturaleza de esa Esencia. Sería equivalente a producir algo de la nada, lo que ni siquiera Dios intenta hacer.

Entonces, como el hombre está así limitado, todo lo que fluye a partir de las cualidades y atributos que posee es necesariamente limitado. El disfrute de su intelecto, los placeres de su amor, la satisfacción de sus facultades de razonamiento y, en suma, su capacidad para la felicidad, tienen sus límites y, además, la conciencia de la inmortalidad nunca puede ser suya —ni como espíritu ni como mortal— aunque se esfuerce por ello.

Cuando el hombre asume la Naturaleza Divina y se absorbe en la Esencia del Padre, entonces se vuelve como el Padre, y cualquiera que haya sido su imagen ante el Padre cuando era un simple hombre, ahora se convierte en la Sustancia real, y entonces son eliminadas las limitaciones de las posibilidades, el amor no ve fin y el desarrollo intelectual no tiene límites, la felicidad no tiene limitaciones, la Inmortalidad se convierte en algo conocido, y el alma en una nueva criatura que tiene la esencia divina del Padre; y hasta que esta nueva creación no haya tenido lugar y la transformación se convierta en realidad y el alma se aúne con el Padre,

el hombre no puede entrar en el Reino de los Cielos —momento en que ya no es un hombre, sino un ángel—.

Ahora bien, como te he escrito antes, todo esto solo puede lograrse mediante la operación del **Nuevo Nacimiento**, es decir, la afluencia en el alma del hombre del Amor Divino del Padre. Este Amor contiene la Esencia de la divinidad de Dios, y cuando el hombre lo obtiene, es entonces de la misma Esencia que el Padre, y por primera vez se convierte en parte de lo Divino y apto para habitar los Ámbitos Celestiales. El hombre no puede participar de ninguna otra manera de esta naturaleza, y no se necesita mucho razonamiento para demostrar la verdad lógica de esta afirmación, ya que el hombre, en sus asuntos terrenales y en sus experimentos materiales para producir compuestos a partir de elementos, aplica el mismo principio que afirme en mi declaración: ‘La masa no puede leudar a menos que se le añada levadura’.

Como ves, sin que este Amor Divino entre en el alma será imposible que el hombre natural se convierta en ángel divino. Las creencias, los credos, las doctrinas y los sacrificios no pueden lograr esta transformación, y aunque las creencias sean indudables, los credos y las doctrinas satisfactorios, y los sacrificios interminables, todo ello será inútil a la hora de cambiar el alma del simple hombre en el alma del ángel divino, y todo esto, en parte, es la razón por la que el hombre debe buscar obtener el Amor Divino y convertirse en habitante de las Esferas Celestiales.

He escrito lo suficiente por esta noche y me complace la forma en que lo has recibido.

Así, con todo mi amor y mis bendiciones, soy

tu hermano y amigo,

Jesús

La importancia de conocer el camino al Reino Celestial - Muchas afirmaciones de la Biblia son falsas (Jesús) (18 octubre 1919)

Estoy aquí, Jesús.

Déjame escribir unas líneas, pues debo contarte una verdad importante que los hombres deben conocer para alcanzar el Reino Celestial, y a la hora de conocer el plan de salvación.

Sé que la Biblia contiene muchas citas atribuidas a mí en referencia a este plan, y muchos de mis supuestos dichos son creídos por aquellos que se dicen cristianos, pero no son ciertos, pues nunca los dije y son contrarios a lo que recibí del Padre en cuanto al verdadero plan de redención del pecado para los hombres, y en cuanto al único camino por el cual pueden obtener la verdadera unidad [*at-onement*] con el Padre y el conocimiento de su propia inmortalidad.

Muchas de estas palabras fueron escritas por hombres que no conocían el único camino hacia la unidad con el Padre, y fueron el resultado de las enseñanzas de los manuscritos que existían entonces y que fueron recibidos por los judíos como revelaciones de Moisés y de muchos de los profetas que no tenían conocimiento del Amor Divino ni de su reentrega a la humanidad. Estos hombres me hicieron decir aquellas cosas que se ajustaban a las ideas que tenían acerca de lo que era necesario para la salvación o para la posibilidad de llegar a ser uno conmigo y con el Padre, y al poner en escrito sus ideas confundieron la verdad con lo que suponían que era la verdad contenida en el Antiguo Testamento; y se ha hecho mucho daño al atribuirme muchas de estas palabras, debido a la supuesta autoridad que se les atribuía por ello.

Mis discípulos nunca enseñaron, ni comprendieron, que su salvación, ni la de cualquier hombre, dependiera de la fe en mí como hijo de Dios, ni que yo, el simple Jesús, tuviera en mí alguna virtud para perdonar los pecados y para asegurar la entrada en el verdadero Reino de Dios, ni que yo, como hombre, Jesús, fuera hijo de Dios en el sentido que enseña la Biblia. Sabían que el Padre me había revelado la verdad y que yo tenía en mí ese Amor que en gran medida me hacía semejante al Padre y uno con Él. Que mis enseñanzas sobre la reentrega del Amor Divino eran ciertas, y que cuando ellos o cualquier hombre poseyeran este Amor, en la medida en que lo poseyeran, se convertirían en uno con el Padre, y también conmigo, que lo poseía en mayor grado que cualquier hombre. Yo digo que ellos sabían esto y lo enseñaban al pueblo tal como yo se lo había enseñado a ellos; pero cuando los compiladores del actual Nuevo Testamento llegaron a declarar mis dichos y enseñanzas, no conocían este Amor y, por lo tanto, no podían entender lo que significaban muchas de mis verdaderas expresiones, y, en lo que respecta a mis dichos reales, les dieron una interpretación que se ajustara a su conocimiento.

No, no se me cita correctamente en muchas de estas palabras, y puedo decir que en la gran mayoría de ellas, pues cuando se escribieron tal como ahora figuran en el Nuevo Testamento, los hombres habían perdido el conocimiento de su verdadero significado y, basándose en sus propias mentes, registraron lo que pensaban que sería lo que yo había dicho realmente.

No veo cómo se pueden corregir estas palabras falsas, excepto tomando cada una de ellas y mostrando su falsedad por su incompatibilidad con lo que ahora digo. Esto llevaría demasiado tiempo y consumiría mucha energía que podría emplearse mejor en declarar cuál es la verdad real. **Mas diré esto: que siempre que estas citas den a entender que yo afirmo ser Dios, o que puedo perdonar o he perdonado los pecados de los hombres, o que todo lo que se pida al Padre en mi nombre será recibido, son todas falsas y han desviado enormemente al verdadero buscador del conocimiento de la Inmortalidad.**

Mis discípulos estaban cerca de mí y comprendían mejor mis palabras que todos los demás, y sin embargo no comprendían toda la verdad, y abandonaron la vida mortal con muchas expectativas que no se cumplieron y que, por su propia naturaleza, no podían cumplirse. En ciertos aspectos no esenciales, sus creencias y expectativas estaban influenciadas por su formación en las enseñanzas de los manuscritos del Antiguo Testamento, y en gran medida, cuando murieron eran judíos en sus creencias. Comprendían las cosas vitales que determinaban su relación con Dios y su existencia en el mundo futuro, pero en cuanto a muchos de los aspectos no esenciales, conservaban la fe de sus padres y no eran capaces de recibir toda la verdad que yo les podría haber enseñado.

No debo detenerme a corregir estas supuestas palabras mías, sino que debo ocupar mi tiempo y el vuestro en declarar y revelar la Verdad tal y como existe ahora y existía entonces, para que vosotros y el mundo sepáis que, dondequiera y cuandoquiera que estas palabras mías de la Biblia entren en conflicto con lo que os he escrito y os escribiré, son falsas y nunca fueron pronunciadas por mí. Así, de esta manera general, dejaré claro a los hombres que no se debe confiar en la Biblia en todos sus detalles ni creer que contiene la Verdad o mis declaraciones de la Verdad.

Pronto vendré y escribiré un mensaje sobre una verdad vital, y espero que estés en condiciones de recibirla. Ahora te daré las buenas noches y que Dios bendiga tus esfuerzos y te mantenga a salvo bajo Su cuidado.

Tu hermano y amigo,
Jesús

Continuación del mensaje anterior (Jesús) (11 enero 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Continuaré mi discurso de anoche.

Decía que los judíos y los maestros de la iglesia que fue establecida —o más bien, controlada— tras la muerte de mis seguidores, y aquellos que comprendían las verdaderas enseñanzas de mis discípulos, enseñaban que la conducta de los hombres hacia sus semejantes y la observancia de ciertas ceremonias y fiestas eran las cosas importantes que los hombres debían aprender y practicar para alcanzar la salvación, en lugar de las verdades que hacían al hombre hijo del Padre y uno con Él a través del mecanismo del Nuevo Nacimiento.

Por supuesto, antes de mi llegada, los judíos no podían haber enseñado la verdad del Nuevo Nacimiento, porque no se había hecho el Gran Don de la reentrega del Amor Divino, y no era posible que los judíos conocieran esa Gran Verdad necesaria para la Inmortalidad y para la posibilidad de que el hombre participe del Amor Divino de Dios, y, por lo tanto, no podían enseñarla; y sus enseñanzas se limitaban y confinaban a las cosas que los harían más puros en su amor natural y en la relación de ese amor con el Padre.

Dios, en ese momento, aunque nunca les concedió el privilegio de unirse a Él en el Amor Divino, ni siquiera de convertirse en seres con el carácter y las cualidades espirituales de Adán y Eva —comúnmente considerados nuestros primeros padres—, sí les exigió obediencia a Sus leyes, lo cual desarrollaría en ellos su amor natural hasta tal punto que lo volvería en armonía con Sus leyes, que controlaban y gobernaban su amor natural.

Si estudiarais los diez mandamientos veríais que éstos tratan solamente del amor natural, y que su observancia tendería a hacer a los hombres mejores en ese amor natural, en su conducta entre ellos y en su relación con Dios, en la medida en que ese amor los llevara a la comunión con Él. Este amor natural, como he dicho, era poseído por los hombres tal como lo poseían los primeros padres, y nunca les fue quitado, y en su pureza estaba en perfecta armonía con la creación de Dios y el funcionamiento de Su universo; pero a pesar de estas grandes cualidades, los hombres eran meros hombres y no tenían en ellos ninguna parte de la divinidad del Padre. Y siendo así, los judíos, aunque se suponía que estaban más en contacto con Dios a través de los profetas y videntes que cualquier otra raza o secta de los hijos de Dios, nunca esperaron un Mesías que viniera con un poder diferente o mayor que el que les permitiría convertirse en la gran nación gobernante de la tierra, a la que todos los demás pueblos serían subordinados y sometidos, y sin que pudieran volver a conquistar o someter a su nación a la esclavitud.

En cierto modo, este Mesías debía ser una especie de ser sobrenatural, con un poder que ningún otro hombre había tenido jamás, y una especie de dios al que adorar y servir en sus vidas terrenales.

Muchos de los judíos —a pesar de lo que se pueda decir para rebatirlo—, así como las enseñanzas de los profetas, creían en otros dioses distintos al que declaró Moisés, como se evidencia en sus historias, tanto sagradas como seculares, ya que cada vez que su Dios, —es decir el de Moisés— no los trataba como ellos creían que debía hacerlo, creaban y adoraban a otros dioses, incluso al

becerro de oro. Por eso digo que nunca esperaron un Mesías que no fuera el gobernante más poderoso de la tierra.

Sus ideas y creencias sobre la vida después de la muerte eran muy confusas, e incluso aquellos conocidos como fariseos, que creían en una especie de resurrección, nunca concibieron que, al abandonar la vida mortal, serían diferentes en sus cualidades y caracteres de lo que eran como mortales, excepto por los cuerpos físicos¹, y por la gran felicidad que les llegaría como tales mortales, cambiados en su apariencia.

Esta era la idea del pueblo llano y también de los sacerdotes y escribas; y a pesar de los muchos salmos hermosos y espirituales atribuidos a David, la felicidad o gloria que podían esperar era solamente la que les llegaría como mortales espiritualizados que solo tenían el amor natural.

Así pues, como veis, el **Gran Don** del Padre, que es la reentrega del Amor Divino, no era conocido, y ni siquiera era soñado por los judíos, ni concebido ni enseñado por sus escribas —ni siquiera por sus grandes profetas o legisladores, como Moisés, Elías y otros—.

Su concepción de Dios era la de un ser personal exaltado, todopoderoso y omnisciente, a quien podrían ver cara a cara, como a cualquier rey o gobernante, cuando llegaran a los cielos que él había preparado para ellos y donde tenía su morada.

Aplazaré la redacción hasta más adelante.

Jesús

Discurso en continuación del mensaje anterior (Jesús) (12 enero 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Continuaré mi discurso.

Como decía, el objetivo principal de mi misión en la tierra era enseñar la reentrega del Amor Divino al hombre y la forma de obtenerlo; y el objetivo secundario era enseñar a los hombres aquellas verdades morales que les harían mejores en su conducta hacia sus semejantes y más puros en su amor natural.

Y así, en mis enseñanzas de estas verdades morales, el efecto de estas enseñanzas fue acercar más al hombre a la armonía con las leyes del Padre que controlan las operaciones del amor natural. En ningún momento pretendí que los hombres entendieran que estas verdades morales les llevarían a la unión con el Padre en el sentido divino, ni que la posesión de este amor natural en su estado más puro permitiría al hombre participar de la naturaleza divina de Dios o habitar en Su Reino.

Pero, como he dicho, aparentemente el único objetivo que tenían que cumplir los compiladores y escritores de la Biblia era el de persuadir a los hombres de que la observancia de estas enseñanzas morales en su conducta era todo lo que se necesitaba para permitirles entrar en el Reino de los Cielos.

Sé que se dice que el amor, la limosna y las buenas obras contribuirán a la salvación del hombre y le permitirán unirse al Padre y disfrutar de la presencia de Dios en los altos cielos, pero esto no es cierto.

¹ Los fariseos creían en la revivificación o "resurgimiento" ("revival") de los muertos, y que los justos recibirían un cuerpo incorruptible, eterno. Ver: en.wikipedia.org/wiki/Universal_resurrection (apartado: *Rabbinic_and_Samaritan_Judaism*) - [ref.](#)

Las buenas obras que los hombres realizan para ayudar a sus semejantes perdurarán después de ellos, y sin duda contribuirán a que el hombre alcance la perfección en su amor natural, pero no lo llevarán a la condición de aunarse con el Padre en el Amor Superior, tan necesario para su salvación plena.

Mis mensajes para vosotros, aunque no van a quitar ni un punto ni una tilde de las enseñanzas morales, no obstante mostraran al hombre la necesidad y la manera de obtener una reconciliación [*reconciliation*] plena con el Padre y un hogar en las Esferas Celestiales.

Volveré y escribiré sobre un tema que es importante para ti, y que los hombres deben comprender. Así que, con todo mi amor, te doy las buenas noches.

Tu hermano y amigo,
Jesús

7. El alma

El alma: lo que es y lo que no es (Jesús) (2 marzo 1917)

Estoy aquí, Jesús.

Esta noche vengo a escribir mi mensaje sobre el alma, y lo haré, si podemos establecer la vinculación necesaria.

Bueno, el tema es de gran importancia y difícil de explicar, ya que no hay nada en la tierra conocido por el hombre con lo que se pueda comparar y, por lo general, los hombres no pueden comprender la verdad o la naturaleza de las cosas, excepto mediante la comparación con lo que ya saben que existe y con cuyas cualidades y características están familiarizados. No hay nada en el mundo material que sirva de base para comparar con el alma y, por lo tanto, es difícil para los hombres comprender la naturaleza y las cualidades del alma mediante meras percepciones intelectuales y la razón; y para comprender la naturaleza de esta gran creación —el alma— los hombres deben tener cierto desarrollo espiritual y poseer lo que se conoce como percepciones del alma. Solo el alma puede comprender al alma, y el alma que busca comprender su propia naturaleza debe ser un alma viva, con sus facultades desarrolladas al menos en pequeña medida.

En primer lugar, diré que el alma humana necesariamente ha de ser una criatura de Dios, y no una emanación de Él en cuanto que parte de Su alma: y cuando los hombres hablan y enseñan que el alma humana es parte del Alma Suprema [*Over-Soul*], enseñan lo que no es cierto. Esta alma es simplemente una criatura del Padre —al igual que las otras partes del hombre, como el intelecto, el cuerpo espiritual y el cuerpo material—, y que antes de su creación no existía. No ha existido desde el principio de la eternidad, si es que se puede imaginar que la eternidad tuvo un principio. Quiero decir que hubo un tiempo en que el alma humana no existía; y si alguna vez va a llegar un momento en que alguna alma humana dejará de existir, no lo sé, ni lo sabe ningún espíritu; solo Dios conoce ese hecho. **Pero lo que sí sé es que, cuando el alma humana participa de la Esencia del Padre y, por lo tanto, se vuelve Divina y poseedora de Su Sustancia de Amor, esa alma se da cuenta con certeza de que es Inmortal y que nunca más podrá volver a ser menos que Inmortal. Como Dios es inmortal, el alma que se ha transformado en la Sustancia del Padre se vuelve inmortal, y nunca más se le podrá pronunciar el decreto ‘morirás’.**

Como dije, hubo un período en la eternidad en el que el alma humana no existía y fue creada por el Padre, y en el que fue hecha la más elevada y perfecta de todas las creaciones de Dios, hasta tal punto que fue hecha a Su imagen: la única de todas Sus creaciones que fue hecha a Su imagen, y la única parte del hombre que fue hecha a Su imagen, pues el alma es el hombre, y todos sus atributos y cualidades —como su intelecto, su cuerpo espiritual y su cuerpo material, y sus apetitos y pasiones— son meros apéndices o medios de manifestación dados a esa alma para ser sus compañeros mientras pasa por su existencia en la tierra y, también, de manera cualificada, mientras vive en la eternidad; es decir, algunos de los apéndices acompañarán al alma en su existencia en el mundo espiritual, ya sea que dicha existencia sea para toda la eternidad o no.

Pero esta alma, por grande y maravillosa que sea, fue creada a mera imagen y semejanza de Dios, y no en o de Su Sustancia o Esencia —lo Divino del universo— y ella, el alma, puede dejar de existir sin que ninguna parte de la naturaleza o sustancia divina del Padre se vea disminuida o afectada de ninguna manera; y por lo tanto, cuando los hombres enseñan o creen que el hombre, o el alma del hombre, es divina, o tiene alguna de las cualidades o Sustancia de lo divino, tal enseñanza y creencia es errónea, pues el hombre es solo y meramente el hombre creado, la mera semejanza, pero no parte del Padre ni de su sustancia y cualidades.

Si bien el alma del hombre es del orden más elevado de la creación, y sus atributos y cualidades se corresponden con ello, sin embargo, no es más divina en sus componentes esenciales que los objetos inferiores de la creación, ya que cada uno de ellos es una creación, y no una emanación, de su Creador.

Es cierto que el alma del hombre es de un orden superior de la creación a cualquier otra cosa creada, y es la única criatura hecha a imagen de Dios, y fue hecha el hombre perfecto, pero el hombre —el alma— nunca puede convertirse en algo diferente o más grande que el hombre perfecto, a menos que reciba y posea la Esencia Divina y las cualidades del Padre, que no poseía en su creación; aunque, como regalo maravilloso, con su creación, Dios le concedió el privilegio de recibir esta Gran Sustancia de la naturaleza Divina, para de ese modo convertirse él mismo en Divino. El hombre perfectamente creado podría convertirse en el Ángel Divino, si él, el hombre, así lo quisiera y obedeciera los mandamientos del Padre y siguiera el camino proporcionado por el Padre para obtener y poseer esa Divinidad.

Como ya he dicho, las almas, las almas humanas, para cuya morada Dios proporcionó cuerpos materiales a fin de que pudieran vivir vidas mortales, fueron creadas al igual que, posteriormente, se crearon estos cuerpos materiales; y esta creación del alma tuvo lugar mucho antes de la aparición del hombre en la Tierra como mortal, y el alma, antes de dicha aparición, existía en el mundo espiritual como una entidad consciente [*conscious*] sustancial, aunque sin forma visible y, podría decirse, sin individualidad; pero, sin embargo, tenía una personalidad distinta, de modo que era diferente y distinta de todas las demás almas.

Su existencia y presencia podían ser percibidas por todas las demás almas que entraban en contacto con ella, y sin embargo, para la visión espiritual de las otras almas no era visible. Y así es como es ahora. El mundo espiritual está lleno de estas almas no encarnadas, esperando el momento de su encarnación, y nosotros, los espíritus, conocemos y sentimos su presencia, pero con nuestros ojos espirituales no podemos verlas, y si no se convierten en moradores de la forma humana y del cuerpo espiritual que habita esa forma, no podemos ver el alma individual.

Y el hecho que acabo de exponer ilustra, o en cierto modo describe al Ser en cuya imagen se crearon estas almas. Conocemos y podemos sentir la existencia y la presencia del Padre, y sin embargo, ni siquiera con nuestros ojos espirituales podemos verlo; y solo cuando nuestra alma se ha desarrollado gracias a la Esencia Divina de Su amor, podemos percibirlo con nuestra percepción espiritual, porque no tenéis palabras en vuestro lenguaje para transmitir su significado, ni nada en la naturaleza creada, de lo que tengáis conocimiento, con lo que se pueda comparar. Pero es una verdad; porque la visión de la percepción del alma para quien la posee es tan real, y por así decirlo tan objetiva como lo es la visión de la vista mortal para el mortal.

Al considerar este asunto de la creación del alma, se puede preguntar: “¿Todas las almas que se han encarnado, o que están esperando encarnarse, fueron creadas al mismo tiempo, o esa creación sigue en curso?”. Sé que el mundo espiritual contiene muchas almas, como las que he descrito, que esperan sus hogares temporales y la asunción de la individualidad en forma humana, pero en cuanto a si esa creación ha terminado y si en algún momento cesará la reproducción de los hombres para encarnar a estas almas, no lo sé, y el Padre nunca me lo ha revelado a mí ni a los demás ángeles que son cercanos a Él en Su Divinidad y Sustancia.

El Padre no me ha revelado todas las verdades y el funcionamiento y los objetivos de Sus leyes creativas, ni me ha dado todo el poder, la sabiduría y la omnisciencia, tal como algunos pueden verse justificados en creer, debido a ciertas afirmaciones de la Biblia. Soy un espíritu en progreso y, al igual que crecí en amor, conocimiento y sabiduría cuando estaba en la Tierra, sigo creciendo en estas cualidades, y el amor y la misericordia del Padre me llegan con la seguridad de que nunca, en toda la eternidad, dejaré de progresar hacia la fuente misma de estos atributos de Él, el único Dios, el Todo en Todo [*All in All*].

Como decía, el alma del hombre es el hombre antes de la existencia mortal, mientras está en ella, y siempre después en el mundo espiritual, y todas las demás partes del hombre —como la mente, el cuerpo y el espíritu— son meros atributos que pueden separarse de él a medida que el alma progresá en su desarrollo hacia su destino de hombre perfecto o ángel divino, y en esta última progresión, los hombres pueden no saberlo, pero es una verdad, que la mente —es decir, la mente tal como la conoce la humanidad— se vuelve, por así decirlo, inexistente; y esta mente —como algunos dicen, la mente carnal— es desplazada y sustituida por la mente del alma transformada, que es en sustancia y calidad, hasta cierto punto, la mente de la Deidad [*Deity*] misma.

Muchos teólogos, filósofos y metafísicos creen y enseñan que el alma, el espíritu y la mente son sustancialmente una misma cosa, y que cualquiera de ellos puede considerarse el hombre, el ego, y que en el mundo espiritual una u otra de estas entidades es la que persiste y determina en su desarrollo o falta de desarrollo la condición o el estado del hombre después de la muerte. Pero esta concepción de estas partes del hombre es errónea, ya que cada una de ellas tiene una existencia y un funcionamiento distintos y separados, ya sea el hombre un mortal o un espíritu.

La mente, en sus cualidades y operaciones, es muy bien conocida por el hombre, debido a sus variadas manifestaciones, y por ser esa parte del hombre que es más de naturaleza material, y así, ha sido objeto de mayor investigación y estudio que el alma o el espíritu.

Aunque a lo largo de los siglos los hombres han especulado y tratado de definir el alma y sus cualidades y atributos, para ellos ha sido "intransitiva" [suponemos que en el sentido análogo a los verbos intransitivos o demás elementos lingüísticos que no requieren un referente en las frases (como "dormir")); y también ver el sentido de intransitivo en lógica: una relación intransitiva no es

"traspasable", es decir, por ejemplo, "ser madre de" alguien no pasa a la siguiente generación, es una relación que "no transita" (el hijo no es madre de su madre, etc.)] e imposible de comprender por el intelecto, que es el único instrumento que el hombre posee generalmente para buscar la gran verdad del alma. Y, por lo tanto, la pregunta de qué es el alma nunca ha sido respondida de manera satisfactoria o autorizada, aunque a algunos de estos buscadores, cuando la inspiración les ha iluminado débilmente, les ha llegado algún atisbo de lo que es. Sin embargo, para la mayoría de los hombres que han tratado de resolver el problema, el alma, el espíritu y la mente son sustancialmente lo mismo.

Pero el alma, en lo que respecta al hombre, es una cosa en sí misma, única. Una sustancia real, aunque invisible para los mortales. Es lo que discierne y retrata la condición moral y espiritual de los hombres; nunca muere —por lo que se sabe— y es el verdadero ego del hombre. En ella se centran el principio del amor, los afectos, los apetitos y las pasiones, y las posibilidades de recibir, poseer y asimilar aquellas cosas que elevarán al hombre al estado o condición del Ángel Divino o del hombre perfecto, o lo rebajarán a la condición que lo hace apto para los infiernos de la oscuridad y el sufrimiento.

El alma está sujeta a la voluntad del hombre, que es la mayor de todas las dotaciones que le fueron otorgadas por su Creador en su creación, y es el índice seguro del funcionamiento de esa voluntad, ya sea en el pensamiento o en la acción; y en las almas, las cualidades de amor, afecto [*affection*], apetitos y pasiones, están influenciadas por el poder de la voluntad, ya sea para el bien o para el mal. Puede estar latente y estancada, o puede estar activa y progresar. Así, sus energías pueden estar gobernadas por la voluntad para el bien o para el mal, pero estas energías le pertenecen y no forman parte de la voluntad.

El hogar del alma está en el cuerpo espiritual, ya sea que ese cuerpo esté encerrado en el mortal o no, y nunca está sin ese cuerpo espiritual, cuya apariencia y composición están determinadas por la condición y el estado del alma. Y, finalmente, el alma, o su condición, decide el destino del hombre a medida que continúa su existencia en el mundo espiritual: no un destino final, pues la condición del alma nunca es fija, y a medida que cambia esta condición, el destino del hombre cambia, ya que el destino es algo del momento, y la finalidad no se conoce en el progreso del alma hasta que se convierte en el hombre perfecto, y entonces está satisfecho y no busca un progreso superior.

Ahora bien, en vuestro lenguaje común, y también en vuestros términos teológicos y filosóficos, se dice que los mortales que han pasado a la vida espiritual son *espíritus*, y en cierto sentido esto es cierto, pero tales mortales no son existencias nebulosas, informes e invisibles, sino que tienen una realidad de sustancia —más real y duradera que la del hombre como mortal—, y son visibles en su forma y rasgos, susceptibles al tacto, y objeto de los sentidos espirituales. Así que cuando los hombres hablan del alma, el espíritu y el cuerpo, si entendieran la verdad de los términos, dirían alma, cuerpo espiritual y cuerpo material. Hay un espíritu, pero es completamente distinto y diferente del cuerpo espiritual, y también del alma. No es parte del cuerpo espiritual, sino un atributo del alma, y sin el alma no podría existir. No tiene sustancia como el alma, y no es visible ni siquiera para la visión espiritual; solo se puede ver o comprender el efecto de su funcionamiento, y carece de cuerpo, forma o sustancia. Sin embargo, es real y poderoso, y cuando existe nunca cesa en sus operaciones, y es un atributo de todas las almas.

Entonces, ¿qué es el espíritu? Simplemente esto: la energía activa del alma. Como he dicho, el alma tiene su energía, que puede estar latente o activa. Si está latente, el espíritu no existe; si

está activa, el espíritu está presente y manifiesta esa energía en acción. Por lo tanto, confundir el espíritu con el alma, como si fueran idénticos, conduce al error y nos aleja de la verdad.

Se dice que Dios es espíritu, lo cual en cierto sentido es cierto, ya que el espíritu es parte de las grandes cualidades de Su alma, y lo utiliza para manifestar Su presencia en el universo; pero decir que el espíritu es Dios no es afirmar la verdad, a menos que se esté dispuesto a aceptar como cierta la proposición de que una parte es el todo. En la economía divina, Dios es todo espíritu, pero el espíritu es solo el mensajero de Dios, por medio del cual Él manifiesta las energías de Su Gran Alma.

Y lo mismo ocurre con el hombre. El espíritu no es el alma del hombre, pero el alma del hombre es espíritu, ya que éste es la manera instrumental [*instrumentality*] mediante la cual el alma del hombre da a conocer sus energías, poderes y presencia.

Bueno, ya he escrito suficiente por esta noche, aunque en algún momento volveré para simplificar este tema. Pero recuerda esto: el Alma es Dios, el alma es el hombre, y todas las manifestaciones, como el espíritu y el cuerpo espiritual, son meras evidencias de la existencia del alma: el hombre real.

He estado contigo tal como prometí, y sé que el Padre te bendecirá.

Así que, con mi amor y mi bendición, te deseo buenas noches.

Tu hermano y amigo,

Jesús

Cómo se salva el alma redimida de las penas que el pecado y el error le han acarreado (Jesús) (2 marzo 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Deseo escribir esta noche sobre el tema de cómo se salva el alma redimida de las penas que el pecado y el error le han acarreado.

Cuando el alma se encuentra en un estado de pecado y error, no es receptiva a la influencia del Espíritu Santo, y para alcanzar un estado de receptividad a estas influencias, debe tener un despertar a su verdadera condición de esclavitud por estas cosas; y hasta que no se produzca ese despertar, no hay posibilidad de que reciba el Amor de Dios en su interior y de que dirija sus pensamientos hacia las verdades de Dios y hacia las prácticas de vida que le ayudarán en su progreso hacia una condición de libertad.

No quiero que la humanidad crea que cualquier alma está obligada a permanecer en esta condición de esclavitud al pecado hasta que el Espíritu Santo venga a ella con el amor del Padre para otorgárselo en toda abundancia, porque la misión del Espíritu Santo no es despertar el alma del hombre a la comprensión del pecado y la muerte, sino simplemente llevar a esa alma este Amor cuando esté lista para recibirllo.

El despertar debe provenir de otras causas que influyen tanto en la mente como en el alma, y que les hacen darse cuenta de que la vida que vive el hombre no es la vida correcta ni la que está de acuerdo con las exigencias de las leyes de Dios, ni con los verdaderos anhelos de sus propios corazones y almas.

Hasta que llega este despertar, el alma está realmente muerta en lo que se refiere a su conciencia de la existencia de las verdades de su redención, y tal muerte significa una continuidad en tales pensamientos de pecado y maldad, y en una vida que sólo conduce a la condenación y la muerte durante —tal vez— largos, largos años.

Pero para acercarme más a mi punto de discusión.

El alma que existe en el pecado y el error, tendrá que pagar tarde o temprano las penas por tal pecado y error, y no hay escapatoria al pago de estas penalizaciones excepto en la redención que el Padre ha provisto mediante el Nuevo Nacimiento. Estas penas son sencillamente el resultado natural de la operación de las leyes de Dios, y deben ser soportadas hasta que se pague la penalización completa. Aunque un hombre pueda progresar hacia una condición más elevada de excelencia del alma, y tener mucha felicidad, debe pagar hasta el último centavo y así liberarse de estas penas.

Con mucho amor,
soy tu amigo y hermano,
Jesús

El periodo probatorio [probation] existe entre los espíritus del infierno. Todos los que se niegan a buscar el camino hacia los ámbitos celestiales acabarán encontrando el camino hacia el reino donde existe el hombre natural perfecto (Jesús) (29 octubre 1916).

Estoy aquí, Jesús.

Tenías razón al suponer que estaba contigo esta noche y, tal como imaginabas, estaba a tu lado mientras el predicador pronunciaba su sermón, y sentiste la influencia de mi amor y mi simpatía, y también recibiste los pensamientos que yo estaba sobreponiendo en tu cerebro.

En muchos aspectos, el sermón del predicador constituía un avance con respecto a las creencias ortodoxas, pero en el aspecto más importante, y en el que afectará más vitalmente a los mortales en su progreso en la vida espiritual, él estaba equivocado, muy equivocado. Me refiero a su declaración de que no veía ni conocía ninguna afirmación en la Biblia que le justificara en afirmar que los espíritus de los mortales tendrían la oportunidad de recibir el perdón o de progresar desde la condición del infierno a la de la luz y el cielo en el mundo espiritual, si no habían comenzado tal viaje en la vida mortal. Esto, como os he dicho, es una doctrina condenable, y una que ha causado más daño a lo largo de los siglos —desde la época en que viví en la Tierra— que casi cualquier otra enseñanza de la Iglesia que dice representarme a mí y a mis enseñanzas.

Muchas pobres almas han llegado al mundo espiritual con esta creencia firmemente arraigada en su mente y su conciencia [conscience], y las dificultades han sido grandes, y los años largos, antes de que pudieran despertar de esta creencia y darse cuenta de que el Amor del Padre les espera en la vida espiritual al igual que en la vida terrenal, y que la probación nunca se cierra para los hombres o los espíritus, y nunca estará cerrada hasta el momento en que se retire la gran oportunidad para que los hombres se conviertan en habitantes de los Ámbitos Celestiales; e incluso entonces, la oportunidad de purificar su amor natural no cesará, y nunca lo hará, hasta que todos los que tengan la oportunidad se conviertan en hombres perfectos en sus amores naturales.

Si él hubiera escudriñado las Escrituras, en las que cree tan incondicionalmente, habría encontrado una autorización para declarar que, incluso en el mundo espiritual, a los espíritus de los pecadores no salvos en la tierra, que murieron sin haberse reconciliado con Dios, se les predicó el evangelio de la salvación; y además, cuando declaró que la Biblia dice que yo dije: ‘que al que pecare contra el Hijo del Hombre le será perdonado, pero al que pecare contra el Espíritu Santo no le será perdonado, ni en este mundo ni en el venidero’, si el predicador hubiera dado la interpretación natural y única implícita a esta declaración, habría descubierto que el pecador que descuidó la oportunidad en la tierra, tendría otra oportunidad en el *mundo venidero* —que son las palabras con las que se refiere al mundo espiritual—.

De modo que, incluso según su propia fuente de creencia y fundamento de su conocimiento de estas cosas del futuro, estaría justificado, e incluso obligado, como predicador honesto de las Escrituras, a declarar que la probación no terminaba con la muerte física del mortal.

Es muy triste que los credos y las opiniones fijas de estos predicadores, formados a partir de las enseñanzas de los antiguos padres —como se les llama— sean hombres con desarrollo espiritual —como lo es este predicador— y enseñen la doctrina condenable de la que hablo y que él declaró.

Hay un infierno, o más bien infiernos, al igual que hay un cielo o cielos, y cuando se convierten en espíritus, todos los hombres se verán obligados a ocupar uno u otro de estos lugares; y no porque Dios haya decretado que un espíritu en particular ocupe ese tal lugar debido a su creencia o condición terrenal, sino porque la condición de desarrollo de su alma, o la falta de desarrollo, lo encaja y lo fija en ese lugar, y en ningún otro. Dios ha establecido Sus leyes de armonía, y estas leyes nunca cambian, y cuando un alma en particular entra en una condición que está en concordancia con estas leyes, entonces esa alma se aúna con el Padre y se convierte en habitante de Sus cielos; y mientras esa alma permanezca fuera de tal condición, estará en el infierno, que es la condición que consiste en estar en desacuerdo con la armonía de las leyes de Dios. Esto es el infierno, y no hay otra definición más completa de él: toda cosa o lugar que no sea cielo, es infierno. Por supuesto que hay muchos grados de infierno, y los habitantes de estos grados están asignados a ellos según la condición de desarrollo de su alma, que a su vez está determinada por la cantidad y calidad de la impureza y del pecado que existe en tales almas. El alma se desarrolla a medida que el amor se purifica y el pecado se erradica, y es a medida que este proceso avanza como el alma se desarrolla.

Dios ha decretado que Su universo, tanto de hombres como de cosas, sea armonioso, y sólo es la criatura, el hombre, quien se ha salido de esa armonía; y mientras continúe el universo, el único destino del hombre es que vuelva a esa armonía de la que cayó por culpa de su propia voluntad extraviada. Si Dios hubiera decretado —tal como el predicador declaró por implicación necesaria— que el pecador que muere en sus pecados permanecerá para siempre en ellos y en un estado de antagonismo con dicha armonía, entonces Dios mismo se convertiría necesariamente en la causa y el poder que derrotaría Sus propias leyes de armonía, lo cual ningún mortal en su sano juicio, creyente o no en las Escrituras, creería o podría creer.

Las Leyes de Dios son fijas e inmutables, y siempre están en armonía entre sí y con Su Voluntad, y, sabiendo esto, todo hombre pensante reconocerá y habrá de reconocer que siempre que un predicador, un laico, un filósofo o un científico plantee una proposición u opinión que muestre que, para que exista una determinada condición o verdad, las Leyes de Dios tendrán que funcionar en conflicto o en oposición entre sí, entonces esa proposición u

opinión es falsa y no tiene fundamento en la realidad. Así pues, para aceptar esta declaración del predicador —de que no hay probación después de la muerte, o como él dijo, que no hay oportunidad de progresar fuera del infierno que el mortal lleva consigo al mundo espiritual— los hombres tendrán que creer que el Padre Amoroso, para satisfacer Su ira y cumplir con las exigencias de Su supuesta justicia, pondrá a Sus leyes en conflicto entre sí y destruirá la armonía de Su universo.

El predicador habló, como él mismo dijo, como científico, y no como maestro religioso, y sin embargo, la deducción que hizo al declarar la existencia eterna de los infiernos violó una de las leyes fundamentales de la ciencia, a saber, que dos leyes contradictorias en el funcionamiento del universo de Dios no pueden ser aceptadas como verdaderas, y que aquella de las dos que esté en armonía con todas las demás leyes conocidas debe aceptarse como verdadera.

Entonces digo que, basándose en las Escrituras o en la ciencia, el predicador no tenía fundamento para hacer la afirmación falsa y deplorable de que la muerte física pone fin a la posibilidad del hombre de progresar desde una condición o estado de existencia infernal hacia uno de pureza y liberación del pecado, y hacia la armonía con las leyes perfectas de Dios y los requisitos de Su voluntad.

El predicador habló desde su intelecto y sus creencias mentales de larga data, y desde los ecos de la memoria de lo que había oído decir a otros predicadores y maestros que dejaron en su conciencia las creencias en sus falsas doctrinas. Pero en lo más profundo de su alma, donde arde el Amor del Padre y crece el sentido del alma, él no cree en esta doctrina, pues se da cuenta de que este Amor del Padre es mucho más grande, más puro y más santo que cualquier otro amor que exista en el cielo o en la tierra; y que el Padre, de quien proviene, debe ser más santo, más misericordioso, más indulgente y más atento con Sus hijos que cualquier padre mortal con los suyos. Y entonces, un padre mortal que tenga en su alma el Amor Divino bien reconoce que su hijo no podría cometer ningún pecado u ofensa que pudiera llegar a ser imperdonable, o del que no fuera a permitir —y con mucho agrado— que el hijo se arrepienta en cualquier momento. Y así, él [*este padre terrenal*] entendería que, si negara que en el Padre —de quien proviene este Amor Divino—, hay un amor y una simpatía que harían que ese Padre fuera tan indulgente con Sus hijos como lo es él —el padre terrenal— entonces, el Atributo Más Grande de ese Padre —Dios, que es Todo Amor— no sería igual al amor de su criatura [al amor expresado y que existe en Su creación: el alma humana]. El derivado sería más grande, más grandioso, más puro y más Divino que la Fuente de la cual deriva.

No, el predicador en su alma no cree en esta enseñanza antinatural y, a veces, sufre en su alma por el conflicto que se produce entre la esclavitud mental de sus creencias intelectuales y la libertad de su sentido álmico [*soul sense*], la criatura del Amor Divino que hay en él y la única parte de la Divinidad que posee.

Y así se demuestra la gran y verdadera paradoja de la existencia, en un mismo mortal y al mismo tiempo, de una creencia intelectual y un conocimiento del alma tan distantes entre sí como las antípodas. Y también se demuestra la verdad, una gran verdad, de que la mente del hombre y el alma del hombre no son lo mismo, sino que son tan distintas como necesariamente lo han de ser entre sí la criatura de una creación especial, la mente, y la creación de aquello que es la única parte del hombre hecha a imagen de su Creador, el alma.

Pero algún día el conocimiento del alma vencerá a la creencia mental, y entonces el predicador sabrá que la armonía y la desarmonía no pueden existir para siempre, que el pecado y el error deben desaparecer y que solo deben existir la pureza y la rectitud, y que cada hombre y cada espíritu deben llegar a ser uno con el Padre, ya sea como habitante de los Ámbitos Celestiales o como el hombre perfecto que apareció por primera vez ante la llamada de Dios, y por Él declarado ‘muy bueno’.

He escrito lo suficiente por esta noche y debo detenerme, pero antes de hacerlo quiero decir que hoy he estado contigo y he visto que estabas muy feliz en tus pensamientos y en tu experiencia espiritual. También había otros espíritus contigo rodeándote con su amor e influencia. Persevera en tus esfuerzos por obtener este Amor Divino, y reza al Padre y te llegará en mayor abundancia, y con él una felicidad maravillosa.

Volveré pronto y te escribiré otro mensaje.

Así que, con mi amor y mis bendiciones, te daré las buenas noches y que Dios te bendiga.

Tu hermano y amigo,

Jesús

La importancia para la humanidad de buscar el amor divino y no conformarse con desarrollar el amor natural en un estado puro (Jesús)
(10 enero 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Vengo esta noche para hablarte de una verdad que es importante para toda la humanidad, y que deseo que recibas tal como la escribo, así que presta la máxima atención a lo que voy a intentar escribir.

He leído con vosotros esta noche muchos dichos contenidos en las que se dicen ser epístolas de Pablo y de Pedro, y me doy cuenta de que no parecen ser coherentes con la verdad que os hemos declarado tanto yo como los apóstoles que os han escrito, y deseo que comprendáis algunas de estas incoherencias y descartéis de vuestra mente estos dichos de las epístolas, siempre que no concuerden con lo que hemos escrito o con lo que escribiremos.

En primer lugar, la continua referencia de estas epístolas a que yo soy Dios es totalmente errónea y no debe creerse; también lo es la afirmación de que mi sangre lava los pecados o que morí en la cruz para la salvación de los hombres, o que tomé sobre mí los pecados de la humanidad y así la liberé de la carga de sus pecados y del castigo que deben sufrir en expiación de sus malas acciones y pensamientos.

Además, cuando se dice que desde el principio el Padre había predestinado mi muerte en la cruz para que el hombre pudiera ser redimido de las penas del pecado en todos los hombres que vivieran después, todo ello es erróneo y no tiene fundamento como hechos en el plan de Dios para la salvación del hombre y la restauración de la armonía de Su universo y la erradicación de todo pecado y error del mundo.

Ni Pablo ni Pedro escribieron estas cosas, y yo nunca las enseñé, porque no están de acuerdo con el gran plan de salvación; y son cosas que están muy alejadas de poder infundir una comprensión de la verdad del único plan que el Padre ha provisto para su redención, el cual yo vine a la tierra a declarar y explicar primero a mis apóstoles, y luego al mundo entero. [Neither Paul nor Peter wrote

these things, and never did I teach them, for they are not in accord with the great plan of salvation; and the further away will be the realization by them of the truth of the only plan the Father has provided for their redemption, which I came to earth to declare and explain to my apostles first, and then to the whole world.]

En estas epístolas se da demasiado énfasis a la importancia de la fe y las obras —me refiero a la fe en las meras creencias que estas epístolas enseñaban, seguida de obras—, y no se da la suficiente importancia a la verdad fundamental de la redención del hombre del pecado y su reconciliación con el Padre —me refiero al Nuevo Nacimiento por la afluencia, en sus almas, del Amor Divino del Padre a través del ministerio del Espíritu Santo—.

Muchas de sus enseñanzas sobre la conducta del hombre hacia el hombre, y sobre la vida que deben llevar los destinatarios de estas verdades para purificarse y alcanzar la rectitud son ciertas, y tan aplicables a la conducta y la vida de los hombres de hoy como lo eran en los días en que los apóstoles enseñaban. Pero cuando las epístolas enseñan o llevan a los hombres a entender que estos principios, que podrían llamarse meramente morales, permitirán al hombre, mediante su observancia, entrar en el Reino de Dios o en el Reino Celestial, son falsas y engañosas, y los hombres, cuando se conviertan en *espíritus*, se darán cuenta de que, aunque lleven la vida que estas enseñanzas les piden que lleven, y sean muy felices y ocupen condiciones y posiciones en el mundo espiritual que harán que su felicidad sea muy superior a la que disfrutan en la tierra —y que incluso les permitirá convertirse en ocupantes de esferas espirituales más elevadas—, sin embargo, nunca se les permitirá entrar en el Reino del Padre, al que sólo se puede llegar mediante la posesión del Amor Divino.

Por eso digo que los hombres deben comprender y darse cuenta de la diferencia entre los resultados que les reporta llevar una vida simplemente buena y moral, que afecta al amor natural y lo desarrolla, y los resultados que se derivan del Nuevo Nacimiento.

Os he intentado explicar por qué la gran e importante verdad de mi misión en la tierra —tal como se la expliqué a mis apóstoles, y tal como ellos la enseñaron y escribieron— no se conservó ni se incluyó en la Biblia tal como está escrita y es aceptada ahora por la Iglesia como canónica. El gran deseo en aquellos días era mostrar e inculcar a los hombres aquellas enseñanzas que afectaban a su conducta en la tierra, y ofrecerles las recompensas que seguirían a tal vida, así como las recompensas que seguirían a sus vidas en el mundo espiritual, que se convertiría en su hogar después de la muerte. Y, como he dicho, llevar una vida de acuerdo con tales enseñanzas aseguraría a los hombres una gran felicidad en el mundo espiritual, pero no la felicidad a la que conducirían mis enseñanzas, si se observan.

En las diversas copias y compilaciones de los escritos de los apóstoles se hicieron muchos cambios con respecto a los originales, y las personas que realizaron este trabajo —y me refiero a los dignatarios y gobernantes de la iglesia— no conocían la diferencia entre aquellas cosas que traerían consigo una purificación del amor natural, con respecto a aquellas cosas que eran necesarias para preparar un alma para entrar en el Reino de los Cielos. Y por eso, cuando se dispusieron a realizar esta labor, cometieron el error de enseñar que llevar una vida moral daría derecho al alma a una recompensa que, según ellos, sería el Reino de los Cielos y la inmortalidad.

Y esta enseñanza errónea ha impedido a muchos hombres obtener el derecho al Reino de los Cielos, que creían honesta y sinceramente que sería suyo cuando pasaran al mundo espiritual.

Muchas de estas enseñanzas tienen por objeto reformar la vida de los hombres y purgar sus almas del pecado y el error, en la medida en que el amor natural forma parte de la condición del alma; y yo enseñé en gran medida estas verdades morales, pues tales enseñanzas eran necesarias, ya que la voluntad de los hombres estaba en desacuerdo con las leyes de Dios, lo cual afectaba al amor natural, así como en desacuerdo con las leyes que afectaban al Amor Divino del Padre; y el objetivo y el plan de Dios es armonizar ambos amores y, de ese modo, capacitar al hombre para disfrutar de aquellas cosas que se le proporcionan y le esperan.

Como dije cuando estaba en la tierra: ‘Estrecho es el camino y angosta la puerta que conduce a la vida eterna, y pocos son los que entran por ella’. Y lo repito ahora, porque es evidente, al observar la forma en que la humanidad ha ejercido su voluntad desde el principio, que Dios deja libre a tal voluntad propia, y que la gran mayoría de los hombres nunca entrarán por la puerta estrecha, sino que se conformarán con vivir en las esferas y la felicidad a las que les capacitará su amor natural en su progreso y en su estado perfecto.

Es cierto que todos los hombres acabarán por alcanzar la armonía con Dios, ya sea en el amor natural o en el Amor Superior, y está decretado que todo pecado y error van a ser finalmente erradicados del universo de Dios; pero el momento en que esto ocurra dependerá en gran medida de la voluntad y los deseos de los hombres, y por lo tanto, aunque mi gran misión al venir a la Tierra y enseñar a los hombres era mostrarles el camino al Reino Celestial, una parte menor de mi misión era enseñarles un camino hacia su redención del pecado y el error que resultaría en la purificación del amor natural; y para mi gran pesar —y para el daño incalculable al hombre— mis enseñanzas morales se expusieron más ampliamente en partes de la Biblia, tal como se acepta ahora, que mis enseñanzas de las Verdades Superiores.

No escribiré más por esta noche, pero continuaré más tarde.

Bueno, mi querido hermano, veo que estás en una condición espiritual mucho mejor que la que has tenido durante algún tiempo, y debes dar gracias al Padre por ello. Tu concepción de la experiencia de anoche es verdadera, y recibiste una maravillosa cantidad de Amor Divino, y yo estuve contigo en amor y bendición.

Así que sigue orando y confiando en el Padre y alcanzarás una maravillosa felicidad, poder y paz.
Debo detenerme ahora.

Tu hermano y amigo,
Jesús

El alma y su relación con Dios, la vida futura y la inmortalidad (San Mateo, apóstol de Jesús) (2 noviembre 1915)

Estoy aquí, San Mateo.

Hace mucho tiempo que no te escribo, y deseo decirte unas palabras sobre asuntos relacionados con el alma y su relación con Dios, la vida futura y la inmortalidad.

El alma es una imagen de la Gran Alma del Padre y participa de características a semejanza de esta Gran Alma, excepto que no necesariamente tiene el Amor Divino que hace que el alma de un mortal o espíritu sea partícipe de la Divinidad. El alma puede existir en el hombre y en el espíritu [*en alguien que ya está en el mundo espiritual*] en todas las cualidades receptivas y, no obstante, no

tener nunca la Esencia Divina que la llene, la cual es necesaria para hacer del hombre o del espíritu una nueva criatura —que es el objeto del Nuevo Nacimiento—.

Solo aquel mortal o espíritu que ha recibido este Amor Divino del Padre puede ser considerado inmortal, y todos los demás pueden vivir, o no. Aún no se nos ha revelado si la vida o la existencia de estos espíritus que no tienen el conocimiento consciente de la Inmortalidad, continuará a lo largo de toda la eternidad; pero si lo hacen, será porque así lo quiere Dios. Mas su existencia estará sujeta al cambio y, si tal cambio se produce, solo Dios sabe cuál será su carácter. Por el contrario, aquella alma que ha adquirido la inmortalidad no puede morir nunca; su estatus en cuanto a la vida a lo largo de toda la eternidad es fijo, e incluso Dios mismo no puede destruir esa existencia, pues es poseedora de esa divinidad que hace que Dios sea inmortal.

‘El alma que peca, por el pecado morirá’, significa que las cualidades que necesita obtener para formar parte de la inmortalidad nunca podrán alcanzarse, y por lo tanto, en lo que respecta a esas cualidades, está muriendo y está muerta.

El alma en sí misma vivirá, ya que ningún espíritu podría existir sin un alma, y cuando los hombres intentan enseñar que, cuando el espíritu de la vida abandona el cuerpo, el alma muere, esos hombres no dicen la verdad. El alma vivirá mientras continúe la existencia espiritual, y hasta que el gran cambio —si es que lo hay— llegue a ese espíritu. Por lo tanto, todos los hombres deben creer que el alma que Dios le dio al hombre es tan parte del hombre como lo es el cuerpo espiritual o físico.

El alma es la parte más elevada del hombre, y es la única parte que, de alguna manera, se asemeja al Gran Padre, que no es cuerpo ni cuerpo espiritual en forma, sino que es Alma; y el alma del hombre, como he dicho, es una imagen de esa Gran Alma.

Así pues, cuando hablamos de destruir el alma, no significa que se vaya a destruir el alma que pertenece a cada espíritu, sino que se destruirá la esencia del alma, o más bien la potencialidad de esa alma para recibir el Amor Divino y la Naturaleza del Padre.

Por supuesto, el alma puede ser privada de alimento y colocada en una condición de estancamiento, de modo que todos sus poderes receptivos queden, por así decirlo, muertos, y sólo algún gran milagro o ministerio inusual pueda despertarla, pero decir que el alma muere alguna vez es erróneo. Al decir esto, no incluyo la posibilidad de algún gran cambio en el espíritu del mortal por el cual dicho espíritu pueda ser destruido, y en tal caso el alma dejará de existir como alma o entidad individualizada.

No sé cuál sería el destino de un alma en tal caso y, por lo tanto, no puedo profetizar, pero, a menos que se produzca un cambio tan grande, el alma vivirá, pero no como un alma inmortal que posee la Esencia de la Divinidad, que haya experimentado el Nuevo Nacimiento.

Dios, el Gran Alma Suprema [Great Oversoul], no puede retirar para Sí Mismo el alma de ningún hombre [may not recall to Himself the soul of any man in the sense of depriving that man of his soul], en el sentido de privar a dicho hombre de su alma, pero Su relación con esa alma será meramente la de Creador y creado, siempre sujeta a la Voluntad del Creador; mientras que la relación de Dios con el alma que ha recibido el Nuevo Nacimiento y, por lo tanto, la Naturaleza Divina, no es sólo la de Creador y creado, sino también la de iguales en lo que respecta a esta Gran Cualidad de la Inmortalidad. El alma del hombre se vuelve entonces auto-existente [self-existing], y algo que no depende de Dios para continuar existiendo.

Sé que este es un tema difícil de comprender para la mente mortal, pero cuando hayáis recibido las percepciones del alma, sumadas a vuestra mente natural, no os resultará tan difícil comprender el significado exacto de mis proposiciones.

No escribiré más esta noche.

Soy
tu hermano en Cristo,
San Mateo

Discurso sobre el alma (San Cornelio, el primer gentil cristiano) (2 noviembre 1915)

Permitidme decir unas palabras sobre el alma. He escuchado lo que dijo Mateo y me parece que no describió lo que es el alma con la claridad deseable.

Mi concepción del alma es que es la parte de la existencia del hombre que determina cuál será su destino. Es la parte real del hombre que piensa, quiere y es consciente. El intelecto del hombre puede morir —esto puede parecer irreal, pero es cierto—, y el hombre dejar de existir como ser consciente —quiero decir, si el intelecto fuera la única facultad que posee para ser consciente de su existencia—. El alma, por lo que sabemos, no puede morir nunca, y tiene como cualidades y elementos todas las percepciones y facultades de razonamiento que tiene el intelecto, y muchas más. El alma es la única facultad o parte del hombre que realiza la misión de conocer, razonar y determinar [*determining*], después de que el hombre ha pasado a la séptima esfera; y, en consecuencia, a menos que se desarrolle estas cualidades o percepciones del alma, obteniendo en el alma el amor divino, un hombre o un espíritu no puede entrar en la séptima esfera, ya que sería totalmente incapaz de vivir allí y comprender o hacer nada en esa esfera.

El alma no necesita instrucciones de los meros sentidos físicos, porque estos sentidos no son adecuados para ser utilizados en las operaciones de las facultades del alma y, por lo tanto, un hombre que nunca cultiva estos sentidos del alma —como diría— no es capaz de comprender las cosas espirituales superiores de las Esferas Celestiales.

No escribiré más esta noche, pero volveré.

Tu hermano en Cristo,
San Cornelio, el primer gentil cristiano

8. El perdón

El perdón (Ann Rollins - Espíritu Celestial, abuela del Sr. Padgett) (31 marzo 1915)

Estoy aquí, soy tu abuela.

He venido a escribirte sobre el perdón y la misericordia del Padre, y a iluminarte sobre este tema tan poco comprendido, desde que los hombres comenzaron a distorsionar las enseñanzas del Maestro.

El perdón es esa operación de la Mente Divina que libera al hombre de las penalizaciones por los pecados que ha cometido y le permite alejarse de sus malos pensamientos y acciones, y buscar el amor del Padre; y si lo busca con sinceridad, encontrar la felicidad que le espera. No viola ninguna

ley que Dios haya establecido para impedir que el hombre evite las penas por sus violaciones de la ley de Dios que controla su conducta.

La ley de la compensación, según la cual el hombre cosechará aquello que siembre, no se deja de lado, pero en el caso particular en que un hombre se arrepiente y ora con toda sinceridad al Padre para que le perdone sus pecados y le convierta en un hombre nuevo, se activa la operación de otra ley mayor, y la antigua ley de la compensación queda anulada y, por así decirlo, absorbida por el poder de esta ley del perdón y el amor. Así pues, como ves, no se deja de lado ninguna de las leyes de Dios. Al igual que en el mundo físico ciertas leyes menores son superadas por leyes mayores, así también en el mundo espiritual o en el funcionamiento de las cosas espirituales, las leyes mayores deben prevalecer sobre las menores.

Las leyes de Dios nunca cambian, pero la aplicación de estas leyes a hechos y condiciones particulares parece cambiar cuando dos leyes entran en conflicto aparente, y la menor debe ceder ante la mayor.

Las leyes espirituales son tan fijas como las físicas que controlan el universo material; y ninguna ley que se aplique a la misma condición de hechos es diferente en su funcionamiento o en sus efectos.

El sol y los planetas en sus movimientos se rigen por leyes fijas, y funcionan con tal exactitud que los hombres que estudian estas leyes y las comprenden pueden predecir con precisión casi matemática los movimientos de estos cuerpos celestes. Esto solo significa que, mientras el sol y los planetas permanezcan como están, rodeados de las mismas influencias, y no se encuentren con ninguna ley que opere de manera contraria a las leyes que normalmente los controlan, estos planetas y el sol repetirán sus movimientos año tras año de la misma manera y con la misma precisión. Pero supongamos que entrara en funcionamiento una ley más poderosa y contraria, e influyera en los movimientos de estos cuerpos, ¿crees por un momento que seguirían el mismo curso que si esa ley mayor no se hubiera interpuesto?

El efecto de esto no es dejar de lado la ley menor, ni siquiera cambiarla, sino subordinarla a las operaciones de la mayor; y si se eliminaran o dejaran de actuar estas operaciones, entonces la ley menor reanudaría de nuevo sus operaciones sobre estos planetas, que se moverían de acuerdo con ella como si su fuerza [*power*] nunca hubiera sido afectada por la ley mayor.

Así, en el mundo espiritual, cuando un hombre ha cometido pecados en la tierra, la ley de compensación exige que pague la pena por esos pecados hasta que haya expiado por completo, o hasta que la ley se vea satisfecha. Y esta ley no cambia en su funcionamiento, y ningún hombre puede evitar ni escaparse de las inexorables exigencias de la ley. Por sí mismo no puede reducir ni en un punto las penalizaciones, sino que debe pagar hasta el último centavo —como dijo el Maestro—, y por lo tanto, por sí mismo no puede esperar cambiar el funcionamiento de esta ley.

Pero, como el Creador de toda ley ha provisto otra ley más elevada, que, bajo ciertas condiciones, puede entrar en funcionamiento y hacer que la anterior ley deje de funcionar, el hombre puede experimentar el beneficio del funcionamiento de esta ley más elevada. Así, cuando Dios perdoná los pecados de un hombre y en su naturaleza y en su amor lo convierte en una nueva criatura, no anula la ley de compensación en ese caso concreto, sino que elimina aquello sobre lo que esta ley puede actuar.

El pecado es una violación de la ley de Dios, y el efecto del pecado es la penalización que dicha violación impone. El sufrimiento de un hombre por los pecados cometidos no es el resultado de una

condena especial de Dios en cada caso particular, sino el resultado del funcionamiento y los azotes de su conciencia y de sus recuerdos, y mientras opere la conciencia, sufrirá, y cuanto mayores sean los pecados cometidos, mayor será el sufrimiento. Ahora bien, todo esto implica que el alma de un hombre está llena en mayor o menor medida de estos recuerdos, que por el momento constituyen su propia existencia. Vive con estos recuerdos, y el sufrimiento y el tormento que se derivan de ellos nunca podrán abandonarlo hasta que los recuerdos de estos pecados, o el resultado derivado de tales pecados, dejen de formar parte de él mismo y de ser sus compañeros constantes: esta es la ley inexorable de la compensación, y el hombre, de por sí, no tiene forma de escapar a ella salvo mediante su larga expiación, la cual elimina estos recuerdos y satisface la ley.

El hombre no puede cambiar esta ley, y Dios tampoco lo hará. Por lo tanto, como digo, la ley nunca cambia. Pero recordad este hecho: para que la ley funcione, el hombre debe tener estos recuerdos, y éstos deben formar parte de su existencia misma.

Ahora bien, supongamos que el creador de esta ley haya creado otra ley, por la cual, bajo ciertas condiciones y cuando el hombre hace ciertas cosas, resulta que estos recuerdos le son retirados y ya no constituyen parte ni porción de su existencia; entonces, pregunto, ¿qué hay en ese hombre, o de ese hombre, sobre lo cual pueda actuar u operar esta ley de compensación? La ley no ha cambiado, ni siquiera se ha dejado de lado, pero aquello sobre lo que puede operar ya no existe y, en consecuencia, no hay razón, ni existen hechos, para que se requiera de su operación.

Por lo tanto, digo, al igual que vuestros científicos y filósofos, que las leyes de Dios son fijas y nunca cambian, pero añado —cosa que ellos no perciben— que ciertas condiciones que hoy pueden exigir y exigen la aplicación de dichas leyes, mañana pueden cambiar o dejar de existir, de modo que las leyes ya no sean efectivas.

Y así, cuando se proclama la verdad del perdón de los pecados por parte de Dios, muchos sabios levantan las manos y claman: “Las leyes de Dios no cambian, y ni siquiera Dios mismo puede cambiarlas. Y para llevar a cabo el perdón de los pecados, se debe violar la gran ley de la compensación. Dios no obra tal milagro, ni concede dispensas especiales. No, el hombre debe pagar el castigo por sus malas acciones hasta que la ley se vea cumplida”.

Cuán limitado es el conocimiento de los mortales, y también de los espíritus, sobre el Poder, la Sabiduría y el Amor del Padre. Su Amor es lo más grande en todo el universo, y la Ley del Amor es la ley más grande. Todas las demás leyes están subordinadas a Ella y deben funcionar en armonía con Ella; y el Amor, el Amor Divino del Padre, cuando se le da al hombre y él lo posee, es el cumplimiento de toda ley. Este Amor libera al hombre de todas las leyes salvo la ley de su Sí Mismo [law of its Ownself], y cuando el hombre posee este Amor, no es esclavo de ninguna ley y es verdaderamente libre.

La ley de compensación, y todas las leyes que no están en armonía con la Ley del Amor, no tienen nada sobre lo que operar en el caso de ese hombre, y las leyes de Dios no cambian, sino que simplemente, en lo que respecta a este hombre, no existen.

Ahora bien, que todos los hombres, sabios e ignorantes, sepan que Dios, en su Amor y Sabiduría, ha proporcionado un medio por el cual el hombre, si así lo desea, puede escapar de la ley inmutable de la compensación y dejar de estar sujeto a sus exigencias y penalizaciones; y dicho medio es sencillo y fácil, y está al alcance de la comprensión y el entendimiento de toda alma viviente, ya sea santo o pecador, sabio o ignorante.

El intelecto no está implicado —en el sentido de ser alguien instruido—, sino que aquel hombre que sabe que Dios existe y que le proporciona alimento y vestido como resultado de sus afanes [*toil*] diarios, al igual que el gran científico o filósofo intelectual, puede aprender el camino hacia estas verdades redentoras. No quiero decir que un hombre, por el mero ejercicio de sus facultades mentales, pueda recibir el beneficio de esta gran provisión para su redención. El alma debe buscar y encontrará, y el alma del sabio puede que no sea tan capaz de recibir como el alma del ignorante.

Dios es Amor. El hombre tiene un amor natural, pero éste no basta para capacitarle para encontrar este gran medio del que hablo. Solamente es el Amor Divino del Padre, y Él desea que todos los hombres tengan este Amor. Es gratuito y está esperando ser otorgado a todos los hombres. Pero, por extraño que parezca, Dios no lo otorgará, y, podría decir, no puede otorgarlo, a no ser que el hombre lo busque y lo pida con franqueza [earnestness] y fe.

La voluntad del hombre es algo maravilloso, y se interpone entre él y dicho amor si no ejerce esa voluntad para buscárselo. Ningún hombre puede obtenerlo en contra de su voluntad. Qué cosa tan maravillosa es la voluntad del hombre, y cómo debería estudiar y aprender lo importante que ésta es para su ser.

El Amor del Padre solamente entra en el alma de un hombre cuando lo busca en la oración y la fe, y, por supuesto, esto implica que él desea que venga a él. A ningún hombre se le niega jamás este Amor cuando lo pide adecuadamente.

Ahora bien, este Amor es parte de la Esencia Divina, y cuando un hombre lo posee en abundancia suficiente, se convierte en parte de la Divinidad misma; y en lo Divino no hay pecado ni error, y, en consecuencia, cuando se convierte en parte de esta Divinidad, ningún pecado ni error pueden formar parte de su ser.

Entonces, como he dicho, el hombre que carece de este amor tiene sus recuerdos de pecados y malas acciones y, según la ley de la compensación, debe pagar las penas. Sin embargo, cuando este Amor Divino entra en su alma, no deja lugar para estos recuerdos, y a medida que se va llenando cada vez más de este Amor, estos recuerdos desaparecen y sólo el Amor habita en su alma, por así decirlo. Por lo tanto, en él no queda nada sobre lo cual pueda operar esta ley, y el hombre ya no es su esclavo ni está sujeto a ella. Este Amor es suficiente en sí mismo para limpiar el alma de todo pecado y error, y hacer que el hombre sea uno con el Padre.

Esto es el perdón del pecado, o, más bien, el resultado del perdón. Cuando un hombre reza al Padre por este perdón, Él nunca hace oídos sordos, sino que dice, en efecto: “Quitaré tus pecados y te daré mi amor, no dejaré de lado ni cambiaré mis leyes de compensación, pero retiraré de tu alma todo aquello sobre lo que esta ley puede actuar, y para ti será como si no existiera”.

Sé, por tu experiencia personal, que este perdón es algo real, efectivo, existente, y que cuando el Padre perdona, el pecado desaparece y sólo existe el Amor, y que el Amor en su plenitud es el cumplimiento de la ley.

Así que haz saber a los hombres que Dios perdona los pecados, y que cuando los perdona, la penalización desaparece, y cuando desaparece como resultado de tal perdón, ninguna ley de Dios se cambia ni se viola.

Esta fue la gran misión de Jesús cuando vino a la tierra. Antes de que él viniera y enseñara esta gran verdad, el perdón de los pecados no era comprendido, ni siquiera por los maestros hebreos, sino que su doctrina era ojo por ojo y diente por diente. El Amor Divino, tal como lo he débilmente descrito

[feeble], no era conocido ni buscado, sino sólo el cuidado, la protección y los beneficios materiales que Dios pudiera dar a los hebreos.

El Amor Divino que entra y toma posesión de las almas de los hombres constituye el Nuevo Nacimiento, y sin él ningún hombre puede ver el Reino de Dios.

Mi querido hijo, te he escrito una comunicación larga aunque imperfecta, pero hay suficiente en ella para que los hombres piensen y mediten, y si lo hacen y abren sus almas a la Influencia Divina, sabrán que Dios puede perdonar el pecado y salvar a los hombres de sus penalizaciones, de modo que no tengan que pasar por el largo período de expiación que, en su estado natural, la ley de compensación siempre exige.

Así, sin escribir más, te diré que te amo con todo mi corazón y mi alma, y le pido al Padre que te conceda este Gran Amor en toda su abundancia.

Tu abuela que te quiere,

Ann Rollins

Cómo un alma debe recibir el amor divino del Padre para convertirse en habitante del Reino de Dios y llevar a cabo esa inmortalidad de la que te he escrito (Jesús) (28 febrero 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Deseo escribirte esta noche sobre el tema de cómo un alma debe recibir el Amor Divino del Padre para convertirse en habitante del Reino de Dios y llevar a cabo esa inmortalidad de la que te he escrito.

En primer lugar, debe entenderse que el Amor Divino del Padre es un tipo de amor completamente distinto del amor que el Padre concedió al hombre en el momento de su creación, y que el hombre ha poseído en una condición de más o menos pureza desde aquel entonces.

Este Amor Divino nunca le fue conferido al hombre como un don perfecto y completo, ni en el momento de su creación, ni desde mi venida a la tierra, sino como un regalo que espera las propias aspiraciones y los propios esfuerzos del hombre para obtenerlo, y sin los cuales nunca puede llegar a ser suyo, aunque siempre esté cerca de él, a la espera de responder a su llamada.

Entonces, comprendiendo lo que este Amor es, y que el hombre debe buscarlo, y cuál es su efecto sobre el alma del hombre, se vuelve muy importante que el hombre haga, de la obtención del mismo, el único gran objeto de sus aspiraciones y deseos. Pues cuando lo posee en un grado tal que lo une con el Padre, deja de ser un mero hombre y pasa a tener una naturaleza de existencia álmica tal que lo hace Divino, con muchas cualidades del Padre —la principal de las cuales es, por supuesto, el Amor—, y que también le hace darse cuenta absolutamente del hecho de su inmortalidad.

La mera bondad moral, o la posesión del amor natural en su grado máximo, no conferirá al hombre esta Naturaleza Divina que he mencionado; ni los buenos actos, la caridad y la bondad conducirán por sí mismos a los hombres a la posesión de este Amor; sino que la posesión de este Amor, en verdad y de hecho, conducirá a la caridad, a los buenos actos, a la bondad siempre desinteresada y a una hermandad de hombres en la tierra hacia la cual el mero amor natural no puede conducir ni puede hacer que exista.

Sé que los hombres predicen acerca de la Paternidad de Dios y la hermandad del hombre, y exhortan a los hombres a tratar de cultivar pensamientos y obras de amor, abnegación y caridad de manera que se logre la tan deseada unidad de vida y propósito por parte de los hombres; y en razón de este amor natural pueden, por sí mismos, hacer una gran obra para dar lugar a esta hermandad. Sin embargo, la cadena que los une no puede ser más fuerte que el amor natural que la forja; y cuando éste se vea eclipsado por la ambición y los deseos materiales, la fraternidad se debilitará enormemente o desaparecerá por completo, y los hombres se darán cuenta de que sus cimientos no estaban construidos sobre roca, sino más bien sobre débil arena que no puede sostener la superestructura cuando se ve azotada por las tormentas que surgen de la ambición de los hombres y de sus deseos de poder y grandeza —y de muchas otras cosas materiales—. Por eso es que digo que hay una gran necesidad de algo más que el mero amor natural del hombre para ayudarle a formar una hermandad que permanezca firme y estable bajo todas las condiciones y entre todos los hombres.

Así que este amor natural, bajo las circunstancias más favorables para preservar la constancia de la felicidad del hombre y la liberación del pecado y el error, demostró por sí mismo no ser suficiente para mantener esa condición, y entonces, qué se puede esperar de él cuando las circunstancias son tales que este amor ha degenerado de su estado puro y se ha contaminado por todas estas tendencias de los hombres a hacer lo que está en violación, no sólo de las leyes de Dios, sino de todo aquello que en otro caso ayudaría a los hombres a llevar a cabo una verdadera hermandad.

Como he dicho anteriormente en mis escritos, llegará un momento en que este amor natural se verá restaurado a su estado original de pureza y liberación del pecado, y en que esta hermandad pueda existir en un grado de perfección que hará felices a todos los hombres.

Sin embargo, ese tiempo está muy lejos y no se realizará en la tierra en absoluto hasta que surjan el Nuevo Nacimiento y los Nuevos Cielos [*will not be realized on earth at all, until the New Birth and the New Heavens appear, ...*], y mientras tanto, los sueños de los hombres sobre esta gran fraternidad no van a verse realizados.

Sé que los hombres esperan que alguna vez, en un futuro muy lejano, por medio de la educación, las convenciones y las predicaciones de la verdad moral, este sueño de una hermandad ideal se vea establecido en la tierra, y que desaparezcan todas las almas de odio y guerra, y la opresión de los débiles por los fuertes. Pero yo os digo que si, para dar lugar a esta condición tan deseada, los hombres dependen de este mero amor natural y de todos los grandes sentimientos e impulsos que puedan surgir de él, se encontrarán con decepciones y perderán la fe en la bondad de los hombres, y a veces se las verán con un retroceso no sólo en dicho amor, sino en la conducta de los hombres entre sí, y en el trato de las naciones entre sí.

Me he desviado un poco de mi tema, pero he creído oportuno mostrar al hombre que su dependencia de sí mismo —que es su dependencia de este amor natural— no es suficiente y adecuada para llevarlo a una condición de felicidad siquiera en la tierra, y por tanto totalmente inadecuada para llevarlo al Reino del Cielo.

El Amor Divino del que hablo es, por Sí mismo, no sólo capaz de hacer de un hombre un habitante del Reino del Padre, sino que es suficiente para permitirle dar lugar y llevar a cabo esa gran hermandad hasta el nivel máximo de sus sueños, incluso mientras está en la tierra.

Este amor del Propio Ser del Padre [of the Father's Own Self] es de naturaleza inmutable, y en todos los lugares y bajo todas las condiciones está produciendo los mismos resultados y

convirtiendo las almas de los hombres en la tierra, así como las de los espíritus en el mundo espiritual, no sólo en la imagen sino en la Sustancia de la Naturaleza Divina. Puede poseerse en menor o mayor grado, dependiendo del hombre mismo; y este grado de posesión determina la condición del alma y su proximidad al Reino del Padre, tanto si el alma está en la carne como en el espíritu.

El hombre no tiene por qué esperar a convertirse en espíritu para buscar y obtener este Amor, pues el alma es la misma en la tierra que cuando está en el mundo espiritual, y su capacidad para recibir este Amor es tan grande en un lugar como en el otro. Por supuesto, en la tierra hay muchas circunstancias, entornos y limitaciones en el hombre que impiden el libre funcionamiento del alma en el camino de las aspiraciones y la fe, y que no existen después de que el hombre se convierta en un habitante del mundo espiritual; pero, sin embargo, y a pesar de todos estos inconvenientes y escollos de la vida terrenal, el alma del hombre puede recibir este Amor Divino sin limitaciones y en una abundancia tal que lo vuelva una nueva criatura, como dicen las escrituras.

La posesión de este Amor Divino significa también la ausencia de esos deseos y anhelos de lo que se llama el hombre natural, que producen egoísmo, falta de bondad y otras cualidades que crean el pecado y el error, e impiden la existencia de esta verdadera fraternidad que los hombres desean tan fervientemente como precursora de la paz y la buena voluntad; y cuanto más de este Amor Divino entra en el alma del hombre, menos hay de esas tendencias y deseos malos, y más de la Naturaleza y Cualidades Divinas.

El Padre es todo Bondad, Amor y Verdad, y Perdón, y Generosidad [*Kindness*], y cuando los hombres reciben y poseen el Amor Divino, estas Cualidades llegan a dominar sus almas. Y cuando el hombre es sincero y fiel, y posee estas Cualidades, nunca le abandonan ni cambian; y cuando esta hermandad se fundamente en ellas, será algo construido sobre roca, y que continuará viviendo y haciéndose más puro y firme en su efecto vinculante y en los grandes resultados que de ello fluirán, pues la roca de sus cimientos será la Naturaleza Divina del Padre, que es sin variabilidad ni cambio, y nunca decepciona.

Una hermandad así creada y unida es, como digo, “la única hermandad verdadera que hará para el hombre una especie de cielo en la tierra, y desterrará las guerras, el odio, la contienda y el egoísmo, y el principio de lo mío y lo tuyo. Lo mío se cambiará por lo nuestro, y toda la humanidad será verdaderamente hermana, sin referencia a raza, secta o adquisiciones intelectuales. Todos serán reconocidos como hijos del único padre”.

Tal será el efecto de la existencia de este Amor en las almas de los hombres en la tierra, y cuando tales almas dejen su envoltura de carne, encontrarán sus hogares en el Reino de Dios —partes de la Divinidad del Padre, y partícipes de su Inmortalidad—.

Pero sólo este Amor Divino capacitará a las almas de los hombres para este Reino, pues en este Reino todas las cosas participan de esta Naturaleza Divina y nada que no tenga esa Cualidad puede entrar en él.

Así que los hombres deben entender que ninguna mera creencia, ceremonia de la iglesia o bautismo —ni cualquiera de este tipo de cosas— basta para capacitar a un alma para convertirse en un habitante de este Reino. Los hombres pueden engañarse y se engañan, a sí mismos, en sus creencias de que cualquier cosa que no sea este Amor Divino pudiera asegurarles una entrada en el Reino.

Las creencias pueden ayudar a los hombres a buscar y aspirar a la posesión de este Amor, pero a menos que y hasta que este Amor Divino sea realmente poseído por las almas de los hombres, no podrán llegar a ser partícipes de la naturaleza divina y disfrutar de la felicidad y la paz del Reino del Padre.

Cuando el camino para obtener este Amor es tan fácil y la alegría de su posesión tan grande, es sorprendente que los hombres se contenten con las cáscaras del formalismo, la satisfacción, el engaño de la mera adoración de boquilla y las creencias intelectuales.

Como he dicho, este Amor está esperando a ser poseído por todo hombre que lo busque sinceramente y con verdaderas aspiraciones del alma. No es una parte de cada hombre, sino que lo rodea y lo envuelve, pero sin formar parte de él a menos que sus anhelos y oraciones hayan abierto su alma para que pueda fluir y llenarlo con su presencia.

El hombre nunca está obligado a recibirla, así como nunca está obligado a hacer otras cosas contra su voluntad, pero como en este último caso, cuando en el ejercicio de esa misma voluntad se niega a dejar que el Amor Divino fluya en su alma, debe sufrir la pena, que es la privación total y absoluta de cualquier posibilidad de convertirse en un habitante del Reino de Dios —o Reino Celestial— y de cualquier conciencia del hecho de su inmortalidad.

Que los hombres dirijan sus pensamientos y aspiraciones a Dios, y en verdad y sinceramente rueguen al Padre por una afluencia en sus almas de su Amor Divino, y tengan fe, y así siempre encontrarán que el Padre les otorgará su amor, de acuerdo con la extensión de sus aspiraciones y anhelos, que son las mediaciones [mediums] para abrir sus almas a las obras del Espíritu Santo, que, como he escrito antes, es el mensajero de Dios para la transmisión de su amor divino de su Fuente de Amor a las almas de los hombres orantes y aspirantes.

De ninguna otra manera puede el Amor Divino ser poseído por el hombre, y siempre es un asunto individual entre el hombre particular y el Padre. Ningún otro hombre, ni cuerpo de hombres, ni iglesia, ni espíritus ni ángeles pueden hacer el trabajo del individuo. En cuanto a él, su alma es lo único implicado, y sólo sus aspiraciones, sus oraciones y su voluntad pueden abrir su alma a la afluencia de este Amor, que lo vuelve [a él] parte de su propia divinidad [se entiende: de la divinidad de ese Amor].

Por supuesto, las oraciones, los pensamientos bondadosos y las influencias amorosas de los hombres buenos y de los espíritus divinos y de los ángeles pueden ayudar y ayudan a las almas de los hombres a volverse hacia Su amor y a progresar en su posesión, pero en cuanto a la cuestión de si un hombre llegará a ser poseedor o no de este amor, depende del hombre.

Bueno, ya he escrito suficiente por esta noche y debo parar.

Así que, mi querido hermano, con todo mi amor y bendiciones, buenas noches.

Tu hermano y amigo,

Jesús

¿Cuál es la razón por la que los mortales no buscan el amor del Padre, en lugar de esforzarse por creer en los credos y sacramentos de la Iglesia a la que pertenecen o con la que están afiliados? (San Juan, apóstol de Jesús) (4 junio 1917)

Estoy aquí, San Juan.

He venido esta noche para escribirte un mensaje que considero muy importante, y como te encuentras en buenas condiciones, me esforzaré por hacerlo.

En primer lugar, deseo decirte que te encuentras, mucho más que antes, en esa condición de desarrollo del alma tal que nos permite establecer una relación contigo; y nos complace que así sea, ya que cuanto mayor sea tu desarrollo, más fácil nos resultará expresar nuestras ideas sobre las verdades superiores que tanto deseamos revelar a través de ti.

Bien, el tema sobre el que deseo escribir es: ¿Cuál es la razón por la que los mortales no buscan el Amor del Padre en lugar de esforzarse por creer en los credos y sacramentos de las iglesias a las que pertenecen o con las que están afiliados?

Ahora bien, puede parecerte que los propios mortales podrían explicar mejor la razón de esta preferencia y sus acciones al llevar a cabo sus preferencias, pero esta suposición no sería cierta porque en realidad no lo saben. El conocimiento de la verdad que podrían obtener, y el supuesto conocimiento de la verdad que tantos de ellos se contentan con creer que poseen, son dos cosas distintas, y muy diferentes.

En primer lugar, creen que los credos de sus iglesias contienen y revelan las verdades sobre Dios y sobre la relación de los mortales con Él, y que, si siguen estos credos, harán lo que agrada a Dios y está de acuerdo con Su voluntad; por lo tanto, se conforman con permanecer en ese conocimiento y no buscan aprender más sobre las verdades de su existencia y de su salvación.

Los credos, en la mayoría de los casos, no contienen las verdades de estos asuntos espirituales, ya que se basan en el error y, por consiguiente, no pueden tener ninguna verdad como superestructura, y a partir de ellos los mortales no pueden instruirse sobre el verdadero conocimiento de las cosas espirituales.

Estos credos son creados por el hombre y no se basan en las verdades reales que nunca pueden ser cambiadas por los credos, ni por ninguna otra cosa que sea resultado de la creación del hombre.

Pero los mortales no saben que estos credos no les revelan la verdad, y esta es una de las razones por las que prefieren seguir las enseñanzas de los credos y confiar en ellos. No tienen nada más a lo que recurrir, excepto las muchas afirmaciones de verdad que contiene la Biblia; e incluso, aunque recurrieran a estas afirmaciones, en su estado de desarrollo mental y espiritual no serían capaces de descubrir las verdades que allí se revelan, ni de darse cuenta de la diferencia entre esas verdades y lo que ellos creen que son las verdades de sus credos.

Durante largos años, generación tras generación, estos credos han sido aceptados, creídos y proclamados como verdades por las respectivas iglesias a las que los mortales pueden haber pertenecido; y han visto a sus padres y abuelos creer y descansar en la seguridad de que los credos contenían la verdad, y han visto a estos familiares vivir y morir aparentemente felices en sus creencias, y por lo tanto se han conformado con hacer lo que hicieron aquellos que les precedieron y no cuestionar ni buscar la verdad en otra parte —ni siquiera pensar que se puede encontrar en otra parte—.

Y tal como está constituido el hombre, se podría decir que tal posición y condición son naturales, y que nosotros o vosotros, que conocemos la verdad y también sabemos que los credos no contienen la verdad, no deberíamos sorprendernos.

Una vez más, los mortales prefieren sus credos, pues en la mayoría de los casos, cuando una iglesia o denominación ha existido durante mucho tiempo, aquellos que, por así decirlo, han heredado estas creencias en los credos nunca consideran por un momento que tengan que hacer otra cosa que creer sin cuestionar las enseñanzas de sus credos y que, en tal creencia, están en la verdad y no se les pide que duden o cuestionen. Y así, al crecer, como muchos hacen, en esta creencia, en muchos casos se convierte para ellos en algo meramente formal, sin vitalidad y sin crear en quienes la poseen ninguna preocupación especial por si su creencia está bien fundada o no. Esta creencia les ahorra la molestia de ejercitar sus mentes en profundidad, y dicen: "Estoy satisfecho con el credo de mi iglesia y no deseo preocuparme por cuestionarlo". Y, por lo tanto, verás que no les resulta difícil tener una preferencia, ya que, de hecho, no hay ninguna preferencia, sino una condición mental que no deja lugar al ejercicio de ninguna preferencia.

Y, además, esta preferencia existe debido a la vida social de las personas que creen en los credos de las iglesias, ya que si no creen de esa manera, no se les permite convertirse en miembros de las iglesias, pues deben suscribir el credo, sin importar qué otras cosas vitales se requieran creer o declarar ser creídas por parte del mortal que desea afiliarse.

La iglesia es el mayor centro social en la vida de los hombres, y su influencia y poder son muy grandes y llegan más lejos en la economía de la vida social de lo que las personas irreflexivas pueden darse cuenta. Así pues, cuando el solicitante suscribe el credo y se convierte en miembro de la iglesia, suele quedar satisfecho con su posición social, y sus pensamientos sobre las verdades espirituales dejan de ser flexibles para volverse fijos, y, con el paso del tiempo va actuando de manera automática y quedándose satisfecho en vez de prestar más atención a lo que los credos puedan exigirle. Su posición se vuelve entonces muy cómoda, y su mente se libera del esfuerzo al aceptar sin dudar las doctrinas de los credos de su iglesia.

Por supuesto, hay muchas excepciones a esta condición entre los miembros de las iglesias, ya que, aunque suscriban los credos, sus almas no están satisfechas y muestran su anhelo por el amor del Padre, un amor que muchos poseen, aunque intelectualmente no sepan lo que significa. No obstante la mayoría ya tiene su elección hecha, por las razones que he expuesto, y será muy difícil despertarlos de esta satisfacción y de la sensación de que en sus creencias reside la certeza de hacer la voluntad del Padre y de su propia salvación.

Ahora bien, aunque todo esto sea cierto, estos mortales no se dan cuenta de que es precisamente así, en el sentido que he descrito, y la gran labor que nos espera tanto a vosotros como a nosotros es hacer que las verdades que estáis recibiendo se presenten a estas personas de tal manera que no se conformen con descansar en la seguridad de sus antiguas creencias, sino que se sientan persuadidas a buscar la verdad fuera de las enseñanzas de sus credos. Y puedo decir que, si estas personas tuvieran tal despertar y buscaran la verdad con seriedad y honestidad, no dudarían en creer que se han equivocado en sus creencias y no estarían satisfechas hasta aprender la verdad.

Simplemente pensé en escribir esto porque, aunque más bien se trata de un tema relacionado con la mera vida de los hombres en la tierra, sin embargo, en sus resultados y consecuencias, si la vida es cambiada, las cosas espirituales se convertirán en las cosas más cautivadoras.

Estos credos excluyen la verdad, y los hombres nunca podrán encontrarla hasta que excluyan de sus mentes y almas las doctrinas de los credos.

No escribiré más por esta noche.

Así que, con mi amor, te daré las buenas noches.

Tu hermano en Cristo,
Juan